

The book cover features a dark green background with a decorative orange border. At the top center is a crescent moon and stars. In the top left corner is an illustration of an open book with swirling smoke or magic rising from it. In the top right corner is an illustration of an hourglass with smoke rising from it. At the bottom center is an illustration of a snake coiled around a dark, possibly stone, object. On the bottom left and right are illustrations of flames. The title is written in a large, white, serif font in the center.

EL LIBRO DE LOS CONDENADOS

A I S L I N L E I N F I L L

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial, sin el permiso de autor. Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticias, cualquier parecido con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos es pura coincidencia.

Título original: El libro de los condenados

Aislin Leinfill, febrero 2024

Diseño de la portada: Lidia Ramilo y Oliver Vidal

Maquetación: Lidia Ramilo

ASIN: B0CVWB4L9B

*A ti, a cada uno de vosotros que pedisteis conocer esta historia y esperasteis con paciencia a que
viera la luz. Gracias por apoyarme libro tras libro.*

Aislin

1. Huida

En el edificio vivían cientos de personas, día o noche siempre había gente despierta.

Brujos y metzas llenaban el lugar, que rezumaba vida y magia durante el día. Por la noche, los vampiros les tomaban el relevo. Sin embargo, en ese instante el mundo se había paralizado y las tres razas que convivían en la casa matriz presenciaban el extraño fenómeno.

Todos los habitantes del lugar parecían retener el aliento al mismo tiempo, abandonaron sus labores y ensimismados, contemplaban a la nada. Las delicadas notas musicales del piano se deslizaban por todas partes. La magia se colaba por cada rendija, derramándose sobre los habitantes, metiéndose bajo su piel, impregnándolos de la melancolía del improvisado pianista.

En condiciones normales, ya habría corrido a su habitación para saber qué le pasaba, ayudarlo y solucionar lo que fuera. Hoy era el causante de esa tristeza y no tenía el valor de enfrentarle de nuevo.

¿Cómo ayudarlo cuando ni siquiera podía ayudarse a sí mismo? ¿Cómo hablarle si ni tenía valor para mirarle a los ojos?

La intensidad de la melodía bajó volviéndose aún más triste, no conocía esa canción, no tenía nombre, pero no lo necesitaba, era un lamento. Él nunca decía nada, su magia hablaba por él, sufría, a través de su unión podía sentir cómo lo invocaba, pero ignoró su llamada. Ya se lo había dado todo.

Soltó el aire despacio, intentando recomponerse y volviendo su mirada al jardín.

Fue estúpido discutir con él, ingenuo por pensar que le entendería cuando no podía poner palabras a sus sentimientos.

La lluvia, solidaria, se deslizaba por los cristales, llorando la pena que llevaba dentro, pero no podía dejar salir. Se apoyó en el quicio de la ventana donde se escondía, a salvo de un mundo que parecía empeñado en cebarse con él.

¿Por qué obedecer lo correcto cuando a cambio solo recibes un corazón destrozado y un alma rota en pedazos que nunca podrás recomponer?

Alzó la mirada, ni una sola luz iluminaba el pasillo, salvo por la luna que entraba a través de los cristales. Las ramas de los árboles al otro lado de la ventana, se mecían en un baile secreto proyectando hermosas sombras sobre el suelo de mármol.

Rodeó sus piernas con los brazos apoyando la barbilla en las rodillas.

¿Cuánta resistencia tenía su corazón? ¿Cuántos golpes soportaría antes de rendirse y entender que era algo imposible?

Hace tiempo leyó un libro donde decía que de amor no se puede morir, apenas tenía once años cuando sus ojos vieron por primera vez esas palabras, pero incluso entonces supo que eran mentira. Que las había escrito alguien que poco o nada sabía de amor.

Porque ese sentimiento enorme y delirante que llevaba dentro era como una fuerza de la naturaleza, un huracán que lo removía todo en un círculo sin fin, dejando solo devastación y ruinas a su paso. Y un día, si no era inteligente y se mantenía alejado de ese sentimiento, lo haría encontrar su final.

Amor decían los poetas. «Estúpidos e insensatos», pensó con rabia. Él lo llamaba condena a muerte. Porque solo dos cosas pueden pasar cuando amas tanto a alguien. O mueres esperándolo,

o mueres de dolor por lo que nunca vas a tener.

Escuchó pasos rompiendo la quietud del pasillo y supo de quién se trataba antes de verla. June no descubrió su escondite, fue directa a la sala de música.

Sonrió con tristeza tragándose la amargura de no ser él el elegido. June iba a salvarlo, por supuesto que sí, era como una hermana para ambos y en su música, ella también podía reconocer su dolor y si había algo que June no soportaba era verlos sufrir. Sabía que en esa ocasión no tenía derecho a sentirse herido, él había empezado una discusión que no podía ganar por algo que ni siquiera era importante.

La melodía se detuvo con brusquedad, y como si alguien pulsara un botón, el lugar volvió a llenarse de sonidos y voces al quedar fuera de su embrujo. Pasó un poco de tiempo hasta que los dos salieron juntos de la habitación riendo, apoyándose el uno en el otro.

Sonrió con ironía, mirando hacia afuera, escondiéndose.

Ellos volverían al tumulto, a la vida con todos los demás, a futuros prometedores que merecían. Él decidió quedarse donde estaba, solo... en esa ventana, soñando con una vida que no podía ser, maldiciéndose a la naturaleza débil y traicionera de sus sentimientos que se empeñaban en sobrevivir por mucho que él tratara de aniquilarlos.

Era un castigo, por ir contra la ley. Por querer algo prohibido, por tener esperanzas, por estar condenado.



—¿Qué quieres decir? —preguntó mirando a Laurent.

—No creo que exista otra forma de decirlo. Está muerta —repitió él con aburrimiento.

—¿Drusila está muerta? —Era imposible, era una metza muy poderosa y peligrosa.

Ella y su hiani, Quione, eran dos de los hianis más poderosos que moraban en la tierra. Evitaban vivir entre los suyos, por lo que tenían noticias de ellos cada dos o tres años. Nunca, por buenos motivos, les gustaba experimentar con la magia, una práctica que los aquelarres consideraban demasiado arriesgada y estrictamente regulada.

—¿Y qué pasó con Quione? ¿Sobrevivió a la muerte de su hiani? —preguntó con curiosidad.

Cuando uno de los dos hianis moría, el otro moría con él. Era el precio que se pagaba por fusionar tu esencia con la de otra persona, te aportaba más fuerza, más resistencia y mucha más magia, pero cuando uno de los dos moría, el otro desaparecía del mundo también.

Sin embargo, a lo largo de la historia ha habido unos pocos casos en que el poder de los hianis era tan fuerte que el superviviente conseguía vivir algún tiempo más.

Laurent entrelazó las manos sobre la mesa de mármol de su elegante despacho.

—Quione murió primero. Ella consiguió sobrevivirle varios meses.

Trató de disimular la sorpresa. No existían casos de ningún hiani que aguantara más de siete días.

—¿Cómo murieron? Eran jóvenes —interrogó.

—Apenas cien años —admitió Laurent—. Fueron asesinados.

Esta vez no se molestó en disimular su reacción.

—¿Cómo es posible?

—No tenemos todos los detalles, pero los rumores dicen que Quione fue ejecutado por el alfa de Aurora.

Se echó atrás en la silla, dejando salir un silbido.

—Dragos. —No necesitaba decir más. El alfa de Aurora dirigía la manada más antigua de América, un alfa tan poderoso como su manada, aislados y salvajes. Poca o ninguna persona del

mundo sobrenatural se acercaría a ellos de forma voluntaria, salvo que tuvieran deseos de morir.

—¿Por qué los mató? ¿Entraron en el territorio de su manada?

—Los rumores apuntan a que Quione y Drusila los atacaron. Y no solo a ellos, sino a otras manadas de la zona.

—No tiene sentido. Es una sentencia a muerte. En torno a Aurora solo hay manadas poderosas y todos son aliados.

Laurent asintió de nuevo. Parecía renuente a tener esa conversación.

—Lo sé, y sin embargo, las pruebas apuntan a que lo hicieron. El alfa de Royal, Jeff, murió a manos de ellos, él y toda su manada.

—¿Esto es una broma? La manada de Royal...

Laurent le hizo un gesto pidiéndole silencio.

—Estamos seguros de que eso fue lo ocurrió. Igual que sabemos que Drusila fue asesinada por los hermanos Madsen. Contaban un cómplice que les ayudó a debilitar a las manadas, un hombre lobo al que Dragos ejecutó después de interrogarlo hace un mes.

—¿Era un omega? —Tenía que serlo, no había forma de que un hombre lobo actuara contra los suyos.

Laurent frunció el ceño mientras daba pequeños golpes sobre la mesa con las puntas de sus dedos.

—Había un traidor en la manada de Royal. El segundo del alfa lo entregó y confabuló para derrotarlo uniéndose a Drusila y Quione.

—Es absurdo. Es bien sabido qué brujos y lobos no interactúan —protestó.

—Tienen sus motivos para odiarnos y nosotros los nuestros para despreciarlos. Desconozco los detalles de la alianza entre ese lobo y ellos, pero todo apunta a un intercambio de poder.

—¿Qué más sabemos?

—Poca cosa. Tratamos de recuperar los cuerpos para averiguar qué tipo de magia estaban empleando antes de morir, pero creemos que fueron destruidos por las manadas —le explicó Laurent.

—¿Manadas? ¿En plural?

Esta vez Laurent esbozó un gesto de desagrado que oscureció por un instante su atractivo rostro.

—La manada de Greenville —supuso sin esperar una respuesta. Las múltiples y fructíferas alianzas de esa manada eran un tema de preocupación. Con cada año que pasaba se volvían más poderosos.

—Dirigieron una partida de sus lobos más fuertes y salieron en su búsqueda —añadió Laurent.

—¿Abandonaron su territorio para ir tras ella? No es un comportamiento muy típico en su raza. ¿Qué usaron para matar a los lobos de Royal?

—No lo sabemos, pero supongo que veneno —respondió con rapidez Laurent—. Una mezcla de los acónitos más poderosos podría hacerlo. En teoría —puntualizó al ver su cara de incredulidad.

Había formas de envenenar un lobo, pero pocas llegaban a ser letales. Su naturaleza los protegía de casi cualquier daño. Eran, con mucha diferencia, la raza más dura del mundo sobrenatural.

—Entiendo. ¿Los lobos quieren venganza?

—No lo sabemos. Pero debemos anticipar sus movimientos para protegernos y averiguar qué ocurrió en realidad. Necesito que alguien investigue con discreción sin levantar sospechas, que conozca la zona y sepa ser discreto —dijo Laurent.

—¿Quieres que vaya a la casa matriz de Washington? —Su corazón se detuvo al decirlo en voz alta. No podía tener tanta suerte.

Laurent le dedicó un asentimiento.

—Eres el mejor candidato. ¿No te criaste allí? Sería apropiado que les hicieras una visita.

Alzó una ceja al escucharlo.

—Sí, me mudé a la casa matriz de Oslo cuando mi padre, Dariuss, decidió entrar en la noche perpetua y me ordenó mudarme aquí.

Laurent acarició el anillo de oro de su mano con el emblema de la casa matriz. Era un sello dividido en cuatro partes con las iniciales de los vampiros más antiguos de la casa. La D de su padre era la primera en el escudo, señal de que era el más antiguo de los habitantes de la casa.

No era fácil alcanzar la edad de Dariuss Snarr, un vikingo nacido en el siglo siete, que fue transformado a la edad de veinticinco años y pudo ver el ascenso de sus coetáneos a lo largo de Europa, llegando a luchar con el mismísimo Ragnar Lodbrok.

El nombre de su padre era conocido y temido alrededor del mundo entero, había escuchado muchas historias sobre él, pero la verdad es que no lo conoció hasta que recibió “La llamada”.

Los metzas nacían fruto de un complicado ritual que solo podía realizarse cada cien años, como resultado de la alianza entre vampiros y brujas. Era un delicado proceso en el que usaban sangre de alfa para insuflarle vida al vampiro el tiempo suficiente de concebir descendencia.

El ritual necesitaba que el vampiro fuera muy antiguo y la bruja sumamente poderosa para que el embarazo llegara al final.

Esa mezcla de esencias entre razas tan poderosas creaba a los metzas. Hijos naturales de las dos razas, que cuidaba de sus padres nocturnos cuando se cansaban de la mortalidad y decidían dormir para despertar siglos después. Si un padre dormía, su hijo se quedaba ocupando su lugar en la casa matriz, viviendo entre metzas, vampiros y brujas.

Los metza vivían muchos más años que un humano normal, gracias a la sangre vampírica, y envejecían despacio por la influencia de sus madres mortales.

Tenían las mismas necesidades que un humano, no necesitaban sangre para vivir y como residuo maternal, nacían afines a un elemento que podían usar como arma. Su existencia era menos que un rumor para el mundo sobrenatural, ya que si se supiera que la sangre de un alfa era el ingrediente imprescindible para crearlos, se desataría una guerra.

—Tu hiani y tú podéis partir de inmediato. La casa matriz de Virginia ya ha dado su aprobación.

—Si se trata de pasar desapercibido, ¿no sería mejor si fuera solo?

Laurent alzó la cabeza para encontrar sus ojos. Solo los vampiros con un milenio de antigüedad podían vivir en las casas matrices, excepto casos como el de Laurent, en el que su creador los llevaba a vivir con consigo.

—Los hianis no podéis vivir separados —le recordó Laurent como si no lo supiera.

—No por mucho tiempo —aceptó mostrándose lo más calmado posible—. Pero si se trata de disimular llamaría menos la atención si fuese solo. Serían dos o tres días como mucho.

—Supongo que tienes razón, mantenme al tanto de tus descubrimientos. Es importante.

—Así lo haré —dijo levantándose, tratando de disimular su prisa por marcharse. Mantuvo el tipo mientras abandonaba el despacho e iba a su habitación. No podía creer que hubiera aceptado.

Salir de su rutina habitual le vendría bien, ver otros lugares, estar a solas e intentar calmarse antes de volver a su vida normal.

Sabía que su actitud no había sido la mejor durante los últimos tres meses, pero por mucho que

lo intentaba, no conseguía volver a encerrar todos los sentimientos y sensaciones que parecían devorarlo, incluso en sueños.

Decidido a no dejar pasar la oportunidad, sacó una bolsa de deporte del armario, metió lo imprescindible y escribió una nota sobre la cama para su hiani.

“Tengo una misión especial, volveré pronto. Reyx”

Fue a por su coche y se dirigió al aeropuerto. Le daba igual si había un vuelo directo disponible o si tenía que coger cuatro, estaba desesperado por salir de la ciudad.

Un par de preguntas más tarde tenía un vuelo a Viena y otro a Washington.

Envió un mensaje a June, la única persona a la que podía considerar una verdadera amiga en Noruega.

Reyx:

Estaré fuera un par de días, cuida de él.

Recibió respuesta de forma inmediata.

June:

¿A dónde vas? ¿Qué ha pasado? ¿Habéis vuelto a discutir?

No era una pregunta extraña, llevaban semanas peleando a menudo.

June:

Es tu hiani. No puedes huir de él, Laurent se enfadará si sales de la casa sin permiso.

No era idiota y sabía que las excusas que ponía a diario para alejarse de él no se las creía nadie, pero por una vez, le daba igual.

¿No le creían? Bien, porque todo era mentira. Así era su vida, una intrincada red de engaños, incluso su existencia era un tema tabú.

Podía ver en sus ojos a diario la sincera preocupación por cómo se estaba encerrado en sí mismo, la súplica muda pidiéndole que hablase, notaba sus intentos por llegar hasta él tratando de atravesar ese muro que tuvo que crear para sobrevivir a todos los cambios de los últimos meses.

Se pasó la mano por la cara con agotamiento, no dormir bien, le estaba pasando factura. Su mente no dejaba de lanzarle imágenes en las que no debía centrarse y preguntas que no quería

hacerse. Probablemente se sentiría mejor cuando llegara a Washington.

—¿Desea algo de comer o de beber, señor?

—Un *whisky*, gracias.

Esperó con escasa paciencia a que la azafata le sirviera la bebida y conectó su móvil al wifi del avión.

Escribió un mensaje a la otra única persona de la que podía fiarse sin ser su hiani o June.

Reyx:
10 p. m.

No necesitaba decir nada más, llevaban sin verse años, pero sabía que cuando llegara a Washington él ya le estaría esperando.

Apagó el móvil y lo desechó en su mochila sin miramientos. No tenía nada más que decir.

2. Viejas costumbres

Lo supo en cuanto la vio. No fue porque no le quitara los ojos de encima a su hiani desde que cruzó la puerta de la casa matriz. Tampoco que pidiera que la cambiaran de habitación porque necesitaba que su ventana fuera orientación sur. Fue el brillo en sus ojos marrones cuando se fijó en él por primera vez. No vio en ellos atracción sexual, ni amor, vio codicia.

Por supuesto, hombres y mujeres solían verse atraídos por su hiani. Sus ojos dorados, enmarcados por un pelo rubio que llevaba atado en una corta coleta y su mandíbula cuadrada, lo hacían resaltar incluso entre las multitudes. Su metro ochenta todavía resultaba más impresionante gracias a sus hombros fuertes y brazos musculosos. Era imposible no mirarlo.

Alizon no se mostró muy emocionada por su físico, aunque suponía que no era una mujer fácil de impresionar.

Alizon destacaba por su altura, esbeltez y elegancia. Tenía enormes ojos marrones y una melena sedosa que caía hasta la cintura. Sus dientes, blancos como perlas, acompañaban una sonrisa tan hermosa que dejaba desconcertados a quienes tenían el privilegio de presenciarla. Cada parte de ella era femenina y delicada, suave y tan deslumbrante que conseguía cautivar a la gente en apenas un par de frases.

Todos en la casa matriz cayeron presa de su encanto, excepto él. No era justo porque los celos, sin duda, fueron la razón que la odiara desde el primer momento. Su trato posterior con ella le dijo que no se había equivocado.

A pesar de que todos los hombres de la casa mostraron interés en Alizon, ella solo tenía ojos para su hiani y se encargaba de una forma poco sutil de dejar claro que él, era su elegido.

Tampoco fue sorpresivo, su hiani era un mujeriego reconocido, adicto a gustar y a disfrutar de la vida sin complicaciones.

A ella no le importaba compartir su atención con otras mujeres mientras pudiera seguir cogiéndose de su brazo como si fuera especial en su vida. Todos pensaba que lo era y aunque se resistía a creerlo, después de su discusión más reciente, había entendido que sí era diferente para él. Llevaban meses discutiendo por cualquier cosa.

“—Ven conmigo esta noche. Me has dejado tan solo en los últimos meses que la gente empieza a preguntarse si me has abandonado.

—No seas ridículo. Los hianis no podemos estar separados, todos los saben. Estoy ocupado, Laurent quiere que le ayude a preparar la noche de luna negra. —Era una excusa, pero él no lo sabría.

Su vínculo los unía en todos los sentidos y si uno de los dos mentía el otro lo sabía. Después de tantos años había perfeccionado el sutil arte de ocultar lo que pensaba en determinados momentos. No era mentira que Laurent solicitó su ayuda, la verdad real era que prefería clavarse alfileres bajo las uñas a pasar la noche con ellos.

—Es un local nuevo, está lleno de mujeres hermosas, quizá te mejore el humor si disfrutas de la noche con alguna.

—Ya te dije que no. Si tan bien te lo pasas en ese sitio, ¿por qué no te marchas ya?

Sabía que lo miraba, pero lo ignoró hasta que lo escuchó levantarse del sofá en el que se sentaba.

—Últimamente estás insoportable, no sé qué te pasa —masculló mientras se iba de la habitación.

Solo cuando se quedó a solas, pudo respirar de nuevo”.

Mujeres. Salió con algunas y llegó a acostarse con un par de ellas antes y después de tener hiani. Su cuerpo reaccionaba con reticencia, pero su mente parecía funcionar en una frecuencia distinta. Probó con los hombres, tampoco le gustó demasiado.

Las manos extrañas sobre su cuerpo lo hacían sentirse agobiado e incómodo. Cuando empezó a tratar de tener relaciones le echó la culpa a su vínculo. Era difícil concentrarse en alguien más, si podía sentir a su hiani dentro.

Con los años, mejoró en distinguir sus sentimientos de los de él, pero aun así siguió sin terminar de estar cómodo cuando de relaciones sexuales se trataba.

Para evitar las preguntas incómodas al principio, disimuló llevando acompañantes a las reuniones, aunque dejó de hacerlo hace algún tiempo. Su hiani nunca preguntó el motivo y él no ofreció ninguna excusa al respecto.

En la casa matriz tenía una posición privilegiada mientras su padre estuviera descansando, solo hacía veintiséis años de eso, faltaba mucho para que volviera a la vida.

Cuando un vampiro tan antiguo como Dariuss, se sumía en la noche perpetua, lo hacía por unos cincuenta años como mínimo. Para los vampiros el tiempo resultaba tedioso, pasaba tan lento que con frecuencia preferían dormir hasta que los años avanzaran y el mundo podía ofrecerles nuevas diversiones.

En cada casa matriz había un máximo de cuatro vampiros antiguos descansando en criptas excavadas en lo profundo de la tierra. Las brujas afines a su raza y los metzas los protegían mientras eran vulnerables.

—¿Señor? Aterrizamos hace diez minutos.

Alzó la vista, el avión estaba vacío y la azafata lo observaba con curiosidad.

—Lo siento —murmuró recuperando su bolsa del portaequipajes. Se disculpó de nuevo mientras salía. Respiró sin impedimentos al atravesar las puertas de llegadas.

Había cientos de personas moviéndose por el aeropuerto, esquivó a los humanos y fue a la entrada principal con rapidez.

Aquella fue su ciudad durante años, se crio en la casa matriz, bajo los férreos cuidados de su madre. Una poderosa bruja francesa que había muerto apenas un año antes de que su padre lo llamara. Los vampiros que engendraban metzas no se quedaban a verlos crecer, ni participaban en su educación. No volvían a saber nada de ellos hasta que los llamaban para servir, algunos no eran reclamados y su existencia transcurría ayudando a formar a otros metzas.

En su caso, llevó una buena vida y contó con mentores dedicados y estrictos, pero justos. Su madre lo formó para aprender a dominar su elemento, aunque no fue cariñosa, siempre se ocupó de él.

Todos sus pensamientos desaparecieron cuando vio el coche y al hombre que se apoyaba en él. Brillantes ojos verdes, pelo corto rubio oscuro y barba de dos días. Tenía un cuerpo fuerte y musculoso que combinado con su sonrisa descarada lo volvía casi irresistible.

No se detuvo, odiaba cuando la gente invadía su espacio, pero le salió de dentro dejar caer la mochila al suelo y hundirse entre sus brazos.

Adson lo rodeó sin mostrar sorpresa, lo apretó con fuerza contra su pecho mientras decía su nombre al oído. Fue la mejor de las bienvenidas, justo lo que necesitaba. Alguien que lo atara al suelo después de tanta zozobra.

En apenas un segundo el mundo desapareció por completo, y volvía a estar en casa de verdad.

A salvo de cualquier daño, sin inseguridades, ni miedos. Respiró su aroma, el mismo que recordaba, todavía mejor de lo que su memoria podía evocar.

Apoyó la mejilla en su cuello, perdiéndose en él un poco más. No permitiría que nadie lo viera en ese estado de debilidad, solo Adson conocía esa faceta de él, pero no le preocupaba. Sabía que no podía estar en mejores manos.

Sintió como besaba la parte superior de su cabeza, con cariño, revolviendo su pelo igual que cuando eran niños y lo molestaba por ser más alto.

Años habían pasado desde entonces, ahora los dos tenían el mismo tamaño.

Adson no le hizo preguntas cuando se separaron mucho tiempo después. Le dedicó una de sus sonrisas fáciles y recogió su mochila del suelo para dejarla en el maletero.

Se subió al coche, relajándose contra el asiento de cuero. Vio su antigua ciudad pasar mientras iban hacia la casa y se dio cuenta con sorpresa de que estaba feliz, pero sobre todo aliviado de disfrutar de un poco de soledad. Podía sentir a través del vínculo a su hiani, pero dirigió toda su magia a su unión, bloqueándola para tener algo de privacidad. No era efectivo por completo, pero era suficiente por ahora.

—¿Te apetece salir a cenar o estás demasiado cansado? —le preguntó Adson irrumpiendo sus pensamientos.

—Depende de lo que me ofrezcas —respondió de buen humor.

Adson giró la cabeza unos segundos para dedicarle esa amplia y devastadora sonrisa.

—Todo lo que quieras.

Se rio con ganas, porque así era Adson, sin medidas, sin dobleces.

—Te echaba mucho de menos.



No tenía ni idea de por qué había pasado tanto tiempo sin volver allí. Washington le encajaba como un anillo de la medida perfecta. Podía respirar con mayor facilidad y la sensación de libertad era tan embriagadora que sentía que podría con lo que fuera.

El acento de la gente, la comida, el aire, los edificios y las calles. No se dio cuenta de cuánto lo extrañaba hasta que llegó allí. Podía ser él mismo de nuevo, sin preocuparse por nada, sin medir cada gesto o palabra.

Se había acostumbrado tanto a tener un hiani que olvidó lo feliz que fue antes de conocerle.

Había una vida antes de él, la vida todavía era posible sin él a su lado, habría vida cuando él se enlazase con Alizon.

No era común que los hianis se casaran o tuvieran muchos hijos, su magia se debilitaba al compartir su esencia con más gente, pero tampoco sería una gran sorpresa.

Su hiani era un buen partido entre los metzas. Su padre era un vampiro nacido en Italia durante el siglo dieciocho, lo que no lo hacía demasiado influyente. Pese a ello, fue bendecido con el elemento más poderoso y destructivo.

El fuego. Muy pocos brujos o metzas eran afines a ese elemento. Era tan peligroso que muchas veces los portadores morían tratando de dominar su elemento. Sin embargo, el fuego era su segunda piel. Cuando se enfadaba, las llamas irradiaban como una fina película en su cuerpo, pero su control era tan grande que no quemaba nada que no quisiera hacer desaparecer a propósito.

Los elementos tenían su propia jerarquía. El fuego era el más poderoso, sus portadores eran escasos y no vivían mucho tiempo, ya que requería grandes cantidades de energía.

Después iba el agua, que era muy destructivo, pero más fácil de manejar.

En tercer lugar, iba el aire. Difícil de dominar y con una gran necesidad de concentración para usarlo.

Y por último la tierra, el más común y fácil de aprender.

En su caso, pese a tener dos padres poderosos, heredó el poder del aire. Adoraba su elemento y desde muy pequeño estaba cómodo con él, tenía un dominio tan bueno que usaba muy poca energía para utilizarlo.

—¡Reyx! —lo llamó Adson tocándole el brazo.

—Perdona, me despisté —se disculpó sonriendo.

—¿En qué estabas pensando para tener esa cara?

—En tonterías.

—Conozco tu cara de tonterías. No es esa —le recriminó Adson sin dejarse engañar.

Adson tenía el poder del agua, era de los mejores en su elemento. Su padre fue transformado a finales del siglo diez. Su madre era una bruja poderosa de una larga saga de brujos.

Los dos tenían una procedencia similar y sus madres eran buenas amigas, por lo que se criaron el uno junto al otro.

Quizá fue esa cercanía lo que hizo que mientras crecían todos pensarán que algún día se convertirían en hianis. Hubo un tiempo en que también lo pensó, de hecho, cuando respondió a la llamada de su padre hizo planes para que Adson se mudara con él, una parte de él siempre había albergado la esperanza de que en algún momento sus magias se llamaran y se convirtieran en uno.

En cuanto conoció a su hiani, Adson desapareció de su mente. Durante los primeros años no veía nada más que a él. Fue un mal amigo y aunque procuraba contestar sus mensajes, dejó de prestarle atención. A pesar de sus múltiples fallos, Adson nunca se lo tuvo en cuenta y siempre se mostró feliz de saber de él.

—Tonterías —insistió dedicándole una sonrisa amplia y sincera. Estaba agradecido porque Adson no le hubiera soltado cuando lo olvidó con tanta facilidad. No lo merecía, fue estúpido una vez, pero no volvería a serlo—. Pensaba en dónde me llevarás hoy a cenar. Hace tres días que llegué y todavía no estoy sorprendido. Tienes que esforzarte más.

Adson se rio a carcajadas.

—Esta también es tu ciudad por mucho tiempo que hayas estado fuera, mejor dime a dónde vas a llevarme. Me debes muchas comidas.

—Te debo más que eso. —No tuvo que explicarle nada más. Adson sabía que no había llegado allí por casualidad, ni siquiera le preguntó por qué dejó a su hiani atrás y en su silencio sobre el tema, los dos tuvieron una conversación que no necesitaban comentar.

Sus ojos verdes brillaron mientras le sostenía con delicadeza la barbilla.

—No me debes nada —le dijo bajando la voz—. Pero pagarás la cena y cada comida hasta que te vayas —lo amenazó guiñándole un ojo.

Sonrió con felicidad, ignorando el tirón de su enlace con su hiani. Desde ayer notaba como trataba de llamar su atención. No tenía que preocuparse por él, June estaba allí si necesitaba ayuda y Alizon lo mantenía ocupado. Lo ignoró centrándose en disfrutar del momento y la compañía, se merecía un poco de tiempo para sí mismo.

3. Cuenta atrás

El cuarto día empezó con tres novedades.

Tenía más información sobre lo sucedido con Quione y Drusila, Laurent había llamado a la casa matriz al no contestarle al móvil, que seguía perdido por su mochila y su marca de hiani empezaba a molestarle de verdad por la lejanía.

Todos los hianis portaban una marca sobre el corazón, una señal forjada durante la noche del solsticio, cuando sus esencias y almas se entrelazaban. Tras la celebración de un hechizo, cada hiani canalizaba su magia para sostener la llama de una vela en su mano, inscribiendo con su poder el símbolo celta del nudo sobre su piel.

La noche anterior, mientras cenaban fuera, notó la rabia de su hiani quemándole la piel, percibió su enfado y molestia. Desde entonces, su marca no había dejado de latir.

Sabía que el tiempo de estar separados tenía una cuenta atrás. Ya era una proeza que hubieran durado tanto el uno lejos del otro.

Suspiró tumbado en la cama de su alojamiento temporal.

Se trataba de una habitación con paredes blancas adornadas con molduras ornamentadas, destacaba el amplio ventanal que abarcaba toda la pared frontal y se abría a una terraza privada.

Una gran cama de madera presidía la zona principal, flanqueada por dos mesillas con lámparas. Enfrente había una puerta abierta por la que podía ver el baño con ducha. En la otra pared estaba el armario y una cómoda, mientras que cerca de la ventana se situaba un escritorio con una silla tapizada en blanco y rojo, en sintonía con la ropa de cama.

Tomó una respiración profunda tratando de aclararse, se dirigió hacia las enormes cortinas, abriéndolas para dejar que la luz de la luna llenara la habitación.

Lo había hecho, consiguió vivir solo. De forma inconsciente se llevó la mano a la marca que los unía, le gustaba deslizar las yemas de sus dedos sobre ese pedazo de piel que, pese a estar en su cuerpo, no le pertenecía, esa parte de él de la que su hiani era dueño. Su marca era algo tan privado que nunca había dejado a nadie tocarla.

Sentía curiosidad por lo que su hiani pensaría de su escapada. No era idiota, se imaginaría que tenía que ver con su enfrentamiento. Era la primera vez que huía de él, era consciente de que le había dolido. Podía sentir la carga emocional, tanto en él como en su hiani, aunque no estaba seguro de si sería capaz de abordar ese tema en una conversación directa.

Solo pensar en regresar le provocaba un nudo en la garganta. Volver a la rutina, a su vida en común, a convivir con ellos.

La luna brillaba con fuerza esa noche iluminándolo todo. Salió a la terraza, siempre lo ayudaba a sentirse mejor. Ares y él tenían una extraña fascinación por la luna, podían pasar horas sentados en cualquier parte, mientras observan el paisaje nocturno en silencio. Era una forma de relajarse después de un mal día o cuando alguno sentían que el otro estaba inquieto.

Suspiró apoyándose en el muro mirando las brillantes luces de la ciudad. Un latigazo de nostalgia azotó su cuerpo. Extrañado llevó su mano hasta el lugar de su marca, ese sentimiento no era suyo.

Miró al cielo de nuevo, con su corazón empujando la melancolía ajena a cada resquicio de su cuerpo. ¿Cómo iba a luchar contra ese amor si su hiani formaba parte de sí mismo? ¿Acaso podía

el sol decidir que dejaría de girar?

No, claro que no. No era su decisión. No cuando es la fuerza gravitacional la que te obliga a moverte, la que te arrastra, la que te atrapa en un círculo sin fin que estás forzado a repetir una y otra vez.

Su vida entera decía a gritos el nombre de su hiani. Todo lo asociaba a él.

Incluso ahora, disfrutando de las vistas, solo podía pensar en él. Suspiró agotado. Claro que todo se relacionaba con él, era su hiani, una parte de su alma.

Tragó saliva intentando digerir la palabra. Hiani. Ese término lo significaba todo, fue el principio de su fin, la firma que ratificó su sentencia.

Sacudió la cabeza intentando alejarse de esos pensamientos. Por mucho que se lamentara no se podía cambiar, solo tratar de seguir adelante.

No había solución para lo que le pasaba. Estaba prohibido.

Los hianis en general eran del mismo sexo. En contadas ocasiones la unión se formaba entre hombre y mujer porque se corría el riesgo de corromper su unión, algo que además de estar prohibido por los aquelarres, ocasionaba la muerte de los infractores. Al acostarse, sus almas se entrelazaban y volvían a unirse, algo que no podía hacerse una vez que ya se habían separado.

La magia parecía protegerse con los enlaces del mismo sexo, todos los metzas lo sabían, por eso cuando empezó a tener sentimientos por el suyo, supo que algo malo sucedía con él.

En las frases de hermandad que su hiani pronunciaba, oyó declaraciones de amor. Cada vez que él le miraba a los ojos, el alma se le estremecía. Confundió su conexión, con amor correspondido y aunque nunca lo había dicho en voz alta, sabía que, en el fondo, ese era el verdadero problema. Creó un mundo falso donde se amaban en secreto.

Lo convirtió en su pareja y se tomó para sí mismo derechos que nunca le fueron otorgados y que no tenía permitido sentir.

Por eso había huido. Necesitaba poder tocar fondo tranquilo y sin disimular. Quizá cuando lo hiciera, podría volver a casa y crear una relación nueva con su hiani. Como su hermano de magia, como su igual.

Todo lo que podía sentir al verle era anhelo y un dolor tan desgarrador que le partía el alma. Sabía que debía estar agradecido de que nadie lo hubiera descubierto, viendo atrás, fue un verdadero milagro. Sí, alguien se daba cuenta, ni siquiera el apellido de su padre y la magia de su madre podrían protegerlo.

No podía seguir engañándose, mantener esa mentira conseguiría llevarlo a la muerte, a él y a su hiani. No tenía miedo a morir, pero no soportaba pensar que él también abandonaría el mundo.

No se trataba de sexo, ni de que le gustaran los hombres. Era él, en el sentido más abstracto y amplio de la palabra.

Nunca podría olvidar la primera vez que le vio.

Su vida cambió por completo al recibir la llamada de su padre. Dejó la ciudad donde nació, a su mejor amigo y se fue a lo desconocido. Era un inmenso honor, también un paso sin retorno.

Su llegada a Oslo fue fría e impersonal. No le sorprendió porque los vampiros no eran efusivos y los brujos que vivían con ellos tampoco. Organizaron una elegante cena, para hacer la toma de apellido después de la ceremonia, que había dejado a Dariuss durmiendo.

Se habían reunido muchos vampiros y brujos de buenas familias de las casas matrices europeas, resultando tan aburrido como cualquiera de las que tenía en Washington, pasó la noche enviando mensajes a Adson.

Estaba enfrascado en su conversación, hasta que percibió algo en su interior que se encendía.

Como una llama, una explosión. Alzó la cabeza y no pudo ver nada que no fuera él.

Su magia reaccionó al instante, zumbando y vibrando de manera extraña. Sus miradas se encontraron a través de la sala, y el impacto hizo que todo su cuerpo temblara. Aunque había decenas de personas entre ellos, en ese momento se sentían completamente solos en la habitación.

Lo absorbió todo como un naufrago sediento de agua dulce. El reflejo de las lámparas de cristal sobre su pelo rubio, sus ojos del color del oro fundido, sus labios rosados y entreabiertos por la sorpresa, sus dedos largos sosteniendo un vaso de *whisky*, la pose indolente con la que estaba apoyado en la pared.

Lo vio murmurar algo, ignorando a sus dos acompañantes. Antes de que pudiera comprender lo que sucedía, él había abandonado el vaso y se movía en su dirección.

Supo cómo sonaría su voz segundos antes de que se detuviera a su lado.

—Llevo toda la vida esperándote. —Fue la primera frase que su hiani le dedicó, la primera vez que le habló, su primer encuentro. Fueron cinco palabras que marcarían el resto de su vida.

Entendió a qué se refería, existía algo en él que siempre había extrañado, aunque nunca hubiera perdido nada.

Estaba tan nervioso que no fue capaz de responder. Le ofreció la mano buscando la voz para decir algo, lo que fuera, pero su mente estaba en un bucle del que no podía salir.

«Mío, mío, mío». Fue el pensamiento más fuerte y seguro que había tenido en toda su vida. Su magia lo reconocía como una extensión de sí mismo, sabía que se pertenecían el uno al otro. Una parte de él, estaba allí, en un cuerpo que no era el suyo.

Él se quedó mirando su mano con gesto desconcertado antes de sonreír y estrechársela.

—Ares Elder.

Sintió calor por todas partes, mientras su nombre parecía expandírsele por la piel. Las ventanas del salón de fiestas se abrieron de golpe, empujadas por una violenta ráfaga de viento llegada de ninguna parte.

Ares le dedicó otra sonrisa que lo dejó sin respiración.

—Aire. Me gusta. —Le encantó su voz, baja, ronca, cálida, igual que él.

Notó su magia presionando, tratando de salir de su cuerpo para alcanzarlo, como si tuviera necesidad de él. Por un instante vio un halo rojo rodeando a Ares, palpitando como un corazón que latía al ritmo del suyo.

—Fuego —murmuró al sentir una corriente de magia y calor, envolviéndolo y disipando el frío que solía experimentar en presencia de vampiros.

Pasaron toda la noche conociéndose, escuchó más que habló, dispersándose el cansancio del viaje y el tedio de la fiesta. Ya no volverían a separarse, era una bendición de la magia que se hubieran encontrado, así que pasaron años practicando la forma de trabajar juntos, uniendo sus elementos en uno.

Fue muy feliz, de los mejores años de su vida, cuando eran solo ellos dos y podía excusarse creyendo que todavía se estaba acostumbrando a una unión tan íntima.

La realidad fue que se enamoró de él con apenas un vistazo, con menos de una respiración y sin necesidad de ninguna palabra.

Ellos simplemente fueron.

Dos almas tan entrelazadas que ya eran una, dos cuerpos que encajaban como una sola pieza, dos corazones que se unían cuando canalizaban su magia juntos.

Una unión extraordinaria, incluso en el mundo sobrenatural, algo único. Perfecto... irreal... prohibido.

Entre ellos hubo una conexión fuerte y hasta la llegada de Alizon, fue una unión inigualable.

—¡Reyx!

Levantó la cabeza al escuchar la voz de Adson, que salió al balcón mirando con curiosidad alrededor.

—Llevo un rato llamando a la puerta. ¿Por qué no contestabas?

—Estaba pensando. Lo siento —dijo bajando la cabeza para no mostrar sus ojos llenos de lágrimas no derramadas.

—¿Es por lo de Quione y Drusila? —le preguntó. Confiaba en Adson, sabía que sus secretos siempre estarían a salvo con él—. Lo que nos contó la bruja es preocupante.

—Lo sé —mintió—. Mañana llamaré a Laurent para informarle sobre lo que averiguamos hoy. No le va a gustar nada.

—¿Mañana? —preguntó Adson frunciendo el ceño con preocupación—. ¿No deberías volver ya?

Sabía a qué se refería; su rostro demacrado en los últimos días, el cansancio. Incluso su magia emitía una energía extraña, una sacudida constante, como si estuviera buscando algo. No a algo, sino a alguien.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? —trató de bromear. Porque la otra opción era dar unas explicaciones que no quería y respuestas a preguntas que tenía prohibido hacerse.

Adson no mordió el anzuelo.

—Los hianis no pueden estar separados —le recordó—. No deberías ignorar el problema, sea lo que sea, lo resolveréis.

Bajó la cabeza al suelo, con las mejillas ardiendo por la vergüenza. Hizo un gesto de negación sin decir nada.

Adson le puso los dedos bajo la barbilla, obligándolo a levantar la cabeza.

—No puedo ayudarte si no me cuentas qué te pasa. ¿Te trata mal? —le preguntó preocupado.

—No seas ridículo, la unión no permitiría que me hiciera ningún daño.

El ceño de Adson se hizo más profundo.

—Hay muchas maneras de herir a alguien.

—Ares nunca me lastimaría a propósito —contestó.

Adson dio un paso atrás alejándose de él.

—Y a pesar de ello, lo hace. Un hombre talentoso tu hiani —dijo con desprecio.

—No digas eso de él. —Era imposible no defenderlo—. No es culpa suya, te doy mi palabra. Tengo... algunas cosas en las que pensar y necesitaba tiempo a solas. Eso es todo.

La ceja de Adson se alzó en un gesto de incredulidad.

—No puedo hablar por experiencia propia, pero hasta donde sé, los hianis son una fuente de fortaleza y poder. Su vida consiste en estar juntos, para toda eternidad —le volvió a recordar con ironía.

Asintió varias veces tratando de ganar tiempo porque quería evitar la conversación.

—No diré nada más, no quiero escuchar mentiras ni excusas. Pero deberías aclararte y llamarlo para que venga aquí si no puedes marcharte aún. Estaremos orgullosos de recibirle también.

—No —negó enseguida—. No quiero que venga aquí, él tiene una vida allí y...

El gesto de Adson cambió a una mueca de enfado.

—¿Una vida? Los hianis no tienen vida, sus consortes lo son todo. La magia los crea para ser uno solo.

Sonrió con nerviosismo apartando la cara.

—Sabes que eso no es verdad, los hianis podemos casarnos y tener hijos. Compartir el alma y la energía no significa que tengamos que estar pegados a cada minuto —trató de engañarlo.

—¿Cuántas veces te has separado de él más de unas pocas horas en estos años? —preguntó Adson.

Volvió a mirar al suelo. «Nunca».

—Ya —murmuró Adson entendiendo la respuesta, aunque no lo dijera en voz alta—. ¿Te ayuda hablar con él por teléfono? ¿Hacéis videollamadas?

—Sí —mintió a la desesperada—. Eso ayuda. Volveré mañana o pasado, todavía tengo un par de cosas que investigar.

Adson lo miró de arriba abajo.

—Mejor mañana que pasado. No insistiré más, pero si sigues así te llevaré yo mismo a nado.

Le sonrió tratando de calmarlo.

—¿Tomamos una cerveza? —ofreció.

—Pagas tú —le respondió Adson. Lo amenazaba a todas horas con lo mismo, pero nunca permitió que se hiciese cargo de la cuenta.

Sonrió asintiendo con la cabeza, siguiéndolo fuera la habitación, ignorando el dolor que le quemaba el pecho. Se le acababa el tiempo.

4. Catarsis

Se dejó caer sobre la cama con miles de pensamientos, ahogando su mente entumecida, víctima del alcohol.

No quería pensar en nada, por eso salió a beber, para olvidar y tratar de adormecer el dolor.

Estaba más cansado de lo que jamás se había sentido, era como si por fin, después de tantas semanas conteniéndose, algo dentro de él se hubiera roto. Saber que debía volver era insoportable, sentir el anhelo y enfado de Ares a través de su marca, también.

Cerró los ojos intentando calmarse y buscar una explicación a lo que le estaba pasando, pero no encontró ninguna.

Las lágrimas quemaron sus ojos amenazando con desbordarse. No iba a llorar, nunca lo hacía. Los sentimientos eran para humanos, ¿qué sentido tenía en un metza? Daba igual lo que sintiera o quisiera, su única labor era proteger a brujos y vampiros. Su vida fue establecida desde que nació y acabó de cerrar su ataúd cuando se unió a Ares. Se obligó a ponerse en pie, y arrastrarse hasta el baño. Por el camino fue quitándose la ropa y los zapatos para meterse en la ducha.

Pasó las manos entre su pelo mientras levantaba la cabeza hacia el chorro de agua, buscando despejarse y que todo dejase de girar a su alrededor. Las imágenes de su vida juntos volvieron a su cabeza.

Tendría que haberse dado cuenta cuando se conocieron. La forma en que se le erizaba la piel al tocarse, la manera en que se estremecía si le hablaba al oído, el aire cortándose en su garganta si se acercaba demasiado.

Debería haberlo consultado con alguien, quizá existía alguna manera que no conocía de alejarse, pero lo cierto es que hasta donde sabía, no se podía invertir el proceso. Una vez encuentras a tu hiani ya no hay marcha atrás. Nadie sería tan estúpido como para desperdiciar un regalo así.

Sabía que a lo largo del mundo había muchos tipos de magia que los metzas no dominaban, quizá si hubiera buscado lo suficiente...

Quiso darse de cabezazos contra la pared. ¿Por qué seguía haciéndose eso? ¿Por qué estaba tan empeñado en lo que perdió, cuando nunca fue suyo? Ares no sentía lo mismo que él, lo sabía y, aun así...

¿Tendría la misma vida si no lo hubiera conocido? ¿Fueron sus almas compartidas lo que hizo que se fijara en él? ¿Fue esa unión la que hacía que no pudiera pensar en nada más que él? ¿Qué diría Ares si algún día se enteraba? ¿Lo odiaría? No soportaría ver la decepción en su cara, sentir mediante su unión que lo despreciaba. No podría con ello.

Estaba siendo idiota, debería conformarse con lo que tenía. Era un milagro conseguir un hiani, ¿por qué necesitaba más?

No tuvo ningún problema hasta que creó ese vínculo distinto con Alizon. Ares no entablaba relación con nadie, se tomaba todo a broma, especialmente a las mujeres. Ahí fue cuando empezó a agobiarse. Al darse cuenta de que con Alizon había abierto las puertas de par en par. La buscaba, le permitía ir a su habitación y cuando discutieron... la fiereza con que la defendió lo rompió un poco.

“—¿De verdad le hablaste a Laurent sobre Alizon?

Apretó los labios sintiendo su enfado recorriéndole el cuerpo. No iba a discutir, pero tampoco a retractarse.

—Solo hacía mi trabajo.

Ares chasqueó la lengua.

—¿Tu trabajo es acusar a otro metza?

—No acusé a nadie —contestó con paciencia—. Laurent me hizo una pregunta y respondí, es mi superior.

De nuevo un chasquido y más enfado, quemando su interior de parte de Ares.

—No lo es. Tu padre lo transformó, pero tú eres su hijo legítimo. Si quisieras podría mandar en la casa, tu rango es mayor.

Esta vez no respondió, lo miró fijamente. Él sabía de sobra que no quería tomar ese puesto, no le gustaba mandar ni lo que implicaba. Ares tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—No voy a disculparme. Laurent me preguntó si la había visto experimentando con fuego y le dije que sí, porque es la verdad.

Notó su dolor como si fuera propio.

—Todos los que usan fuego son peligrosos. ¿No? —le dijo Ares con voz apagada.

—Tú sabes que no creo eso.

La mirada de Ares se ensombreció al notar la mentira.

—Es por eso, piensas mal de ella por su elemento.

—No es eso —insistió perdiendo la paciencia.

—No me mientas. Sabes que no puedes mentirme de forma directa.

—No tiene que ver con su magia.

—Pero ella no te gusta —le atacó Ares sin darle tregua.

Lo miró mordiéndose la lengua sin decir nada.

—¿Por qué? —le interrogó.

—No me cae bien, sin más. No tengo que ser su amigo, es una más de la casa. No pertenece a mi círculo.

Ares se enfureció.

—Pues al mío sí, más te vale acostumbrarte a ella porque no se va a ninguna parte. No se merece tus constantes desplantes, todos comienzan a murmurar.

—le advirtió.

—Me da igual, no voy a forzarme a estar con alguien que no me gusta solo para evitar los rumores.

—No lo harás por los demás. Yo te lo estoy pidiendo, tienes que llevarte bien con ella.

Su corazón encogido hizo que respondiera sabiendo que estaba forzando los límites de Ares.

—¿O qué?

Ares giró la cabeza dedicándole una mirada helada.

—Lidia con ella, miente o finge, no me importa. La tratarás con respeto, porque yo te lo pido.

—No estás siendo justo —protestó mientras su mente iba a mil por hora. Alizon no era una más, era su elegida. Ares nunca le hablaría así si no fuera importante para él.

—No se trata de respeto. Eres mi hiani, te comportarás como lo que eres. Mi compañero de magia.

Todo en su cabeza pareció aclararse. Alizon era mucho más de lo que él pensaba, puede que el propio Ares todavía no entendiera cuánto. Conocía a su hiani, nunca le había hablado así, de esa manera tan altiva e impersonal, menospreciando su unión.

Le hizo daño escuchar cómo la anteponía y se empeñaba en obligarlo a lidiar con ella. No

estaba siendo justo del todo, por supuesto. Podría intentar explicarle a Ares que cuando se acercaba a Alizon, notaba su elemento no como algo natural y fluido, sino que le daba la misma sensación que si alguien le estuviera apuntando con un arma; peligroso y oscuro.

No consiguió el valor para hacerlo, en primer lugar, no tenía pruebas, en segundo porque temía que incluso si lo hiciera, Ares no lo tomaría en serio”.

Después de esa pelea las cosas cambiaron, se alejaron todo lo que el vínculo les permitía viviendo en la misma casa.

Sabía que parte de su distancia fue porque entendió que sus problemas con Alizon, tenían que ver con su elemento. Era ridículo, pocas veces se sentía más tranquilo que cuando el fuego de Ares lo tocaba. Si quería arreglar las cosas debía ser él que diera el primer paso en lugar de hacerlo, huyó a Estados Unidos.

Dolía verlos juntos, le lastimaba no ser el primero. ¿Dónde quedó el Ares que lo anteponía a cualquier cosa?

“—No pensaba ir a esa fiesta —le confesó Ares años después de conocerse—. Era tan aburrida como las demás, pero llevaba días inquieto y esa noche hubo algo que me empujó hacia ti, guiando mis pasos por un camino que no conocía. La magia me llevo directo a ti, hiani. Mi hiani, alma de mi alma”.

El recuerdo de Ares diciéndole esas mismas palabras le golpeó como un yunque.

Ares usaba esa palabra pocas veces, generalmente a solas, si se frustraba porque no le entendía, cuando quería calmarlo, a veces solo decía eso. Hiani... como si le gustara pronunciarlo, y al hacerlo en voz alta cuando no había nadie, tuviese un significado distinto.

Las lágrimas se mezclaron con el agua mientras su cuerpo empezaba a temblar.

“—¿Y dónde dicen los libros que debemos unirnos en privado? —Había preguntado con curiosidad al escuchar su petición de hacer un juramento solo entre ellos.

—No lo dicen los libros, ni los brujos, ni los metzas, ni los vampiros. Estaba nervioso por nuestra ceremonia y me fui a dormir temprano. Soñé con esto —le confesó.

—¿Por qué vamos a hacerlo ahora? No significará nada —insistió tratando de calmar el latido de su corazón.

Ares había sonreído con un gesto tranquilizador.

—Ahora es cuando tiene todo el significado. Porque mañana vamos a decirlo para que la casa lo sepa, pero hoy es por ti. No como un trámite, nuestras almas tienen que unirse en privado, porque por fin volveremos a ser uno solo. La primera vez que te llame hiani con todo el derecho, no quiero que sea con nadie más en la habitación. Esto es nuestro Reyx, solos tú y yo”.

Lloró con amargura recordando el momento, ese instante único y mágico, mientras Ares abría las puertas de la terraza para dejar entrar la luz de luna y apagaba las demás luces de la habitación. Se quedó paralizado, mirándole mientras sus palabras se expandían por su interior.

Todavía recordaba sus ojos dorados brillando a la luz de la luna, Ares le había dedicado una sonrisa, como si lo que hacían no fuera a cambiarlos para siempre.

“Se detuvo delante de él, cogiéndole la mano con suavidad, notó el temblor a pesar de la seguridad que le transmitía, y su mirada nerviosa antes de que empezara a hablar.

—Ven... no quería repetir el hechizo de unión, así que... elegiré mis propias palabras, espero

que no te importe.

Le pareció la visión más hermosa del mundo, porque Ares no se ponía nervioso o tenía miedo, pero se estaba mostrando vulnerable y dejándole ver una parte de sí mismo que sabía, que pocos podían ver.

—Mi alma nació arrancada de la tuya... —Todavía puede sentir sus manos heladas por los nervios, y su respiración entrecortada mientras se estremecían juntos por el poder que emanaba de ambos—, ...vagué por la tierra incompleto, buscándote sin saberlo... —Cada una de aquellas palabras le habían quitado el aliento entonces y todavía lo hacían.

»...Y como en un espejo, al verte supe que eras mi reflejo. Estuve solo en la oscuridad hasta que llegaste para completarme. —Juraría que el destello que había visto en los ojos de Ares eran lágrimas, pero quizá solo fue su mente jugándole una mala pasada.

»Desde hoy y hasta el día de mi muerte, te entrego mi alma y te pido a cambio la tuya, para que vuelvan a entretenerse y no se separen jamás.

Supo que estaba perdido en cuanto le escuchó decir las primeras palabras, palabras que nunca fueron pronunciadas, que no pertenecían al hechizo de los hianis, o a la magia de brujos y metzas.

Ares inventó su propio ritual, cargado de dolor, de miedo, de expectación, de esperanza, pero sobre todo de verdad.

De una verdad única y sincera para decirle lo que significaba tener un hiani.

Se derrumbó hasta el suelo de la ducha, llorando sin control, rememorando su voz entrecortada al repetir cada frase.

La inmensidad de ese juramento los cogió desprevenidos y los expuso al otro, incluso sin el hechizo de alianza, sus esencias se unieron y sus almas se fundieron de forma espontánea. No fue brusco ni desagradable, a pesar de lo que decían los manuscritos y los ancianos. Fue fácil, natural, cálido... igual que volver a casa. Se abrazaron de rodillas en el suelo, queriendo fundirse de todas las formas posibles.

Algo dentro de él, una fuerza extraña y poderosa parecía correr por sus venas reconociendo la unión, diciéndole que aquello era lo correcto, que era como debía ser.

—Te prometo que pasaré el resto de nuestra vida honrando esta unión. Sé mi hiani, Reyx. Acéptame... por favor.

Ares no rogaba, no pedía nada, se conformaba con lo que le daban y jamás se quejaba. Esa era la única petición que le había escuchado pronunciar desde que lo conocía.

Las lágrimas, igual que ahora, fueron incontrolables.

—Lo haré, seré tú hiani. Aunque nunca nos hubiéramos encontrado sería tuyo —aceptó presenciando como lágrimas silenciosas bajaban por sus mejillas.

—¿Por y para siempre? —preguntó cogiendo su mano de nuevo, mirándolo de frente sin ocultarle sus lágrimas.

—Por y para siempre —aceptó sin titubear—. Siempre estaremos juntos.

Esta vez fue Ares quien lo abrazó.

—Gracias hiani... mí hiani —musitó con evidente gusto, como si esa palabra hubiese sido un tabú y de repente se le permitiera pronunciarla y quisiese regodearse en ese pequeño placer. Como único testigo de su pagana unión quedó el manto nocturno y su implacable memoria”.

Nunca le se lo comentó a nadie, ni siquiera a June o Adson. Solo ellos sabían que había pasado, pero para él esa declaración fue especial, única. Incluso cuando celebraron el hechizo delante de toda la casa no tuvo el mismo significado.

Hubo algo en esa noche que la hizo distinta. No eran imaginaciones suyas, porque en todos

esos años Ares nunca le había hablado de ese momento, era algo privado, casi sagrado entre ellos y al parecer exigía una norma no escrita de no volver a nombrarlo.

Un llanto indigno llenaba su pecho, apenas le permitía respirar, pero se mantuvo bajo el agua, negándose a llorar de verdad.

No podía derrumbarse de esa manera, pero cada vez que Ares le miraba a los ojos y le llamaba hiani, entendía otra cosa. Entendía amor, y que era la forma de decirle que lo quería y que podían tener una oportunidad.

Un loco, en eso se había convertido por culpa de ese monstruoso amor. Creía ver celos en su mirada cuando alguien se le acercaba, un desequilibrado que salía de su propia casa en la madrugada para no escucharlo teniendo relaciones con mujeres, un chiflado que insistía en desvariar con finales felices mientras Ares construía un futuro con Alizon.

Un insensato que acabaría loco de dolor y celos, desperdiciando su vida mientras niños de ojos marrones le llamaban tío Reyx. Un trastornado que confundía el amor de hermano con un amor prohibido que nunca existió.

Cayó contra la pared de la ducha sin dejar de llorar.

No tenía sentido. Si la magia los creó para estar juntos a partir de una misma esencia y alma, ¿Por qué lo maldecían con ese amor? ¿Qué sentido tenía regalarle la mayor de las bendiciones si a cambio lo condenaba a sufrir hasta su muerte por ese abominable sentimiento?

Levantó la cabeza al techo dejando salir un grito de angustia.

¿Cómo se supone que iba a vivir con todo lo que sentía por dentro? ¿Cómo soportaría verlo casarse o tener hijos? El dolor estalló en su pecho solo con el pensamiento mientras los sollozos resonaban por todo el baño.

Iba a volverse demente, no aguantaría eso ni un día más, no podía. Que la magia lo perdonara, pero no era tan fuerte. No era una bendición, era una sentencia a muerte, incluso más allá de eso, porque sus almas, una vez muertos, volverían a unirse en una sola.

¿Cómo iba a entregarle su alma a alguien, si Ares la tenía incluso antes de su nacimiento? Se rio entre lágrimas, superado por el momento.

Nunca se libraría de él, estaban unidos para siempre, nacieron unidos y aunque no se hubieran conocido, Ares sería el legítimo dueño de su alma, su mitad, su hiani. Era su condena para toda la eternidad.

5. Regreso al hogar

Apuró la carrera explotando su cuerpo al límite, esquivando las ramas a saltos para no perder ni un segundo. A su espalda podía escucharle, sabía que un error haría que se abalanzara sobre él, por lo que siguió corriendo al máximo de su capacidad el último kilómetro.

Alzó los brazos en señal de victoria mientras Adson llegaba dos segundos más tarde.

—Me debes una cerveza —dijo al agacharse para recuperar el aliento.

Adson puso los ojos en blanco a unos pocos pasos de distancia.

—Olvidé lo rápido que puedes ser —protestó.

Reyx se rio mientras andaba hasta la fuente que había al final del parque de Rock Creek.

Se lavó las manos en el chorro de agua helada antes de mojarse la cara y el cuello para limpiarse el sudor y bajar la temperatura.

—Tienes que ponerte en forma, eres muy lento —se burló salpicándolo.

No era cierto, corría menos que él, pero se mantenía en buen estado.

Adson se rio sin picar el anzuelo.

—Te estaba dando margen para que no te fueras machacado a Oslo. ¿A qué hora despegas tu avión? —le preguntó antes de inclinarse a beber de la fuente.

Tragó saliva con nerviosismo, por eso quiso salir a correr, para despejarse y no seguir pensando en lo que encontraría a su vuelta.

—Es increíble que lleves tanto tiempo sin tu hiani y todavía puedas hacer una carrera de una hora sin caer desplomado —continuó hablando Adson—. Vuestra magia unida tiene que ser impresionante.

De nuevo optó por quedarse callado. Lo era, juntos eran formidables. Una parte de él extrañaba sentir la magia de Ares rodeándolo, otra... prefería de una manera ridícula e infantil, ni nombrarlo.

Iba en contra de su naturaleza, pero su horrible episodio en la ducha había servido de catarsis. Tenía que lidiar mejor con toda la carga que llevaba dentro o no podría seguir adelante. La debilidad y el hastío dieron paso a unas fieras ganas de hacerse más fuerte y sobreponerse.

Su mente estaba más clara a pesar de sentir la ausencia de Ares como una herida sangrante. No sabía lo que quería para su propio futuro, pero sí lo que no deseaba repetir.

—¿Crees que Laurent te enviará de nuevo?

—Estoy convencido de ello. Lo que he descubierto es preocupante, aunque seguimos sin saber detalles que son cruciales. Puede que se estén preparando para atacar la casa matriz.

Adson puso los ojos en blanco, quitándole importancia a sus palabras.

—Ya te lo dije, hechizos de primer nivel rodean toda la ciudad, si un hombre lobo entra lo sabremos. Y gracias a ti, ahora sé a lo que me enfrento. Atacaré sin preguntar si se acercan a los míos.

Sonrió sin poder evitarlo. Lo único bueno de todo el desastre, era que había recuperado a Adson. Su química, pese a los años separados, seguía intacta. La forma que tenían de adivinar lo que pensaba el otro, la habilidad de comprenderse con apenas una mirada. Quizá el recuerdo de su vida pasada en solitario era parte de esa magia, pero a su lado se sentía capaz de hacer lo que fuera por sí mismo.

Adson le pasó la mano por el hombro acercándolo a él.

—No te dejaré marcharte hasta que me prometas que volverás. Trae a Ares contigo, tomaremos unas cervezas juntos y hablaremos mal de ti.

Se rio apretando su costado contra el suyo.

—Volveré, me gusta estar aquí. Si pudiera no me iría —le confesó.

—No puedes, tu lugar está en Oslo —le recordó Adson.

—Ya lo sé, por mi hiani —dijo decaído.

—No, por tu padre. Tienes que guardar su apellido y su puesto hasta que despierte —le señaló él con delicadeza.

Miró a un lado para que no viera sus mejillas encendidas por la vergüenza. Estaba tan sumido en sus problemas que había olvidado, lo que le llevó a Oslo por primera vez.

—¿No te gustaría retroceder en el tiempo? ¿Cuándo las cosas eran más fáciles y solo éramos nosotros? —le preguntó Adson sin soltarlo, guiándolo por la hierba recién cortada de camino a donde habían aparcado el coche.

Suspiró pasando una mano por su cintura, fingiendo que se apoyaba en él, aunque en realidad solo buscaba su proximidad.

—Ojalá, ¿recuerdas cuando nos escapábamos por la ventana para ir al cementerio? —le preguntó con cariño.

Adson se rio perdido en sus propios recuerdos.

—Eran buenos tiempos. Era el único momento, en el que podíamos estar juntos sin que nos controlaran las brujas o los vampiros. ¿Recuerdas nuestro primer día de San Patricio? ¿Qué edad teníamos? —preguntó de buen humor abriendo las puertas del coche.

—Quince —contestó sin dudar—. Fue la primera vez que nos emborrachamos, al volver a casa dormimos en el invernadero para que no nos castigaran.

Adson lo miró a los ojos, abriéndole la puerta del copiloto, dejándolo pasar.

—Todas las primeras veces de mi vida son tuyas. Es curioso vivir tantas cosas con alguien, perderle y que al volver la magia siga intacta. Como si no pasara el tiempo y hubiera sucedido ayer.

Sostuvo su mirada, dejando que una sonrisa se esbozase en su cara.

—Lo sé. Gracias. Fue muy generoso por tu parte ponerme las cosas tan fáciles. No fui justo contigo al desaparecer de esa forma. Me gustaría darte una excusa, pero tener un hiani hace que todo lo demás sea trivial por frío que suene. Se convierte en tu prioridad.

Adson asintió como si le entendiera, sin apartar la mirada.

—Las prioridades cambian —le dijo en voz baja.

—Sí, lo hacen —le concedió. La magia de Adson tanteó la suya como cuando eran niños, no estaba prohibido, pero no era común que los metzas permitieran que otro tocara su magia. Ese tipo de unión se reservaba para las familias, los hianis y los matrimonios.

El toque del agua sobre su cuerpo le hizo sentirse bien y seguro, desde siempre los dos habían crecido con el elemento del otro, era una forma de reconfortarse en un mal día, celebrar cuando estaban contentos o un recordatorio de que no se encontraban muy lejos.

Convocó su elemento de la manera más suave que pudo y dejó que se deslizara sobre él. Adson cerró los ojos disfrutando de la sensación y la ternura le inundó el pecho.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuró Adson en voz baja.

Adson abrió los ojos con una sonrisa que por fin le mostró la misma tristeza que sentía por tener que separarse tan pronto.

—Demasiado. Voy a echarte de menos.

Tiró de él atrapándolo en un fuerte abrazo. No había una unión mágica, ni obligaciones, ni engaños, solo eran ellos, como siempre desde el principio de su vida.

—No volveré a desaparecer —le prometió apretándose contra él.

—Más te vale, porque esta vez no te dejaré ir —le amenazó al separarse.

Asintió con la cabeza, solemne, mientras entraba al coche y volvía por última vez a la casa matriz.

La sensación de calidez no lo abandonó durante sus vuelos de regreso a Oslo, todavía sonría cansado cuando salía por las puertas de embarque.

Apenas cruzó la barrera, sintió un golpe de fuego en el centro del pecho que le quitó la respiración. Fue tan intenso que tuvo que apoyarse en la pared intentando recuperar el aliento.

Una mano que conocía a la perfección apareció en su campo de visión.

—Hiani.

Cerró los ojos y lo sintió todo en apenas un segundo, una palabra, una sílaba. Ares. Tan destructor en persona como lo era su elemento.

Su mano lo agarró con fuerza, ayudándolo a estabilizarse.

—Hiani —lo saludó con torpeza—. No sabía que vendrías a buscarme.

—Para saberlo tendrías que encender el móvil —le dijo guiándolo fuera de la terminal.

—Tenía una misión —contestó en voz baja tratando de aplacar el enfado que emanaba de Ares.

—Soy consciente, Laurent me puso al tanto. También me contó que solo debía durar un día o dos —le respondió con tono cortante.

—La situación era más complicada de lo que parecía —dijo zafándose de él.

—No insultes mi inteligencia. ¿Tengo que recordarte que nos une un vínculo? Por mucho que trates de bloquearlo, percibo algunas cosas, las suficientes para entender que querías irte.

Enderezó la espalda, ignorando el pinchazo que le dio recordar que no era el único dueño de sus pensamientos.

—Lamento no haberte avisado, pero no por marcharme. Se me asignó una misión y aproveché para volver a casa.

—Washington ya no es tu casa. Yo soy tu hogar —le respondió Ares sin molestarse ya en disimular su frustración.

—No, no lo eres. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera contenerse y se arrepintió en cuanto lo hizo. La mirada herida de Ares era más dolorosa que recibir un golpe.

—¿Qué está pasando contigo? ¿Por qué te portas así?

—No me está pasando nada —contestó cruzándose de brazos en un intento de protegerse de la conversación que sabía no podía evitar.

—¿Nada? —preguntó Ares con incredulidad—. Reyx llevas fuera varios días. Días enteros forzando nuestro enlace, haciéndonos daños a los dos.

Lo miró de nuevo a los ojos, Ares parecía fuera de control, como si estuviera usando toda su determinación y energía para mantenerse tranquilo.

—No me fui, me enviaron a una misión —repitió.

—A mí no me salgas con excusas estúpidas. ¡Soy tu hiani! ¡Me debes respeto!

Tragó saliva dándole la razón mientras buscaba algo que decir. Ares no le gritaba nunca, que lo hiciera era un indicativo del límite que había cruzado.

—¿Desde cuándo viajamos sin el otro? ¿Cuántas veces has ignorado mis llamadas antes? —le presionó intentando forzarlo a responder—. Yo te lo diré, desde que Alizon llegó.

Lo miró consternado por sus palabras.

—Di la verdad. ¿Se trata de eso? ¿Es una protesta por nuestra última discusión?

—Deja de darle vueltas —le ordenó a pesar de que no quería enfadarlo—. No hagas una tragedia de esto, cumplía con mi deber. No tiene nada que ver con Alizon, ni contigo.

—¿Estabas tan ocupado que no contestas al teléfono y tratas de bloquear nuestra unión? —demandó Ares lleno de rabia.

—Sí, obedecía órdenes. No sabía si había hombres lobos cerca, intentaba que mi magia no llamara la atención —contrató aunque era una verdad a medias.

El silencio momentáneo de Ares no fue un buen presagio.

—Si esa es tu excusa, genial. Yo también voy a mentirte y decir que te creo.

Quiso disculparse, pero Ares no le dio la oportunidad, se giró y se metió en el coche, esperando a que se subiera. Suspiró con todo el cansancio del viaje, alcanzándolo al mismo tiempo.

Hizo un esfuerzo por bloquear su unión con Ares, buscando algo de intimidad para los dos después de su discusión y se resignó a un viaje tenso. Ya se arrepentía de volver y apenas habían pasado diez minutos desde que llegó al país.

June fue a buscarlo en cuanto dejó la bolsa sobre la cama.

—¿Dónde has estado? —le preguntó cerrando la puerta—. Te vas con una nota y no contestas al teléfono, Ares se estaba volviendo loco.

Hizo una mueca al escuchar el nombre de su hiani que había desaparecido en cuanto lo dejó en casa.

—¿Discutisteis otra vez? Acabas de llegar —le reclamó indignada.

—No era mi intención, dije algo que le hizo daño —reconoció sentándose en la cama.

—Tienes que arreglar las cosas con él, es tu hiani.

Y de nuevo esa palabra. Hiani, la palabra resonando como una sentencia de lo que está permitido y lo que no. Una cadena irrompible más allá de la muerte, una condena sin posibilidad de indulto. ¿Por qué hablaban todos con tanta facilidad de un vínculo que solo unos pocos vivían?

—Lo haré. ¿Qué novedades hay por aquí? —preguntó tratando de distraerla.

—Ninguna importante, salvo que abandonaste a Ares. Es la comidilla de la casa.

—June... —advirtió.

—Laurent les dijo a todos que pediste un permiso para volver a Washington, pero le contó a Ares cual era tu misión. ¿Resolviste la situación?

—Recopilé toda la información posible, aunque apenas sé más que cuando me fui. Hay algo en esta historia que no logro entender. Tendré que regresar a Washington pronto. Necesito averiguar más e ir a los lugares donde ellos estuvieron, para saber qué hechizos estaban usando. Tratar de encontrar una lógica a lo sucedido.

—¿Qué hay que entender? Decidieron meterse con la manada menos indicada. Hay que tener muchas ganas de morir para tratar de atacar a la manada de Aurora. Les gustaba demasiado forzar su suerte, algún día se iba a acabar. Los hianis sois más fuertes, pero no inmortales.

No dijo nada porque no estaba seguro de qué decir. No sabía cuánto le había contado Laurent a Ares y no quería arriesgar el secreto. Quizá podría preguntarle más tarde cuando tratara de convencerlo de que lo dejara volver a Washington.

6. Remordimientos

—¿Qué estás insinuando? —le preguntó Laurent mirándolo con atención.

—No insinúo nada. Los hechos probados me llevan a pensar que usaban magia prohibida —le explicó con paciencia.

Ares lo miró sentado en la silla de al lado. Ya estaba en el despacho cuando Laurent lo mandó llamar.

—¿Qué tipo de magia? —lo interrogó.

—No lo sé, pero han dejado tras de sí un rastro de manadas desaparecidas que resulta imposible pasar por alto. Aun con la colaboración de un hombre lobo, dos metzas no podrían enfrentarse a tantos de ellos. Además, no hay restos, aniquilaron manadas enteras sin dejar el más mínimo rastro. Definitivamente, se trata de magia prohibida.

Laurent movió la pluma que tenía en la mano mientras pensaba.

—¿Qué sugieres?

—Pido permiso para volver y tratar de encontrar el lugar donde vivían. Puedo utilizar magia y averiguar qué tipo de residuo dejaron sus hechizos.

A través del vínculo le llegó la respuesta de Ares. Era un “no” gigante, subrayado y en negrita.

—¿Hay rumores sobre ellos en Washington?

—No, y eso fue lo que realmente me desconcertó. Fueron erradicando manadas más pequeñas en los alrededores hasta llegar a Royal, que era el lugar de procedencia del lobo que los auxiliaba. En esa área hay una casa matriz llena de personas; cualquier metza o brujo debería notar un poder mágico tan pronunciado o al hombre lobo que los acompañaba.

—¿Y no lo hicieron? Los lobos de Royal no pueden pasar desapercibidos, su esencia es fuerte y son guerreros —señaló Laurent.

Asintió en acuerdo con su apreciación.

—Según los registros de la casa matriz, el último hombre lobo que entró a la ciudad fue un omega al que eliminaron mientras se alimentaba de un humano, fue hace cuatro años.

El ceño de Laurent se profundizó.

—Puede que el dirigente de la casa matriz no les dé importancia a los lobos. Muchos son indulgentes cuando se trata de esa raza —opinó sin dejar de mover su pluma.

—Este no es el caso, Adson es un líder dedicado y meticuloso. La única forma en que se le pase algo es que Drusila y Quione se esforzaran por cubrir su rastro para no llamar la atención —le defendió sin pensarlo, en los días que había estado allí fue testigo de cómo dirigía la casa y sabía lo cauto que era cuando se trataba de mantener a todos a salvo.

—¿Adson? —repitió Ares sorprendido—. ¿El dirigente de Washington es el metza con el que te criaste? —Le había hablado de él alguna vez, pero nunca en profundidad, por lo que le extrañó que recordase su nombre.

Ignoró la pregunta para seguir mirando a Laurent, que tampoco lo perdía de vista.

—Puedo volver unos días y averiguar mucho más, soy bueno rastreando magia, encontraré su guarida. Mi enlace puede aguantar la distancia y Ares se quedará aquí guardando el apellido de mi padre como mi representante —le ofreció, ignorando las oleadas de malestar que venían de su hiani.

Laurent sostuvo su mirada un poco más antes de observar a Ares.

—No va a ningún sitio si no voy con él. Es mi hiani, soy su consorte y tengo derechos sobre él.

—No podemos irnos los dos —protestó enfrentándolo—. Mi padre sigue durmiendo.

—Laurent es su creación, puede guardar tu puesto mientras vamos a investigar juntos —le contestó Ares sin alterarse.

—No. Llamaremos la atención, la casa matriz me conoce, se fían de mí. Te quedarás en Oslo —le ordenó frustrado.

Los ojos dorados de Ares se encendieron como si estuvieran hechos de lava mientras se inclinaba sobre él invadiendo su espacio, sujetándole de la muñeca para acercarlo.

—Me debes respeto, a mí y a nuestra unión. Los hianis siempre están juntos, en cada situación, pase lo que pase. Si te vas, me marcho contigo. Si te quedas, aquí estaremos los dos. Tú y yo, hasta después de la muerte —siseó furioso.

Se deshizo de su agarre y se puso en pie lanzándole una mirada helada mientras proyectaba todo su enfado en su unión para hacerle saber cómo se sentía.

—Sal fuera. Ahora —le ordenó obligándose a controlar la voz.

—No —contestó Ares apretando los dientes.

—Fuera, es una orden como tu superior. —La furia de Ares quemó a través de su marca, pero le mantuvo la mirada negándose a retroceder. En su jerarquía estaba muy por encima de Ares y aunque odiaba ese tipo de clasificación que no tenía en cuenta el talento ni el trabajo, era lo único que podía hacer para sacarlo de la habitación.

Ares salió dando un portazo que lo hizo encogerse.

—Qué sorpresa más inesperada. Tras tantos años juntos, parece que vuestra luna de miel ha llegado a su fin. Jamás habría pensado presenciar este día —comentó Laurent con un tono jocoso, mostrándose entretenido. Como cualquier vampiro, encontraba fascinante todo lo imprevisto.

Lo miró sin pronunciar ni una sola palabra.

—Petición denegada —dijo Laurent dándose por vencido cuando no añadió nada—. Volverás a Washington con Ares y averiguarás todo lo que puedas. Saldréis tan pronto os sea posible. Si las circunstancias son tan inusuales como parecen, necesitarás la protección de tu consorte mágico.

Asintió y salió de la habitación haciendo un esfuerzo por no dar también un portazo. Pasó por los pasillos ignorando a los que lo saludaban, pero al llegar a una esquina lo agarraron del brazo y lo metieron dentro de una habitación.

—¿Ibas a dejarme atrás de nuevo? —preguntó Ares, aún más furioso que antes.

—No voy a discutir, ya ganaste. Mañana volamos los dos a Washington, aprovecha tu última noche aquí.

—¡Basta! —le ordenó Ares clavándole los dedos en la piel, arrancándole un siseo. Intentó librarse, pero solo consiguió que apretara con más fuerza—. ¿Por qué nos estás haciendo esto? Tratas de bloquear nuestra unión, me insultas diciendo que no soy tu hogar, me faltas al respeto delante del dirigente de la casa tratando de abandonarme. ¿Qué demonios pasa?

—¡Nada! —gritó empujándolo con la otra mano para hacerlo retroceder—. Nada maldita sea, déjame en paz.

Ares se quedó petrificado, mirándolo como si fuera la primera vez.

—No me pasa nada —dijo más tranquilo—. Necesito espacio, me ahogo. Me miro en el espejo y solo te veo a ti. Tengo que respirar, me asfixias.

—Soy tu hiani —respondió Ares en un hilo de voz que le dolió más que recibir una puñalada en el corazón.

—Ya lo sé. Lo sé —murmuró agobiado, tratando de pensar en medio del dolor que percibía de Ares—. Lo siento, no quiero hacerte daño. Solo quiero... yo necesito...

Aguantó las lágrimas a duras penas y retrocedió un paso. No podían hacer eso allí, se expusieron delante de Laurent y siempre había oídos y ojos vigilando en la casa.

—Iré a comprar los vuelos, haz la maleta para una semana —le ordenó saliendo al pasillo con rapidez.

No volvió a respirar con normalidad hasta que la puerta estuvo asegurada a su espalda y pudo derrumbarse en la cama.

¿Qué estaba haciendo? Portándose de esa manera, solo llamarían la atención.

El sonido de su móvil cortó sus pensamientos, descolgó sin mirar quién era.

—Hola. —El alivio lo recorrió de la cabeza a los pies al reconocer la voz de Adson.

—Nunca me había alegrado tanto de escuchar tu voz —murmuró agradecido.

Su risa lo hizo sonreír.

—Bueno, eso me ofende un poco, cada vez que me ves deberías sentir que estás en una fiesta, pero supongo que tendrá que valer —le dijo de buen humor—. ¿Un día duro?

—No te imaginas cuánto. No quiero hablar de eso, cuéntame algo tú.

Cerró los ojos mientras Adson divagaba sobre su día, de nuevo dando y no exigiendo. Compró los billetes y preparó la maleta sin parar de hablar. Dejó todo listo antes de tumbarse en la cama y resignarse a pasar las siguientes horas despierto.

Sondeó su unión con Ares, que permanecía en un horrible y anormal silencio. Estaba usando su elemento para bloquearla.

Consiguió dormirse en algún punto de la noche, pero su sueño fue interrumpido por el sonido del móvil de nuevo.

—No quería discutir contigo.

—¿Ares? —respondió sorprendido.

—¿Sabes lo que es pasarse día tras día sin sentir nada a través del vínculo? —preguntó con voz baja y tomada por el alcohol—. ¿Buscarte con mi marca, intentar llegar hasta ti y sentir ese vacío que me consume?

Cerró los ojos, estaba cansado y sensible para tener esa conversación. De nuevo no era el lugar ni el momento, sospechaba que nunca lo habría.

—Vete a dormir, no estás en condiciones de hablar nada —sugirió.

—No —contestó Ares alzando la voz como si temiese que fuera a colgar.

Se pasó la mano por la cara con cansancio.

—No sabía dónde estabas, si estabas bien... Nosotros nunca hemos estado separados tanto tiempo —siguió hablando Ares.

—Ya lo sé —murmuró, sintiéndose mal. Sabía por qué se alejaba de Ares, pero para él no había un motivo, tenía que ser desconcertante.

—Y cuando volviste, no pude sentirte apenas. Estás bloqueando nuestro vínculo. ¿Por qué me castigas hiani? ¿Por qué me privas de algo que me pertenece por derecho de nacimiento? —preguntó destrozado.

Tragó saliva en un intento por tranquilizar los latidos acelerados de su corazón y apaciguar la luz que crecía en lo más profundo de su alma cada vez que Ares le expresaba algo así. No necesitaba grandes declaraciones para enamorarse de él. Con apenas un par de palabras, Ares podía perturbar su calma y conmover su corazón.

—No te estoy castigando. Nunca te dañaría a propósito —contestó intentando sonar tranquilo.

—¿Por qué no hablas conmigo? Es la primera vez que me escondes algo. No lo entiendo.

Sintió sus palabras atravesándole, no podía contarle la verdad, ni aliviar su malestar de ninguna manera y lo odiaba. No estaba en su naturaleza verle sufrir sin hacer nada.

—Ares... —Guardó silencio al notar su voz entrecortarse.

—No sé qué hice para ofenderte, pero lo siento. No quiero que sigamos así. Vuelve conmigo. Dime qué está pasando y qué puedo hacer.

—No puedo... —respondió en un débil murmullo, empezando a desmoronarse.

—Por favor, no soporto sentirte tan lejos. Me duele tu ausencia, te necesito... —su tono quebrado aniquiló la paz y estabilidad que había conseguido reunir con Adson.

—Descansa, arreglaré esto por los dos. Te lo prometo, confía en mí. Preferiría morir a hacerte daño. Duérmete, todo irá bien —le pidió colgando la llamada sabiendo que la borrachera le haría olvidar lo que había dicho. Se quedó paralizado, viendo la pantalla iluminada, notando las lágrimas quemándole en los ojos.

Suspiró dándose la vuelta en la cama, reconociendo que se lo merecía. Todo ese dolor y remordimiento era cosa suya, tenía que cargar con ello. Era lo justo después de lo que había hecho. Pensó en disculparse unas cien veces, pero hacerlo le llevaría a una explicación de cómo empezó todo el problema, lo que resultaba imposible.

Cuando el sol volvió a salir, no tenía respuestas para sus preguntas, solo un intenso dolor de cabeza y la sospecha de que el día solo empeoraría.

7. Otra cara

Ares

—«¿Cómo te va con Reyx?» —preguntó June al teléfono.

—No va —contestó malhumorado, tumbado en la cama.

—«¿Cómo que no va?» —interrogó alarmada.

—No me habla, no me mira, casi ni lo veo —puntualizó frustrado.

—«No puedes hablar en serio. Lleváis ahí una semana» —se indignó June—. «¿Cómo no vas a verle?»

—Se esconde, se pasa el día con su compañero —reconoció enfadado.

—«¿Desde cuándo te detiene una puerta? Oblígale a hablar contigo» —le recriminó con firmeza.

—June... —intentó explicar.

—«No me pongas excusas. Tienes que llegar a él. Si alguien puede, ese eres tú. Enciértrate con él en una habitación y haz que te cuente lo que está pasando» —ordenó ella con dureza.

—No puedo hacer eso —admitió.

—«¿Por qué no?»

—Porque la última vez que hablé con Reyx dije un montón de cosas, tonterías en su mayoría —confesó avergonzado al recordar la conversación.

Tuvo buenas intenciones, pero sentía a Reyx tan cerrado y lejano que se desesperó y perdió los nervios. Desde que enlazaron sus magias nunca se habían separado, Reyx siempre se mostró franco y abierto con cada pensamiento que le pasaba por la mente. Era muy doloroso que lo mantuviera al margen.

—Lo he intentado todo, pero solo estamos juntos durante la investigación. El resto del tiempo desaparece. No me quiere cerca —dijo con dificultad, aunque era la verdad.

—«No digas sandeces» —protestó ella.

—No, June. No me quiere aquí, me lo dejó muy claro. No sé cómo llegar a él... —contestó mirando al techo, pasándose la mano por la cara, fruto de la frustración—. Siempre he sido capaz de entender a Reyx. No sé por qué se está portando así.

—«¿Puedes al menos sentir vuestra unión ahora que estáis juntos?»

—No, y me estoy volviendo loco. Creía que me encontraría mejor al estar con él, pero está resultando todo al revés. Me desquicia verle y no sentir nada a través del vínculo, apenas consigo distinguir algún resquicio. Si no fuera porque le veo, no sabría que está allí. No sé por qué me hace esto, bloquear nuestra unión es peligroso y él lo sabe. ¿Por qué tomar ese riesgo? —reconoció frustrado.

—«A ti también te está afectando».

—No, yo estoy bien —mintió.

—«No lo estás, tus discusiones con Reyx lo demuestran, pierdes el control» —contradijo.

—Está renegando de nuestra unión. Somos hiani, ¡tenemos que estar juntos! —se defendió.

—«Cálmate. Estoy de tu lado» —se apresuró en asegurarle ella—. «Tienes motivos para estar molesto, pero debes controlarte. No vas a conseguir nada si no te tranquilizas. Vuestra conexión

está muy por encima de cualquier otra, tienes que apelar a ella, hacerle entender con calma que su actitud es dolorosa para ti. Cuéntale que casi no puedes dormir, que te despiertas entre pesadillas donde le ves morir» —le aconsejó.

Negó con la cabeza, a pesar de ella no podía verle.

—Me dijo que tenía que pensar solo en él, que ya no soy su hogar —comentó en voz baja.

—«Eso no parece propio de Reyx» —opinó June.

—Puede que esté dolido. Hace unas semanas peleamos por Alizon. Tuve un mal día, había discutido con ella y lo pagué con Reyx. Insinué que tenía prejuicios con los metzas de fuego.

June emitió un sonido de indignación que lo hizo sonreír.

—«No digas estupideces, eres su hiani y probablemente el más poderoso de todos los que tienen magia de fuego».

—Ya lo sé. Alizon estaba molesta porque Reyx no la invitó a la noche de vigilia. Quería acompañarme.

—«Es una ceremonia solo para los más cercanos a los vampiros que llevan un año en noche perpetua, como mucho pueden ir los hiani. ¿Qué iba a hacer ella en el aniversario del padre de Reyx? No es su lugar y no le pertenece».

—Dijo que tenía curiosidad por estar en una.

—«Y yo también, pero no fui y soy su amiga desde hace años. Porque es algo que solo le pertenece a él y a ti si Reyx así lo decide. Incluso si estuvierais casados, Alizon no tendría derecho a asistir».

—Tampoco iba a hacer nada, ni a participar en la ceremonia.

La desaprobación de June le llegó incluso con un océano entre ellos.

—«Te lo dije una vez y te lo repito, me cae bien, pero no trata a Reyx de la misma forma que a mí. Tiene celos, Reyx es intuitivo, por lo que se habrá dado cuenta».

—Muchas parejas se celan de la relación de los hianis.

—«Debes conseguir que entienda que Reyx tiene un lugar en tu vida y ella otro muy distinto, o de lo contrario te obligará a elegir entre los dos».

De nuevo se quedó en silencio, porque eso fue lo que le dio a entender Alizon cuando supo que se iba por un tiempo indeterminado a Estados Unidos.

—«Reyx tiene la costumbre de analizar las cosas en profundidad. Si llega a percibir que está siendo un obstáculo en tu relación, es probable que decida retirarse para evitar ponerte en la difícil posición de tener que elegir un bando».

Resultaba comprensible; era la manera de Reyx de enfrentar las situaciones.

—«Habla con él» —repitió ella sin impresionarse por la falta de respuestas—. «Si dijiste algo que no debías discúlpate y trata de alcanzarle. Eres parte de su alma, sabes cómo llegar a él, solo tienes que encontrar la forma».

Colgó la llamada sin nada que decir. Se levantó de la cama y fue al escritorio para servirse un vaso de *whisky*.

Su mirada captó la silueta de Reyx en la terraza de su habitación. Su hiani estaba sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared mirando al cielo.

Un estremecimiento le subió por la columna helándole el cuerpo, dolía saber que no lo quería a su lado. Dolía estar tan cerca, pero sentirlo tan lejos.

Reyx era con diferencia la persona más importante de su vida. Desde el segundo en que lo vio, lo reconoció como suyo y sin saber en qué situación estaba o qué obligaciones tenía, supo que al fin había llegado a su hogar. Era extraño experimentar esa sensación cuando nunca antes había sentido algo ni a alguien como propio, hasta que él apareció.

Reyx dejó caer la cabeza contra el muro mientras se llevaba un vaso a la boca con ademán abatido.

Lo que sentía por Reyx era imposible de catalogar. Reyx fue su roca, daba igual cuantas veces se equivocase, siempre estaba ahí, ayudándole a controlar mejor su elemento y acompañándole en cada paso de su vida.

De una manera inexplicable, Reyx parecía impregnar cada parte de él, como si formara parte de su sangre o su piel, extendiéndose por todas partes, dentro de él, a su alrededor... siempre envolviéndolo.

Y ahora de la nada se sentía huérfano, por primera vez en años volvía a estar solo de nuevo.

Su marca era como un latido contante, siempre enviándole información sobre Reyx, si estaba cerca, si se encontraba bien, si necesitaba ayuda. Funcionaba como un ancla cuando estaba fuera de control, un pulso continuo que le recordaba el camino que debía seguir y que incluso si se perdía en la oscuridad le iluminaba de vuelta a casa... hacia Reyx.

Desde siempre, la sola visión de su hiani conseguía calmarlo, lo hacía entrar en razón con una palabra, consolarle con una mirada. Su presencia era reconfortante, incluso su toque funcionaba para paliar el dolor físico. No encontraba palabras que le definieran.

Miró con atención su rostro, no parecía que estuviera durmiendo lo suficiente, pero por lo menos no tenía esa apariencia devastada que tuvo las últimas semanas antes de su primer viaje.

El hermetismo que estaba usando contra él le frustraba de una forma tan feroz que incluso le sorprendía. No comprendía que tuvieran una conexión como la suya y al mismo tiempo que no pudiese saber todo lo que Reyx escondía cuando más lo necesitaba. No tenía secretos para su hiani, ¿qué era tan grave como para ocultárselo?

En la terraza, Reyx se pasó las manos por la cara con hartazgo.

Se apoyó contra la pared, deseando saltar la distancia que les separaba en todos los sentidos.

¿Cuándo se habían complicado las cosas? ¿En qué momento se alejaron tanto?

Su mente le ofreció la respuesta que no deseaba escuchar. Era en parte su culpa; él fue quien inició ese separatismo que ahora no sabía cómo reparar. No lo hizo intencionalmente; nunca pretendió alejarlo cuando trató de forzarlo a interactuar con Alizon.

Salió a su terraza obedeciendo a la necesidad de acercarse a él de cualquier manera. Los ojos de Reyx se encontraron con los suyos en cuanto dio un paso fuera del ventanal.

Por un segundo creyó que iba a irse, pero ni siquiera se movió. Continuó sentado contra la pared, mirándole con ojos brillantes bajo la luz de la luna.

Un suave estremecimiento recorrió su espalda. Intentó transmitirle todas las emociones que su ausencia le causaba, deseando que entendiese lo que dolía el castigo al que le sometía, rogando por una oportunidad para explicarse.

Su marca tintineó sobre su piel de forma tenue, calmándole de inmediato después de semanas de silencio, recordándole que, aunque el vínculo estuviese bloqueado, su unión era demasiado fuerte.

Una sola alma, la misma magia y esencia, algo incomparable, un vínculo que incluso sobreviviría a la muerte, la promesa de una eternidad en pareja.

—Hiani —susurró sabiendo que aunque no lo escuchase, podría sentir su llamada.

Es su vida no existía ninguna palabra que significara tanto como esa.

8. Impensable

Ares

La asistencia a la cena no era obligatoria, pero como Reyx iba a asistir, él apareció también. Igual que a cualquier pareja de hianis les dejaron sitio para que pudieran sentarse juntos, pero Reyx ni siquiera dudó en ocupar el lugar al lado de Adson.

Ares se sentó al otro lado de la mesa con la esperanza de que las cosas mejorasen después de lo que había ocurrido la noche anterior. Fue un error, en aquella casa conocía a mucha gente, todos parecían felices de tenerle entre ellos y las conversaciones sobre cosas que no conocía fueron llenando las horas. Quería irse, pero se obligó a quedarse allí, esperando a que Reyx se retirase para tratar de abordarlo y hablar con él, quizá había llegado un punto en el que los dos pudiesen entenderse.

Adson apoyó el brazo en el respaldo de la silla de Reyx y sonrió sabiendo lo que pasaría. Reyx odiaba que la gente se le acercase tanto, pero observó con sorpresa cómo permanecía tranquilo con Adson alrededor.

Incluso con el paso de los minutos, Reyx permaneció siempre cómodo y relajado. A través de su marca, Ares podía sentirlo claramente. ¿Comodidad? Emitía una calma que nunca antes había percibido.

Se levantó de la mesa y fue a uno de los balcones, su salida era tan poco importante que Reyx no miró ni un segundo en su dirección. Se quedó entre las cortinas, observando cómo se reía de algo que acababa de susurrarle Adson.

Intentó tantear su vínculo, seguía allí, firme y sólido, pero cuando trató de acceder a su marca se dio contra un muro.

Cerró los ojos y convocó su elemento en su mente, rodeó de fuego su unión como solía hacer e irradió calor sobre ella.

Buscó el bloqueo y lo tanteó, tratando de encontrar alguna grieta. Sin embargo, sus intentos fueron en vano. En lugar de atacar directamente ese muro, decidió cubrirlo con su fuego y avivar la llama, aumentando la intensidad del calor todo lo que pudo. Notó cómo el muro perdía solidez y se volvía más blando, aunque aún permanecía en su lugar.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Reyx. Se había acercado sin emitir ningún ruido hasta él.

—Nada —respondió recuperando su elemento despacio para que no pudiese notar su intromisión.

Reyx lo miró con la sospecha en la cara.

—¿Ocurre algo? —se interesó como si no supiese de lo que le hablaba.

—No... sentía nuestra marca extraña, creí que...

—Yo no noto nada, salvo el bloqueo que estás usando para dejarme fuera.

Reyx suspiró con cansancio.

—Buenas noches, Aresis.

Sintió un pellizco en el corazón al escuchar como pronunciaba su nombre completo. Solo Reyx lo hacía.

—Buenas noches, hiani.

Se quedó fuera viendo como volvía con Adson y salían juntos. Todos se despidieron de ellos al pasar, ya había notado lo acostumbrados que estaban los habitantes de la casa a que estuvieran juntos.

Había conseguido debilitar el escudo, tenía que haber algún momento en que sus defensas no fueran tan altas. Puede que entonces entendiera lo que estaba pasando y pudiese recuperar su unión. Necesitaba volver a sentir esa conexión profunda y única.

Para él la vida resultaba repetitiva y tediosa la mayor parte del tiempo, su unión se había convertido en un motor, como un extraño impulso que lo empujaba a seguir adelante.

No solo era su conexión mágica, Reyx siempre se mantenía al margen de todo y de todos, no le gustaba pasar tiempo con nadie, ni dejaba que se le acercaran, pero él era la excepción en todas las rígidas normas que se había impuesto.

Ser la excepción en su vida le hacía sentirse especial. Le gustaba saber que poseía el poder de verle como nadie más podía, que no tenía barreras ni necesitaba espacio si se trataba de él. Siempre se había sentido honrado de que alguien tan frío como Reyx le hubiera elegido. Era egoísta, infantil e injusto, pero ver que Adson tenía los mismos privilegios le estaba volviendo loco.

Mientras volvía a su habitación, se preguntó si Adson también sentía lo mismo cuando estaba a solas con Reyx.

Algunas veces, ese impulso que asociaba con su hiani era reemplazado por otra cosa, algo completamente desconocido y con una intensidad que le asustaba. Su marca se llenaba de energía y, como si estuviera cargada de electricidad, enviaba pequeñas descargas por todo su cuerpo.

Nunca comprendió la razón detrás de aquello, y a pesar de haber buscado información al respecto, no lograba explicarse por qué sucedía. Con el tiempo se dio cuenta de que, si se alejaba físicamente de Reyx esa sensación acabaría por calmarse.

Hubo un momento en el que su curiosidad lo llevó a preguntar a algunos hianis, pero las respuestas sobre cómo percibían su conexión no se parecían en nada a lo que él sentía por Reyx. Ellos describían su unión como una fuente de calma.

Nunca fue así para él. Reyx lo tranquilizaba, lo anclaba cuando su elemento amenazaba con consumirlo, pero la conexión entre ambos era mucho más profunda. Era calor, vida, energía, felicidad, luz... Un todo que formaba parte de su ser y que necesitaba para vivir.

Cerró de un portazo la puerta de su habitación. Un todo que ya no tenía, pero que descubriría cómo recuperar.



—¿Quieres intentar rastrear la magia de Drusila? —le preguntó Adson mientras desayunaban.

—Sí, estamos estancados en la investigación. Creo que puedo usar mi elemento para buscar vestigios de su magia, si es cierto que usaron magia prohibida habrán dejado alguna impronta.

—Ya han pasado unas cuantas semanas, ¿crees que sería posible encontrar algo así?

Reyx sonrió con diversión mirando a Adson.

—Han pasado muchos años. Te sorprendería lo que puedo hacer ahora con mi magia.

—Puede que tengas trucos nuevos —le respondió Adson—. Pero sigues siendo el mismo para mí, te conozco mejor que nadie.

La rabia lo inundó al ver la sonrisa íntima que ambos compartieron.

—Es lo que pasa cuando te conviertes en hiani, tu poder se incrementa y te permite hacer

cosas que otros metzas solo pueden soñar.

Los dos lo miraron como si estuvieran sorprendidos de que siguiese allí con ellos. Ya se había hartado de verlos sumidos en su propio mundo, no parecían ser conscientes de lo que les rodeaba cuando estaban juntos.

—Por supuesto —le respondió Adson en tono condescendiente.

—Vamos, quiero salir ya. Puede que tengamos que recorrer varios puntos de la ciudad hasta encontrar su rastro.

Reyx los guio por varias calles en silencio, buscando un lugar alto y discreto entre ellas.

Subieron al tejado de un edificio, en una zona en la que se podían encontrar ingredientes que sin duda Drusila y Quione habrían necesitado.

—Dejadme sitio —les pidió Reyx poniéndose en el centro. —Cuidado, voy a usar mi elemento.

Permaneció observándolo desde su posición, un tanto distante. No necesitaba la advertencia de Reyx, podía sentir su elemento rodeándole el cuerpo.

Aunque a simple vista no era perceptible, él podía sentir la magia que lo envolvía, como un halo que lo rodeaba mientras se concentraba, y miles de hilos parecían deslizarse en el aire.

Era su oportunidad, ese tipo de magia requería concentración, Reyx habría bajado sus defensas sin darse cuenta.

Convocó el fuego mientras Reyx estaba concentrado y fue directo al bloqueo que los separaba. Igual que la otra vez empujó el fuego contra el muro, concentrándose en avivar el calor. No podía ser agresivo porque Reyx podría notarlo, así que tuvo que ir despacio.

Su bloqueo aguantó la presión al no poder desencadenar toda su fuerza, pero notó el desgaste. Sentía cómo se formaban diminutas fisuras por las que su fuego se filtraba, en un intento por ampliarlas.

—Tengo un rastro.

La voz de Reyx lo hizo volver en sí, apretó los dientes con decepción hasta hacerse daño. Había estado tan cerca. Se dio la vuelta para alejar las lágrimas de frustración, quería destrozarlo todo. Le estaba enloqueciendo no saber qué pasaba entre ellos. Se sentía desnudo sin esa conexión, ciego, mudo, sordo... ¿Qué había hecho para merecer eso?

—Ares, vamos —lo llamó Reyx.

Ni siquiera consiguió distraerse mientras seguían el rastro por la ciudad. Los siguió, pero ni habló ni participó de ninguna manera. Temía que si abría la boca lo echaría todo a perder. Todos los hianis se daban por sentado, la magia los obligaba a permanecer juntos, era un servicio hasta la muerte. Aun así, sentía que estaba a punto de perderlo todo.

No fue exactamente una discusión, más bien un desacuerdo. Pensar diferente en un tema no podía poner fin a su relación, era inconcebible, los hianis no funcionaban así. A pesar de los desacuerdos y las peleas, su unión era lo más importante. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, algo se activó, como una cuenta atrás. No sabía qué desencadenó esa bomba, pero estaba seguro de que estallaría en cualquier momento.

—¿Ares?

Levantó la cabeza al escuchar su voz. Habían vuelto a la casa matriz sin darse cuenta.

Reyx lo miró preocupado desde la verja, Adson ya estaba atravesando las puertas de entrada del edificio.

—¿Estás bien? Has estado muy callado toda la tarde y noto el vínculo extraño.

Se quedó mirándolo en silencio y, mientras negaba con un gesto, decidió tragarse las palabras que estaban a punto de salir de su boca.

—Todo bien —mintió.

Reyx frunció el ceño, poniéndose delante cuando intentó marcharse.

—Sé que me mientes —le recordó con paciencia.

—No me jodas —murmuró mirando a otro lado.

—¿Qué pasa? Si necesitas mi ayuda sabes que estoy contigo —le aseguró.

Incrédulo, se le quedó mirando, notando el fuego irradiando por su piel.

Reyx retrocedió un paso, sorprendido porque su elemento estuviera en la superficie. Dado lo destructivo que era el fuego, solo lo manifestaba para defenderse.

—Que puedes ayudarme, eso es seguro. Que estés dispuesto a hacerlo es otra cosa.

—Te ayudaría con lo que fuese.

—Bien, entonces soluciona mi misterio. ¿Por qué sigues bloqueando nuestra unión?

Reyx lo miró con sorpresa antes de darse la vuelta para marcharse.

—¿No querías ayudarme? Ayúdame, porque te está pasando algo y no sé qué es —admitió frustrado.

Reyx le miró a los ojos, pero apenas soportó un par de segundos su mirada. Respiró profundamente antes de contestar.

—No me está pasando nada. Creía que lo habías entendido —mintió. Podía sentir a través de su enlace su agobio.

¿Cómo qué no? Estás comportándote de manera extraña. Llevo toda la semana viviendo con un desconocido. Te conozco, soy tu hiani y tú no eres así. Tan delicado, tan sumiso, es vomitivo —exclamó con frustración.

—Puede que no me conozcas tan bien como crees —replicó Reyx con rencor.

—¿Lo ves? No eres así de rencoroso, así de cerrado. ¿Qué está pasando contigo? ¿Cuál es el problema? —preguntó con más agresividad de la que dependía.

—No hay ninguno —volvió a mentir mirándole a la cara—. No es culpa de nadie, solo necesito espacio —le aseguró en voz alta.

—¿Entonces qué es?! —gritó—. ¡¿Soy yo?! ¡¿Es por mí?!

Reyx lo observó alarmado antes de volver a bajar la cabeza. Fue apenas un segundo, pero, por supuesto, se dio cuenta.

—Soy yo —repitió como si hubiese recibido un golpe—. Reyx... —empezó.

—No quieres entrar ahí —le advirtió con más dureza—. Eso no es asunto tuyo.

—Acabas de decir...

—¡No puedes saberlo todo de mí!

Ares dio un paso hacia delante para mirarle a los ojos.

—Llevamos juntos años, es nuestra naturaleza. ¿Por qué ahora tienes secretos conmigo? Nosotros no somos así. Sea lo que sea, lo solucionaremos juntos, como siempre.

—Ese tiempo ya pasó —murmuró Reyx con dificultad.

Ese tono devastado, esa voz herida, no parecía la suya. La angustia presionó sus entrañas y el fuego se encendió en su interior pidiéndole que se liberase, pero sabía que no debía hacerlo.

—¿Qué? —preguntó mientras se aferraba a su autocontrol para mantener estable su elemento.

—Ya no hay un nosotros —aseguró sin dejar de mirarlo.

—No digas tonterías —pidió con la voz impregnada del eco del mismo dolor que la marca le transmitía incluso con el bloqueo —No estás bien y por eso dices esto, no...

—Lo digo porque es la verdad. Todo estaba bien, pero hemos madurado y tenemos obligaciones con otras personas, es hora de dejar las leyendas y los sueños a un lado.

Sintió arcadas solo de oírle despreciar de esa forma lo que habían vivido y lo que era su unión

para ambos.

—Somos hianis, la obligación más importante que tenemos es entre nosotros —aseguró confuso y dolido.

—Eso es un cuento, sabemos de sobra que nuestro vínculo no funciona como en las leyendas. Hace tiempo que tienes una unión muy mucho más importante que la nuestra y me alegro por ti. —Sus palabras parecían honestas, pero no tenían sentido—. Sois perfectos, me alegro de verdad de que tengas a alguien así a tu lado, tan independiente y fuerte como tú. Si tuviera que elegir a alguien para pasar toda la vida contigo, esa sería Alizon.

—¿Todo esto es por ella? Estás siendo irracional.

—No es solo por ella —lo interrumpió.

—Reyx...

—No lo es —le insistió—. Tenemos que ser realistas. Pronto tendrás obligaciones con tu apellido.

El fuego tronó en su interior, se dio la vuelta tragando saliva para ahogar el grito de angustia que pugnaba en su garganta.

—Somos hianis, soy la mitad de tu alma, parte de ti —le recordó casi sin voz.

—Lo eres, pero puede que no sea la unión tan perfecta que nos hicieron creer... puede que la magia se equivocase. —Sus palabras fueron temblorosas, aunque igual de dolorosas que si las hubiera dicho gritando.

—Reyx... —susurró horrorizado, alzó la cabeza al cielo cegado por las lágrimas

Reyx respiró lentamente buscando fuerzas para continuar.

—Eres un Elder, has conseguido llegar a una posición en la que pocos metzas pueden acceder. Es cuestión de tiempo que quieras comenzar un linaje propio, mereces que tu apellido y tu magia formen parte de nuestra historia —dijo en voz baja—. Muchos hianis acaban casándose y teniendo hijos.

—Nunca te había importado eso antes.

Reyx lo miró con los ojos llenos de dolor.

—Nunca me había parado a pensar en ello. Siempre di por hecho que solo seríamos nosotros.

—Es lo que quiero —se apresuró a decir, acercándose a él de nuevo preso de una urgencia que parecía devorarlo por dentro—. Vivir contigo, envejecer a tu lado, morir por ti. Es todo lo que quiero.

Reyx soltó una risa temblorosa y rota. Parecía dolido como si sus palabras lo hubieran herido de alguna forma.

—Te conozco Aresis —pronunció con dificultad—. Creo que te conozco mejor que tú a ti mismo. Eres demasiado leal para decirlo y alguien tiene que hacerlo. Llegó el momento de separarnos como los demás hianis y dejar que nuestro enlace se debilite a favor de las nuevas uniones que quieras formar. Sin enfados, sin acritud... solo dos metzas haciendo lo que debemos para dejar un legado.

Su corazón retumbaba en su pecho como si estuviese corriendo y el fuego había remplazado a su sangre.

—No siempre es así para un hiani —susurró—. Nuestros nombres pasan a la historia por la grandeza de nuestra magia, no necesitamos una esposa o una familia.

Reyx dejó salir un sollozo roto. Como si le hubiera dicho lo peor que pudiera decirle.

—Llevo años sintiendo lo que tú sientes, conozco tu interior, hiani. Entiendo la soledad que te rodea, el anhelo que siempre te acompaña. Deseas una compañera, alguien que te comprenda y no tema a tu elemento —dijo en voz baja—. Esa persona ya llegó y sé que quieres quedarte con

ella.

Su interior ardió en llamas que empezaron a extinguir cada resquicio de la calma y el control que llevaba dentro. «No, no, no».

—¿Y qué hay de ti? —preguntó en poco más de un murmullo—. ¿Qué pasará contigo?

—Fui reclamado por mi padre, mi lugar está guardando su sueño hasta que despierte. Como debe ser —dijo mecánicamente—. Te apoyaré en todo lo que necesites, pero no compartiré mi tiempo con Alizon. Pasaremos tanto tiempo juntos como requiera nuestra unión, pero una vez te cases y tengas hijos, ese tiempo será cada vez más reducido. Respetaré tu elección de pareja y vivirá en la casa matriz con nosotros, si ese es tu deseo. Haré que preparen un ala de la casa solo para vosotros.

—¿Me abandonas? —preguntó con esfuerzo. El sudor le recorría la espalda, en respuesta a su ejercicio de contención.

—Nunca. Sé que cuando nos unimos te sentiste responsable de mí y de mi seguridad, pero ya no tienes que preocuparte de ello —le dijo Reyx mirándolo con ojos brillantes—. Te libero de cualquier obligación conmigo, Aresis. Nos libero a los dos —murmuró con la voz atascada en la garganta.

—No sabía que estuvieras preso —susurró lleno de dolor. Podía notar la tierra sobre la que estaba parado arder bajo sus botas—. No sabía que nuestra unión era una condena para ti.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —musitó Reyx al borde de las lágrimas.

La rabia lo consumió como el fuego avivado por la gasolina. Tenía razón, había muchas cosas que no entendía de él desde hacía un tiempo. Puede que incluso más, pero iba a terminar con eso en ese mismo instante.

Cerró los ojos y rompió cada uno de los cierres que mantenían atado su elemento, lanzándolos sin control contra el bloqueo. Si estaba a punto de perderle, merecía conocer el motivo.

9. Ruinas

—¡Reyx! ¡Reyx!

Abrió los ojos e intentó que el aire entrase en sus pulmones.

—Respira —le pidió Adson ayudándolo a girar sobre su costado.

Tosió mientras su mano se aferraba a su pecho; la marca ardía con tal intensidad que el dolor estremecía todo su cuerpo.

Adson lo sujetó con ternura entre sus brazos, alentándole con palabras suaves para que se tranquilizase.

Se deshizo de él, arrastrándose por el suelo para quedar tumbado, bocarriba.

¿Qué había pasado? Presionó tanto las cosas que Ares había usado su elemento contra el bloqueo. Ni siquiera sabía que eso pudiera hacerse.

—¿Dónde está tu agresor? —preguntó Adson—. ¿Lograste identificar a quién os atacó? Seguro que Ares fue tras él. Lo sabremos cuando regrese. —El dolor volvió a hacerle retorcerse en la hierba.

—Vamos, vamos. Te llevaré con los metzas, no sé qué tipo de hechizo usaron sobre ti, pero tu magia está fuera de control.

Su cuerpo estaba tan débil que Adson tuvo que llevarlo a rastras hasta la casa.

Los metzas no encontraron una razón para que su magia estuviera robando su energía, así que decidieron darle algo para dormir a la espera de que Ares volviera y usara su enlace como curación.

Cerró los ojos mientras la poción le hacía efecto, puede que Ares no volviera nunca si sus sospechas eran ciertas.

Dormitó entre sueños y pesadillas en los que su cuerpo ardía en llamas.

Cuando volvió a abrir los ojos, era noche de nuevo, pero no sabía si habían transcurrido horas o días. Lo único que le importaba era que Ares estaba de pie a su lado en la cama.

La garganta le escocía y el dolor de cabeza era tan intenso que parecía que iba a estallarle. A pesar de ello no eran más que simples molestias comparadas con el agonizante sufrimiento que emanaba de su marca.

—¿Fue por eso?

Sus ojos estaban llenos de una frialdad con la que nunca le había mirado.

—Ares —murmuró aterrorizado.

—Responde —le exigió de forma brusca.

Miró sus ojos, normalmente, eran del color del ámbar más claro, hoy los encontró convertidos en pozos de lava.

Intentó hablar, pero no tenía ni idea de qué debía decir, así que hizo lo único que se le ocurrió. Recurrir a lo que siempre funcionaba. Intentó acceder a su marca, pero solo encontró fuego vivo del otro lado, que lo mantuvo alejado de la magia que los unía.

El miedo le atenazó el cuerpo, cerrándole la garganta.

—Yo tenía razón —comenzó Ares con la voz llena de furia—. Era por mí, ibas a abandonarme. Debilitaste el vínculo, forzándote a estar lejos de mí, dejándome al margen como si no fuera conmigo. Tendrías que haber venido a mí primero.

—¿Para decirte qué? —preguntó asustado.

—No me hagas decirlo en voz alta —le ordenó Ares dando un paso atrás.

—Lo siento —murmuró sentándose contra el cabecero de la cama, doblando las piernas todo lo que le permitió su cuerpo para poner distancia entre los dos.

—¿Qué sientes? —le preguntó Ares con rabia—. ¿Te das cuenta a lo que nos expones?

—No puedo evitarlo.

El fuego emergió alrededor de Ares como un halo de destrucción. Era un indicativo de lo enfadado que estaba.

—Volveremos a casa, confesaré a Laurent lo que pasa. Quizá puedan... salvarte de alguna forma. Lo siento, lo siento muchísimo —se disculpó de nuevo.

El fuego inundó la habitación, manteniéndolos aislados del resto, pero sin dañar nada.

—No vuelvas a mencionarlo ni en broma. No vas a contarle esto a nadie.

—Pero nuestro vínculo está corrompido...

—¡Cállate! —le ordenó Ares—. No vuelvas a decir eso. No es verdad.

—No sabes de lo que hablas —murmuró en voz baja.

Ares lo observó en silencio.

—No es real Reyx. Sabes que no lo es. Estás confundido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, creía que era un error. ¿Qué otra cosa iba a creer?

—¿Te crees que no lo he pensado? ¿Piensas que no he barajado cada posibilidad?

Ares lo atravesó con su mirada de fuego. Así era su hiani, un cuidador, un salvador. No se iba a conformar con otra cosa, creía que tenía salvación.

—Aresis... —musitó—. Escúchame.

—No, esta tontería se tiene que acabar —sentenció—. Si me hubieses dicho lo que estaba pasando, podría haberte ayudado. Juntos, esa es la manera en que podemos arreglar cualquier cosa.

—No hay nada que arreglar. Siento cosas... por ti que...

El fuego crepitó a su alrededor de manera amenazadora.

—No lo haces. Estás confuso. Soy una idea romántica de un ideal que no existe. Es normal que lo estés, las uniones con nuestro grado de intensidad pueden hacer eso.

Siempre pensó que, si alguna vez Ares se enteraba, le daría la espalda, horrorizado por su crimen. Nunca creyó que podría tratar de negar algo tan grave.

—¿Conoces algún hiani en la misma situación?

Ares no respondió y las llamas bajaron un poco.

—¿Alguna vez has escuchado algo semejante? —lo presionó sin piedad.

De nuevo sin respuesta.

—Si un hiani pervierte su unión, corrompe su magia. Ya lo sabes —le recordó como si no fuera la primera ley que todos los hianis aprendían.

El fuego volvió a crecer en largas llamaradas hasta el techo.

—Lo único extraño en nuestra unión fue el bloqueo que pusiste.

—Estaba celoso —reconoció con voz inestable. Era liberador y horrible estar hablando de su mayor secreto en voz alta—. Desde que nos encontramos asumí que seríamos nosotros, sé que hay mujeres en tu vida..., pero siempre volvías conmigo.

Ares pareció paralizarse, pudo ver sus músculos de su cuerpo endureciéndose por la tensión.

—Luego apareció Alizon...

—Por eso la odiabas.

—No —le explicó. Le parecía importante decir toda la verdad—. No me gusta. Te ve como un

peldaño, un trofeo. Sé que mis palabras no parecen sinceras, pero lo son. No creo que Alizon sea de fiar, pero tú la elegiste y puedo respetar eso. Sé que quieres un futuro con ella, lo dejaste claro y no voy a interponerme entre vosotros. Puede que nuestro vínculo se debilite si lo forzamos o si tu unión con Alizon se hace más profunda —sugirió no muy convencido.

—No vas a alejarte de mí, esto se acaba hoy —negó Ares de forma tajante.

—¿Cómo? Porque llevo años intentando deshacerme de este sentimiento. Si tienes una solución quiero oírla.

Los ojos de Ares ardían mientras avanzaba hacia él.

—Vas a superarlo. Creaste una idea errónea del vínculo, que alimentaste con uno de los afrodisiacos más poderosos del mundo. Hiciste de mí algo prohibido y deseable. Voy a darte una dosis de realidad.

Giró la cabeza, negándose a mirarlo. Con el pensamiento infantil de que si lo ignoraba pudiera evitar lo que Ares fuera a hacer.

—No puedes matar esos sentimientos confusos porque no puedes hacer nada al respecto —dijo Ares convencido—. Me niego a perderte, a perdernos. Tú y yo nacimos para estar juntos, hiani. Entiendo lo que pensabas, pero estás equivocado. Alejarte de mí, hará que ambos nos sintamos desgraciados, estuve esperándote desde el día en que nací, voy a luchar para mantenerte conmigo.

Quiso decirle que su amor no era un capricho, que había peleado consigo mismo durante años para mantenerlo bajo control, que no existía una forma de seguir juntos sin ponerle en riesgo.

—Tú no lo entiendes —musitó—. Si hubiera una forma de quedarme contigo, yo...

—Lo entiendo todo —le contradijo Ares agarrándole la cara, obligándole a mirarlo—. Bésame —pidió inclinándose sobre él.

Se arrastró por la cama, alejándose de él.

—¿Qué haces?! —gritó asustado sin dejar de retroceder.

—Lo necesario para que sigamos adelante. Bésame —volvió a pedir moviéndose de rodillas por la cama —Bésame y comprobarás que no hay ninguna diferencia entre besar a cualquier otra persona. Es una fantasía Reyx, bésame y te prometo que desaparecerá. Esto lo solucionará todo, podrás volver a la normalidad. No más incertidumbre, tristeza, culpabilidad. Un beso y se habrá terminado.

—No, no, no —negó aterrorizado saliendo de la cama para ponerla entre ellos—. Yo no soy como tú. No funciono así, no es un capricho. —El corazón le latía furiosamente en su pecho, tenía un sabor metálico en la boca. No, no iba a besar a Ares.

—Todos somos iguales, soy un hombre cualquiera, es un beso sin más, no tiene nada de especial. Te lo juro —intentó convencerlo Ares.

—Corromperemos nuestra unión. Los dos estaremos condenados, nuestra magia nos matará —le recordó extendiendo las manos delante de él para detener su avance.

—No lo haremos. Porque no será un beso de pasión o deseo. Confía en mi palabra, estás confundido —insistió Ares.

—No puedo —negó abalanzándose a la puerta.

Ares lo agarró del brazo, haciendo que se diese la vuelta para acorralarlo contra la pared.

—Yo lo haré —sentenció mirándole a los ojos intentando tranquilizarlo.

—No, no lo hagas —pidió sin voz, cerrando los ojos. Tenía el corazón en la garganta y un torrente de emociones que amenazaban con ahogarle. No quería eso, no de esa manera.

Ares lo miró con una expresión desconcertada, sin comprender por qué estaba tan alterado.

—Solo es un beso —repitió Ares preocupado—. Lo hago por tu bien, por el nuestro. No

podemos seguir así, huyendo el uno del otro —musitó en voz baja intentando tranquilizarle. Le acarició la mejilla para calmarlo, pero solo consiguió que sintiera que se moría por dentro.

—Por favor... no me hagas esto. No lo hagas —rogó desesperado—. Se acabará todo, estaremos condenados los dos.

—Estás temblando —musitó Ares horrorizado—. No voy a hacerte daño —le aseguró de forma innecesaria—. Solo es un beso, un gesto inocente. Solo quiero demostrarte que...

—No lo hagas —repitió casi sin aliento, mientras se pegaba a la pared para alejarse de él—. Por favor...

—¿Por qué? ¿No te das cuenta de que es la única opción? No es real. Dame una buena razón... una sola para no besarte y terminar con esto —pidió perdiendo la paciencia.

—Porque llevo toda la vida soñando con ese beso y vas a partirme el alma si lo haces así —susurró sin voluntad.

Ares se congeló, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —preguntó en un murmullo momentáneamente desorientado—. Tengo que hacer por nosotros... pero sobre todo por ti, para liberarte de este lastre que solo te hace sufrir. Para que encuentres a alguien y puedas ser feliz —dijo con más determinación agarrándole de la cintura.

—Casi morimos porque te quiero —confesó sin fuerza—. Porque te amo tanto que este amor me consume la vida. Porque pensar en vivir a tu lado y sentirte con otra me está matando —murmuró—. Porque te quiero más que a mi propia vida y para asegurarme de que estés a salvo, necesito alejarme de ti.

Pudo sentir la confusión que llegaba a través de su marca, la incredulidad.

—Porque me enamoré de ti sin saber lo que era el amor, sin entender lo que es correcto y lo que está prohibido. Porque quererte es tan fácil como respirar, porque no recuerdo lo que es dormir sin soñar contigo...

Ares se apartó de él como si quemara, mirándolo sin parpadear, las lágrimas empezaron a bajar por sus pómulos marcados y altos. Parecía tan joven, tan devastado que se odió a sí mismo por hacerle daño. El fuego de la habitación desapareció por completo.

—Estoy cansado, hiani —confesó desvalido—. Te llevo en mi sangre, estás bajo mi piel. Este vergonzoso y abominable amor no tiene fin, solo crece y crece... es parte de mí... no puedo deshacerme de él. Me odio por hacerte esto, por ser tan débil. —Necesitaba explicarlo aunque los destrozase a ambos en el proceso. Era un precio ínfimo por mantenerle alejado de él.

—Yo no... —la voz de Ares apenas podía escucharse.

—Lo que siento es demasiado grande, demasiado intenso. Tengo miedo de no saber fingir, a que alguien me mire y pueda ver dentro de mí —reconoció sin aire, observándole de forma implorante—. Te amo Ares. No como un hermano o un sueño imposible, te deseo —susurró con angustia llorando sin control—. El vínculo no debería permitir que me sintiese así. Soy un monstruo, lo siento. Lo siento muchísimo, Aresis.

Sus palabras hicieron a Ares reaccionar, recorrió el espacio que los separaba en un segundo para abrazarlo.

—Perdóname —pidió Ares apretándolo contra su cuerpo—. Perdóname, lo solucionaremos. Tiene que haber alguna forma, haremos que funcione —prometió con la voz tomada.

Los dos sabían que no era verdad, pero por un segundo cerró los ojos y fingió que le creía.



Dos horas después seguían sentados contra la pared, el uno al lado del otro.

—Creo que es bueno que hablemos de esto —murmuró Ares, mirando a la pared de enfrente

con la mirada perdida.

Hizo un ruido de disconformidad, estaba cansado, triste y humillado, quería dormir y dejar de pensar..., pero sabía que eso no iba a funcionar tal y como estaban las cosas.

—Quizá bueno no sea la palabra correcta... pero creo que es sano para ti. ¿Quieres contarme algo más? —preguntó con delicadeza—. ¿Hay algo más que me estés ocultando?

—No. Siento haber bloqueado el vínculo, creía que hacía lo mejor para los dos.

Ares se pasó la mano por la mandíbula.

—Me estaba volviendo loco, me gusta sentirte. Cada día sentía más rara nuestra marca, no ha dejado de arder desde ayer. Lamento haber usado mi elemento, reaccioné por impulso.

—Ya lo sé. ¿Crees que la marca esté presentando síntomas de corrupción?

Los dos suspiraron al mismo tiempo.

—No lo creo, nuestros libros son muy exactos sobre ello. Para corromper el vínculo tiene que haber un acto carnal. No sirve solo el pensamiento.

—Eso no lo sabes —protestó.

—Es obvio, si llevas años así y nunca ha pasado nada. Puede que nuestras continuas peleas, el estar lejos y el bloqueo podrían tener más que ver.

—Cierto —reconoció arrepentido.

—Deja de sentirte culpable. Podríamos consultar a algunos de los hianis más longevos. Hay varios a los que podría preguntar sin levantar sospechas.

—Haré lo que te parezca bien.

Ares se giró mirándolo a los ojos.

—No hagas eso. Para mí esto no cambia nada.

Alzó una ceja sin creérselo.

—Puede que cambie alguna cosa, pero estoy feliz.

—¿El fuego te derritió el cerebro? —inquirió con incredulidad.

—Estoy feliz porque me estaba torturando, preguntándome qué pasaba. Me alegro de poder ayudarte. No quiero que sufras solo. Prometo ser más discreto a partir de ahora. Con Alizon... —murmuró cohibido.

—Soy yo el que tiene el problema, no puedes condicionar tu vida por mí —opinó de manera sincera.

—Mi vida nació condicionada por ti —contestó Ares con indignación—. Nuestras energías están unidas para siempre.

Asintió sin saber qué decirle.

—¿Crees que sea distinto ahora? —preguntó Ares.

Lo miró sin comprender a qué se refería.

—El vínculo. ¿Crees que sea diferente? —le aclaró.

—No lo sé... —murmuró—. Ahora que lo sabes... —interrogó con timidez mirando al suelo—. ¿Será raro?

Ares apoyó la cabeza en la pared, pensándolo con detenimiento.

—No sé si es normal o raro. Pero te prometo que las cosas no cambiarán entre nosotros —le aseguró—. Nada va a cambiar mi visión de ti.

—No puedes prometer eso —protestó. Entrelazó su brazo con el suyo, apoyando la cabeza en su hombro. Suspiró derrotado, agotado por su generosa reacción—. No te merezco, hiani.

Sintió el beso de Ares en su coronilla como toda respuesta.

Ares

Apoyó la espalda contra puerta mirando a Reyx. Cada fibra de su ser le pedía que la asegurase con mil candados y le guardase de cualquier cosa que pudiese hacerle daño. El hermetismo y la contención, que caracterizan a su hiani se habían roto.

¿Era algo real o se lo estaba imaginando? Se acercó a la cama lentamente, observando su rostro. No, no se lo imaginaba. Algo había cambiado, algo importante. Se detuvo al costado de la cama, fijándose en el rictus triste de su rostro, en las señales de lágrimas en sus mejillas, en sus ojeras marcadas.

Estaba destrozado. Los mecanismos de defensa que Reyx construyó, se habían disuelto entre dolorosas verdades, relatadas con vergüenza entre la penumbra, y lágrimas que solo se permitía derramar en soledad.

Se arrodilló a su lado con el corazón sangrando, odiándose por ser el causante de que estuviese en ese estado.

Giró la cabeza memorizando sus facciones, prometiéndose en silencio que no volvería a hacer nada que acabara poniendo a Reyx en ese estado. Absorbió todos los sentimientos que llevaba dentro después de un día lleno de confesiones impronunciables.

Dolor, rabia, impotencia, ira, sorpresa y miedo... un miedo atroz a perderlo definitivamente, en contraposición a un amor tan grande que amenazaba con ahogarlo de una forma tan intensa que le arrebatara el aliento. Si alguien se enteraba de lo que estaba ocurriendo, no dudarían en dar parte.

Dejó caer las lágrimas sin preocuparse, confiando en que no había más testigo de su debilidad. Cogió su mano despacio, notándose mejor al sentir su piel contra la suya. Apoyó su mejilla en su palma, sintiendo como ese nudo cada vez más grande se apretaba en su estómago y ascendía por su garganta, impidiéndole respirar con normalidad.

—Ares... —murmuró Reyx en sueños. Su marca tintineó sobre su pecho, dándole la paz que llevaba meses sin sentir.

No cometería los mismos errores que los llevaron a esa terrible situación; no iba a volver a descuidarle, iba a esforzarse más. Nada era más importante que la unión con su hiani, nada era más importante que Reyx. Nada.

10. Preguntas sin respuestas

Ares tardó tres días en conseguir varias respuestas, ninguno de los hianis a los que preguntó se mostraron sorprendidos. Todos dieron por sentado que la unión se había forzado por la distancia. Aseguraron que el malestar en su marca desaparecería si reforzaban su unión, repitiendo el hechizo con el que se habían unido.

Coincidieron en llevarlo a cabo, aunque fue Ares quien se encargó de todo. Él estaba drenado, en parte por el vínculo que parecía arder más cada día y lo debilitaba, pero también porque se sentía agotado psicológicamente.

Miró con una pequeña sonrisa cómo un remolino de aire, mecía las hojas secas de los árboles y le acariciaba el rostro. Levantó la vista al sol de Washington dejando que los rayos templaran su piel.

Siguió caminando muy despacio por el enorme jardín trasero de la casa matriz, sin rumbo fijo, sin pensar en nada, solo dejando que por unos minutos fuera el mundo quien lo sostuviese a él.

Se acercó a la fuente que había en uno de los laterales. El sol se filtraba con dificultad entre las tupidas copas de los árboles.

Siempre se había preguntado si era el único en el mundo que se había sentido así con su hiani. Continuó su paseo observando cómo una ardilla cogía una bellota del suelo, trepaba a la rama y se la daba a otra más pequeña.

Sonrió al ver la escena, reconociendo el equilibrio inherente en la magia y cómo la creación del mundo ilustraba este equilibrio.

Cerró los ojos e invocó su elemento, podía escuchar cómo la naturaleza cobraba vida a su alrededor, animales en las copas de los árboles, ramas susurrando movidas por viento, hojas rasgando unas contra otras por el aire, el agua derramándose... paz.

Se sentó en el suelo, deseando detener el tiempo justo en ese momento. Congelar ese instante donde todavía sus sentimientos eran solo para él, donde sus sensaciones y su alma eran para sí mismo. Mañana, volvería a unirse a Ares y estaba aterrorizado.

Al principio, la unión hiani era un torbellino de emociones, como si el alma, el corazón y los sentidos estuvieran más receptivos a cualquier estímulo proveniente de la otra mitad. Tomaba un par de años alcanzar una especie de equilibrio y separar los propios sentimientos de los del otro.

Esperaba que Ares no saliese huyendo cuando sintiese la intensidad de sus sentimientos a diario.



Se removió incómodo esperando su señal para entrar al círculo de poder. El vínculo era privado, y por eso solo habían elegido a otra pareja de hianis para ser testigos de la renovación. Adson, como dirigente de la casa, también estaba presente. Podía verlo de pie, desde donde estaba, parecía tranquilo, pero no lo ayudó a calmarse.

El silencio de la noche fue adueñándose poco a poco del bosque, y las luces fueron iluminando la orilla del lago donde se celebrarían el ritual.

Los dos hianis se movieron, murmurando bendiciones mientras recorrían el círculo. En cuanto

se detuvieron tomó aire y recorrió el pequeño camino hasta ellos. Frente a él, Ares se acercaba también.

Iban vestidos iguales de negro, con pantalones holgados, los pies descalzos y sin camiseta. Tampoco tenían ningún tipo de adorno o marca en la ropa. Solo ellos y las velas que llevaban encendidas en las manos.

Ares se detuvo al borde del círculo, esperando a que terminaran los hechizos. Intercambiaron miradas y de forma instantánea la marca se colmó de tranquilidad, reconfortándolo de una manera que lo hizo sentirse en paz.

El silencio llenó el bosque y sus ojos conectaron mientras atravesaban la línea. Se habían acabado las excusas, las triquiñuelas y los engaños... desde ese momento solo verdad entre ellos.

Ambos se unieron murmurando nuevos hechizos, en un cántico primigenio que existía desde los albores del tiempo.

—Hianis —los llamó el oficiante.

—Venís a presentaros ante este círculo de poder con una petición conjunta. ¿Es así? —les preguntó.

—Sí, hermano —repitieron los dos al mismo tiempo sin dejar de mirarse.

—¿Acudís antes nosotros como dos seres únicos e independientes en plena libertad de sus actos?

—Sí, hermano —contestaron al unísono.

—Hablad entonces, ¿cuál es vuestra petición?

—Pedimos a la magia que forje de nuevo nuestras almas, otrora unidas y ahora fragmentadas por nuestros actos impíos. Rogamos su perdón y bendición eterna restituyendo nuestra unión sagrada —recitaron al mismo tiempo—. Suplicando, para que nuestra alma vuelva a ser una sola y la magia nos sostenga a ambos.

Los dos usaron su vela para encender las que sostenían cada uno de los oficiantes antes de volver a su lugar.

—La unión hiani es una unión mágica a la que solo algunos metzas pueden acceder. Vosotros sois de los pocos elegidos a los que la magia ha decidido otorgar el mayor de sus regalos.

—Alabada sea —pronunciaron al unísono.

—Desde el día en que os encontrasteis, vuestras almas y magia pasaron a ser una, vuestros cuerpos dejaron de perteneceros y ya nunca más volvisteis a estar solos. Gracias, madre, por conceder dones extraordinarios a tus hijos —recitó alzando la mano al cielo. Los rayos se estrellaron al borde del círculo, llenándolo de poder.

—Gracias madre —repitieron de nuevo los dos.

Sin decir nada, avanzaron el uno hacia el otro. Los oradores se movieron en elegantes movimientos coordinados, bajo sus pies, dos círculos de fuego se fusionaron en uno solo, formando un anillo alrededor de ellos.

Ares le tendió el brazo con la palma hacia arriba.

Lo miró a los ojos intentando advertirle. «Huye ahora... no podrás arrepentirte después».

Los ojos de Ares brillaron con determinación mientras apretaba sus dedos entre los suyos.

—Seré el agua en el desierto, cuando estés sediento. —Cada palabra fue dicha con voz firme, con seguridad. Percibió la marca ardiendo en su piel y sin darse cuenta apretó su agarre sobre Ares.

—El aire que te empuje, cuando te fallen las fuerzas. —Sabía que no lo hacía a propósito, pero Ares lo dijo con una intensidad que le dejó claro que no iba a renunciar a su unión.

—La tierra que te sostenga y te marque el camino. —Los primeros sentimientos de Ares

empezaron a colarse en él con intensidad.

Determinación, seguridad, preocupación, afecto. Respiró profundamente por la nariz sin dejar de recitar el hechizo. Tuvo que recurrir a su férreo control para intentar filtrar lo que le iba llegando de Ares.

—El fuego que te caliente y te ilumine en las sombras —Se preguntó si Ares estaría experimentando las mismas sensaciones que él o si también esta.

—Renuncio a mi nombre, que ahora es el tuyo. Te entrego mi alma, a cambio de la tuya. Comparto mi magia, ahora es la nuestra. Te cedo mi sangre, mi cuerpo y mis huesos, hasta el final de los días, hasta mi último latido, por toda la eternidad. —Terminaron de decir al mismo tiempo.

Ambos pusieron las manos sobre el pecho del otro. Convocó su elemento que ahora estaba mezclando con el poderoso y cambiante fuego de Ares.

—Magia a la magia, alma de mi alma, sangre de mi sangre. —El dolor de la marca fue como un bálsamo después de días de sufrir molestias. Cerró los ojos y se concentró en la energía que el elemento de Ares le entregaba. Era tan poderoso que a veces olvidaba que también tenía acceso a su magia como si fuera suya.

—Vuestros votos durarán toda vuestra vida y más allá de la muerte —anunció uno de los hianis. —La magia os concederá el deseo de unir vuestras almas en una sola si estáis dispuestos a sacrificaros en nombre de la unión —advirtió.

—Sí, lo estamos —aceptaron al unísono. Ambos atravesaron el círculo de fuego hasta el pequeño embarcadero del lago.

—Avanzad juntos a lo desconocido hianis y no temáis, pues mientras os tengáis el uno al otro, nada os faltará. Sois el escudo más efectivo, la arma más poderosa... Todo cuanto necesitéis os será proporcionado mientras os mantengáis unidos y honréis vuestra unión —pronunció el otro hiani.

—Debéis purificar las faltas para restaurar el equilibrio a lo que siempre debió ser. No podrá volver a romperse, pues si lo hicieseis, vuestra magia exigirá un pago —advirtió el primer hiani.

—Si vuestro corazón e intenciones son sinceras, no hay nada que temer, pues la magia no fue creada para dañar, sino para proteger a todos sus hijos, independientemente de su raza, condición o sexo.

Ares le miró a los ojos, transmitiéndole calma a través del vínculo. Se tranquilizó al instante. Era un impulso natural seguirle a donde fuera, como si se tratase de una extensión de su propio cuerpo y mente.

—¿Estáis preparados para exponer vuestros fallos, ilusiones y vida al juicio del agua purificadora?

—Lo estamos, que la magia juzgue nuestros pasos y el peso de nuestros actos, pues no tenemos miedo a la muerte —dijeron los dos.

—Así sea —sentenció la pareja de hianis.

Una hermosa mujer emergió con gracia de las aguas del lago. Su vestido vaporoso tenía una cola que se fusionaba con el agua, brillando con un tono plateado que evocaba la luz de millones de diamantes. Su rostro irradiaba una belleza extraordinaria, enmarcado por largos y brillantes cabellos dorados, mientras que unos ojos grises sin pupila completaban su fascinante aspecto.

—Salve Anfitrite —saludaron juntos.

Anfitrite fue la primera bruja del mar, había hecho del agua una puerta a las mentiras y verdades de las personas. Ella era el único juez para que la unión fuera aceptada.

—Salve metzas —contestó con una preciosa voz—. Hianis. La unión más pura y profunda que

se permite a cualquier alma que vague por la tierra.

Ares la miraba dividido entre la cautela y el asombro.

—Dañasteis la unión y ahora rogáis para que sea restituida —preguntó mirando a Reyx que tragó saliva debido a los nervios.

—Sí, mi señora.

—Mostradme ¿Qué guardáis en lo más profundo de vuestro corazón?

Reyx entró en pánico, estaba viendo toda su vida y eso significaba que gran parte de sus recuerdos era Ares y lo que sentía por él. Ciego por las imágenes sintió la mano de Ares en la suya, se aferró a él temiendo que sus infames sentimientos causaran que Anfitrite descargase su ira contra ellos, pero nada de eso sucedió.

Cuando volvió a mirar, ella les ofrecía su mano.

—¿Juráis que nunca romperéis vuestra unión?

—Sí, juramos —aceptaron sin titubear.

—¿Juráis que vuestros sentimientos son puros y vuestra unión sincera?

Los dos intercambiaron una mirada preocupada. Rogando para que ella no pudiera ver la realidad de sus sentimientos.

—Sí, juramos.

—Restituyo vuestra unión. dijo mientras tocaba la cabeza de Ares que cayó hacia delante intentando coger aire.

Sintió cómo su piel ardía en llamas haciéndole caer por el dolor. Era un dolor intenso y profundo que llegaba hasta los huesos, pero tan pronto como llegó, se fue. Como única muestra de lo que había pasado quedó su marca en el pecho, que continuaba ardiendo furiosamente contra su piel.

Ella hizo aparecer una daga que sostuvo entre ambos.

—Sangrad por vuestros pecados, pues solo mediante el sacrificio hallaréis la redención —indicó ella—. Infligir daño a vuestro hiani es dañaros a vosotros mismos, recordarlo y no levantéis la mano contra vuestro propio corazón.

Tomó la daga que le tendía y Ares extendió el brazo sin dudar, mirándole a los ojos con confianza. Hizo un corte largo en la palma de su mano, dándole después la daga, ofreciéndole la suya que fue cortada de la misma forma. Se agarraron de la mano, manteniéndolas sobre el lago, dejando que cayese en la superficie.

Miró a Ares que se la devolvió sin pizca de duda. La marca estaba enviándole las emociones del otro, pero en ese momento notaron como iba aumentando muy lentamente.

Anfitrite metió la mano bajo el agua y sacó una fina cadera de plata que enrolló a través de sus manos unidas.

Ambos empezaron a jurar al mismo tiempo.

—Mi vida, mi alma, mi sangre, mis huesos, mi corazón, todo es tuyo... no porque yo te lo dé, sino porque te pertenece. Voluntariamente te entrego mi espíritu para que lo guardes hasta el final de nuestra vida —la cadena comenzó a emitir luz abrazándose a su piel.

Cerró los ojos un segundo intentando concentrarse, los sentimientos de Ares se extendían por su mente inundándolo todo.

Los abrió de golpe, encontrándose esos ojos dorados que le devolvieron la mirada, mostrándole su alma de una forma transparente.

Dejó salir el aire despacio, intentando mantener la imagen ante todos, consciente de lo que Ares tenía que percibir, porque apenas podía contener los sentimientos que sus palabras le causaban.

Amor. Era todo lo que podía sentir llegando desde su marca. Un amor puro y tan fuerte que lo dejó desnudo ante él.

—Debes saber que viviré esperándote el resto de mi vida, aguardando al instante en que muramos y volvamos a estar juntos, como siempre debió ser —dijeron ambos con voz rota por la emoción.

La cadena tintineó con fuerza antes de partirse en dos, enrollándose en sus muñecas y forzándoles a romper el agarre de sus manos.

Las miradas de ambos se conectaron como dos imanes, atrayéndose, encerrándolos en su propio mundo.

—*Mea est anima tua. Nunc et Semper* —murmuró incapaz de apartar su mirada de él, pasando la cadena con cuidado sobre su cabeza, usando el fuego de Ares para sellarla. En el centro colgaba un pequeño colgante de oro con la forma de la marca hiani que ahora llevaba en el centro del pecho.

Ares imitó sus movimientos con manos temblorosas.

—*Mea est anima tua* —susurró con respiración entrecortada—. *Nunc et Semper*.

Era la parte más real del ritual, su alma pertenecía a Ares. Ahora y siempre.

Cerró los ojos respondiendo al roce fantasmal de su dedo en su cuello, sensibilizado con las emociones de Ares mezclándose con las suyas. No sabía a cuál de los dos pertenecían cada pensamiento, pero entendió lo único importante. Fueran a donde fueran, lo harían juntos.

11. Confesiones

Ares

Los días siguientes a renovar su hechizo, los dos tuvieron cuidado sobre cómo se comportaban. Establecieron una tregua y se mantuvieron solos mientras recorrían la ciudad, siguiendo los últimos rastros que Quione y Drusila habían dejado.

Adson respetó su situación y no trató de acompañarlos; tampoco nadie de la casa se acercó. La unión requería tiempo para consolidarse.

Conforme pasaron los días, les fue más fácil distinguir de nuevo sus emociones y distanciarlas de las del otro. Sus elementos volvieron a separarse y estabilizarse, permitiéndoles alejarse durante unas cuantas horas sin problema.

No le hubiera importado seguir más tiempo a solas con él, volver a hablar con facilidad, pasar el rato sin hacer nada en concreto y acceso completo a sus emociones. De nuevo, sin mentiras, todos los hianis necesitaban que ese vínculo se mantuviese transparente y despejado, la magia fluía con más facilidad cuando lo compartían todo.

Por eso decidió contarle que Alizon iba a hacerles una visita, solo serían un par de días. No sabía qué esperar, desde luego no la calma que emanó de él cuando lo hizo. Les deseó que lo pasaran bien e incluso le sugirió un par de restaurantes a los que podría llevarla.

Le quitó un gran peso de encima, no había ningún bloqueo, nada que pudiera disimular si le parecía mal. Le aseguró que solo estarían separados durante las noches, ya que había reservado una habitación en un hotel a unas cuantas millas para que Alizon y él no se encontrasen. Esta vez Reyx no trató de disimular que no quería verla y le dio las gracias por su comprensión.

Alizon fue tan encantadora como de costumbre, intentó llevarlo a la cama, pero se abstuvo hasta comprobar que Reyx en verdad no tuviese ningún problema con ello. Su unión no dio señales de nada extraño, parecía tranquilo.

Cuando volvió a la casa matriz, Reyx se portó con normalidad, aunque no preguntó por Alizon y él tampoco le contó nada, suponía que su marca ya le había dado más información de la que le gustaría.

La segunda noche se acostó con Alizon, le ayudó a liberar parte de la tensión que había acumulado en esas semanas. Era una compañera apasionada y entusiasta, necesitaba su atención y esa segunda noche se la dedicó toda.

Reyx seguía igual de tranquilo al tercer día, lo que lo ayudó a calmarse por completo. Adson volvió a salir con ellos. Fue extraño percibir lo que Reyx sentía por él.

Había un sentimiento de amor genuino, grande, tanto que lo tomó desprevenido. Esas emociones tenían raíces fuertes y sólidas. Reyx se sentía seguro a su lado, feliz y en cierta forma liberado, aunque no comprendía la manera en la que Adson conseguía eso.

Pasó toda la cena con Alizon pensando en cómo fue la infancia de Reyx junto a él. No solían hablar de esa etapa de su vida, desde que se conocían se habían centrado en el presente. Nunca en el pasado, aunque ahora no podía dejar de pensar en ello hasta el punto de dificultarle conciliar el sueño.



El deseo hizo que le ardiera el estómago, su cuerpo era maleable bajo esas manos expertas, su piel ardía por él... extrañaba sentir su cuerpo cubriendo el suyo, unirse de esa manera a alguien más, confiar de forma ciega en otra persona, abandonarse al placer sin tener que contener su magia, encontrar ese algo especial que estaba tan desesperado por encontrar.

Ares abrió los ojos con el corazón en la garganta.

—¿Qué demonios?

Alizon seguía dormida a su lado, desnuda. Se sentó en la cama intentando comprender lo que acababa de ver.

Conjuró su unión, una sensación densa y pegajosa le recorrió el cuerpo. Conocía ese sentimiento, Reyx estaba bebido, eso lo explicaba todo.

Aliviado se apresuró en vestirse para salir a buscarlo, confiaba en que estuviese en la casa, pero sus pasos lo llevaron un poco más lejos.

Entró a un club abarrotado de gente. La música era buena, el ambiente caliente y sofocante, pero no lo suficiente como para ser molesto. Cientos de cuerpos se movían por la enorme pista de forma voluptuosa.

Parecía un lugar perfecto para olvidarlo todo y perderse en una nube de calor y placer. No sintió magia en varios metros, por lo que entendió que era un local de humanos.

Usó su magia conjunta para buscarlo con más precisión, tuvo que bajar unas escaleras hasta una sala más pequeñas. Una música suave le dio la bienvenida, el lugar apenas estaba iluminado dando intimidad a la gente que bailaba con sensualidad.

Buscó entre los hábiles bailarines sin encontrar ni rastro de él.

—Podías haberme dicho que querías bailar —dijo Alizon poniéndose a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Te fuiste tan rápido que pensé que podías necesitar ayuda —le respondió ella poniéndose a su lado—. ¿Qué hacemos aquí?

—Estoy buscando a Reyx —contestó con reticencia—. Creo que está borracho.

—No es un niño, seguro que puede apañárselas solo. Un poco de alcohol no hace daño a nadie. Se está divirtiendo, mira.

Giró la cabeza en la dirección que le marcaba.

Reyx se encontraba a un lado de la pista, compartiendo un baile con Adson. Sus movimientos estaban perfectamente sincronizados, y la sonrisa en el rostro de Reyx era evidente incluso a distancia.

Adson le susurró algo al oído mientras le rodeaba la cintura. Reyx colocó su mano en el hombro de Adson para mantener el equilibrio, retrocediendo al compás de la música. Ambos rieron, intercambiando una mirada intensa antes de avanzar de nuevo.

Juntos, formaban una imagen impresionante: casi de la misma altura, morenos, atractivos y poderosos. Un aura mágica los envolvía, sus elementos entrelazándose en una danza constante. Uno poseía una belleza salvaje y racial, mientras que el otro emanaba sensualidad y misterio. Ambos vestían pantalones de traje negro y camisas blancas, atrayendo las miradas de muchos presentes.

Adson hizo girar a Reyx con destreza entre sus brazos, volviendo a atraparlo en un semiabrazo mientras sus cuerpos se pegaban al ritmo de la música.

La mano de Adson ascendió por el brazo de Reyx hasta su nuca, guiándolo para que girara lentamente sobre su propio eje antes de regresar a sus brazos, quedando una vez más cara a cara.

Reyx deslizó su mano por el pecho de Adson, acariciando la piel a su paso hasta llegar a su cuello.

El deseo estalló en su cuerpo, como si las manos de Reyx lo tocaran. Sus caderas ardieron cuando Reyx tomó las de Adson.

Reyx hizo que Adson se diera la vuelta y se pegó a él, colocando la otra mano sobre su estómago para presionarse juntos.

Tuvo que cerrar los ojos al sentir el cuerpo de Reyx contra el suyo. Podía percibir cada centímetro de Reyx amoldándose a él, como si fueran uno.

Adson se giró, meciéndose contra sus caderas, empujándose con Reyx al ritmo de la música. Sin dudar, Reyx le rodeó el cuello con las manos, pegándose a él, sosteniéndolo de la cintura con una sola. Se movieron juntos sin dejar de bailar, en el contacto más íntimo que permitía la ropa.

Se mordió los labios ante la oleada de deseo que lo invadió al sentir su erección contra la suya.

En la pista, ellos movieron las caderas con movimientos suaves sin dejar de bailar.

Adson llevó una de sus manos a la nuca de Reyx, quien imitó su gesto, obligándolo a mover la cabeza a un lado y mordió su cuello.

Huyó con rapidez, alejándose de ellos y de Alizon. Salió al callejón y siguió corriendo. Los labios de Reyx seguían en su cuello, podía notar sus dientes en su piel y su erección endureciéndose contra la suya.

Era imposible, nunca había pasado nada semejante. No debería sentir a Reyx así, su unión no podía hacer eso.

Subió las escaleras de la casa matriz a toda velocidad y entró a su habitación, yendo directo a la ducha.

Abrió el agua fría y se metió en ella sin desvestirse, tratando de borrar ese toque que permanecía sobre él.

Las manos de Reyx estaban por todo su cuerpo, confundiéndolo. Podía sentir su boca por su cuello, sus dientes raspándole los labios, sus dedos retirando la ropa.

Su cabeza giraba sin control, la excitación y el deseo, ardían por todo su cuerpo. No era un toque real, no estaba allí con él, pero podía sentirlo como si estuviese sobre él.

Su erección se endureció bajo las caricias fantasmas de su mano, podía sentir su boca bajando por su pecho, por su estómago...

Proyectó el fuego sobre su unión, enviando una señal de ayuda. De manera instantánea las manos desaparecieron de su cuerpo y su magia le respondió buscando asegurarse de que no estuviese en peligro. Resbaló hasta sentarse en el suelo, enviándole calma para que supiese que no estaba en una situación de vida o muerte. Aun así, volvió a llamarlo.

Se arrancó la ropa y se duchó tratando de despejar su mente. Cuando Reyx llegó estaba acabando de vestirse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alarmado al entrar—. ¿Estás bien? —Creía que lo encontraría borracho, pero puede que la sensación que percibió fuese de excitación.

—Algo le pasa a nuestra unión —dijo sin perder tiempo.

—¿Por qué piensas eso?

Tomó una respiración profunda antes de responder.

—Porque sé lo que hacías y con quién. Podía sentirlo, cada movimiento, cada caricia, todo.

La cara de Reyx se volvió roja por la vergüenza, antes de ponerse pálido.

—Nuestra unión no funciona así —murmuró—. ¿Crees que es por mí? ¿Por la corrupción del vínculo? ¿Te había sucedido antes?

Se pasó la mano por la cara, sentándose en la cama.

—No lo sé. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con alguien?

—No llevo la cuenta.

—Pero te acuestas con gente. ¿Verdad? —preguntó mirándolo.

—No, me paso los días llorando por ti. Pues claro que lo hago, no soy un monje —respondió enfadado.

Alzó las manos pidiéndole calma.

—¿Tu alguna vez me sientes?

—No —contestó Reyx sentándose a su lado—. Es obvio que los dos conseguimos dejar al otro fuera cuando lo hacemos. No entiendo por qué falló esta vez.

—No falla en general, solo contigo —reconoció a pesar de la incomodidad.

Reyx lo miró desconcertado. Hizo un movimiento hacia la cama para explicarse.

—Oh... Alizon y tú. Por supuesto. No noté nada. Esta es la primera noche que yo...

Los dos guardaron silencio, era embarazoso tener que discutir esos temas después de lo que había pasado entre ellos.

—Adson —dijo incapaz de dejarlo estar—. ¿Estáis juntos?

—No, no es... no es eso.

—Ibas a acostarte con él, algo está pasando entre vosotros —opinó.

—El baile se nos fue un poco de las manos —le aseguró mirando a otro lado.

Se quedó observándolo, sin decir ni una sola palabra. No tenía derecho a hacer ninguna pregunta.

—Con Adson todo es fácil, es... fue el primero —admitió Reyx.

—¿El primero?

Reyx lo miró unos segundos antes de responder.

—Todas mis primeras veces fueron con Adson. Mi primer beso, mi primera vez, el primer hombre de mi vida —le aclaró sin dejar de observarlo—. Estuvo conmigo mientras aprendía magia, ayudándome a controlar mi elemento, todas mis risas, mis lágrimas... Adson siempre estaba ahí.

Las palabras de Reyx tuvieron un impacto inesperado, dolieron. Sentía que le habían quitado algo que le pertenecía.

—Por eso volviste a Washington para alejarte de mí. —No estaba preguntando, sabía cómo funcionaba su cabeza.

Reyx asintió de todas maneras.

—Adson me hace sentirme bien, seguro, fuerte.

—Y yo no —añadió intentando apartar la rabia.

—No. Tú no.

Lo miró a los ojos, dolido. Su marca le dijo que decía la verdad y lo decidido que estaba Reyx a tener esa conversación, aunque no le gustase.

—Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida, contigo me siento completo, invencible, poderoso. Encontrarnos fue un regalo.

Asintió dándole la razón, porque era lo mismo que él sentía.

—Pero también haces que me sienta inseguro, solo, débil. Es complicado, amo cada cosa de ti y las odio con la misma pasión. Supongo que el amor supera con creces a todo lo demás o no tendría sentido el lío en el que estoy metido.

—Estamos. Los dos estamos metidos en esto —le recordó con el corazón acelerado—. No quiero que te sientas mal a mi lado, haría lo que fuera para hacerte feliz.

Reyx suspiró mirando por la ventana.

—Lo sé y eso solo hace que te quiera más. Porque sé todo lo que significó para ti. Si hubiera una sola posibilidad de liberarte de nuestra marca, aunque yo muriera, lo haría.

—No digas eso ni en broma —le ordenó con dureza.

—Lo que ha pasado me da la razón. El vínculo está corrupto, puede que nuestra magia también, este amor que siento acabará arrastrándonos a los dos. Daría cualquier cosa para que estés a salvo, no podría soportar ser la causa de que no sigas en el mundo. Me ofrecería sin dudar a morir por ti, si pudiera mantenerte seguro a cambio. Por desgracia, creo que ya no hay vuelta atrás. Lamento haber renovado la marca, quizá tendrías más posibilidades si nuestro vínculo siguiera debilitándose.

—Estás diciendo tonterías. ¿Qué pasaría conmigo si no te tuviera? ¿Te has parado a pensar en eso? ¿En lo que sería de mí?

—Claro que sí, pero creo de verdad que tu vida no cambió tanto al conocerme. Eres uno de los metzas más poderosos que existen.

—Gracias a ti.

Reyx rio con amargura.

—No, ya lo eras antes. Tu dominio del fuego es incomparable. Si no nos hubiésemos conocido y yo no estuviera cuidando el descanso de mi padre, habría abandonado mi casa matriz. Siempre anhelé hacerlo, pero las obligaciones me impidieron perseguir mi sueño. Me imaginaba lejos de los susurros y las intrigas, en una pequeña casa en medio de un bosque. Quería vivir en paz, como la mayoría de los metzas, excepto los de linaje antiguo, hianis, o los que son reclamados por sus padres.

—Te encanta esa vida, naciste para ella.

Él negó con la cabeza.

—Puede ser, pero nadie me preguntó si era lo que quería. Los metzas no tenemos opción, nos tienen para algo muy concreto. Pueden llamarte o no, pero nunca será decisión tuya lo que pase con tu vida.

—¿Preferirías ser humano?

—Creo que sí —le confió en voz baja—. Durante mucho tiempo busqué la forma de bloquear mi elemento para poder vivir entre ellos.

—¿Qué dices? —No podía hablar en serio. Reyx era el metza perfecto, todos los demás lo tomaban como referencia, buscando parecerse a él.

Reyx asintió con la mirada perdida.

—Encontré un hechizo, necesitaba un aquelarre entero para bloquear mi magia, por eso no lo hice. Ninguno ayudaría a eliminar del mapa al hijo de Dariuss Snarr. —Le había pedido sinceridad y eso era lo que estaba recibiendo.

—¿De verdad llegaste hasta el punto de planear en cómo llevarlo a cabo? —preguntó en voz baja.

—Claro, muchas noches no podía dormir pensando en qué pasaría si alguien descubría mi secreto. Me imaginaba a mí mismo vagando por la tierra, buscando un lugar donde esconderme y que fuera mío. Pensaba en ello tan a menudo que acabé por tener una imagen clara de cómo sería mi futuro. Veía una casa en lo alto de una montaña. Una gran sala con una chimenea enorme y un perro labrador de color canela llamado Jack. Velas por todas partes y el sonido del agua de un río que no pasa muy lejos —relató con una sonrisa al recordar.

Lo observó, fascinado y horrorizado a partes iguales, como si fuera la primera vez que lo veía. Sus ojos grises brillaban en contraste con la camisa blanca, tenía una pequeña y cariñosa sonrisa mientras hablaba. Por primera vez fue consciente de que, aunque conocía a Reyx mejor que

cualquier otra persona, no le conocía en absoluto.

—Un ermitaño muy bucólico y romántico. ¿No? —preguntó al ver que le miraba esperando una reacción.

Reyx se encogió de hombros con una pequeña sonrisa.

—Un ermitaño libre... libre por completo de obligaciones y las necesidades de otro. Libre para vivir y decidir cómo hacerlo —puntualizó.

—¿Y había un señor o señora Snarr en tu fantasía? —inquirió.

Su sonrisa flanqueó negando con la cabeza.

—Algunas veces... Pronto me di cuenta de que había sueños imposibles y decidí soñar en pequeño conformándome con una soledad liberadora.

—¿Y Adson sabía lo que estabas haciendo?

—No, habría enloquecido por ello.

—¿Por qué no estaba él en tu fantasía? ¿Por qué no imaginarlo en esa casa de la montaña, contigo?

Reyx sonrió con sorpresa.

—Conozco muy bien a Adson, tan bien como a mí mismo. Nunca habría venido conmigo.

Lo observó boquiabierto.

—Adson te adora, solo hay que ver cómo te trata.

—Claro que sí y haría lo que le pidiera, siempre y cuando no vaya contra sus intereses. Es un metza íntegro, un jefe de casa sobresaliente y cauto. Nunca renunciaría a su magia, jamás. Ni por mí, ni por nadie.

Reyx sonrió con tristeza, poniéndose en pie.

—Siempre he sido solo yo, hasta que te conocí. Puede que fuera una señal de que debía seguir así.

Lo vio salir de la habitación y fue incapaz de moverse por el dolor. Todo lo que le había dicho era la verdad absoluta, Reyx creía cada una de las palabras que acababa de decir. ¿Un mundo sin Reyx?

También preferiría morir a perderle, ya había vivido durante muchos años sin él y siempre supo que faltaba algo en su vida, se sentía tan solo hasta que lo encontró... le daba igual lo que dijese la magia, los metzas y el mundo. No iba a renunciar a Reyx, ni iba a quedarse quieto, tenía que haber alguna forma de dormir esos sentimientos o proteger su unión. Encontraría una manera.

12. Sinceridad absoluta

Ares

—Creo que es aquí —murmuró Reyx mirando la pared llena de hiedras y malas hierbas.

—No percibo nada especial —contestó Adson usando su elemento sobre la superficie—. ¿Crees que puedas estar confundido?

—Nunca se confunde —respondió observando a su hiani que sonrió devolviéndole la mirada.

Todavía tenía fresca la conversación de la noche anterior, se había propuesto demostrarle cuanto lo valoraba, para intentar que entendiese lo importante que era tenerle en su vida.

—Hay algún tipo de bloqueo, que solo nosotros podemos ver —le aclaró Reyx a Adson.

—Magia de hianis —puntualizó con satisfacción.

Adson le lanzó una mirada poco impresionada.

—Ares, necesito tu fuego —pidió Reyx sin darse cuenta del intercambio.

—Lo tienes —dijo poniéndose detrás de él.

Convocó su magia, dando forma a una bola de fuego. Reyx envolvió su elemento con el suyo, infundiéndolo con la velocidad y la fuerza del aire, impactándolo contra la pared. Antes de que la bola se desvaneciera, creó lenguas de fuego que golpearon el mismo punto, abriendo una brecha entre la maleza y el muro, revelando una cueva. Reyx utilizó su magia para ampliar la abertura.

—Adson, será mejor que no entres, podría haber magia de hianis. Hay muchos hianis que usan su magia para crear trampas.

—Esperaré aquí fuera —aceptó Adson sin discutir.

Los dos se internaron sin dudar, iluminó el interior mientras andaban, adelantándose para proteger a Reyx en caso de ser necesario. La cueva seguía una inclinación natural bajando al corazón de la montaña.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó sin alzar la voz.

—Sí, hay mucho poder aquí abajo. Escudaron muy bien este lugar. No creo que otros hianis pudieran entrar. Se necesita mucho poder para abrirla.

—Por suerte nosotros vamos sobrados de eso —murmuró mientras Reyx empleaba el aire para apartar los extensos charcos que inundaban la cueva, manteniendo el agua a raya.

—Eso no parece hecho por la naturaleza —susurró Reyx a su espalda.

Lanzó fuego contra las escaleras excavadas en la tierra, pero antes de que pudiera tocarlos la bola volvió a ellos.

La absorbió sin problema y lanzó varias hasta que sintió desaparecer la barrera. Supieron que se habían salido con la suya cuando una nueva esencia llegó a ellos.

Era pesada, oscura y tan antinatural que ambos se detuvieron, esperando a que alguien les atacase.

—¿Habías sentido algo así alguna vez? —preguntó en voz baja.

—No, nunca. Y he visto magia negra antes.

—¿Qué crees que sea? —lo interrogó Reyx.

—No lo sé. Déjame sitio —musitó adelantándolo.

Sintió la magia de Reyx envolviéndolo mientras dirigía una ráfaga de aire violento por toda la

cueva.

—Despejado, no hay nadie con vida —le aseguró Reyx.

—¿Por qué no me suena bien eso?

—Hay algo al final que rezuma magia, pero no es un humano.

Lo miró esperando que fuese más específico, pero Reyx movió la cabeza a modo de negativa y lo instó a avanzar. Siguieron andando pegados, casi el uno sobre el otro. Las escaleras los llevaron a un largo corredor, hasta una gran cámara.

En el centro de la estancia, se encontraba un tosco féretro de piedra, rodeado por pequeñas vasijas de barro sin tratar, todas cerradas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó aproximándose a la construcción.

—Creo que la pregunta es, ¿qué hay ahí dentro?

—¿Más bien quién? —le corrigió, intentó apartar la tapa, pero pesaba demasiado. Reyx se acercó y juntos combinaron sus elementos para abrirla.

—Bueno, esto es un tanto decepcionante —admitió al descubrir más vasijas. En esta ocasión, eran blancas y confeccionadas con algún tipo de material pétreo, parecido al mármol.

—¿Por qué hay tantas de estas cosas? —se preguntó, levantando una de ellas para retirar el corcho que la sellaba—. Maldición.

—¿Qué hay? —preguntó asomándose a la vasija—. ¿Un corazón?

Lo dejó dentro del ataúd y cogió otro.

—Esto es magia negra —dijo examinando la tercera—. Pulmones, hígado... ¿Qué querían hacer con todo esto?

—Percibo más magia en el fondo. ¿Lo notas?

—No —contestó sacando las demás vasijas.

—Es un bloqueo hecho con agua, muy fino y muy bien elaborado.

—¿Y por qué puedes verlo tú?

—Estoy acostumbrado al agua por Adson. Creo que podré deshacerlo —murmuró, presionó su mano contra el fondo, haciendo que el hechizo se deshiciera fácilmente y revelando un cuerpo.

—¡Quione! —dijeron los dos a la vez.

El cuerpo del brujo estaba desnudo y sin señales de violencia, parecía apaciblemente dormido.

—No es posible. Tendría que estar irreconocible —murmuró Reyx.

—No lo parece —opinó tocándolo con cuidado—. Ni siquiera está frío.

—¿Cómo no va a estar frío? Lo mató un alfa, debería tener marcas de garras o dientes —preguntó Reyx indignado.

—Es como si estuviera... congelado o paralizado. ¿Estás seguro de que lo mató un alfa?

—Sí, y no un alfa cualquiera. El rey de todos los alfas.

—¿Dragos? No debería haber quedado casi nada de él.

—Esto no tiene sentido —dijo Reyx confundido—. Nada en esto lo tiene.

—¿Qué lleva tatuado? —preguntó señalando el brazo de Quione.

Reyx se lo movió para poder mirar mejor la tinta negra.

—*Plus ultra* —leyó—. ¿Más allá? ¿Más allá de qué? ¿Qué significa?

Como si fuera una señal, el tatuaje brilló y una fina línea subió hasta su pecho, donde todos los hianis portaban su marca. Observaron cómo su grabado intacto cambiaba ante sus ojos, quemándose hasta transformarse en un muñón apretado y negro.

Reyx le dedicó una mirada asustada.

—Creo que lo hicieron —murmuró.

—¿El qué? —inquirió desconcertado.

—Creo que corrompieron su vínculo —le explicó Reyx.

—Siempre dije que todo ese rollo de hermano y hermana me daba escalofríos.

Los dos se giraron hacia la voz. Encontrando a un hombre alto y delgado en lo alto de la escalera. Tenía el pelo castaño, unos grandes y expresivos ojos color miel. Lo sondeó con rapidez, intento adivinar qué tipo de magia usaba para entrar allí.

—Es humano —le dijo a Reyx.

—Lo soy —contestó él con orgullo cruzándose de brazos. No parecía para nada impresionado.

—No puede ser humano, no podría entrar y tampoco pudo sortear a Adson.

—¿Ese es el nombre del tipo enfadado de ahí fuera? —preguntó el humano con interés—. No fue muy difícil dejarlo fuera de combate —les dijo con una sonrisa.

—¿Qué le hiciste? ¿Dónde está Adson? —exigió saber Reyx de forma amenazadora, conjurando el aire a su alrededor.

—Tranquilo, brujo. Tu amigo está bien, digamos que en aras de que esto sea un encuentro pacífico hemos decidido suspenderle de forma provisional.

—¿Qué? —exclamaron los dos a la vez sin entenderlo.

—Está inconsciente, intentó atacarme y evitar que entrara... a mis lobos no les gusta que me hagan daño. Deberías recordarlo y tranquilizarte.

—¿Lobos? ¿Por qué iba a andar un humano con lobos? —preguntó desconcertado mirando a Reyx.

—Es una de las preguntas que más a menudo me hacen. Me gusta pensar en mí mismo, como alguien con gustos muy selectos —les contestó acercándose a ellos.

Encendió el fuego a su alrededor, pero más que asustarse, el humano volvió a sonreír.

—Cuanta testosterona —se burló divertido—. Vivo entre lobos, perdonadme si no salgo corriendo muerto de miedo por vuestros truquitos de salón.

—Podríamos matarte aquí mismo —dijo encendiendo una bola de fuego en la mano.

La cara tranquila del hombre pasó a un gesto de desprecio.

—Inténtalo brujo, verás qué sorpresa te llevas.

Reyx lo agarró del brazo y mandó calma a través de su marca.

—Conoces nuestro mundo, vas con lobos y no nos tienes miedo. ¿Por qué estás aquí?

—Porque vosotros estáis aquí. No pensaríais de verdad que vuestro pequeño aquelarre nos pasó desapercibido. Llevamos meses vigilando la casa, esperando. Somos lobos, nos gusta acechar hasta que sea el momento de atacar.

—¿Eso es lo que vais a hacer? ¿Atacarnos?

El humano los miró fijamente, examinándolos. Había algo raro en él, estaba seguro, calmado, no parecía impresionado por su magia.

—Depende. Soy un hombre razonable, tenemos dos posibilidades. Podemos colaborar y que esto sea un intercambio civilizado o podéis ponérmelo difícil, lo que acabará muy mal para vosotros.

—Un humano amenazando a dos brujos —dijo con diversión—. ¿Y cómo vas a hacer eso exactamente?

Un horrible rugido llenó la sala, mientras unas enormes patas subían las escaleras, y el hombre lobo más grande que había visto aparecía al lado del humano, quien sonrió sin moverse ni alejarse de él, cómodo en su presencia.

—Dragos —dijo Reyx de forma innecesaria, agarrándole de la mano y tirando de él hacia atrás.

—A mis lobos tampoco les gusta que me amenacen —comentó el humano como si nada—.

Supongo que las presentaciones no son necesarias, así que salteémonos esa parte. Llevamos meses queriendo entrar aquí, algo imposible, sin magia. Así que gracias por facilitarnos la tarea. Ahora de forma muy educada voy a pedirlos que os alejéis de este ataúd.

Los dos intercambiaron una mirada preocupada. Los hombres lobo no podían saber nada de la existencia de los metzas, mientras creyeran que eran brujos normales no habría problema, pero si ataban cabos estarían perdidos.

—Demasiado lentos —los interrumpió el humano avanzando al ataúd.

Reaccionó por instinto, enviando una bola de fuego para deshacerse del cadáver. Esperaba que ardiera, pero se mantuvo intacto, absorbiendo su elemento.

—Error —escucharon decir al humano—. Quería ser amable, pero la cosa está así. Hay toda una manada ahí fuera, si consiguierais matarnos, ellos os matarían a vosotros. No hay salida.

Reyx imprimió cautela en su marca, pidiéndole que esperase.

—Bien —dijo el humano acercándose a las piedras. Su cara pasó a la furia en un segundo—. Es él.

Dragos rugió y decenas de rugidos llegaron del exterior, filtrándose entre las piedras. Estaban muertos, eran poderosos, pero la manada de Dragos era fuerte, resistente y numerosa como para combatir con ellos.

—Escucha —pidió Reyx enseguida—. Estamos aquí por casualidad.

Dragos rugió una advertencia, no se mentía a un hombre lobo, podían escuchar la variación en los latidos del corazón.

—Deja que nos expliquemos —dijo tomando la palabra.

El humano lo observó, sin asomo de diversión en su mirada, parecía capaz de matarlos con sus propias manos.

—Llevamos días siguiendo un rastro mágico, nos parecía que había algo raro en él, así que decidimos investigarlo. Acabamos de entrar y no tenemos ni idea de que es todo esto, nunca habíamos visto nada así. —Todo era cierto, aunque no era la verdad absoluta.

Los ojos del humano se estrecharon.

—¿Lo conocías? —preguntó directamente.

—Sí, pero no éramos amigos. Apenas lo ve visto un par de veces —contestó Reyx después de una pequeña pausa para pensar.

El humano era listo, parecía saber lo que estaba haciendo Reyx.

—¿Lo estabais buscando? —siguió interrogándolo.

—No por voluntad propia.

Envió una advertencia sobre su marca, estaba claro que ese hombre tenía claro lo que quería saber.

—¿Quién te envía?

No había forma de escapar a una pregunta tan directa.

—Alguien que estaba preocupado por ellos —contestó Reyx con cautela—. Llegaron rumores de que podrían haberse desviado del buen camino.

El humano miró a Dragos que gruñó con el pelaje de su lobo erizándose por la tensión.

—¿Practicáis magia negra alguno de los dos?

—No —contestaron a la vez.

—Tenéis intención de hacernos daño, a nosotros, a algún hombre lobo o humano de este estado.

—No —respondieron de nuevo.

—¿Y vuestro aquelarre? ¿Son pacíficos?

—No venimos para empezar una guerra, solo necesitamos respuestas.

El hombre miró a Dragos, hizo un gesto con la cabeza y el alfa desapareció por el pasillo.

—Pues llegáis tarde. Hubo una guerra contra los vuestros y ganamos.

Los dos intercambiaron una mirada.

—Este cabrón y su hermana, novia... lo que sea. Atacó a varias manadas, matando a todos los que encontraron en su camino.

Reyx no se movió, pero pudo sentir cómo absorbía la información.

—No conozco ningún hechizo que haga eso. Se puede matar a un hombre lobo, pero no a una manada. Necesitarías muchos brujos para eso.

—Cierto, pero lo hicieron. Vinisteis aquí para saber qué había pasado. Te haré un resumen y luego dejaréis este tema. Si vemos algún brujo, aunque sea a kilómetros de uno de los nuestros, iremos directos a vuestra casa y os devolveremos el favor.

—¿No estás amenazando? —inquirió incapaz de contenerse.

El hombre lo miró con una sonrisa helada.

—Sí —contestó sin inmutarse—. Y antes de malgastar oxígeno, recuerda lo que acabo de decir, hombres, mujeres y niños masacrados.

No le respondió, debido a su marca ardiendo ante la orden de silencio que Reyx había impuesto.

—Matamos al brujo cuando entró en Aurora e intentó matar a uno de los nuestros, antes de eso ya habían eliminado a varias manadas. La bruja que lo acompañaba murió un par de meses después, terminamos con ella cuando intentó secuestrar a uno de los nuestros.

—¿Secuestrar? —preguntó Reyx.

El humano lo miró con curiosidad antes de asentir.

Sintió la sorpresa de Reyx en una reacción refleja a la suya.

—Secuestrar para matar, esos dos no hacían prisioneros, ni tenían principios.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Reyx.

El hombre los miró durante un buen rato.

—Vuestros amigos usaron a los niños de las manadas para hacer magia.

—¡Eso es imposible! —protestó Reyx.

Impuso calma en su vínculo, el humano parecía sereno, demasiado para que sus palabras fueran mentira.

—Debería serlo, pero fueron a por nuestros niños, embarazadas y alfas. Mancillaron los cuerpos de nuestros hermanos convirtiéndolos en úteres que obedecían su voluntad.

—¿Cómo? Ese tipo de magia no existe.

—Este es el primer y único aviso que recibiréis de nuestras manadas. No habrá advertencias, el brujo o bruja que traspase nuestras fronteras muere.

—No queremos problemas —le aseguró.

El humano hizo un gesto con la cabeza.

—Pues seguid así... espero no volver a veros. Nos retiraremos unos minutos para que os vayáis y luego volveremos a por el cuerpo. Todo debe quedar intacto, nosotros nos encargaremos de él.

—Entendido. Nos iremos enseguida, gracias.

El humano les hizo un gesto con la cabeza antes de desaparecer por donde habían venido.

Reyx desplegó su elemento con discreción siguiendo al humano para asegurarse de que en verdad estaban solos. Esperó en silencio a que él le diera el visto bueno.

—Ya se fueron —le informó Reyx.

—¿Crees que dice la verdad? —le interrogó.

Reyx le dedicó una mirada preocupada.

—Es un humano que va con Dragos. Sí, estoy bastante seguro de que no mienten. ¿Qué tipo de magia estaban haciendo? —preguntó Reyx a nadie en particular.

Lo observó sin saber qué responderle.

—Voy a asegurarme de que Adson se encuentre bien y después vamos a examinar cada milímetro de este lugar. Lo que fuera que hacían, consiguió que las manadas del estado nos amenacen a todos. Podríamos estar al borde de una guerra. O peor, podrían descubrir lo que somos y enfrentar a lobos, vampiros y brujos.

Se pasó la mano por la cabeza mientras lo veía salir. Miró enfadado al ataúd.

—¿En qué demonios estabais metidos? —musitó acercándose a Quione. Un destello le llamó la atención bajo su brazo.

Movió el cuerpo para sacar un libro pequeño y antiguo de cuero cerrado con dos grandes cintas. Miró petrificado el símbolo del nudo grabado en la portada.

Retiró las cintas y leyó la primera página escrita a mano.

“Si estás leyendo estas palabras es porque acabas de descubrir la gran mentira que se esconde tras el vínculo más poderoso de la magia. Elige con cuidado si deseas saber toda la verdad, pues el conocimiento, es una puerta a un nuevo camino y también un veneno que te asfixiará hasta matarte si no sabes tratarlo con la precaución que requiere. Elige bien hiani, pero cuidado, puede que tu elección ya no importe”.

13. Los condenados

Ares

Debería haberle dicho a Reyx que encontró ese libro, pero en su lugar lo escondió bajo su chaqueta, guardó silencio mientras salían de la cueva para no volver a encontrarse a los lobos y comprobar que Adson estuviese ileso.

Mientras volvían a la casa matriz y Reyx le explicaba mejor a Adson la situación, el libro le pasaba como una losa. Ellos decidieron ir a llamar a Laurent, pero en vez de seguirlos subió corriendo a su habitación.

Miró el libro que reposaba abierto de forma inocente sobre la cama, el corazón le latía como si fuera a salirse del pecho. Nunca unas palabras escritas le alteraron tanto, tuvo que esforzarse en mantenerse tranquilo para no advertir a Reyx de que algo pasaba a través de su marca.

Se quitó la chaqueta y los zapatos antes de atreverse a abrir el libro. Dos fuertes golpes en la puerta lo hicieron brincar de la cama.

—¿Ares? —escuchó la voz de Reyx.

—¿Sí? —respondió con voz aguda.

—La cena estará en un rato —anunció.

—Voy a acostarme pronto, gracias —se disculpó, observando el libro como si le hubiera insultado. Necesitaba entender de qué se trataba; después, compartiría la información con Reyx.

—¿No quieres cenar? —preguntó su hiani del otro lado de la puerta.

—No. No tengo hambre.

—Entonces nos vemos mañana —se despidió Reyx. No respiró tranquilo hasta que escuchó sus pasos bajando la escaleras.

Recuperó despacio el libro de la cama, volviendo a la primera página. Inhaló profundamente, consciente de que algo que habían ocultado de esa manera no podía ser bueno. Pasó la primera hoja y se encontró con una lista muy breve en el centro y una frase al pie de página.

Caspian – David

Helena Tarmunt – Damien Freiser

James Mackensi – Aileen Richards

Lianna Cambell – Matie Luthien

Dalia Skull – Gideon Beinbruk

Vanessa Balart – William Torrants

Ares Elder – Reyx Snnar

Parpadeó observando su propio nombre escrito en la página.

Condenados para toda la eternidad.

Su mirada bajó a la única frase que acompañaba a la curiosa lista. Todos eran nombres de parejas de hianis. Nombres de hianis que habían muerto mucho tiempo atrás.

Tragó saliva, estaba más nervioso de lo que se atrevería a reconocer. ¿De qué iba ese maldito

libro y quién había escrito sus nombres en él?
Pasó la página con decisión.

Este es el libro de los condenados, un libro que recoge a los que se atrevieron a cometer el mayor de los pecados, a los avariciosos que recibieron el mayor de los regalos y en vez de agradecerlo, pecaron contra las únicas normas que no se pueden romper.

I. LAS UNIONES ROMÁNTICAS ENTRE HIANIS ESTÁN CONDENADAS POR LAS LEYES NATURALES DE LA MAGIA.

Miró consternado el trazo de la pluma sobre el papel antiguo como si fuera a darle alguna solución a semejante misterio, pero no tuvo que pedir respuesta. El libro las tenía todas.

Carta de Helena Tarmunt a su hermana Elisa Tarmunt.

23 de noviembre de 1318

Mi amada hermana,

Os relato mis tribulaciones con pluma en mano, temerosa de expresar mis pensamientos más oscuros. Desde un principio, intuí que algo marchaba mal, ilusa en creer que mi falta de experiencia íntima era la causa. Pensé que la confusión que sentía era producto de mi inocencia, pero ahora comprendo la verdad.

Escribo mientras la tibieza que aún persiste en mi piel, fruto de las caricias de mi esposo, cede su lugar a la frialdad nocturna. Tras descubrir las complejidades de la intimidad conyugal, me veo forzada a aceptar mi error. Albert, mi amado esposo, se erige como el esposo perfecto: de noble linaje, posición social destacada, atractivo, inteligente y afable. Perfecto en todos los aspectos. Soñé que, tras nuestra boda de ensueño, al convertirme en su esposa, alcanzaría la plenitud de la felicidad. ¡Cuán ingenua fui! Comprendo que, aunque Albert desempeñó su papel a la perfección, los ardientes besos y audaces caricias no lograron avivar el gélido fuego de mi alma. Nada transcurrió como debía y ahora veo con claridad cuál es la diferencia.

Damien. El simple roce de mi hiani y todo mi ser se estremece, un susurro suyo me priva del aliento. ¿Cómo pude pasar por alto que mi falta de experiencia no era la causa, sino la sinceridad de mi cuerpo que reconocía a su verdadero señor?

¿Qué camino debo transitar? Recién me he unido a otro en sagrado matrimonio, y nuestro amor sería condenado por aquelarres que nos arrebatarían la vida si descubren que he transgredido la unión sagrada. Ni siquiera puedo afirmar con certeza si él comparte mis sentimientos. ¡Que Hécate, me brinde su auxilio, pues me encuentro profundamente perdida!

Con afecto sincero,
Helena

Se dejó caer sobre la cama sin aire. Hianis corruptos. Pensó volviendo la página con rapidez para ver los nombres, ¿hianis enamorados de sus hianis?

Era imposible, los aquelarres lo prohibieron por un motivo justificado. La magia desgarraría

esa unión. Los brujos lo dejaban claro al criar a los metzas; si pervirtieran la unión, su propia magia los consumiría. Recordaba los nombres de esos metzas; en realidad, solo conocía el de Damien. Había muerto en el año 1325 después de una larga enfermedad causada por un temible brujo de magia negra.

Carta de Helena Tarmunt a su hermana Elisa Tarmunt.

13 de septiembre de 1319

Mi querida hermana,

Anhela descendencia. Descendencia... como si mi ser anhelara la semilla de él floreciendo en mi vientre. Que los cielos me castiguen por maldecir a un hombre tan virtuoso con una esposa desventurada como yo.

Sufro, hermana mía. Ignoro cuánto más podré sostener esta farsa, cuánto más podré engañarme a mí misma y a él. Damien muestra una creciente desconfianza, inquisitivo sobre mi bienestar, cuestionando si Albert me trata de manera apropiada... ni siquiera deseo reflexionar sobre las sensaciones que capta a través de la marca. Me esfuerzo por mantener la calma, por buscar soluciones. Desconozco qué ruta debo seguir.

Que la providencia nos guíe en estos oscuros momentos.

Con amor,

Helena

Carta de Elisa Tarmunt a su hermana Helena Tarmunt.

6 de marzo de 1320

Mi hermana,

¿Abandonar Londres? ¿Has perdido el juicio? Eres la envidia de todos los hianis.

Unida en matrimonio al hombre más apuesto y encantador, y aliada al metza más poderoso en la batalla. Eres una privilegiada. No dejes que las dudas y las ansiedades turben tu espíritu; sabes tan bien como yo que es imposible concebir sentimientos románticos por tu hiani.

Te hallas abrumada por las obligaciones matrimoniales y tu posición, pero te prometo que las dudas se desvanecerán con el transcurso de los días. Mantén tu firmeza y recuerda tu compromiso con tu esposo, ese hombre estaría dispuesto a sacrificar su vida por ti. Actuar de manera apropiada con Damien restaurará el equilibrio.

Con devoción,

Elisa

Carta de Helena Tarmunt a su hermana Elisa Tarmunt.

3 de enero de 1321

Querida hermana,

En el día de hoy, recibí la visita de un curandero. Confió en que mi malestar desaparecerá, y su diagnóstico descartó la posibilidad de estar en cinta.

La expresión en el rostro de Albert al escuchar estas noticias fue devastadora. Parecía como si su corazón hubiera sido desgarrado. Mientras tanto, yo permanecí inmóvil, él desconsolado y yo, paradójicamente, aliviada de una manera que consideré inmoral. Pobre Albert, cuánta desdicha causo en su vida. Me esfuerzo, querida hermana, cada día trato de ser mejor, me ocupo de sus asuntos, me preocupo por él e intento ser una esposa ejemplar. A veces pienso que él lo sabe. Me mira con pena, tristeza y, a veces, con rencor. Le prometí mi alma, pero solo puedo darle una carcasa vacía.

En cuanto a Damien, su situación tampoco es favorable. El curandero que visitó nuestra morada indicó que él también sufre intensos dolores. Se cree que nos han hechizado, pero yo sé que no es así. Mi fiebre persiste a diario y las pesadillas, tan aterradoras como incomprensibles, me asaltan cada noche.

Con preocupación y afecto,

Helena

Ares alzó la mirada hacia el techo, recordando lo mal que se sintió cuando Reyx se fue. Eran los mismos síntomas, el resultado de la separación de quién no puede alejarse.

Helena Tarmunt a su hermana Elisa Tarmunt.

30 de marzo de 1322

Mi apreciada hermana,

Con pesar te escribo en estas líneas, consciente de que mi malestar empeora día tras día. La pluma apenas responde a mis débiles intentos por expresar mis pensamientos.

La sugerencia de Albert acerca de un cambio de aires ha resultado ser más perjudicial de lo esperado. Necesito de tu pronta presencia para que me asistas en este delicado asunto y me ayudes a persuadir a Damien. Las noches son un tormento, plagadas de pesadillas donde veo la trágica muerte de Damien y escucho sus llamados desesperados instándome a regresar.

Tu apoyo es imperativo en estos momentos oscuros.

Con sincero afecto,

Helena

Pasó la página, horrorizado y fascinado para encontrarse con algo que le heló la sangre. Tres frases ocupan el centro de la página.

Helena Claniens-Tarmunt
20 de enero de 1300 – 6 de abril de 1322.
Damien Freiser

18 de mayo de 1299 – 6 de abril de 1322.

La inmundicia humana no puede alcanzar la paz, jamás.

Sus ojos se deslizaron sin quererlo a la siguiente página.

II. LOS HIANIS TIENEN LA OBLIGACIÓN DE VIVIR BAJO EL MISMO TECHO.

Habían muerto por estar separados... un estremecimiento recorrió su espalda al pensar que él y Reyx pudieron acabar así si no hubiera insistido.

Carta al regente de la casa matriz de Edimburgo Julen Anstroid de su hermano Lucas Anstroid.

15 de abril de 1455

Honorable Regente,

Os ruego vuestra atención ante una creciente inquietud que embarga mi ser, respecto a los dos hianis de quienes deseo compartir mis percepciones. Se entreteje en su relación una atmósfera territorial y sombría, que no puede pasarse por alto. Aunque sus actos no transgreden abiertamente las normas públicas, sus conductas suscitan turbación.

La actitud altiva y posesiva con la que él se refiere a ella como “Mi hiani”, la mirada ávida en ausencia del otro, y la peculiar conexión de sus magias son motivos de creciente preocupación. Al observarlos, descubro un juego sutil de complicidades, un entrelazado de gestos que solo ellos comprenden.

Durante el baile de primavera, los contemplé detenidamente. No abandonaron la pista, ni se mezclaron con el resto de la concurrencia. Aunque para los demás sus movimientos eran elegantes y mesurados, pude vislumbrar la verdad: una unión sagrada mancillada, una fornicación no consumada físicamente pero presente en cada gesto. Comprendo que es mi deber hallar la forma de exponer su engaño ante los metzas, para que, por más poderosos que sean, deban rendir cuentas.

Con respeto y preocupación,
Julen

Carta de Aileen Richards a su buena amiga Latian Rimboll.

13 de junio de 1455

Querida Latian,

No hallarías palabras suficientes para comprender la naturaleza de mi tormento. Mi piel arde con la intensidad de un sol desértico, mi vientre se consume en llamas, y cada fibra de

mi ser se ve irresistiblemente atraída hacia él, como si fuese un imán mágico. Conozco la imposibilidad de nuestra unión, sin embargo, no puedo resistir la atracción que nos envuelve. Intento apaciguar mi fuego con los desdichados a mi alrededor, pero al regresar a su lado, la locura de los celos lo consume. ¿Qué camino puedo tomar en esta encrucijada? Ambos enfrentamos la condena eterna si sucumbimos a los deseos prohibidos que nos consumen. Parece ser un destino inevitable.

Con inquietud y desesperación,

Aileen

James Mackensi

1 de octubre de 1434 – 2 de septiembre de 1455

Aileen Richards

12 de agosto de 1436 – 2 de septiembre de 1455

La muerte de los hianis es la bendición de los que están malditos.

Ares hizo memoria con rapidez, recordando sus nombres. Los registros decían que a Aileen fue poseída por un demonio y James tuvo que matarla para acabar con él. Ambos murieron como resultado de la lucha.

Era mentira, fueron los celos, James la mató por celos.

Con el corazón latiendo con dificultad, espantado y aterrado a partes iguales pasó al siguiente capítulo.

III. LOS ASUNTOS DE HIANIS NO SERÁN JUZGADOS POR BRUJOS; SOLO OTROS HIANIS O, EN ÚLTIMA INSTANCIA, SUS PADRES VAMPÍRICOS.

La estructura del libro parecía sencilla. Cada sección se correspondía con una de las parejas de hianis y antes de contar una parte de su historia se recordaban las normas que todos los hianis conocían y debían cumplir.

Cada relato detallaba la razón detrás de la instauración de las reglas, aunque lo único que no comprendía era la enigmática frase que acompañaba las fechas de las muertes de estas parejas, como si fueran amenazas.

Carta de Gideon Beinbruk a su hiani Dalia Skull.

3 de noviembre de 1513

Amada Dalia,

Te pido disculpas hiani, pero no encuentro otro camino. Mi sacrificio, confío, te liberará de este amor oscuro que nos envuelve en la vergüenza y nos condena a ambos. Lamento haberte confiado este sombrío secreto, pero con mi despedida, anheló brindarte la libertad prometida. No mancharé tu nombre ni el de tu noble estirpe. He dejado constancia de mi confesión en una carta dirigida a mi padre, procurando así protegerte de cualquier

consecuencia. Abandono este mundo, confiado en que mi alma atormentada encontrará la paz deseada. No te culpes; nunca fuiste responsable de mis pesares.

Adiós, estimada hiani. Permite, al menos, que en este acto final pueda llamarte mía por vez primera y última.

Adiós, mi amada

Dalia Skull

20 de febrero de 1490 – 8 de diciembre de 1513

Gideon Beinbruk

16 de junio de 1486 – 8 de diciembre de 1513

La lucha de uno, es la muerte de ambos.

Recordaba a la perfección a Gideon Beinbruk. Según los metzas, Gideon se había arrojado de una torre víctima de los remordimientos por la gran guerra de su época, pero claramente fue fruto del desamor. El control de los sentimientos y la meditación era una de las partes más importantes de ser un hiani, se necesitaba tener un profundo control sobre las emociones para manejar al mismo tiempo los sentimientos de ambos.

Recordó el intento de Reyx por liberarlos mientras un sudor frío se deslizaba por su espalda.

IV. ATENTAR CONTRA LA VIDA DE UNO MISMO O SU HIANI ESTÁ CONDENADO POR LA MAGIA Y SUPONDRÁ LA CONDENA DE SU ALMA PARA TODA LA ETERNIDAD.

Carta de Lianna Cambell a su madre Marie Fontain.

10 de octubre de 1647

Querida madre,

Ruego que me perdonen, pues nunca anhelé que este trágico suceso aconteciera, a pensar de mi resolución no pude evitarlo. ¿Podrías detener tu aliento? Mi amor por Matie es tan esencial como el aire que respiro; lo necesito para vivir, y sin él, me siento desposeída de toda existencia. Jamás intenté infligir daño a nuestra apreciada familia, ni a la de Matie. Imploro disculpas en nuestro nombre y solicito que envíes nuestro amor a aquellos afligidos por nuestra prematura partida. Por favor, no derraméis lágrimas por nosotros. Afrontamos la muerte como la posibilidad final de unirnos eternamente.

Con profundo pesar,

Lianna

Lianna Cambell

14 de julio de 1623 — 26 de mayo de 1647

Matie Luthien

28 de noviembre de 1624 – 26 de mayo de 1647

El final y el principio forman el círculo de la vida.

La historia oficial de Lianna Cambell y Matie Luthien indicaba que ambos fallecieron después de involucrarse en acuerdos con los lobos, revelando secretos de los brujos. Optaron por dejar la vida antes que enfrentar la separación, una elección que parecía irracional. Pasó la mano por su frente para secar el sudor y continuó leyendo la siguiente página.

V. NINGÚN VÍNCULO ESTÁ POR ENCIMA DEL VÍNCULO HIANI. EL VÍNCULO DEBE PREVALECER SOBRE CUALQUIER OTRA COSA.

Carta de William Torrans a su padre Conrad Torrans.

16 de enero de 1738

En nombre de Hécate, ¿por qué asumes que anhele contraer matrimonio? Como hiani, no albergo el deseo de formar una familia. Mi compromiso y deber son mi esposa, y así será, hasta que la muerte extienda su mano para reclamar mi alma.

Carta de Vanessa Balart a su hermano Nathaniel Balart.

22 de abril de 1738

No me uniré en matrimonio con tu amigo, ni en este momento ni en el futuro. Como hiani, he consagrado mi vida a preservar el honor del nombre de mi padre; no albergo el deseo de unirme a otro. Mi mente está completamente ocupada en elevar el prestigio y renombre de nuestra familia.

Carta de Conrad Torrans a su hijo William Torrans.

19 de mayo de 1738

Afirmas que tu deber es y será tu única esposa, pero no es eso lo que murmuran las gentes. Se dice que presentas a Vanessa con tu apellido, como si fuera tu legítima esposa. ¿Acaso pensabas que, al encontrarte en tierras lejanas, el rumor no llegaría a oídos ajenos? Hijo mío, necesitas contraer matrimonio, y ha de ser en un futuro cercano. Por mi parte, he sofocado la habladuría, argumentando que empleabas tu apellido porque os hacíais pasar por hermanos. Sin embargo, si persistes en estas acciones, alguien señalará con el dedo

acusador. No te interpelaré sobre este asunto, pues confío en que reconoces que tal comportamiento es un pecado mortal. Si ha ocurrido, ha de haber sido un error, y no volverá a repetirse. Contráete en matrimonio con prontitud para evitar que estos rumores se propaguen.

Vanessa Balart
6 de mayo de 1718 – 18 de septiembre de 1739
William Torrans
24 de julio de 1719 – 18 de septiembre de 1739

Perderás el alma si cedes a tus instintos.

Abrió los ojos con horror. Vanessa y William enfrentaban solos a una horda de vampiros que asaltaron su casa matriz. En medio de la feroz pelea, la desesperación los llevó a prender fuego a la casa, encerrándose con los vampiros dentro. Eran el símbolo de que la lucha merecía cualquier sacrificio para proteger a sus progenitores vampíricos.

Tiró del cuello de su camisa, sentía frío y calor al mismo tiempo. Un picor recorría toda su piel, y un ligero malestar se instalaba en la boca de su estómago.

VI. LOS HIANIS DEBEN ANTEPONER SU HIANI A CUALQUIER PERSONA Y HACER LO QUE SEA NECESARIO PARA SALVAGUARDAR SU UNIÓN.

Abrió los ojos sin dar crédito al ver la siguiente página. Como eran los primeros de la lista y no había nada de ellos, pensaba que estaban en la lista porque eran hianis. Caspian fue el primer hiani, él y David fueron creados por casualidad, cuando los vampiros y las brujas se unieron contra los hombres lobos, pues siglos atrás, los lobos eran la raza dominante.

Carta de Caspian a David.

20 de enero de 1133.

Es lo correcto David, la senda de la rectitud es la que debemos transitar. Un siniestro mal amenaza la ciudad, y la hechicería de los brujos se muestra insuficiente. Es imperativo que unamos nuestras fuerzas, pues intuyo que, al hacerlo, esta conexión que nos une se fortalecerá, otorgándonos un poder más allá de lo común. Me ha sido revelada una visión en la que nos veía ejecutando un ritual. Considero que es una señal divina; la magia nos facultará para entrelazar nuestros elementos. Estoy seguro, tal como sé que hemos sido destinados a librar esta guerra o de que tú eres mío y yo soy tuyo.

No se puede luchar contra el destino.

Los metzas contaban que David había roto el enlace hiani al consumir a Caspien con su elemento. Decían que fue un error y que era culpa de la volatilidad del fuego.

Cerró los ojos, apartando la vista del horrible diario. Tomó una bocanada de aire intentando evitar las arcadas. Se pasó la mano por la cara y el cuello, que ya estaban mojados. Respiró forzándose a calmarse antes de volver a abrirlos.

Si has llegado hasta aquí, ya eres conocedor de la verdad. La unión más sagrada y poderosa de la magia es asimismo su maldición más cruel.

Todos estos hianis nacieron de un mismo espíritu, profanaron su vínculo con el amor romántico y, sin excepción, hallaron la muerte, cubriendo a su linaje de deshonra.

Los metzas se han encargado de sepultar sus pecados tras falacias y engaños para preservar el orden. Cada cierto periodo, una pareja de hianis se corrompe; su magia demanda más de lo permitido. Sois la séptima pareja de los malditos. Los séptimos de los condenados.

Siete veces maldecidos por la historia de aquellos que eran como vosotros. Hianis más fuertes y poderosos que vuestros predecesores, sí, pero pagaréis por semejante don. ¿Estáis dispuestos a saldar la deuda? Ahora sabéis el precio.

Temblando, pasó las páginas del libro temiendo encontrarse algo que hubiesen escrito de él o de Reyx, cuando comprobó que las últimas páginas estaban el blanco, se levantó hasta el baño apenas tuvo tiempo de dejarse caer antes de empezar a vomitar.

—Ares. —Una toalla húmeda se posó en su frente reconfortándolo—. ¿Qué ha pasado? —preguntó agachándose a su lado ayudándolo a sentarse contra la pared—. ¿Estás herido?

Negó con la cabeza cerrando los ojos.

—Creo que estoy enfermo—musitó con esfuerzo, concentrándose en canalizar las emociones para no preocuparle.

—¿Enfermo? —señaló pasándole la toalla por la cara para refrescarlo y limpiarle el sudor—. ¿Por qué no me dijiste que te encontrabas mal? —le amonestó sin mucho empeño, volviendo a mojar la toalla.

—Perdóname Reyx —se disculpó con sinceridad, pero por otros motivos. «Estamos tan jodidos», pensó desconsolado.

Reyx le dedicó una de sus sinceras sonrisas.

—No exageremos, no es culpa tuya. ¿Te sientes mejor? —quiso saber.

—Sí. Creo que estoy mejor. —No era del todo verdad, pero sí lo suficientemente cierto.

Reyx lo ayudó a levantarse sin esfuerzo.

—Creo necesito darme una ducha para refrescarme.

—Claro, iré a prepararte algo que te asiente el estómago.



Ares se vio al espejo antes de volver a la habitación asegurándose de que estaba presentable y su imagen no era el reflejo del caos mental que tenía. Sabía que Reyx debía estar percibiendo algo de lo que sentía.

Mientras se duchaba hizo un plan rápido. Convencería a Reyx de que estaba bien y luego repasaría el libro para tratar de encontrar sentido a ese enigma. Ya sabía lo que le esperaba dentro y después de despejarse estaría en mejor estado para tomar decisiones basándose en la inteligencia y no en las emociones.

Reyx entró con una taza al mismo tiempo que él salía del baño.

—Tómate esto, es un remedio casero —le aseguró poniéndosela en la mano—. Ha sido un día difícil, necesitas descansar.

Aceptó con un asentimiento mientras iba a la cama.

—¿Crees que estarás bien? Podría quedarme contigo —ofreció Reyx sin dejar de mirarlo.

—No te preocupes, me lo beberé y me dormiré. Mañana estaré recuperado —le aseguró con toda la calma que pudo reunir. Tuvo el efecto deseado porque le deseó buenas noches antes de marcharse cerrando la puerta.

Saltó en cuanto lo vio salir, agachándose para recoger el libro de debajo de la cama.

Tenía que aclararse antes de contarle a Reyx lo que había pasado.

14. Secretos y verdades

Ares

Le dolía la cabeza.

Apenas había dormitado unos pocos minutos entre lecturas, el amanecer le encontró sentado en la cama leyendo por millonésima vez el libro.

Eran diferentes tipos de parejas. Distintos tipos de amor que los llevaron a la muerte.

Parecía que daba igual la decisión que tomaran.

Helena y Damien permanecieron separados después de la boda de Helena, y la distancia los había matado de forma inevitable. Por los pedazos de las cartas no podía saber si su amor fue correspondido o no.

Gideon se quitó la vida después de declararse a Dalia, quien lo había rechazado, y él, preso del dolor y la vergüenza se quitó la vida.

Lianna y Matie decidieron arriesgarse y vivir su amor. Como resultado, murieron brutalmente asesinados.

Vanessa y William intentaron mantenerse solo en el ámbito de la hermandad, pero al igual que ya había pasado antes, otros señalaban su actitud como inmoral a pesar de estarse conteniendo.

También estaba el asunto de la carta de Caspien a David. Quedaba claro que Caspien sentía algo por David y supo entender que eran diferentes a los demás metzas.

Los nombres de la lista eran de hianis que habían mancillado su unión, pero no comprendía por qué Quione y Drusila tendrían ese libro. Sus nombres no estaban allí y por su contenido, solo existieron siete parejas así.

Odiaba ese estúpido libro. Se levantó de la cama a pesar del agotamiento, acercándose a la ventana para despejarse. Encontró a Reyx sentado en el sofá de su habitación, apoyado en el cristal con las piernas encogidas sobre el asiento. Llevaba puesto un jersey y todavía el pantalón holgado que usaba para dormir. Vio sus suaves movimientos mientras observaba relajado el paisaje y bebía de una gran taza de café.

Se centró en él, captó con claridad el estado de ánimo de Reyx, estaba completamente en paz, en calma. Washington tenía algo especial que sacaba partes de Reyx que rara vez veía. A pesar de su aspecto y carácter tranquilo, siempre mantenía una mirada turbia como si estuviese atormentado, pero allí no pasaba, algo en el lugar, o quizá la compañía, que lo tranquilizaban de una forma extraña.

Un fugaz pensamiento le hizo preguntarse si esa misma mirada era la que tenían todos los hianis que se habían enamorado, si era fruto del amor no correspondido.

El libro trataba el amor entre hianis como un veneno, como algo que una vez empieza no hay forma de parar salvo con la muerte... ¿Cómo era posible que algo así pasase? Pensó mirando a Reyx.

¿Por qué se castigaba con la muerte el amor? ¿No tendría más sentido que si compartían el alma se amasen? ¿No sería más puro el amor entre dos personas que compartían lo más privado de su esencia? Los hianis no pueden mentirse sin que el otro se dé cuenta, comparten cada aspecto de sus vidas y su personalidad. ¿No eran en gran parte como un matrimonio? Lo eran,

por supuesto que sí, sus costumbres los obligaban a proteger la unión sobre todo... sin embargo, los prohibía unirse en sagrado matrimonio.

Miro a Reyx suspirando.

¿Cómo alguien tan bueno y leal como Reyx podía estar condenado a semejante destino? Se prometió a sí mismo que no pasaría, haría lo que fuera por él. En un segundo pensó en millones de posibilidades, que ambos se mudasen a una casa propia donde nadie pudiese juzgarles, evitar a los metzas salvo rituales para Dariuss... haría lo que fuera para mantenerlo a salvo.

Reyx apoyó la cabeza en la pared, mirando afuera y captando su movimiento en la ventana. Le dedicó una pequeña sonrisa levantando la taza, invitándole a acompañarle.

Sonrió desganado asintiendo con la cabeza antes de ir a por él, de camino cogió el libro. Había llegado la hora de ser sincero.



—¿Por qué no estás horrorizado? Casi me enfermo al leerlo —inquirió, sin comprender—. Es injusto; sus muertes fueron asesinatos. No cometieron ningún delito, solo se enamoraron.

Reyx se encogió de hombros sin inmutarse.

—Es justo lo que pensé que podía pasar al intentar algo así. Hicieron lo que pudieron para sobrevivir a lo que sentían.

Lo miró sin palabras, parecía tan estoico, tan tranquilo... como si no fuera con él el terrible secreto que habían descubierto.

—Pero es injusto —repitió sin apartar la mirada—. Quizá hay alguna manera de dormir esos sentimientos o puede que...

—Acabamos de volver a leerlo. Lo intentaron todo, contenerse, dejarse llevar, casarse... es obvio que sus sentimientos ganaron la partida. Puede que sea por la conexión que tenemos. Magia y alma.

—Pero es un vínculo mágico, tiene que haber algún hechizo que ayude a pararlo.

Reyx lo miró anonadado antes de empezar a reírse a carcajadas.

—No me puedo creer que de verdad pienses eso. No todo se soluciona con magia, esto no es una maldición.

—¿Cómo qué no? Todos murieron de amor —defendió Ares con indignación.

—No, no lo hicieron. Murieron a causa de ese amor, no por estar enamorados. A gran parte de ellos los mataron porque está prohibido, no fue que la magia les quitase la vida. Otros se mataron al no encontrar salida —contestó Reyx más sereno—. Es normal enamorarse de tu hiani. Los hianis compartimos alma. ¿Quién no querría a su propia alma?

Boqueó incapaz de contestar a esa pregunta.

—¿Entonces no crees que los hianis que comparten alma tengan algo que los hace enamorarse? —preguntó incrédulo.

—No —respondió rotundamente mirándole con curiosidad—. ¿Tú has pensado alguna vez que estabas enamorado de mí?

—Jamás —contestó con sinceridad—. Perdona —murmuró avergonzado al ver la mueca de dolor de Reyx.

—Pues ahí tienes tu respuesta —respondió Reyx cerrando el libro para devolvérselo.

—Pero nuestra historia podría ser como la de Gideon y Dalia —reconoció su verdadera preocupación. Si Reyx intentara algo así... el sudor frío volvió a su cuerpo solo con el pensamiento.

Reyx negó con la cabeza.

—No voy a negar que no se me pasó por la cabeza... Pero ahora sé que no lo haría... Tengo mucho por lo que vivir además de ti, y mucho por lo que luchar —reconoció bebiendo nuevamente de su taza en completa calma.

Se quedaron en silencio, sin mirarse, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Gracias por contármelo todo y enseñarme el libro —agradeció Reyx levantándose.

—Sinceridad —dijo a modo de respuesta sin moverse mientras él iba a la escalera—. Reyx —lo llamó dubitativo.

—Dime —contestó dándose la vuelta para mirarlo.

—¿Alguna vez pensaste que yo estaba enamorado de ti? —preguntó en voz baja.

Los ojos verdes de Reyx lo recorrieron como intentando averiguar si debía responder la verdad.

—Sí, muchas veces —contestó.

Pasó saliva con dificultad, su corazón retumbando en su pecho.

—¿Cuándo? Hice algo, alguna vez que... —quiso saber.

Reyx giró la cabeza pensando bien la respuesta.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos el hechizo de unión?

—Claro, cómo olvidarlo. Fui a tu habitación para hacerlo a solas —respondió sorprendido.

Reyx sonrió con tristeza al recordar.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó sin dejar de mirarle.

—Porque ibas a ser mi hiani, porque por fin ibas a ser mío y todo el mundo iba a saberlo. Yo quería celebrar en la intimidad algo que solo era para ti y para mí. Te había encontrado y no deseaba compartir con nadie algo tan íntimo —respondió con sinceridad rápidamente.

—Son ese tipo de frases... —musitó Reyx mirando al ventanal para no verlo—. La forma en la que dices que soy tuyo, la manera en que me tratas... como si fuera algo especial...

Lo miró con sorpresa y vergüenza, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Eres especial. Eres mi hiani. No lo digo de esa forma, quiero decir... no lo digo como una pareja. Lo digo porque... —Cerró la boca al caer en la cuenta de que realmente nunca había pensado en ello, simplemente Reyx era suyo, tan fácil como que el sol sale cada día y tan básico como el sustento para poder vivir.

—A veces, cuando pronuncias “hiani” yo veo el mundo entero y tú solo ves a tu compañero —confesó Reyx haciendo una mueca—. Vivimos en el mismo mundo, hiani, aunque cada uno lo ve a través de un cristal distinto.

Ares se quedó paralizado, mirándolo sin saber qué decir, sintiendo que todo se volvía gris a su alrededor a pesar de que a su espalda brillaba el sol.

Leer los manuscritos lo hizo sentirse cada día más extraño. Como la tierra calentándose y enfriándose antes de un terremoto, como el mar retirándose en preparación a un tsunami.

Leer la historia de todos esos hianis, entender cómo veía Reyx su unión... no podía sacárselo de la cabeza. Dejó de responder las llamadas de Alizon y empezó a pasar horas lejos de la casa mientras Reyx y Adson trataba de averiguar qué había pasado con Quione y Drusila. Por su parte, intentó hallar respuestas a preguntas que, en el fondo, no se atrevía a formular, sumergido en el fondo de botellas de *whisky*.

Reyx

—Ares, vamos a casa.

—No quiero —murmuró Ares llenando su vaso de nuevo.

—Deja de beber, es la tercera noche que vengo a buscarte —protestó tirando de él para levantarlo de la silla.

—¿Qué me das?

Bufó por la exasperación.

—Un puñetazo como no muevas el culo. Adson está esperando en el coche. Vamos —dijo perdiendo la paciencia. Tiró de él y lo arrastró por la pista de baile.

Ares trató de resistirse, dándole tirones.

—¿Quieres parar? —preguntó enfadado, empujándolo contra la pared ocultándolos de la gente en un pequeño descansillo que daba a los servicios y la sala de personal—. Me estás dejando en evidencia. No puedo correr detrás de ti y traerte bebido cada noche. Tenemos problemas de verdad, por si no lo recuerdas, tengo que estar centrado.

Vio el dolor pasar por su cara, pero necesitaba saber qué había pasado con Quione y Drusila.

—Es que no puedo quitármelo de la cabeza —le susurró Ares.

—¿El qué? —preguntó desconcertado.

Ares negó con la cabeza sin apartar los ojos de los suyos. Una avalancha de desconcierto y remordimiento le llegó de su parte.

—¿Discutiste con Alizon? Puedes decirle que venga, lo prefiero a que estés así.

Ares siguió en silencio, solo mirándole.

—Estás demasiado borracho para tener esta conversación. Hablaremos de ello mañana —dijo sujetándole del brazo.

Ares tiró de él de nuevo, metiéndolo dentro de la sala de personal, sumergiéndolo en la oscuridad absoluta.

—¿Qué...? —preguntó sorprendido por encima de todo el tumulto, el barullo y las risas que llegaron de un grupo de chicas entrando en la puerta de al lado—. No podemos estar aquí, nos van a...

Y sin más, el mundo desapareció bajo sus pies. Unos labios cálidos sellaron su boca con fuerza. Una mano se enredó en su pelo, forzando el movimiento para que inclinase la cabeza y ponerla como él quería. Los labios de Ares se deslizaron contra los suyos con ansiedad, hambriento de contacto. Notó su lengua colándose entre sus labios con rapidez, ansioso y necesitado.

La marca en su pecho estalló, desatando una intensa oleada de deseo y necesidad que lo envolvió por completo. Los sometió como si fueran esclavos sin voluntad, fusionando sus ansias con las suyas. Sus lenguas se enzarzaron en una batalla por el control, en un intercambio frenético y confuso que los sumió en una embriagadora calidez.

Tiró de Ares para pegar sus cuerpos cuando el frío invadió su piel. Reconoció el elemento de Adson tocándolo y devolviéndolo a la realidad.

—¿Reyx? —llamó Adson al otro lado de la puerta—. ¿Estáis bien?

El frío se instaló en su pecho, no solo por su parte. Ares estaba igual de horrorizado que él, parecía estar gritando en su interior y su marca le señalaba el nivel de horror que sentía por lo que acababa de hacer.

—Mierda, mierda, mierda —murmuró Ares agobiado.

—Cállate, no digas nada —lo cortó cubriendo su boca—. Estás borracho. Esto no cuenta, no significa nada.

La respuesta de Ares fue apartar su mano y vomitarle en los zapatos.

15. Limbo

Había oído muchas veces decir que presenciar un acto podía dejar a alguien en *shock*, pero jamás pensó que un beso podía tener el mismo efecto. Desde el beso de Ares, quedó sumido en un trance del cual le resultaba difícil salir, más por la magnitud del hecho en sí, que por su propia voluntad.

Durante años había fantaseado con ese momento, imaginándolo en diversos estados y con finales distintos. Sin embargo, nunca creyó que se convertiría en realidad, y mucho menos que se desarrollaría de la forma en que finalmente ocurrió.

Esperaba que hablaran al día siguiente, pero Ares actuó con normalidad, como si nada hubiera sucedido. Cada nuevo día, todo aparentaba normalidad y, al mismo tiempo, totalmente distinto.

No habían hablado ni una sola vez desde esa noche y allí estaba él... casi una semana después, vagando entre la realidad y los sueños, negándose a enfrentar el hecho de que con toda probabilidad las cosas iban a ponerse mal para ellos. Se perdió entre las calles de Washington, era fácil para él, incluso con bullicio y el tráfico, esa ciudad tenía algo que lo relajaba.

Caminó sin rumbo fijo, decidido a apagar su cabeza por un par de horas. Dejó que sus pasos se perdieran en la nieve, los coches y los humanos que andaban a su alrededor.

Era una sensación adictiva, ser uno más entre millones, ser, aunque fuera por unos segundos, uno más. No un brujo, no el heredero de la familia Snarr, no un metza, no un hiani, ni el hijo de nadie, ni el heredero de nadie... solo Reyx... única y exclusivamente Reyx.

Se paró un momento en medio de la acera, sintiendo docenas de cuerpos rozando el suyo, gente que miraba sin ver nada en realidad, que corrían como si fueran al lugar más importante del mundo sin saber que no iban a ningún sitio.

Cientos de historias distintas, diferentes y ahí en medio... él... solo él. Sin nada específico que hacer y por primera vez desde que entendió cómo sería el resto de su vida, tuvo conciencia real de quién era. Por primera vez pensó que quizá su historia no tendría un gran o bonito final, pero era la suya y también merecía contarse.

Pensó en las historias de amor que el libro contenía, historias perdidas entre las arenas del tiempo, historias robadas de vidas que no significaban nada para nadie, pero que ahora él conocía y podría recordar.

Recordarles a todos y honrar su memoria. Ensalzar ese amor que otros encontraban vergonzoso y denigrante, pero que él sabía que era el motor de sus vidas.

Se prometió a sí mismo que aprendería de cada historia, que no malgastaría el tiempo que iba a permanecer en la tierra. Los fríos copos de nieve sobre su rostro lo hicieron despertar y ponerse en marcha. Metió las manos en los bolsillos, algo en él había cambiado, algo importante en lo que no había reparado hasta ese instante.

Era feliz en su propia piel, feliz consigo mismo. Ya no se sentía fuera de lugar, ni un bicho raro. Leer ese libro curó heridas internas, saber que no fue el único, lo ayudó a sentirse comprendido y acompañado, aunque ellos hubieran vivido siglos atrás.



—Has estado todo el día fuera —comentó Adson a su espalda.

—Tenías cosas que hacer —mintió perdido en las luces de la ciudad que se extendían delante de él. Había subido al tejado para estar solo, parecía que no iba a tener suerte.

La mano de Adson se posó en su espalda mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

—Te conozco bien —murmuró Adson mirando hacia delante—. Está pasando algo, estos días pareces inquieto. Te noto diferente. Por más que lo pienso no consigo saber qué es —reconoció.

—¿Y eso es malo? —preguntó con curiosidad, dejando que el familiar y especiado aroma de Adson lo alcanzara. A veces le echaba tanto de menos, su compañía, su carácter tranquilo en medio de la rigidez que mandaba su vida.

—No, claro que no. Todos cambiamos Reyx, es parte de vivir —se apresuró a decir girándose para mirarlo—. Pero no pareces el mismo que llegó hace unos meses, ni el de hace una semana —le aseguró acariciando su mejilla.

Negó con la cabeza agarrándole la mano.

—Están pasando muchas cosas, tengo mucho en que pensar.

Adson asintió.

—Es una situación complicada y tensa, podría ayudarte a relajarte, dejamos algo a medias en el club —murmuró acercando su cara a la suya.

Conocía a la perfección las señales, pudo apartarse de haber querido, pero no lo hizo. La boca de Adson resbaló contra la suya en una muda invitación que aceptó con el gusto del que vuelve a casa después de mucho tiempo. Respondió al beso con dulzura, aunque se apartó en cuanto notó sus manos demandantes recorriendo su cuerpo.

—Adson, no puedo. Lo siento —murmuró apoyando su frente en la suya, sabiendo que era un error.

—Por favor, Reyx —susurró buscando de nuevo su boca. Sus labios respondieron incluso en contra de su voluntad, le quería... se odiaba por permitir que las cosas hubieran llegado a ese punto.

Era tan fácil caer de nuevo, dejar que Adson cubriera las capas de miedo y zozobra que su amor por Ares le causaba.

—No... —musitó agarrándole los brazos, rompiendo el beso.

—Sé que hay alguien más y que huiste de tu casa para alejarte de él. Déjame que lo borre de tu corazón, sabes que conmigo estás a salvo —trató de convencerlo, volviendo a besarle, dejándolo aturdido por la intensidad del momento.

—Adson —protestó.

—Entrégate a mí del todo y te juro que no dejaré de él más que un borroso recuerdo —susurró acariciando su nuca—. Tatuaré mi piel con la tuya, tomaré tu cuerpo hasta que me reconozca como su único dueño, hasta que tu alma solo desee a la mía.

Sus palabras eran tan tentadoras como el canto de las sirenas que conducían a los marineros a la muerte segura. Ojalá sus palabras fueran de verdad, si a la fuerza pudiera obligarse a quererle. Se quedó congelando entre sus brazos, apartándolo con firmeza.

—Reyx yo... —musitó Adson.

—Hiani —la voz de Ares fue como un látigo en medio de la noche, sobresaltándolos a ambos—. Vamos dentro —ordenó con dureza, sin apartar la mirada de Adson como si estuviera preparándose para atacarle al mínimo movimiento. Podía sentir su fuego listo para lanzarse contra él.

Obedeció, sabía que nada bueno saldría de negarle algo cuando podía sentir su enfado vibrando en su interior. Fue en dirección a su dormitorio, llegando al primer piso en pocos

segundos.

Se dio la vuelta y se le quedó mirando sin decir nada. No lo necesitaba, su vínculo hablaba por él. Habría notado sus emociones desbordarse al primer beso con Adson y sabía que Ares lo sabía también. Ahora no sabía qué decirle. Ni siquiera estaba seguro de que Ares recordase ese primer beso mientras él estaba borracho, incluso aunque lo hiciese eso no cambiaría nada, ellos no eran pareja ni lo serían nunca.

Ares le siguió en silencio a su espalda mientras él iba a su habitación. Se detuvo delante de su puerta, dividido entre girarse a mirarlo o entrar sin decir nada.

Se dio la vuelta, Ares le miraba con intensidad, como si estuviese decidiendo entre lanzarse al abismo o sumergirse en la profundidad de un precipicio.

El pasillo apenas estaba iluminando por unas pocas luces, ya que esa área de la casa era para visitas, pero incluso en medio de la penumbra sus ojos dorados centellearon, remarcando su aire letal y peligroso.

—Creo que he bebido demasiado en la cena —reconoció intentando calmarlo.

Ares seguía mirándole sin decir nada, ahí parado, delante de él, a tan solo un paso de distancia, respirando pausada y lentamente...

—No te enfades con Adson, no fue culpa suya. Tenía que haber sido más cuidadoso después de lo que estuvo a punto de pasar en la discoteca. Olvidé que puedes sentirme, te pido perdón. Lo olvidé por un segundo.

—¿Pensaste alguna vez en hacerlo? —preguntó Ares con brusquedad.

—¿Pensar en qué?

—Cuando leíste el libro dijiste que tú ya habías pensado en todas esas posibilidades, me preguntaba si valoraste en usar algún hechizo que anulara tus sentimientos.

—Lo pensé. Pero, si renunciara a mis sentimientos a la fuerza, no sería yo. Si te elimino de mi vida y de mi corazón, mataría una parte de mí mismo —reconoció con esfuerzo bajando la cabeza al suelo—. Además, la magia tiene límites, hay sentimientos que ni siquiera la magia puede contener, estoy seguro de que este es uno de esos casos —musitó forzándose a mirarle.

Ares, se mordió el labio inferior, un gesto que realizaba cuando estaba pensativo. Posó la mirada en su boca mientras sus dientes blancos aprisionaban el labio antes de deslizarse suavemente sobre él.

Su sangre se volvió más líquida, haciéndole retroceder hasta apoyar la espalda contra la puerta y bajar su mano atrás para buscar el picaporte. Tenía que salir de allí ya, imprimió toda esa necesidad sobre la marca, para que Ares supiera que debía irse.

—Me voy a dormir... —musitó nervioso—. Gracias por salvarme. Buenas noches, hiani —murmuró atropelladamente antes de hacer algo que lo pusiese en ridículo. La manilla cedió liberando la cerradura, dando paso a un inmenso alivio por saberse a salvo.

La mano de Ares sujetó su muñeca tirando de él, haciendo que la puerta se cerrase, levantó los ojos para ver cuál era el problema.

—Ares... —murmuró perdido al no reconocer su mirada.

Ares avanzó consumiendo el espacio en un instante.

Una oleada de calor desbordó su marca calentando su piel en menos de un segundo.

Separó los labios, dejando salir el aire despacio, intentando tranquilizar el latido de su frenético corazón. El aroma de su piel inundó sus sentidos como una droga, haciéndole desear mucho más, exigiéndole una nueva dosis. Apretó la espalda contra la puerta mientras los recuerdos de su primer beso volvían a su mente de repente.

La mano de Ares se posó en su mandíbula, dejándolo petrificado.

—¿Qué haces? —preguntó en menos de un susurro.

—No lo sé... —reconoció Ares de la misma forma, deslizó los dedos por su cuello, haciéndole estremecerse.

—No juegues con esto... no juegues conmigo... —musitó apoyando la cabeza en la madera —. Es cruel...

Ares negó, echándosele encima.

—Nunca te haría daño, hiani... —Cerró los ojos en cuanto oyó la palabra, ese tono dulce y profundo como una oración venida desde los albores del tiempo, esa declaración jurada que haría a las estatuas derramar lágrimas de emoción—. Jamás... —le aseguró acariciando su nuca.

—Nunca jugaría contigo de esa forma, por eso te besé a oscuras en el bar. Temía que me rechazases, pero no podía dejar de pensar en ello. Hay muchas preguntas sin responder dentro de mí desde que leí ese maldito libro —reconoció contra sus labios.

Agarró su muñeca con la mano, tratando de detenerle y acercarle al mismo tiempo.

—Tienes novia, no te gustan los hombres y está prohibido... —intentó razonar, buscando algo que lo hiciese detenerse porque él no iba a poder.

—Ya no, rompí con Alizon —respondió respirando contra sus labios haciéndole desfallecer—. Desde que leí ese libro solo puedo pensar en esto... —reconoció con una voz tan ronca y profunda que le temblaron las rodillas.

—Es curiosidad, que esté prohibido lo hace atractivo para ti... —aseguró intentando controlarse.

—Yo también pensaba eso, creí que pasaría si te besaba... —reconoció con sinceridad—. Pero ardo Reyx, estoy ardiendo... este fuego me consume... —jadeó apretándose contra él, aplastándole contra la puerta que protestó con un crujido.

Sus labios colisionaron como dos fuerzas cósmicas en un choque estelar, desencadenando una explosión tan intensa que sacudió el universo. Separó los labios en busca de aire y Ares aprovechó para colarse dentro. El calor de la marca se expandió por todo su cuerpo, calcinado su piel hasta los huesos.

Ciego y privado de raciocinio, Ares lo besó como un salvaje, devorándolo, tentándolo, tomándolo. La cabeza le daba vueltas y su cuerpo palpitaba exigiendo una satisfacción. Las manos de Ares bajaron por su espalda como un rayo, agarrándolo de las caderas y clavándolo a la puerta mientras lo presionaba con su cuerpo.

Reyx lo tomó de la nuca bruscamente para profundizar el beso, agarrándole del pelo como si su vida dependiese de ello. Se quemaba, ardía y cuanto más dolía... más deseaba arder.

Totalmente desquiciado, asaltó su boca una y otra vez. Quería hacerle daño, devorarlo, marcarlo, necesitaba dejarle una señal para que no pudiese fingir que aquello no había pasado. Necesitaba una confirmación para no enloquecer cuando recuperase la cordura.

Ares gimió como si le hubiera herido de muerte, poniéndose rígido entre sus brazos mientras él mordía su cuello.

Acarició su espalda y su nuca con ferocidad como si quisiese fundirse con su cuerpo. Ares asaltó su boca igualando su necesidad, sitiándolo a base de besos y caricias, rozándose en busca de alivio.

Sus besos resonaban en medio del deshabitado pasillo, ampliándose como un sensual eco que avivaba sus ansias. Jadeó sin romper el contacto, saliendo de su propio cuerpo cada vez que su lengua rozaba la suya y sus dientes mordían sus labios.

Su cuerpo parecía haber perdido toda capacidad de autocontrol, se estremecía, temblaba, sentía frío, calor... eran demasiadas sensaciones para procesar, demasiados sentimientos. Sentía que, si

Ares lo soltaba, caería al abismo.

El sonido de su móvil los hizo detenerse de forma brusca.

Se quedó mirándolo por un instante con ojos desorbitados, sintiendo cómo el pánico se apoderaba de él. ¿Qué acababan de hacer?

Tanteó el móvil en su bolsillo, temiendo que apartar los ojos de Ares pudiera hacer que este se desvaneciera entre sus dedos. Ares hizo lo mismo. La tensión en el aire era palpable, como si el mundo entero estuviera sopesando las consecuencias de ese momento.

—¿Sí?

16. Deber, amor y miedo

Se arrastró con esfuerzo hasta su habitación para darse una ducha, su mente intentaba abrirse paso a través del cansancio mostrándole los últimos acontecimientos.

Derrotado, se estiró en la cama e intentó vaciar su mente. En cuanto cerró los ojos volvió a sentir el calor de su piel atravesando su ropa, el tacto de sus manos, el embriagador sabor de su boca, su olor... se dio la vuelta poniéndose bocabajo. Tenía que parar de pensar en lo sucedido.

Ares le había besado, pero eso no significaba nada, debía ser realista y mantener la cabeza fría.

Ares no era gay y aunque lo fuera, no tenían ningún tipo de futuro.

En primer lugar, porque los metzas lo matarían si se enteraban de lo que pasaba y todavía corrían el riesgo de que su propia magia se volviese contra ellos.

Después de leer los manuscritos estaba casi seguro de que la magia de los hiani se corrompía al tener relaciones íntimas era falsa. En algunas de las cartas se sobrentendía que varias de las parejas llegaron a intimar y en ningún caso les falló la magia, fueron causas externas las que acabaron con ellos, pero no podía estar seguro de ello.

Ese beso era algo aislado, un experimento; sabía lo sexualmente activo que era Ares y lo curioso que solía ser. Tampoco podía culparlo, no con todos los sentimientos que su marca estaría enviando a Ares, era una mala combinación.

Tenía la intención de abordar el tema con él. No podía permitir que volviera a suceder, no podía repetirse algo parecido. Abordaría la conversación cuando se sintiera preparado.

Al parecer, se sentía listo al día siguiente, ya que Ares lo acorraló en cuanto Adson desapareció para atender las obligaciones de la casa.

—Reyx...

—No quiero hablar de ello —lo cortó enseguida.

—Reyx... —pidió Ares frunciendo el ceño.

—Escúchame por una vez. Me viste sufrir por lo que siento, no faltes a tus promesas insultando mis sentimientos, llevándonos a los dos a una situación que sabemos que no quieres en realidad. No te muevas por el miedo a perderme o un deseo sexual pasajero —dijo mirándolo a los ojos para que entendiera el mensaje, desesperado porque comprendiese que no podía hacerlo.

De milagro había conseguido separarse de él, no sabía lo que haría si Ares lo besaba de nuevo, no estaba seguro de si tendría fuerza suficiente para decir que no cuando le ofrecía lo que siempre había soñado.

—No es por eso —siseó Ares indignado—. ¿Tan superficial me crees?

—¿Entonces qué es? —preguntó sin dejar de mirarlo—. ¿Qué quieres? No tienes que intentar retenerme, estoy contigo. Soy tu hiani y lo seré hasta que me muera —le dijo con sinceridad.

—¿No te gustó el beso? —inquirió Ares, mirándolo fijamente como si a fuerza de observarlo pudiese adivinar lo que pensaba.

—No se trata de si me gustó o no, no seas infantil —contestó con un poco de rabia—. Se trata de que no es lo que quiero, nunca quise esto. No lo quiero de esa forma, en mis fantasías tú estabas enamorado de mí y los dos sabemos que no lo estás, así que, por favor... respétame. No vuelvas a hacer nada así, ni a decirme nada parecido —pidió con firmeza antes de irse a su

habitación, dejándole allí plantado.

—Dejé a Alizon —le recordó Ares indignado.

—No te lo pedí —le contestó enfadado—. Si rompiste con ella pensando en mí, puedes llamarla y volver con ella. Yo no quiero nada.

—No lo hice por eso. Yo no...

—¡Chicos! —les llegó la voz de Adson acercándose todavía con el abrigo puesto por volver de la calle.

Lanzó una mirada de advertencia a Ares al ver que iba a echarlo.

—Hay noticias para vosotros —le contó Adson tendiéndole un papel—. Quione, pagó en efectivo para comprar una casa en las montañas, en la zona de Santa Helena hace dos años.

—¿Una casa?

—Es más bien una cabaña en ruinas, en una zona apartada. Sin agua corriente, ni luz.

Se miraron el uno al otro.

—Hay un lugar para cazadores muy cerca, es una casa de madera, pero con comodidades. La cabaña de Quione está lejos, necesitaréis un lugar para pasar la noche.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó sorprendido.

—Tengo cosas que hacer aquí. Y probablemente lo hayan protegido con más hechizos para hianis. Sería una pérdida de tiempo, podéis llevaros uno de los coches de la casa —le dijo Adson.

—No te preocupes, nosotros nos encargamos. Nos mantendremos en contacto —le prometió.

Miró a Ares, mientras Adson se alejaba.

—¿Qué? —le preguntó Ares.

—Vayamos con cuidado, todo esto es muy extraño y después de lo sucedido en la cueva podríamos volver a tener compañía.

Ares asintió, frunciendo el ceño.

—Es una posibilidad, pero ahora que somos conscientes de que puede ocurrir, estaremos preparados. No te preocupes, hiani. Me aseguraré de que estés a salvo.



Adson estaba en lo correcto, la cabaña estaba muy lejos de todo, incluso de los lugares que había destinados a la acampada. Tuvieron que andar durante horas desde la cabaña de cazadores para llegar.

El lugar en cuestión era poco más que cuatro paredes de barro con madera y un tejado destruido.

—No hay mucho que ver —comentó mirando alrededor—. Ni siquiera hay muebles, solo hierba y arbustos. Esto lleva siglos deshabitado.

—Sí, puede que tengas razón. No entiendo para qué la compró, quizá tenía planes para ella más adelante —sugirió Ares.

—Es probable —concedió frustrado—. Todo esto tiene cada vez menos sentido.

—Eres la persona más inteligente que conozco, estoy seguro de que lo resolverás —trató de animarlo Ares.

—No podemos seguir en Washington mucho más tiempo, tengo que volver a la casa matriz. Mi lugar está allí.

—Encontraremos la solución —le aseguró Ares—. Podemos dar una vuelta y echar un vistazo para asegurarnos de que no haya rastros de magia. Es mucha casualidad que compre una cabaña aquí, sobre todo teniendo en cuenta lo que encontramos en esa horrible cueva.

La verdad hubiera preferido irse, estaba frustrado, pero era consciente de que eso Ares ya lo

sabía. Lo siguió mientras su mente seguía ocupada pensando posibilidades.

—¿Tú también lo percibes? —le preguntó Ares sacándolo de sus pensamientos.

—¿El qué? —No necesitó que Ares respondiese. Una sensación antinatural golpeó contra su magia—. Es la misma de la cueva.

Ares asintió, señalando a los árboles. Los dos conjuraron sus elementos y avanzaron. Lo único que encontraron fue dos puertas a un cobertizo subterráneo.

—Ábrela tú —le ordenó Ares creando dos bolas de fuego para defenderlo en caso de que hubiera una sorpresa desagradable en el interior.

Lanzó una bomba de aire forzando las puertas que se hundieron en la oscuridad de la habitación.

—¿Qué hay dentro? ¿Qué pasa? —le preguntó Ares al ver que no se movía.

—Mierda. Ilumina el cobertizo —le pidió arrodillándose sin entrar.

Obedeció poniéndose a su lado en el suelo.

El orbe de luz alumbró la polvorienta habitación, que estaba llena de instrumentos grotescos y misteriosos frascos de cristal de gran tamaño.

—Dime que esto no es lo que parece —le pidió Ares en voz baja.

No contestó, porque no podía mentirle. Los frascos que contenía la habitación dejaban claro el tipo de magia al que Quione y Drusila se habían dedicado. Su huella mágica estaba por todas partes.

—Hay más ataúdes —le advirtió después de echar un largo vistazo al interior.

Ares bajó las escaleras primero, asumiendo cualquier problema que pudiese haber.

—Esto me da escalofríos, ¿cómo es posible que nadie se diera cuenta de que hacían estas cosas? Hasta ahora me negaba a creer que se hubieran desviado tanto, pero a estas alturas las pruebas son irrefutables.

—Consiguieron aniquilar a manadas completas, podrían ocultar lo que fuera.

—Ayúdame con esto —pidió Ares convocando su elemento con el suyo para mover la tapa.

Dejó de respirar por un segundo al ver lo que había en el interior de la primera.

—¿Qué es esto? —preguntó Ares en apenas un murmullo.

Le costó tres intentos poder pronunciar alguna palabra.

—Es un alfa.

Igual de conservado que el caso de Quione había un hombre lobo más grande que la media. Alfa, sin lugar a duda.

Se miraron el uno al otro, demasiado impactados para añadir nada más.

Sus problemas acababan de aumentar.

17. Amor, miedo y deber

—Sigo sin tener claro que esto sea una buena idea —protestó Ares mirando con aprensión los árboles que rodeaban la cabaña del cazador donde iban a quedarse.

—Confía en mí, lo es —le aseguró a pesar de no estar seguro del todo.

Ares lo miró de reojo y aunque no dijo nada su marca le mostró lo inseguro que estaba de la decisión que había tomado. Podía notar el fuego crepitando sobre su piel, listo para defenderlos. No podía culparlo, parecía que estaban metidos en una trampa y la peor parte es que acabaron allí por voluntad propia.

El sonido de un coche subiendo a la cabaña tenía que haberlos alertado, no lo hizo. La manada de hombres lobos que sentían moviéndose alrededor era mucho más preocupante.

—Reyx... —le advirtió Ares.

—No te pongas nervioso —le pidió intentando calmarse. Los lobos estaban a punto de saltar sobre ellos—. Ten tu magia lista, pero no manifiestes tu elemento. No queremos que piensen que es una trampa.

Los hombres lobos irrumpieron en el claro, corriendo como borrones de color oscuro, directos hacia ellos.

Sintió cómo exploraban la casa en sus formas sobrenaturales, cerciorándose de que no se tratara de una emboscada. Dragos se plantó delante de ellos con otros dos lobos casi tan grandes como él a cada lado. Les rugió, pero no intentó aproximarse a ellos.

Ares se acercó más a él, el fuego se propagó por su piel mientras le extendía su protección. Envío su magia con la suya, entrelazándolas juntas. Se fundieron en un mismo ente y tuvo que esforzarse por no cerrar los ojos y dejarse llevar por el placer que esa fusión le generaba.

Un todoterreno negro aparcó por fin entre los lobos que le hicieron espacio.

Se tensó, esperando a que todo saliera bien, actuó preso del impulso cuando utilizó los contactos de Adson para saber quién era el humano de la cueva y llegar a él.

Al parecer Tyler Reill era conocido en la zona, escritor famoso entre los humanos y mano derecha de la mayor parte de los alfas del estado. Pertenecía a una manada joven y estaba casado con el segundo del alfa. Andrew Reill.

Tyler bajó del coche solo, pasando entre los lobos sin dejar de observarle. Dragos y los otros dos lobos que lo custodiaban avanzaron con él.

—Dijiste que tenías algo para mí. Una muestra de buena fe —les recordó deteniéndose a unos pocos metros.

—Y dije la verdad. Encontramos una guarida de Quione y Drusila —dijo en voz alta.

Tyler apretó la mandíbula al oír sus nombres mientras el alfa rugía. Esperó a que se calmasen antes de volver a hablar.

—No pretendemos ofender o traer malos recuerdos —dijo con rapidez—. Entendemos que se atacó a vuestras manadas de forma deliberada.

—Fue vuestra gente la que atacó a esas manadas sin motivo —le cortó Tyler sin expresión.

—Cierto —admitió—. Pero no todos somos así. Hemos encontrado algo que os pertenece y queremos entregároslo como muestra de buena voluntad.

Tyler estrechó los ojos observándolos con desconfianza.

—Supongo que ahora es cuando me dices lo que me va a costar ese gesto altruista.

Negó con un gesto.

—Sin condiciones, sin precios —le dijo señalando con el dedo montaña arriba—. Iremos con vosotros si garantizas nuestra seguridad.

Tyler pareció pensárselo.

—Te doy mi palabra, no es una trampa —insistió—. Nos dejasteis ir en la cueva, creíste en nuestra palabra. Vuelve a hacerlo.

—Pero esa es la cuestión, brujo. ¿Se puede confiar en tu palabra?

—Sí.

—Eso lo decidiré yo. Si intentáis algo raro, mis lobos os destrozarán. Tenemos el bosque lleno de nuestra gente y sabemos matar a los vuestros.

Ares presionó su magia al sentir que lo amenazaban, le envió tranquilidad para calmarlo.

—Somos conscientes, pero no será necesario. No hay trampa —le aseguró.

Tyler les hizo un gesto para que se adelantasen. Los lobos lo rodearon del todo, manteniendo su cuerpo oculto mientras andaban.

La marca le transmitió la inquietud de Ares, si algo salía mal no podrían con tantos de ellos. Sabía que se estaban poniendo en peligro, pero era lo correcto. Toda su vida se rigió por las normas y estaba convencido de que era lo justo. Lo que hicieron Quione y Drusila iba contra las reglas básicas de convivencia.

—Es aquí —le indicó señalando las puertas cerradas del cobertizo.

Los lobos se adelantaron a comprobarlo, con Dragos y sus segundos a la cabeza.

—Es mejor que vayas tú primero —sugirió.

Los ojos del humano brillaron con desconfianza.

—¿Por qué?

—Hago esto porque creo que es lo justo, porque hay leyes que todas las razas deben cumplir. Ellos las quebrantaron como si no tuvieran importancia, y trato de reparar el daño, aunque sea consciente de que no es posible. Pero no confío en la reacción de los lobos si entran ahí.

La cara de Tyler cambió al comprender de qué se trataba.

—¿Cuántos? —preguntó.

Ares intercambió una mirada de sorpresa con él.

—Veinte sin transformar y diez corrompidos por magia negra —contestó con sinceridad.

Escuchó los aullidos enfebrecidos y por instinto absorbió parte de la magia de Ares por si los atacaban.

Se aclaró la garganta para poder terminar.

—Cubrimos con sábanas o los niños.

Dragos rugió clavando las garras en el suelo haciendo dos profundos cercos y los demás lo hicieron con él como un horrible eco que prometía sangre.

Tyler cerró los ojos en cuanto lo escuchó nombrar a los niños, con un gesto de dolor tan intenso que parecía estar herido de muerte. Levantó la mano, poniéndola sobre la espalda del fiero hombre lobo que soltó un sonido aterrador. Dragos inclinó la cabeza y miró a Tyler de forma directa.

No hizo falta nada más, Dragos y sus segundos bajaron primero. Dos hombres lobos nuevos se situaron a los costados de Tyler para mantenerlo protegido.

—¿Qué queréis a cambio? —les preguntó.

—Nada, esto no está bien. Los niños se respetan en nuestras guerras, su vida es sagrada. La magia que usaban estaba prohibida. Aunque no me creas, si hubiera llegado a los nuestros

noticias de lo que hacían, los habríamos matado nosotros mismos.

Tyler alzó la cabeza, observándolo. Adson le había asegurado que era humano, pero cuando el peso de su mirada acabó sobre él sintió una energía fuerte y poderosa. Se quedó petrificado, mientras él parecía valorar la sinceridad en sus palabras.

Acabó por asentir con la cabeza.

—Espero que sepáis que esto no cambia nada. Ningún brujo o bruja puede volver a pisar las tierras de las manadas de Virginia.

—Daremos el mensaje para que nadie se acerque.

—Podéis iros. Reduciremos a cenizas este lugar, ¿seréis un problema? —quiso saber Tyler.

—No —contestó.

Tyler les hizo un gesto con la cabeza, ordenándoles que se fueran.

No añadió nada más, salió con el brazo de Ares pegado al suyo, todavía sintiendo la protección del fuego a su alrededor.



Decidieron quedarse en la cabaña de abajo, esperando a que los lobos se fueran de nuevo a sus tierras. Los dos estaban en el porche trasero observando la columna de humo que se había encendido hacía unos minutos.

—¿Vas a contarle a Laurent que les diste pruebas tangibles a los lobos para empezar una guerra?

—Esos niños tenían madres, esa gente tenía a personas esperando su vuelta a casa —dijo agotado. Quería dormir durante dos días, el cansancio psicológico era peor que el físico.

—Son nuestros enemigos naturales.

Soltó un bufido antes de entrar en la cabaña. Ares lo siguió sin dudar, pasando a la pequeña habitación que servía de cocina y salón.

—Tú sí que eres mi enemigo natural —lo picó—. Llevamos años viviendo en paz con las manadas de Virginia, la tregua ha durado más de cincuenta años. Lo que Drusila y Quione hicieron es un acto de guerra, al devolverles a su gente enviamos un mensaje. No todos somos iguales.

Ares chasqueó la lengua haciendo un sonido burlón.

—¿Crees que eso será suficiente para evitar que nos maten como venganza?

Se dejó caer en el sofá, pensando en qué responder.

—Creo que sí, pudieron atacarnos dos veces y eligieron las palabras a la sangre.

Ares inclinó la cabeza dándole la razón.

—¿Se lo contarás a Adson?

—No. Es mejor que nadie más sepa lo sucedido.

—Bien, así tendré algo para chantajearte.

Se carcajeó de buena gana. Sabía que nunca lo usaría en su contra.

Ares se inclinó sobre él, acercando su cuerpo al suyo. Se quedaron mirándose a los ojos, sus magias, todavía conectadas, vibraban suavemente en un relajante sonido. Podría pasar la vida entera contemplando sus ojos de fuego, tan extraños y llenos de misterio.

—Parece que estás a punto de desmayarte. Ve a la cama, hiani. Me quedaré vigilando hasta que se vayan —la voz ronca de Ares le hizo estremecer.

—Estás igual de cansado que yo. Puedo notarlo —dijo en voz baja. Parpadeó despacio, estaba agotado.

Ares sonrió, no la sonrisa que mostraba al mundo, sino aquella que reservaba solo para él.

Dulce y tan cálida como la sensación de una pequeña hoguera en una tarde fresca de otoño. Le acarició con un solo dedo, recorriendo el camino desde su sien hasta su barbilla.

—Duérmete, hiani. Descansa, estoy aquí.

No supo qué ocurrió después, pero aún era de noche cuando despertó. Miró alrededor desconcertado, sin recordar cómo había llegado a la cama ni cuándo se había quitado los zapatos.

Se levantó y miró por la ventana. No quedaba rastro de humo, usó su magia para asegurarse de que ya no había hombres lobos cerca. Estaba despejado.

Aliviado, aunque todavía cansado, decidió volver a dormir. Cambió de opinión y fue a asegurarse de que Ares ya estuviese acostado. La puerta de la otra habitación estaba abierta y él no estaba allí. Recorrió el pequeño pasillo iluminado por la luz de la chimenea de tosca piedra, distinguiendo su figura sentada en el sofá.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad, tenía los ojos cerrados, pero sabía que no estaba dormido.

Ares continuó impertérrito, sin dar señales de haberle oído.

—¿Ares? —inquirió rodeándolo para verle a la cara, puso la mano en su hombro notando el frío, incluso a través de la ropa—. Estás helado —murmuró extrañado. Él siempre tenía una temperatura más alta de lo normal, era toda una novedad que estuviese tan frío.

Puso la mano en su frente, notándola igual.

—¿Estás enfermo? —preguntó cada vez más preocupado.

Ares cogió su mano sin decir nada, colocándola bajo su camiseta a la altura del corazón. Su latido golpeó contra su mano con fuerza, pero al igual que el resto del cuerpo continuaba helado.

—Deberías darte una ducha de agua caliente para entrar en calor —murmuró en voz baja.

Él negó con la cabeza sin mirarle.

—Estás frente a la chimenea, deberías estar caliente —insistió.

Ares separó las piernas tirando de él, sin decir nada, se abrazó a su cintura apoyando la cabeza en su estómago.

El corazón le dio un salto dentro del pecho, un huracán de emociones lo sacudieron llegando de ninguna parte. No de ninguna parte, de Ares.

—¿Aresis? —llamó preocupado apoyando las manos en sus hombros para mirarle a la cara.

No le respondió en ese momento, ni lo hizo después. Simplemente, se quedó allí en silencio, aferrado a él como si fuera lo único que lo mantenía a flote. Ambos terminaron abrazándose y tumbados en el estrecho sofá, aunque no podría decir exactamente cómo sucedió. Solo sabía que, en algún punto de la noche, Ares entró en calor.

18. Naturaleza salvaje

Se despertó solo en el sofá, envuelto en una manta. Observó a su alrededor y se incorporó para buscar a Ares.

No quedaba rastro de él, pero sobre la cocina encontró una cafetera preparada con una taza a un lado. Se dirigió directamente hacia ello, desesperado por tener un poco de cafeína en su sistema. Ares estaba frente a la ventana, ocupado cortando leña.

Rellenó la taza y se apoyó en el mueble observándole. Su marca le indicaba que Ares estaba frustrado y algo molesto.

Recuperó su chaqueta y salió al patio con su taza en la mano.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó con suavidad al acercarse, observándolo con cautela.

A pesar del frío, Ares llevaba una camiseta y un pantalón. Supuso que su temperatura había vuelto a la normalidad, no había forma de que soportase ese frío de otra manera.

—Recuperado del todo —respondió sin girarse, golpeando con fuerza el tronco.

—¿Qué pasó? —quiso saber. No necesitaba su marca para ver que se estaba enfadando. Ares solo le negaba la mirada cuando estaba realmente enfadado.

—Nada importante —contestó cogiendo los trozos de leña de mala manera.

—No lo parece —siguió intentando.

Ares se dio la vuelta.

Bebió de la taza para no enfrentarle, esquivando su mirada que ahora permanecía fija en él.

Ares negó con la cabeza entendiendo la maniobra evasiva, pero poco dispuesto a dejarlo estar.

—No eres el único que tiene cosas con las que enfrentarse —dijo muy serio volviendo a empuñar el hacha.

—¿A qué tienes que enfrentarte tú? —preguntó extrañado.

—Todos tenemos fantasmas y cosas a las que debemos hacer frente. Cada uno lidia con ello como puede —contestó con sinceridad, partiendo otro grueso tronco con agresividad.

—¿Es por Alizon? —quiso saber. Ares no era muy propenso a darle demasiadas vueltas a las cosas.

Ares se giró dedicándole una mirada hastiada.

—No, no es por Alizon. ¿Por qué siempre que me pasa algo crees que es por ella? Ya te dije que no estamos juntos —preguntó con cierta desesperación.

—Bueno es que nunca te había visto sufrir por nadie hasta que llegó ella y supuse que... —intentó defenderse.

—Es por ti Reyx —le interrumpió girándose para ver su reacción.

—¿Por mí? —inquirió.

Ares volvió a darle la espalda, cogiendo los troncos y arrojándolos a la pila con fuerza.

—Por nosotros —especificó de mala manera.

Sus ojos se abrieron con alarma.

—No hay ningún nosotros salvo como hianis —se apresuró a decir con el pánico burbujeando en su estómago.

Ares lo miró a los ojos. Bombardeando su unión con dudas y preguntas sin palabras.

Lo contempló sin dar crédito mientras el aire se le atascaba en la garganta. Ares no podía

hacerle eso.

—No vamos a hablar de ello, no estoy interesado en...

—Ese es uno de los temas con los que tengo que lidiar, el hecho de que mi hiani, que se supone que es la persona que mejor me conoce, cree que no tengo escrúpulos —declaró Ares volviendo a partir un tronco con saña, ya sin disimular su enfado.

—Yo nunca he dicho que no los tuvieras —se defendió indignado.

—Claro que sí. ¿De verdad crees que asumiría ese riesgo solo por algo pasajero? ¿Por simple curiosidad? —respondió enfadado.

—Con sinceridad... ya no sé qué pensar —intentó apaciguarle.

—No soy un animal, sé controlarme, pero no quiero. Siento que esto es importante, besarte se sintió natural —añadió con rabia mal contenida.

—No tenemos ese tipo de relación, no... está bien —respondió frustrado—. Acabemos con esto de una vez. ¡¿En qué soy diferente?! ¡¿Qué sientes por mí?! —gritó—. Vamos, si tan valiente eres dímelo de una maldita vez, ¿de qué estamos hablando exactamente?

Ares clavó el hacha en una madera fulminándolo con la mirada.

—No tengo ni idea, pero sé que ahora todo es distinto —reconoció.

Reyx se quedó clavado en el sitio.

—¿Distinto? —preguntó mirándole con temor—. ¿Qué quieres decir?

—Todo parece igual, seguimos siendo nosotros, los mismos de siempre, pero tiene una nueva dimensión, distintos matices y no me digas que no sabes de qué te estoy hablando porque lo sabes —le aseguró.

—Yo no noto nada diferente —respondió sin voz dando un paso hacia atrás.

—Mientes, solo yo tengo el valor para reconocerlo. ¿Por qué no lo haces tú? —le reclamó.

Negó con la cabeza conteniendo las lágrimas vibrando por el enfado.

—¿Acaso has olvidado el libro de los hianis? ¿Olvidas cómo han muerto todos y cada uno de ellos? ¿Qué los llevó a morir? Siento lo que siento y no lo puedo evitar, pero no voy a arrastrarte conmigo al infierno —dijo furioso dándole la espalda.

Ares lo agarró del brazo obligándolo a girarse.

—Ese libro no tiene que ser una sentencia. Hay muchas razas con uniones similares a las nuestras. Las leyendas dicen que a veces los lobos nacen con una persona predestinada, alguien perfecto para él en todos los sentidos, un compañero de vida, alguien que te completamente a todos los niveles —explicó.

—¿Y qué? —le preguntó separándose de él—. No se parece en nada a un hiani. No pueden sentir lo que siente el otro, no mueren si el otro muere, no tienen que vivir juntos por obligación.

—Cierto, pero una pareja destinada para un lobo es su pareja en todos los sentidos. En todos —puntualizó Ares mirándole muy serio—. No es un compañero por obligación, ni por unión mágica. Sus esencias son tan combatibles que se atraen, pueden ver los recuerdos del otro si están separados.

Lo miró con una mueca de desconcierto. No tenía mucho conocimiento sobre las costumbres de los hombres lobos.

—Son casi como nosotros, pero sin la magia. Para sellar su unión y su compatibilidad de energía, necesitan tener sexo. La magia resultante crea milagros que no podrían conseguir de ninguna otra manera, incluso lobos del mismo sexo pueden concebir.

—No entiendo qué quieres decirme con todo esto —dijo, sintiéndose agobiado. Entendía a dónde iba a parar y no quería dejarse embaucar.

—Lo he pensado mucho, examiné cada parte de ese libro. Medité sobre nuestras costumbres y

normas durante días —le confesó Ares.

—¿Y? —lo presionó.

—Ya no le veo sentido a una conexión tan profunda sin el sexo. Somos perfectos, literalmente perfectos, destinados a estar juntos por toda la eternidad, incluso después de muertos. Me parece una crueldad prohibirnos eso. El sexo es la unión más íntima que pueden experimentar dos personas; tiene sentido que, en nuestro caso, podamos unirnos de todas las formas posibles. ¿No crees?

Intentó hablar, pero no lo salieron las palabras durante unos segundos. No podía decirle eso, no debía darle esperanzas.

Ares le dedicó una mirada larga, llena de significado antes de seguir al ver que no decía nada.

—Si yo encontrase a alguien con quien encajo de la misma forma que lo hago contigo... le seguiría a cualquier parte, haría lo que fuera por él o ella, le mantendría a mi lado fuera como fuera —respondió mirándolo con intensidad.

Sonrió con tristeza.

—Pero es imposible.

—¿Lo es? No lucharías por mí, si no fuera por esa restricción —quiso saber Ares.

El corazón se le quebró en el pecho al escuchar su tono herido.

—Si yo encontrase a alguien que me quisiera de la forma en que yo te quiero a ti... pelearía por él hasta mi último aliento —reconoció con los ojos húmedos.

Ares se estremeció y su marca le dijo lo sobrepasado que se sentía por sus palabras.

—Lo dejaría todo —añadió sin poder contenerse, mirándole a los ojos para que supiera que decía la verdad—. Mi apellido, mi raza, mis costumbres, mi casa... un amor así, merece cualquier sacrificio —terminó en un hilo de voz.

Ares recorrió el espacio que los separaba, sus manos se posaron en su cintura y sus labios cubrieron los suyos. Se sumergieron en un estallido de fuego y aire, mientras sus bocas se movían al unísono, bebiendo la esencia del otro. Perderse en él, era encontrarse a sí mismo. Olvidarse de todo, significaba memorizar su boca y el tacto de su piel.

—Lucha por nosotros, hiani. No te alejes de mí, es la opción fácil. Se valiente, quédate conmigo y pelea —susurró contra sus labios.

Tuvo que esforzarse para reunir un poco de cordura.

—¿Y si luchas, pero el final no es el que te esperas? —preguntó en voz baja.

—Al menos sabrás que lo intentaste, al menos te quedarán los recuerdos para vivir el resto de tu vida —dijo con una seguridad aplastante.

—¿Un corazón roto es mejor que la incertidumbre de no saber qué pasó? —quiso saber no muy convencido—. Creo que eso deja unas secuelas que, en un caso así, serían difíciles de olvidar.

—Pero al menos te quedarán las marcas de un amor tan grande que te impulsó a hacer cosas imposibles, mejor eso a estar muerto por dentro.

Se separó de él, dando varios pasos atrás.

—No somos personas normales, no moriremos por amor. El amor se cobrará nuestras vidas, la magia exigirá un precio por corromper la unión. Todos los brujos lo saben, nos lo enseñan desde niños. La magia siempre exige un sacrificio. La próxima vez que pienses en ello recuerda sus nombres, sus historias, su lucha... ellos perecieron por negarse a abandonar. Puedo soportar no tenerte, pero no sobreviviría a perderte.

Había hecho muchas cosas difíciles a lo largo de su vida, pero nada tan doloroso como dejarle atrás ese día.

19. Falsas palabras

Ares

Dos días después.

Había buscado a Reyx durante dos horas por toda la casa sin encontrar rastro de él. Desde que regresaron, apenas se había separado de Adson. Sabía lo que Reyx estaba haciendo. Era una forma de crear un muro entre ambos.

Entendía sus motivos mejor que nadie, comprendía sus preocupaciones y era capaz de entender sus miedos. Sin embargo, como ya le había dicho, no estaba dispuesto a renunciar a él.

Desde que la posibilidad de estar con Reyx se arraigó en su mente, no había dejado de pensar en ello cada día, cada hora, cada minuto; la idea se repetía una y otra vez. Algo en su interior le sugería que era posible.

Sabía que los miedos de Reyx no eran infundados, sobre todo, después de haber leído El libro de los condenados, pero, de todas formas, tenía la intuición de que esas páginas escondían mucho más que las historias de los que ya habían desaparecido.

Reyx vislumbraba entre sus líneas una advertencia, algo que le recordaba sus deseos inalcanzables, pero él no interpretaba el manuscrito de la misma manera. Para él, esas páginas se revelaban como un mapa, una guía que lo dirigiría hacia lo que más anhelaba. No obstante, el dilema persistía en que aún no lograba comprender las instrucciones.

Entendía que no era un pensamiento surgido de su mente, sino más bien su propia magia la que lo dirigía. Experimentaba la misma sensación que aquella noche en que conoció a su hiani, una energía en el fondo del estómago que guiaba sus pasos.

Necesitaba tiempo para comprender lo que estaba sucediendo, pero sobre todo necesitaba a Reyx. A su lado, todo era más fácil; estaba convencido de que, si ambos colaboraban, podrían obtener las respuestas que necesitaban. Sin embargo, para lograr su cooperación, primero debía encontrarlo, algo que, al parecer, no podía hacer. Su marca le indicaba que no podía estar muy lejos, así que empleó su conexión para intentar averiguar qué estaba haciendo en ese momento.

Estaba tranquilo, no feliz, pero tampoco inquieto. Reconocía la sensación después de tantas semanas en esa casa. Adson. No esperó a saber más, directamente salió, guiándose por su unión para encontrarlos.

Dio con ellos después de caminar unos diez minutos, localizándolos en un pequeño local, bebiendo cerveza. No le gustó la escena que le recibió a su entrada al local. Ni la proximidad en la que estaban sentados, ni la aparente intimidad que compartían. Un fuego crudo y violento se encendió en su interior, algo completamente novedoso para él. Experimentar celos era una sensación desconocida.

Ni siquiera lo pensó. Caminó hacia ellos y miró a su hiani directamente a los ojos sin decir nada.

—¿Hay algún problema? —le preguntó Adson preocupado.

—Reyx, nos vamos —le ordenó centrándose solo a él.

—Volveré en una hora —le contestó evitando su mirada—. Estoy tomándome un respiro.

Apretó los dientes para no decir algo que les pusiera en evidencia los dos.

—Reyx. Nos vamos. —No quería, pero si no le daba otra opción, iba a armar toda una escena. Proyectó sus emociones sobre la marca, intentando que entendiese que no era un farol y que necesitaban salir de ese local.

Reyx alzó la cabeza, clavando sus ojos en los de él. Suspiró dándose por vencido, y por fin se levantó de la mesa.

—Lo siento, Adson. Nos vemos más tarde —se disculpó con su amigo que miraba del uno al otro buscando una explicación.

Salió del local sin mirar atrás, convencido de que le seguiría. Le costó todo su autocontrol calmar la furia que ardía como un fuego bajo su piel.

Reyx

Ares estaba tan enfadado que ni siquiera se fijaba en los coches que cruzaban la calle. Lo agarró del brazo y tiró de él hacia atrás.

—Mira por dónde vas, no te comportes como un loco —le ordenó de forma brusca.

—No me hables —le respondió Ares de malas maneras—. Puedo cuidarme yo solo —le espetó haciendo un amago de cruzar de nuevo.

—¿Qué estás haciendo?! —gritó desahogando toda esa frustración para que la percibiese en su unión, buscando calmar la tormenta que rugía dentro de él—. ¿Cuál es tu problema? —No era justo lanzarle esa pregunta, pero actuar como si todo estuviera en orden parecía más sensato que enfrentar la creciente locura que los envolvía.

—Yo no soy el problema. ¿Qué hacías en ese bar? —preguntó Ares por fin.

—No es asunto tuyo —contestó empujándolo del hombro.

—¡Todo lo que tú hagas es asunto mío! —bramó echándose sobre él.

—¡Puedo hacer lo que me dé la gana! —gritó volviendo a empujarlo.

—No, no puedes ¡maldita sea! —dijo a voz en cuello acorralándolo contra un coche aparcado—. Me estás volviendo loco —musitó apretándolo contra la fría y húmeda carrocería mientras apoyaba la frente, derrotado, sobre su hombro—. Me estás volviendo loco —repitió sin fuerza.

Oleadas de tristeza, ira y desesperación lo golpearon sin piedad, haciendo que el enfado se le pasara de golpe.

—Aresis... —murmuró igual de agotado que él.

Las manos de Ares fueron rápidamente a su cintura mientras respiraba intentando calmarse.

—Completamente loco —volvió a decir levantando la cabeza para mirarle a los ojos.

Enfrentó su mirada proyectando arrepentimiento sobre su marca. Sabía que no había hecho bien, pero no se ocurría nada más.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad—. Solo quería parar todo esto... —reconoció.

Ares negó con la cabeza sin dejar de mirarlo ni separarse de él.

—¿Por qué luchas contra mí? ¿Contra nosotros? —preguntó Ares en voz baja.

Tragó saliva antes de contestar sin dejar de mirarlo.

—No hay nosotros —repitió despacio.

—¿Vas a mirarme a la cara y mentirme diciendo que ya no sientes nada por mí? ¿Después de lo que hemos pasado? —preguntó dolido.

—Lo que yo sienta o quiera, no importa —le aseguró en voz baja—. ¿Qué crees que nos harán si nos vieran ahora mismo? La casa matriz está cerca, Adson podría salir en cualquier momento —le recordó.

—No estamos haciendo nada indebido —respondió Ares de inmediato, aunque mantuvo su

proximidad.

—Todavía, pero yo quiero y tú estás dispuesto. Acabaría pasando. ¿Qué haríamos después? —interrogó con dureza haciéndolo retroceder—. Nuestros nombres acabarían en ese libro junto a la fecha de nuestra muerte. Estamos repitiendo sus pasos, sus tragedias, y no permitiré que eso suceda. Mi deseo es que vivas, de cualquier manera, y estoy dispuesto a sacrificar lo que sea necesario para garantizar tu supervivencia —afirmó con sinceridad.

Ares lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Si tú mueres, yo muero —le recordó Ares.

—Lo sé, y por eso no cederemos a nada que pueda hacer que uno de los dos muera —resolvió.

—No somos como ellos. No somos como los demás hianis. Nuestro vínculo es distinto, nosotros somos diferentes. No vamos a morir —le aseguró.

Parpadeó con confusión al notar lo convencido que estaba de sus palabras.

—Hemos hecho cosas que nadie más ha podido hacer, los dos juntos somos más poderosos que aquellos enteros —le aseguró.

Reyx lo vio asombrado y espantado a partes iguales.

—¿De dónde te sale esa estúpida fe inquebrantable? Es absurdo.

—Mi fe se basa en mis creencias y creo en nosotros.

Negó con la cabeza, sin ganas de pelear.

—Simplemente deja de huir, hiani... Dejemos que todo esto nos conduzca a donde sea que deba llegar —sugirió, mirándole con intensidad, tratando de imponerse.

—¿Y si lo pruebas y decides que no es lo tuyo? —preguntó con dureza—. ¿Arriesgaremos nuestra vida por nada?

Ares le dedicó una mirada profunda.

—Esto no es nada, somos nosotros. Tú y yo. Es como si una fuerza me empujase a ti una y otra vez. Llevábamos toda la vida juntos y nunca había sentido nada parecido a esto, o puede que sí y no supiera lo que era hasta ahora. Quizá no quise reconocerlo antes... no lo sé.

Ambos se quedaron contemplándose mutuamente sin pronunciar palabra alguna.

—No me hables de fuerzas, háblame de nosotros. Necesito saber qué sientes. Palabras reales que pueda grabar en lo más profundo de mi ser, algo tangible para enfrentar el miedo.

Ares le sujetó la mano, entrelazando sus dedos con los suyos. Tiró de él y lo metió en un estrecho callejón, hasta que acabaron apretados entre dos paredes sin salida.

—No se me dan bien las palabras... —le aseguró Ares apoyándolo contra una de las paredes, acorralándolo con su cuerpo—. Pero puedo hacerte una demostración.

La boca se le secó, obligándole a lamerse los labios, tratando de aliviar la sensación. Incluso con la poca iluminación que les proporcionaba la luna, Ares era una visión difícil de ignorar. Sus ojos de fuego contemplándolo con seriedad, tratando de transmitirle con la mirada todo lo que necesitaba escuchar.

—Vamos a dejar de andar en círculos el uno sobre el otro —la voz baja de Ares hizo que sus latidos se volvieran erráticos.

—Aresis...

—Cierra los ojos, hiani. Busca en tu interior la verdad de mis palabras, sé que tú puedes sentirme de la misma manera que yo lo hago —su tono era una caricia, más íntima y al mismo tiempo más atrevida.

Contuvo la respiración cuando notó sus manos de nuevo en sus caderas, y el fantasma de su cálido cuerpo casi presionando el suyo.

—Empieza aquí —murmuró Ares contra sus labios sensibles que lo anhelaban—. Cada vez

que te veo me falta la respiración. Es solo un segundo, pero parece un día entero. ¿Quieres escuchar algo curioso?

Asintió casi sin moverse, pero Ares no permitió que se saliera con la suya. Rozó sus labios juntos y los dos dejaron de respirar por un agónico y maravilloso segundo.

—Cuando nos conocimos sentí que el aire se evaporaba de la habitación, me faltaba el oxígeno, pero no me importaba. No podía dejar de mirarte, no quería perderte de vista y cuando por fin te fijaste en mí, pude volver a respirar de nuevo.

Sabía de lo que hablaba, porque aquella primera noche lo percibió de una manera muy similar.

—Mi corazón enloquece cuando me sonríes, el estómago se me contrae cuando dices mi nombre, la piel se me eriza cuando me rozas...

Un gemido involuntario rompió la noche cuando Ares clavó los dedos sobre la piel de su cadera y tomó su boca en un beso incendiario. El frío de la noche ardió en furiosas llamaradas mientras sus lenguas se frotaban, presas de un hambre voraz.

Los dedos de Ares se colaron bajo su camiseta, acariciando su piel desnuda y su cuerpo cantó en sintonía con él. Su marca pareció estallar en su pecho, expandiéndose y plegándose.

—Entrégate a mí, hiani. Déjanos ser, siéntenos —murmuró de forma entrecortada lamiendo sus labios.

Su lengua era lava contra la suya, le tembló hasta el alma cuando sus cuerpos ansiosos se presionaron juntos. Sus magias los rodearon como una segunda piel y su unión se impregnó de la rabiosa necesidad que los inundaba. Como una voz silenciosa que gritaba exigiendo que estuvieran aún más cerca.

—No tengo nada que ocultarte, hiani. No tenemos que escondernos de nosotros. Soy tuyo y tú eres mío. Nacimos el uno para el otro, esto no puede ser incorrecto. ¿Cómo podría ser malo el amor?

El poder de su magia unida se amplificó con una fuerza que los dejó sin respiración. Un terremoto interno los sacudió mientras la magia de su unión parecía desbordarse en su interior. Rompieron el beso, respirando el uno en la boca del otro, tratando de acostumbrarse a la sobreestimulación de sus elementos.

—¿Estás bien? —le preguntó Ares separándose un poco para mirar su cara.

No respondió, no podía, era tal la sensación de plenitud que temía salir volando si no se aferraba a algo. Se abrazó a Ares, hundiendo la cara en su cuello. Enterrándose en su reconfortante presencia.

Ares acarició su espalda con suaves pasadas, dejando besos livianos sobre su piel. Podía sentir cómo la magia se asentaba en ellos, la misma de siempre y diferente al mismo tiempo. No se molestó en decirlo en voz alta, en parte porque sabía que Ares se sentía de igual forma, pero también por el miedo a que hubiera accionado el interruptor de algo que no iban a poder deshacer.

20. Recompensa

—«Quiero que volváis a la casa matriz en el siguiente avión» —le ordenó Laurent.

—Todavía no hemos terminado, no sabemos qué hacían Drusila y Quione aquí —insistió mirando la pantalla de su portátil.

—«Ya no importa, tienes que volver».

Miró contrariado a Laurent en busca de una explicación que no llegó.

—Si nos das una semana más puede que...

Los ojos de Laurent lo atravesaron incluso con un océano de distancia.

—«Estaban practicando magia prohibida, y debido a ello, las manadas de la zona ahora reconocen vuestros rostros. ¿Comprendes lo peligroso que es que sigáis ahí?»

—No hay motivo para preocuparse, las manadas no fueron abiertamente hostiles. Creen que somos brujos corrientes.

Los ojos de Laurent brillaron con un ligero tono rojo, advirtiéndole de que estaba alcanzando el tope de la paciencia del vampiro.

—«Pero no lo sois, esas manadas son las más peligrosas y en una de ellas hay una bruja».

—¿Cómo? —la palabra casi se le atragantó en la garganta.

—«Una bruja, criada en las sombras de un aquelarre, posee conocimiento acerca de los metzas. Podría haber compartido esa información con su alfa, y es posible que estemos siendo vigilados en este preciso instante».

Se quedó paralizado, comprendiendo el peligro al que se habían expuesto.

—«Tu padre es un vampiro poderoso y tú fuiste llamado como su guardián. Nada es más importante que guardar y asegurar el lugar de tu padre. Volved a casa y no compartáis con nadie el horario de vuestro vuelo. Sed discretos y manteneos alerta».

Se quedó mirando la pantalla en negro todavía bastante tiempo después de que Laurent hubiese cortado la videollamada.

Una bruja entre lobos, una que se consideraba parte de una manada. Su raza había sobrevivido solo porque las brujas y los vampiros se beneficiaban de sus poderes y existencia. Si una sola bruja rompía el pacto de silencio...

Sin pararse a pensar abandonó su habitación y fue directo a la de Ares. Necesita asegurarse de que estuviese bien y a salvo.

La puerta se abrió antes de que llegase a tocarla.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ares con preocupación.

Entró sin responder y le puso al tanto de toda su discusión con Laurent.

—¿Crees que la bruja les habló de los nuestros?

—Es una posibilidad que debemos tener en cuenta —admitió Ares, sentado a su lado en el sofá de su habitación—. Sin embargo, no creo que haya sucedido. Les dimos una oportunidad perfecta para secuestrarnos cuando los convocamos a la montaña. Pasamos toda la noche allí y no intentaron nada.

Los lobos habían desaparecido en cuanto quemaron la casa.

—Laurent tiene razón. Tenemos que ponerte a salvo, si consiguieran llegar hasta ti se crearía una verdadera guerra. Vampiros afines a tu padre y los brujos de tu madre. No habría vuelta

atrás.

—Los dos tenemos que estar a salvo. Si tú mueres, yo muero —le recordó.

Ares le dedicó una sonrisa ladeada que lo hizo sonrojarse.

—No te preocupes por mí, hiani. Sé cuidarme solo.

—¿Y yo no?

—Por supuesto que puedes. Pero te conozco, no estás pensando en tu seguridad, solo te preocupa la mía.

—Eres mi hiani. Por supuesto que me preocupo por tu seguridad. —Le aterraba pensar que Ares pudiera salir herido por su causa. Le daba miedo no poder protegerle.

La sonrisa de Ares creció.

—¿Quieres protegerme? —preguntó en voz baja, deslizando la mano por su brazo hasta la suya.

—Sí —respondió sin vacilar como sabía qué haría.

—Quédate conmigo. Es todo lo que necesito para enfrentarme a lo que sea —pidió dedicándole una mirada significativa.

Su estómago se contrajo al tener sobre él su intensa mirada. Ares recorrió la distancia que los separaba, inclinándose para detenerse a pocos centímetros de su rostro.

—Seré el agua en el desierto... —murmuró Ares en voz muy baja mirándole con intensidad.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al escuchar una de las frases del hechizo que llevaba grabado a fuego en la sangre.

—...cuando estés sediento —musitó incapaz de contenerse, acariciando su labio inferior con el pulgar mientras completaba la frase por impulso.

Sus ojos castaños absorbían la luz de la luna, confiriéndole un tono dorado que lo tenía hipnotizado.

—El aire que te empuje... —prosiguió Ares completamente perdido, besando su mandíbula con cada palabra. Su marca enviaba cientos de sentimientos tan intensos, que le era imposible discernirlos con claridad. Dejó que su mano cayese sobre su hombro acercando sus labios a los suyos, hasta que pudo sentir su aliento.

—...cuando te fallen las fuerzas —susurró mientras Ares le hacía retroceder para que se tumbara en el sofá.

—La tierra que te sostenga... —pronunció Ares dejando un fantasmal beso sobre sus labios.

—...y te marque el camino —murmuró incapaz de apartar la mirada del maravilloso espectáculo que tenía frente a él. Ares rozó su mano con la suya con suavidad, subiendo con dos dedos por su muñeca.

—El fuego que te caliente y te ilumine en las sombras —musitó Ares sin dejar de mirarle mientras sus dedos subían por su brazo hasta su hombro para bajar poco a poco sobre su pecho.

Su cuerpo se estremeció de arriba abajo, abrumado por lo que estaba sucediendo, dividido entre el miedo y una atracción que eclipsaba cualquier otra sensación.

¿Estaban de verdad inmersos en aquella situación?, se cuestionó con la mente confusa. A lo largo de los años, se habían encontrado en diversas fases de desnudez, pero esto era algo completamente diferente.

No se estaban viendo como hianis, ni como compañeros u hombres. Solo dos personas sin nada más entre ellos que la verdad absoluta y la desnudez de sus sentimientos más profundos, envolviéndolos como única prenda.

Cerró los ojos y se aferró a sus costados, entregándose a él mientras Ares seguía hablando.

—Renuncio a mi nombre, que ahora es el tuyo. Te entrego mi alma, a cambio de la tuya.

Comparto mi magia, ahora es la nuestra. Te cedo mi sangre, mi cuerpo y mis huesos, hasta el final de los días, hasta mi último latido, por toda la eternidad.

Intercambiaron una mirada de entendimiento, dejando que acallase sus dudas mientras sus dedos trazaban promesas sobre su piel, cubriendo su marca por encima de la ropa y bajando por su costado hasta su cintura.

—Magia a la magia, alma de mi alma, sangre de mi sangre —terminó Ares dejando que las palabras flotaran entre ellos—. ¿Tienes miedo? —preguntó en un susurro.

—Estoy aterrado —admitió casi sin respirar. No tenía miedo de lo que pudiesen hacerle las manadas. Estaba asustado por él, porque no había marcha atrás y fuera cual fuera su destino, Ares ya estaba condenado con él.

—No hay nada que temer —le aseguró Ares.

—¿Y entonces por qué siento que el mundo se derrumba bajo mis pies?

Ares sonrió retirándose y devolviéndole el aliento con ello.

—No voy a presionarte, ni a apresurar las cosas. Sé que no estás listo y yo tampoco —le aseguró comprensivo.

—Quiero, pero estoy asustado —reconoció mortificado, apartando la mirada.

—Pues asustémonos juntos —sugirió levantándose del sofá.

Lo miró sin entender.

—Nunca te he visto asustarte por nada —dijo con razón.

—Eso es porque no estabas fijándote bien. Ven aquí —pidió con calma sonriendo al ver que se ponía en pie.

—¿Y ahora qué? —preguntó incómodo, odiaba mostrarse débil.

—Desnúdame —ordenó con suavidad.

—¿Qué? No —se negó de inmediato.

—No soy un mito, no soy algo especial, pero en tu cabeza estoy en un pedestal a miles de kilómetros de ti y no es así. Nunca lo fue, pero ahora menos todavía. Estoy aquí por ti, a tu lado. Solo soy yo. Desnúdame, hiani —pidió sin avergonzarse—. Vuélveme real bajo tus dedos, descúbreme para ti.

Reyx tragó saliva mordiéndose el labio. No iba a hacerlo, era una tontería... era algo absurdo...

Nuevamente, su instinto se adelantó a su razón. Antes de que fuera plenamente consciente de lo que hacía, ya estaba retirándole la camiseta.

Ares le ofreció una mirada tranquila, dejando que fuese él quien marcara los tiempos.

Lo miró a los ojos asustado, acostumbrado a rechazar esos impulsos cuando se trataba de él. Ares sonrió, dedicándole una sonrisa suave.

—Mi vida, mi alma, mi sangre, mis huesos, mi corazón. Todo es tuyo... —musitó incapaz de continuar callado, tomando aire profundamente. Los ojos de Ares se oscurecieron ante sus palabras—, ...no porque yo te lo dé, sino porque te pertenece —continuó.

Deslizó sus manos temblorosas hacia su pantalón, manteniendo la mirada fija en él, observando cada mínimo gesto que pudiera denotar arrepentimiento. No hubo titubeos, solo percibió en él una expectación tranquila. Tiró de la cintura, con el corazón martilleándole en el pecho y el aire amenazando con abandonar sus pulmones.

—Ares yo... —Dio un paso atrás, incapaz de seguir.

Se interrumpió cuando, sin previo aviso, Ares se quitó el pantalón y la ropa interior, dejándolo caer al suelo, quedando desnudo por completo.

Se quedó inmóvil, con la mente en blanco, sosteniendo la mirada en sus ojos para evitar

distraerse.

—No hay nada de mí que no puedas ver o tocar... nada que no sea tuyo —afirmó sin el más mínimo rastro de vergüenza. ¿Cómo podía expresar tales palabras sin inmutarse por su desnudez y, aun así, sonar tan perfecto y natural?

Miró a su pecho donde su marca parecía tintinear en un tono anaranjado bajo la fuerza de su magia.

—Eres hermoso —dijo en un susurro mirándole en su totalidad. No había una palabra mejor para definirlo, tenía todo el cuerpo de ese brillante tono dorado, como besado por la luz del sol. Músculos marcados y duros, sin ningún tipo de vello que entorpeciera la impresionante visión.

—Ven —pidió Ares en poco menos que un murmullo.

Se colocó delante de él, desconcertado.

—¿Sigues teniendo miedo? —le preguntó con suavidad.

—No lo sé —respondió de manera sincera.

—¿Me dejarías...? —inquirió Ares sin terminar la frase.

Tragó saliva, respirando despacio antes de asentir.

—¿Estás seguro?

Reyx volvió a asentir con la cabeza.

Tiró de su camiseta para quitársela con delicadeza. Extendió las manos despacio hasta su estómago, dejándolas bien abiertas sobre su piel, haciendo que su calor atravesase su cuerpo.

Deslizó dos dedos bajo la cinturilla de su pantalón, inclinándose hacia delante para capturar sus labios suavemente, retirando las prendas que cayeron a sus pies en un revoltijo de tela mostrando su desnudez.

Ares se separó sin prisa, como si temiese que fuera a salir corriendo de un momento a otro.

Sus dedos se apoyaron en los costados, empujándole con suavidad hacia atrás.

—Eres proporcionado —musitó Ares mirándole con atención como si estuviera grabando en su memoria todo lo que tocaba su vista.

Se rio sorprendido dejando salir la tensión del momento.

—¿Qué pensabas? —preguntó aliviado de escuchar su voz sonar tan normal.

—Bueno... digamos que iba sin expectativas —bromeó sonriendo a ver cómo se reía. Lo atrapó en un pequeño abrazo, dejando que sus cuerpos necesitados se encontrasen sin nada entre ellos. Jadearon al sentir sus erecciones rozándose, pero ninguno de los dos intentó nada—. ¿Te parece bien si dormimos juntos esta noche?

—¿Qué? ¿Así? ¿Desnudos? —preguntó desconcertado—. ¿Y si entrase alguien?

Ares negó con la cabeza dejando un beso sobre su hombro.

—No va a pasar nada, sellaré la puerta con magia —le aseguró—. Necesito sentirte a mi lado.

Lo siguió hasta la cama, aunque todavía no estaba convencido del todo. Se quedó tumbado entre las frías sábanas, mirando a Ares ir al otro lado de la cama.

—¿Crees que es buena idea? Si alguien nos viera... —argumentó.

—No va a vernos nadie. Aquí solo estamos tú yo —contestó Ares deslizándose a su lado—. Mañana buscaremos vuelos para alejarnos de América. Laurent tiene razón, no importa lo que hicieron Quione y Drusila, era magia prohibida. Es todo lo que necesito saber para alejarte de aquí. Dormiré mejor cuando estemos en nuestra casa matriz.

Ares se tumbó con la cara girada hacia él. Tomó una de sus manos entre las suyas, entrelazando sus dedos despacio, llevándose sus manos unidas hasta su marca de hiani.

—Buenas noches, alma de mi alma —susurró Ares antes de dormirse.

—Alma de mi alma... —repitió en un susurro a la nada—. Sí, lo eres.

21. Confesiones a medianoche

—Voy a echarte de menos —le dijo Adson después de que le pusiese al tanto de las órdenes de Laurent.

—Y yo a ti, pero Ares también cree que es mejor que nos vayamos así que...

—Y por supuesto, la palabra de tu hiani es sagrada.

Miró con sorpresa a Adson al notar su acritud al hablar.

—Bueno, es que es mi hiani.

—Lo sé, voy a echarte de menos. Me gusta mucho tenerte aquí.

Sonrió poniendo la mano sobre su brazo.

—No tenemos que dejar de vernos. Te llamaré a todas horas, acabarás harto de mí.

Adson lo miró fijamente.

—Si pudiera garantizar tu seguridad, ¿querrías quedarte conmigo? ¿Podrías convencer a Ares de vivir aquí?

«No». La respuesta le llegó tan rápido que fue un poco insultante para su amigo, se había apoyado en él cuándo estaba perdido, casi se acuestan aquella noche en la discoteca... merecía más. Le proporcionó seguridad, le ofreció su paciencia, no era justo seguir alimentando sus esperanzas.

—Te extraño, creo que siempre voy a hacerlo. Tú fuiste el principio de mi vida y te quiero en ella, pero no de esa manera. Ares es mi futuro y presente, no hay espacio entre dos hianis, lamento si te hice pensar otra cosa. Mi lugar está donde él esté.

Lo sabía. Se dio cuenta cuando los ojos de Adson lo miraron. Sabía lo que pasaba entre Ares y él.

Tragó saliva mientras buscaba qué decir, algo qué negase las sospechas de su amigo.

Sus frenéticos pensamientos se detuvieron cuando Adson le sujetó la mano. Sus ojos, esos que conocía casi tan bien como los suyos, le dijeron todo lo que necesitaba saber. No iba a descubrirlos.

—Voy a echarte de menos —repitió. La connotación de sus palabras fue completamente diferente. Se estaba despidiendo de él. Lo daba por perdido, pero no podía ser de otra manera, ningún brujo o metza apoyaría semejante sacrilegio.

Miró sus dedos unidos, mientras la seguridad de que iba a morir lo inundaba por completo. En el fondo siempre lo supo, no había forma de sobrevivir después de besar a Ares.

—¿Hay algo que pueda hacer? —siguió hablando Adson.

Negó con la cabeza despacio, buscando su voz.

—No. Ya no hay vuelta atrás.



—Ahora que estamos en el avión y no hay brujos cerca para escucharnos, ¿puedo preguntarte por qué te escapaste de la cama esta mañana? —quiso saber Ares un par de horas más tarde mientras atravesaban el océano.

—Basta —le contestó frustrado—. No hables de eso. Nunca se sabe quién está prestando

atención —le advirtió mirando alrededor.

—Ya comprobé el avión, no hay ningún ser sobrenatural. ¿Podemos hablar por favor?

Soltó un bufido frustrado.

—¿Sobre qué?

—Reyx —suspiró Ares con frustración—. Siento tu angustia y preocupación. Quiero saber qué va mal para poder arreglarlo.

—No puedes —respondió tocándose la frente, intentando aliviar el dolor de cabeza.

El chasquido de Ares le indicó que iba a perder su paciencia en breve.

—Esta mañana, intenté hablar contigo sobre por qué te fuiste y desapareciste de la mesa en cinco segundos —le reprochó su hiani.

—Tenía cosas que hacer —protestó sintiéndose ridículo porque Ares podría sentir que no era cierto del todo.

Ares asintió con la cabeza con una mueca en los labios.

—Seguro que sí. Reyx por favor... ¿Esto es por Adson? Te estás arrepintiendo de irte —opinó con toda la razón del mundo.

—No tenemos tiempo para ese tipo de cosas ahora —dijo esquivando su mirada.

—Pues avísame cuando sea un buen momento para coger turno —contestó Ares enfadado mirando a otra parte.

La culpa le retorció el estómago.

—Ares... —musitó inclinándose un poco hacia él.

Ares se cruzó de brazos girando la cabeza en su dirección. Se miraron a los ojos sin decir nada.

—Sabes que no lo hago a propósito. ¿Verdad? —le preguntó rompiendo la tensión.

—Seguro que no —ironizó Ares—. Solo te gusta torturarme.

—Aresis... —protestó dolido—. Me conoces mejor que nadie. No me gusta hablar de mis cosas. No entiendo por qué estás tan insistente. Dormimos juntos, eso es todo.

—Yo tampoco soy precisamente un aficionado a las charlas —le recordó Ares.

—¿Entonces porque lo haces? —preguntó desconcertado.

—Porque percibo lo nervioso que estás —contestó de forma rotunda—. Entiendo que estás asustado, pero quiero estar ahí para tranquilizarte o ponernos nerviosos juntos. No me dejes fuera.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad.

Ares negó con la cabeza inclinándose sobre él.

—No me pidas perdón por hacer lo que sientes... estoy un poco frustrado. Eso es todo —reconoció.

—Entiendo. Es por el sexo —dijo bajando la mirada.

—No, no es por el sexo Reyx —rebatía Ares—. Es porque cada vez que damos un paso parece que retrocedemos dos. Estabas enamorado de mí, ¿y si dejas de estarlo?

Sonrió intentando calmar su corazón.

—Estoy, no en pasado. Estoy enamorado de ti, ahora y siempre. Nuestra vida sería más fácil si no lo estuviera, pero no puedo renunciar a ti.

—No lo hagas. Yo no lo haré. Cuéntame qué sucede.

Suspiró dándose por vencido de una vez por todas.

—Adson sabe que pasa algo entre nosotros. Sabe que hemos roto el voto.

Ares se enderezó, pero se mantuvo tranquilo.

—¿Va a acusarnos?

—No lo creo, parecía triste. Intentó que me quedara en su casa matriz y creo que era para poder protegernos.

Ares cogió su mano, entrelazando los dedos con los suyos.

—No dejaré que nos pase nada malo. Tendremos cuidado.

—No puedes prometerlo.

Él buscó sus ojos antes de volver a hablar.

—Dime si experimentaste algo negativo cuando nos besamos. —Le dejó unos instantes para responder—. No puedes, porque sabes que no es cierto. Nuestra magia ha evolucionado, no es mala ni extraña, sino simplemente distinta. Ahora somos más poderosos que antes, sé que también lo sientes, y eso está bien. No me preocupa lo que opinen los demás porque tú y yo somos magia. Nadie podrá persuadirme de que esto sea algo malo.

Suspiró, apoyó la cabeza en su hombro y dejó que su calor lo reconfortara. Lo eran, también podía sentirlo, pero una parte de él se preguntaba si esa sensación no sería un engaño de su vínculo antes de llevarlos a un prematuro final.



—¿Por qué estamos en un hotel? —preguntó cuando Ares recuperó su coche del aeropuerto y los llevó hasta la puerta de un pequeño hotel a las afueras de la capital.

—Vamos a tomarnos una noche libre antes de volver a la casa matriz.

—¿Por qué? —preguntó confundido.

Ares lo miró fijamente.

—Estás asustado y quiero que tengamos una noche sin preocupaciones por la presencia de otros. Necesitas tiempo para adaptarte antes de retomar nuestra rutina habitual. Comprendo que ya tienes muchas responsabilidades en casa y no quiero añadir una más. Como tu hiani, mi propósito es fortalecerte, ayudarte a soportar la carga que llevas.

No lo sabía, pero al escucharle decir eso, el peso que sentía en sus hombros pareció aligerarse un poco.

—Gracias —musitó sonriendo.

Ares le guiñó un ojo y salió del coche para recuperar su equipaje de mano.

Se habían alojado en decenas de hoteles antes, todos los hianis compartían habitación cuando estaban lejos de la casa matriz por seguridad, pero fue la primera vez que en el interior de su cuarto encontró una cama de matrimonio.

Se quedó en la puerta, mientras Ares dejaba las cosas de los dos.

—¿Quieres ducharte antes de cenar? Todavía faltan un par de horas para que cierre el restaurante del hotel.

Ares se giró al no recibir una respuesta.

—¿Hiani?

—¿Qué quieres que pase aquí esta noche?

Ares alzó una ceja haciendo un gesto burlón.

—Quiero... pedir un filete y que me lo den al punto. Ni muy hecho, ni crudo.

Se cruzó de brazos esperando la respuesta que necesitaba.

Ares se rio atravesando la habitación hasta él.

—Quiero dormir contigo, solo dormir. Tenerte entre mis brazos y disfrutar de tu cercanía. Te doy mi palabra, es lo único que busco, pero si no te parece bien bajaré ahora mismo y alquilaré otra habitación.

Sonrió a su pesar.

—¿Me estoy comportando como un paranoico?

—No, en realidad esto es muy tú. Piensas demasiado. ¿Por qué no nos centramos en disfrutar de un poco de soledad?

—Vale.

—¿Quieres que consiga otra habitación para mí? No me importa hacerlo si te ayuda a estar más tranquilo.

Le dio un beso suave en los labios como agradecimiento por repetir la petición.

—Deja que me bañe primero, luego bajaremos a cenar. Creo que algo delicioso de comer y un poco de vino me ayudaran a relajarme.

Ares sonrió acariciando su cintura, volviendo a besarle.

—Me encargaré de que lo tengas todo.

Disfrutaron muchísimo, siempre se divertían cuando estaban a solas. Conversaron sobre June y su reciente enredo amoroso, del cual les había mantenido informados a través de mensajes mientras estuvieron fuera. También hablaron sobre personas conocidas y destinos que les gustaría explorar en futuros viajes. Fue como retroceder en el tiempo, antes de que todo cambiara, aunque con un matiz diferente al mismo tiempo.

Las manos de Ares no pararon de rozarle cada vez que le pasaba el pan y la sonrisa que adornaba sus labios era coqueta e invitadora.

Los sentimientos de Ares empezaron a destilar por la marca que compartían, interés, una ligera inquietud y muchas ganas. Sonrió empujando cualquier pensamiento, centrándose en él y dejando ir sus propios sentimientos en su dirección. Sabía que no debía hacerlo, que debía contener lo que sentía, puede que hubiera bebido demasiado vino.

Se mordió el labio, indeciso, sin dejar de mirarle. Tenía tanto que decirle, tantas cosas que hacer con él, que por momentos sentía que nunca tendrían suficientes horas juntos. Era como si sobre sus cabezas pendiera un reloj de arena que limitaba el tiempo que podían compartir.

La respuesta de su hiani fue inmediata; su marca tintineó casi físicamente, como si el propio Ares le estuviese acariciando la zona. Sus labios trazaron una sonrisa misteriosa e íntima, dedicada solo para él, saboreando su secreto compartido.

Pagaron la cuenta y fueron directos al ascensor. Había tanta energía entre ellos que podía sentir el aire crepitando a su alrededor.

Ares entró detrás de él, junto con otra pareja que hablaban entre ellos ajenos a su compañía. Sus ojos se encontraron con los de su hiani en el espejo, podía sentir el calor que emanaba su cuerpo, sus ganas alimentando las suyas. Esos ojos de fuego le hacían promesas, lo llamaban y lo esclavizaban. La piel se le erizó cuando las puertas se abrieron y juntos salieron al pasillo tenuemente iluminado.

Ares se mantuvo a su espalda, con pasos sincronizados, moviéndose como si fueran uno solo. Contuvo la respiración mientras desbloqueaba la puerta y entraba en la oscura habitación.

Los brazos de Ares se cerraron posesivamente alrededor de su cintura, pegando el pecho a su espalda.

—Pídeme que te bese —susurró Ares con un tono cálido y ronco que puso su vello de punta.

Se apoyó en su pecho, llevando una mano atrás para acariciar su cuello, apretándose contra él.

—Aresis... —murmuró, cerrando los ojos. Se sentía pleno con su presencia, como si hubiera estado incompleto toda la vida y finalmente encontrara la pieza que le faltaba.

—Pídemelo Reyx —demandó girándolo entre sus brazos para apoyarse en la pared más cercana.

—No voy a pedírtelo... —aseguró, entrelazando los dedos en su pelo—. Pero puedo besarte

yo a ti. —Una poderosa descarga le recorrió desde sus labios unidos hasta el resto de su cuerpo.

Ares se dejó hacer, permitiendo que tomara el control del beso, satisfecho de sujetar su cintura y apretarse contra él.

Sonrió sobre sus labios antes de lamer su grueso labio inferior.

Mordió la tierna piel con cuidado, tirando muy despacio, escuchando con gusto su siseo excitado. Coló la lengua entre sus labios abiertos y dispuestos, degustando ese apasionante e intenso sabor al que ya se había hecho adicto.

Lo agarró de las caderas con brusquedad, mientras su lengua torturaba la suya.

El fuego cubrió su piel como veneno; en un instante, afectó todo su sistema. El aire se congeló en su cuerpo antes de rodearles, acercándolos aún más cerca.

—No soy como tú crees —susurró contra su boca, deslizando una mano bajo su camiseta para alcanzar su cálida piel.

—Te conozco mejor que nadie —contestó Ares, abarcando su espalda con manos ansiosas.

—Me conoces mejor que nadie... pero no lo sabes todo —murmuró mordiendo su cuello, justo donde latía su pulso.

—Pues estoy deseando conocer el resto —le aseguró, tomando su rodilla para levantarlo y apoyar su espalda en la pared, forzándolo a rodear sus caderas con las piernas.

Asaltó su boca sin más, sin ceremonias ni restricciones, simplemente tomó todo lo que pudo de él y, Ares no le decepcionó. Dejó que lo estampase contra la pared mientras echaba sus brazos al cuello, dándole pleno acceso a su boca.

Ares jadeó dentro del beso, empujando las caderas contra él. Se movió usando la pared como punto de apoyo y sus hombros para sostenerse mientras se rozaban.

—Reyx...

Se apretó más contra él como respuesta, aferrándose a sus caderas, colocándose mejor.

Ares puso las manos en su trasero, empujándose contra su cuerpo en busca de alivio. Gimió desde el fondo de su garganta sin dejar de besarle, cegado por la necesidad.

—Aresis... —jadeó poniendo una mano en su cuello para mecérse contra él. Lo clavó a la puerta, usando su cuerpo con toda su fuerza a pesar de seguir vestidos.

—Más... hiani... necesitó más —jadeó Ares sobre su boca.

Lo embistió con furia, como si quisiera meterse en su cabeza, como si a fuerza de tener su cuerpo, pudiese quedarse también con su alma.

Apretó las piernas en torno a su cintura con todas sus fuerzas, convirtiéndolo en un abrazo de placer y calor. Ares metió los dedos entre su pelo atrayéndolo a un apasionado beso.

—Reyx... —musitó casi sin aire, llegando a su límite. Se dejó caer contra él intentando meter oxígeno en sus pulmones mientras el mundo paraba de girar y su marca bombeaba magia a un nivel que nunca había percibido antes.

Sintió a Ares dejar un beso en su cuello, resollando contra su piel en idéntica situación a la suya.

—No me puedo creer que hayamos hecho esto con la ropa puesta... es... —intentó explicar un poco avergonzado por su pérdida de control.

—Es increíble y ni siquiera estamos desnudos —murmuró Ares con esfuerzo mientras lo dejaba suavemente en el suelo.

Esquivó su mirada, estaba más avergonzado de lo que le gustaría reconocer.

—No hagas eso... —murmuró Ares, girándolo para encontrarse con su mirada—. No te escondas después de esto. No estamos haciendo nada malo.

Reyx lo miró a los ojos fijamente. ¿Malo? Él podría hacerle una lista de las cosas malas que

estaban haciendo y las consecuencias que podrían tener por ello, pero en su lugar, le dedicó una sonrisa tenue antes de abrazarse a él.

22. Preguntas sin resolver

—¿Es posible que estés equivocado? —preguntó Laurent mirándolo.

—No. Tanto Ares como yo lo registramos todo con nuestros elementos. Lo único que hayamos fue el cuerpo de Quione en la cueva, y restos de hombres lobos en la cabaña.

Laurent entrelazó sus largos dedos mientras apoyaba la barbilla sobre ellos.

—¿Eliminasteis cualquier evidencia que pueda incriminarnos?

—Sí —mintió Ares por él.

—Bien. Sin embargo, temo que no será de mucha ayuda. Es evidente que las manadas saben que son los responsables. ¿Informasteis al líder de la casa matriz? Podrían enfrentarse a represalias.

—Adson está al tanto, se ha preparado para lo que pueda suceder, y los brujos de la casa tienen toque de queda.

Laurent asintió satisfecho por la información. No era que estuviera preocupado por ellos, simplemente no deseaba que nadie lo acusase de causar problemas con otra casa matriz.

—De acuerdo. Incluiré formalmente en nuestros registros sus fallecimientos y la razón detrás de sus asesinatos, por si surgieran problemas en el futuro. Mantendremos un monitoreo constante de esas manadas durante algún tiempo

—Yo no lo haría. Creo que deberíais dejarlo estar, cuanto más alejados estéis de ellos, mejor —le aconsejó Ares.

Laurent le miró con curiosidad.

—¿Les tienes miedo? —preguntó el vampiro con curiosidad.

—Habría que estar loco para no hacerlos. Dragos es el hombre lobo más fuerte que he visto nunca. La energía que tiene es... diferente.

—¿Diferente a qué? —preguntó Laurent interesado.

—No es como los demás lobos. Su esencia es agobiante, es más criatura que humano. Su fuerza, su tamaño... nadie lo querría de enemigo —contestó él por Ares, dejando claro que su hiani no estaba exagerando.

—Supongo que no —contestó Laurent lacónico—. Todos le temen, pero no pensé que tú fueras uno de ellos.

—No se trata de miedo. Puedo reconocer a un depredador, y Dragos es el más peligroso que he visto jamás. Como sabes, tengo experiencia para comparar. En lo que concierne a mi hiani y a mí, no nos acercaremos a él de nuevo.

—Estamos de acuerdo en eso. Sería prudente que os reintegréis a la vida de la casa matriz. Reyx, ¿ya has visitado a tu padre en la cripta? —quiso saber Laurent.

—No, llegamos apenas hace una hora —contestó de mala gana. Por él estaría lejos de allí, de nuevo con Ares en el hotel... o a kilómetros de todo el mundo salvo de su hiani.

—Ve a verle. Estará complacido de saber de ti.

Ares tuvo la decencia de no sonreír al sentir su incredulidad. No creía que a su progenitor le importase mucho si estaba o no a salvo, más bien era para mantener su poder dentro de la jerarquía de los metzas y los vampiros.

Se despidieron de Laurent y atravesaron la casa hacia sus habitaciones.

—¿Quieres bajar a la cripta?

—¿A qué? —preguntó distraído.

—Estoy tratando de ser amable, estás muy callado esta mañana.

Suspiró mientras subían a la parte privada.

—Hiani —le increpó Ares.

Dos brujos que andaban a su lado, apresuraron el paso al cruzarse con ellos, alejándose con rapidez. Siempre era así, la mayor parte de los brujos tendía a mantenerse lejos de cualquier portador del fuego.

Esperó a estar en su habitación para contestar. Se dejó caer en el sofá, echando la cabeza atrás y mirando al techo.

—¿Está mal que quiera irme aunque acabe de llegar? —preguntó tras usar su elemento para aislar la habitación.

Ares se sentó a su lado, riendo.

—Te gusta esta vida —le recordó en un intento de consolarlo.

Suspiró cerrando los ojos. Extendió la mano a ciegas, entrelazando los dedos con los suyos durante un instante. Se retiró en cuanto abrió los ojos y reconoció su habitación.

—No deberíamos estar juntos en el mismo cuarto, podría ser sospechoso.

—Lo hacíamos a todas horas, nadie va a extrañarse por ello.

Volvió a suspirar, alicaído sin decir nada.

—Deberemos tener cuidado, aprenderemos.

—¿Y si los brujos lo notan? Nuestra magia está cambiando, ¿qué pasa si los otros metzas lo perciben?

—No es nueva —le calmó Ares—. Creo que es nuestra magia unida.

—Ya la habíamos unido antes. No era así de fuerte, ni intensa y lo sabes.

Ares sonrió poniendo la mano en su brazo.

—Lo sé. Nos las arreglaremos.

Soltó un bufido de hartazgo.

—No puedes estar seguro.

—En la vida no hay certezas, hiani. Solo deseos y miedos. Yo deseo estar contigo.

—Y yo tengo miedo a que mueras por mi culpa.

Ares volvió a sonreír.

—Pues tendremos que averiguar cómo vencer el miedo y que solo queden las ganas y el deseo de seguir adelante.

—¿No tienes miedo por lo que pueda pasarnos? —quiso saber.

—Por supuesto que sí, no estoy loco.

—Tú también leíste el libro, ¿por qué piensas que vamos a ser distintos?

Ares suspiró apretando su mano.

—La magia es intención, deseo. Si los dos usamos nuestro elemento contra una piedra y tú tienes la intención de protegerlo no sufrirá daño. Si yo quiero destruirla, la reduciré a cenizas. Es una cuestión de enfoque. Dirigir la magia y elegir qué hacer con ella.

—¿Confías en que nuestra magia no se nos vuelva en contra solo porque quieres?

Ares asintió sin dudar.

—Creo que sí.

—Es un pensamiento un poco infantil —señaló inseguro.

—Puede ser. Tú eres el listo, yo soy la fuerza —contestó Ares.

Se rio sintiéndose mejor al hacerlo.

—¿Sigues queriendo saber qué pasó con Quione y Drusila? —le interrogó Ares observándolo con atención.

—Sí, pero Laurent no dejará que volvamos a viajar —se quejó.

—Puede que no haga falta —le contestó Ares—. Conozco a alguien que podría ayudarnos.

—¿Quién? ¿Metza o bruja?

—Brujo. Tiene una conexión especial con el otro lado. Puede comunicarse con los muertos y conseguir que respondan preguntas. Es mejor opción que arriesgarte buscando el rastro que siguieron.

—¿Y por qué no lo conozco? Es un talento extraño y muy valorado. Tendría que haber escuchado de él antes. ¿Dónde vive? —preguntó sin darle tiempo a responder.

Ares miró hacia otro lado, esquivando sus ojos como hacía siempre que no quería responder.

—¿Qué me estás ocultando? —inquirió con desconfianza.

—Digamos que todavía... no está en el radar —admitió Ares con renuencia.

Repitió las palabras en su mente tratando de encontrarles sentido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No es un iniciado. Todavía se está formando y la casa matriz aún no sabe el alcance que tiene —le explicó su hiani.

—No podemos pedirle algo tan peligroso a alguien que no controla su magia —protestó indignado.

—Confía en mí, él sabe lo que hace. Solo le falta aprender algunas cosas, pero tiene un control perfecto de su talento. Sabes que ese tipo de habilidades son innatas, no se pueden aprender —le recordó Ares.

Eso era cierto, interactuar con los muertos era algo al alcance de muy pocos. Un regalo escaso que la magia repartía de forma aleatoria y caprichosa.

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó.

—Por casualidad, me lo encontré la primera vez que te fuiste. Visité un pueblo a varios kilómetros de la casa, a petición de Laurent. Corrían rumores sobre un chico que podía vislumbrar la muerte. Resultó estar en un aquelarre itinerante; lo criaban todos juntos.

—Perdió a sus padres —adivinó. Era común en los que recibían ese don lo hicieran después de ver la muerte de algún familiar—. Así que tuviste éxito en tu misión.

—Más que eso. Resulta que el niño que me mandaron a buscar no era el que yo localicé.

—¿Qué? No lo entiendo —dijo desconcertado mirando a su hiani.

—Había dos brujos con el mismo don —le confesó Ares.

—Eso es... —murmuró sorprendido.

—Una rareza. El chico que me encontré es de una familia de brujos antigua, lo educaban en casa y gracias a su posición consiguieron salirse con la suya. Nunca contaron a la casa matriz nada de su don. Pero el chico tuvo una visión y de alguna manera su magia lo hizo aparecer a kilómetros de su hogar.

—Es poderoso —murmuró.

—Y joven. Los dos los son, y fuertes. Aunque el que yo iba a buscar acaba de recibir su habilidad, no parece tener autocontrol sobre sus emociones y su magia tiende a descontrolarse. Iremos a ver al otro, sabe cómo hacerlo.

—¿Están estudiando aquí?

—Sí. Los dos fueron reclutados para la casa matriz.

—Serán dos grandes activos.

—Eso piensa Laurent. Iremos a verle mañana, con suerte contactará con uno de los dos.

¿Tenemos alguna posesión de ellos? Podría ayudarle a encontrarlos —sugirió.

—Son metzas. Tiene que haber un mechón de pelo en el libro de los nacimientos. Podemos cogerlo.

—Bien pensando. ¿Qué le diremos a Laurent si pregunta por qué nos acercamos al chico?

—No va a hacerlo y aunque lo hiciera. El chico no hablará, me debe una.

—¿Quiero saber de qué se trata?

—Mejor no, salvo que sea necesario. Le prometí que le guardaría el secreto —le explicó Ares.

—Dijimos sin secretos —le recordó.

Ares sonrió entrelazando los dedos con los suyos.

—No es mi secreto para compartirlo, pero si me lo pides te lo diré.

No pudo evitar sonreír al escucharlo. Apoyó la cabeza en su hombro, relajándose mientras Ares lo rodeaba con el brazo.

—No me lo cuentes, no lo necesito.

23. El día de mañana

La casa matriz se componía de tres construcciones de piedra que compartían un terreno común rodeado de bosque.

La primera casa era en la que vivían los brujos más poderosos, los vampiros más antiguos y metzas independientemente de su posición o poder.

En la segunda estaban los brujos dedicados a experimentar y aprender, incluyendo a los jóvenes que debían formarse para controlar su magia. Durante años sus poderes aumentarían hasta que cumplieran los veintiún años y pudieran decidir si debían continuar formándose o preferían marcharse y vivir por su cuenta.

En el tercero residían los brujos menores y las visitas.

A varios metros de las construcciones principales, había un gran edificio circular de piedra gris que acogía el panteón de la casa matriz. Allí no descansaban muertos, sino vampiros que estaban sumidos en la noche perpetua. El cementerio se encontraba a un par de kilómetros, bosque adentro.

Ares le había enviado un mensaje al chico, por lo que, en vez de ir a verle a la casa, fueron directos al cementerio. Allí existían menos probabilidades de que alguien los escuchase.

—¿Dónde está? —preguntó confundido mirando alrededor—. ¿Hemos llegado temprano?

—No lo creo. Esperaremos un poco más.

Los dos se quedaron durante dos horas sin que nadie se acercase.

—¿Vamos a buscarle a la casa de estudio?

—No. Iré yo, no queremos llamar la atención. Puede que no pudiera deshacerse de sus clases, es un tipo precavido. Lo intentaré mañana.



—¿A dónde vas?— quiso saber cuándo Ares se coló en su habitación.

—Me quedo contigo.

—No puedes quedarte a dormir aquí otra vez.

Ares puso los ojos en blanco, impregnando cada milímetro de la habitación con su elemento para aislarlos.

—Date una ducha y relájate, hiani. Yo iré después, dejé algo de ropa en tu cómoda.

—No podemos hacer esto. Tenemos que ser discretos, y tu idea es todo lo contrario.

—Nadie nos vio entrar, ni sabe que estamos aquí. Es seguro.

—No seas idiota. La casa está llena de metzas y brujos.

—Sí y ninguno de ellos es ni por asomo tan poderoso como nosotros. Nuestra magia es inexpugnable. Tranquilo, no sospecharán si nos tienen justo delante.

Lo miró no muy convencido, aunque tenía sentido. Todos los hianis del libro de los condenados habían tratado de esconderse, puede que Ares tuviera razón.

—No lo sé. Es demasiado arriesgado —murmuró preocupado intentando ir al baño.

Ares le bloqueó el paso ocupando todo el marco para tratar de detenerlo.

—Reyx... —le advirtió mientras un torrente de sensaciones inundaba su marca apenas un

instante y se apagaba de nuevo. Deseo cálido y espeso se derramó desde su marca, llamándolo como un latido hipnótico.

Una peligrosa sonrisa se extendió por el rostro de Ares, al percibir la respuesta de su cuerpo.

—¿Lo notas? —preguntó Ares sonriendo—. ¿Puedes saber lo que siento? Sé que sí. ¿Qué notas?

—No noto nada. Para —pidió estirando los brazos, parando su avance.

—No —contestó Ares sujetándole de la cintura.

—Detente, esto es demasiado. No podemos hacer esto aquí.

Ares sonrió inclinándose sobre él, besándole en los labios. Se derritió contra él, incapaz de resistirse.

—Hiani, eres tan fácil de manipular —dijo Ares con cariño sin dejar de sonreír en un gesto íntimo que hizo flaquear su determinación y sus piernas.

—Te aprovechas de que me fio de ti —argumentó sin oponer resistencia, atrayéndole en un beso que intentó mantener superficial.

Ares le miró a los ojos, presionándose contra su cuerpo, profundizando el beso.

—Como no te apartes, voy a darte un puñetazo —amenazó en voz baja, enfurruñado, pero sin hacer el mínimo esfuerzo por poner espacio entre ellos.

—Mmm... —murmuró Ares sonriendo—. No te pongas brusco conmigo... todavía.

—Tú empezaste el beso —susurró lanzándose a por él de nuevo.

Entrelazó los dedos en sus sedosos cabellos, buscando mejor acceso a su boca para controlar el beso. Ares sonrió sobre sus labios, permitiendo que notase su erección.

Gimió perdiendo todo el interés en dominar el beso, decantándose por acariciar su espalda pegándose a él.

Los labios de Ares abandonaron su boca bajando por su cuello, haciendo que se estremeciese con violencia.

—Eres tan fácil —murmuró Ares entregado, deslizando las manos hasta su culo, apretándoselo con fuerza.

—No lo soy —protestó, esforzándose por no jadear.

Los dientes de Ares rozaron la base de su cuello, donde su vena latía a toda velocidad antes de chupar con fuerza.

—Conmigo sí —murmuró mientras se deslizaba al otro lado de su cuello, subiendo las manos para quitarle la chaqueta y dejándola caer al suelo.

Imitó su gesto aprovechando para acariciarle sus brazos, esos fuertes músculos que tanto le gustaban y en los que tanto había pensado.

Los dedos de Ares se colaron a toda velocidad bajo su camiseta retirándola, sus manos acariciaron sus costados lentamente, dejando que sus dedos resbalasen por su torso y subieran hasta donde estaba la marca que compartían.

—Aresis... —jadeó.

—Espera —se alejó de él, provocándole un ruido de protesta.

Ares rio acercándose a la ventana para echar las contraventanas.

—Espera —repitió divertido—. Hay que tomar todas las precauciones.

—Ven aquí. —Una de las manos de Ares lo agarró de la cintura en cuanto volvió, pegándose a él de nuevo. —No pienses tanto hiani —murmuro besándole hambriento.

Y otra vez el mundo desapareció por el deseo expreso de su alma gemela, de su mitad. El sonido de sus bocas chocando en medio de la oscuridad y el silencio absoluto hizo despertar sus sentidos como si hubiera estado aletargado hasta ese momento.

—¿Confías en mi Reyx? —le preguntó Ares con voz ronca mordiendo sus labios.

—Siempre —respondió sin dudar.

Las manos de Ares recorrieron su pecho despacio.

—¿Sabes? No puedo dejar de pensar en esto —reconoció él mordiendo su mandíbula con suavidad.

Sus dedos bajaron por los costados hasta su cinturón.

—Recordando... —susurró Ares en su oído, desabrochándolo sin prisa—. Los ruidos que haces cuando te toco, la textura de tu piel contra la mía, tu sabor —susurró en su oído, provocando que casi cayese de espaldas.

Jadeó con esfuerzo, intentando enviar aire a sus pulmones. Estaba paralizado, a su merced, incapaz de hacer nada que no fuera centrarse en él y permitirle lo que quisiese.

—Sé a qué saben tus besos —reconoció Ares mordiendo su hombro mientras desabrochaba los botones de su pantalón.

Gimió adelantando sus caderas, intentando que le tocase, pero Ares continuó impassible retirando la tela, dejándolo solo en bóxer.

—Sé a qué sabe tu piel. —La única expresión que se ocurría para describir ese tono tan ronco y profundo era sexo en estado puro.

—Pero hay una pregunta que no puedo quitarme de la cabeza, hiani —reconoció acariciando su erección a punto de estallar sobre la fina tela—. ¿A qué sabes de verdad? —preguntó deslizando los dedos dentro de la prenda para agarrar su húmedo miembro.

—Ares... no... —gimió dejando todo el aire en un siseo.

—Shhh... —murmuró, besándole despacio, dejando que sus labios resbalasen juntos sin dejar de acariciarle muy despacio—. Necesito saberlo —le aseguró bajando su otra mano por su pecho. Retiró la única prenda que llevaba puesta, dejándose caer de rodillas delante de él.

Contuvo el aliento incapaz de concebir la idea, Ares nunca haría nada así. Pero lo hizo.

Sus labios rodearon la punta de su miembro sin apretar, inseguro. Su lengua recorrió su glánde despacio, familiarizándose con él, antes de dejarlo ir un poco más en su boca, absorbiendo sin fuerza.

La piel se le erizó al escuchar el sonido de su boca sobre él. Necesitaba más luz para poder mirarle, aunque no sabía si su corazón, que latía desbocado, podría soportar esa imagen.

—Respira —le pidió Ares con voz oscura.

Obedeció tomando aire, relajando el cuerpo que volvió a ser asolado por aquella tentadora boca que lo estaba enloqueciendo.

—No voy a aguantar mucho. —Sus palabras sonaron roncadas y torpes como si llevase siglos sin hablar.

Las manos de Ares acariciaron sus muslos de arriba abajo con suavidad, sujetándole de la cadera mientras sus labios se cerraban lo justo para chupar levemente el glánde antes de dejarlo marchar.

—Déjame tenerte un poco más —contestó con voz oscura, permitiendo que su erección entrara despacio en su húmeda boca, mientras una de sus manos acariciaba su tronco más rápido.

Cerró los puños con fuerza, reprimiendo el impulso de empujar, mientras trataba de recordar las técnicas de autocontrol que le habían enseñado desde niño para gestionar sus emociones.

Ares se puso en pie en un segundo, besándolo apasionadamente mientras lo desplazaba hacia la cama pegándose a él, dejándole percibir que también estaba desnudo.

Cayeron en la cama, enredados y sin parar de besarse.

—Ven aquí —jadeó sobre su boca, acariciando su erección mientras Ares se hacía cargo de la

suya.

Ares gimió contra su cuello, apoyando la cabeza en su hombro.

—Más rápido —pidió Ares sin pudor, llenando su piel de besos rápidos y necesarios mordiscos.

—Impaciente —lo sancionó entre besos, extasiado de tenerle por fin.

—Impaciente no... desesperado —reconoció Ares, lamiendo su labio inferior antes de besarle, usando su lengua para torturarlo.

Llegaron casi al mismo tiempo, jadeando. En ese instante, todo a su alrededor se desvaneció, incluso el placer. Su conexión iba más allá de lo físico, como si los deshiciera del todo y los dejara flotando en la nada. Éxtasis puro.

—Te daré una paliza si intentas huir de mí después de esto —amenazó la voz de Ares en medio de la oscuridad.

—No me iré a ninguna parte —prometió con voz queda.

—Más te vale —murmuró Ares.

En algún momento, el sueño los arrastró a ambos.

Cuando se despertó la habitación seguía a oscuras y el cuerpo desnudo de Ares se apretaba contra él.

No comprendió por qué estaba despierto hasta que dos fuertes golpes en la puerta sonaron.

24. Una buena conversación

—Ares... —dijo con voz aterrorizada.

Los habían descubierto, puede que algún metza los hubiera vigilado y al ver que no salían de la habitación, averiguaron que...

—Calma —le ordenó Ares, poniéndose de pie con rapidez. Lanzó toda la ropa que había por el suelo sobre la cama mientras intentaba colocarse la suya.

—Lo saben —dijo vistiéndose el pantalón. Otros dos golpes en la puerta volvieron a sonar.

—No dejaré que nos pase nada —le aseguró convocando el fuego a su alrededor.

El pánico se expandió por su cuerpo. Por muy poderoso que Ares fuera en la casa, seguía habiendo muchos brujos y vampiros antiguos. Sería una masacre salir de allí.

—Soy yo —anunció una voz desde el otro lado.

—¿Quién es? No lo reconozco —musitó poniéndose el jersey.

—Creo que lo sé —dijo Ares, soltando su elemento. Encendió las luces laterales de la habitación echando un vistazo. —Haz la cama —le ordenó, cogiendo unos papeles al azar de su escritorio y encendiendo la televisión mientras los colocaba sobre la mesita.

Ares volvió a mirar todo antes de abrir.

—Creía que iba a hacerse de día —protestó el desconocido. Entró en la habitación cubierto por una capa negra que lo cubría por completo. No le gustó su voz, su tono altivo y su acento francés.

—Estuvimos esperando durante horas —le contestó Ares, volviendo a cerrar la puerta.

—Dijiste que debía ser discreto y varios de los instructores decidieron que mi educación era su prioridad hoy.

—Las clases acabaron hace horas —protestó Ares—. ¿Por qué no me buscaste antes?

—Lo hice, esperé en tu habitación durante una hora. Después pensé que podrías estar con tu hiani.

—Estamos trabajando —se apresuró en mentir.

El chico dio un chasquido mientras se bajaba la capa de la cabeza y dejaba al descubierto su rostro.

Parpadeó por la sorpresa.

La cara del chico era una de las más hermosas que había visto. Con una mandíbula suave, mejillas altas, labios finos y definidos, y unos ojos de un vibrante color gris claro, resaltados por un delineado negro producto del maquillaje. Su cabello rubio ondulado estaba cortado de manera elegante, con cada mechón cuidadosamente colocado en una falsa sensación de desorden.

Era alto y de porte esbelto, muy alejado de los fornidos hombres que había en la casa. Se movía con una elegancia natural imposible de aprender, sus pantalones negros de traje ensalzaban aún más sus piernas largas. En su mano derecha portaba un anillo de oro con el sello familiar. Su camisa blanca y sin adornos era toda una declaración de elegancia y buenas maneras.

Miró a Ares, que asintió con la cabeza. Era el chico que encontró por casualidad.

—Hiani, este es Étienne Valencourt —lo presentó Ares.

¿Valencourt? Incluso a cientos de kilómetros de Francia, sabía lo que significaba ese apellido. Era una familia de brujos antigua y poderosa, cuyos lazos se expandían por toda Europa. Tenían

razón al ocultarlo en su casa; emplearon sus conexiones para asegurarse de que permaneciera en el anonimato, ya que otras casas matrices harían lo que fuera por conseguir a alguien con su apellido y habilidad.

El chico dirigió sus ojos a él y a falta de una palabra mejor, se sintió desnudo. Su mirada helada parecía muerta, sin emoción. Era, con diferencia, el hombre más atractivo que había visto; resultaba cruel que algo tan hermoso estuviera tan desprovisto de vida. El frío pareció calar en él cuanto más tiempo pasaba mirándolo, pero no podía evitarlo, estaba hipnotizado.

Él esbozó una sonrisa tan falsa y muerta, que le heló la sangre.

Su marca estalló pidiendo ayuda a Ares, que enseguida estuvo a su lado. Su mano en la espalda lo hizo calmarse, por fin pudo dejar de mirarlo.

—Supongo que, cuando me pediste ayuda, te referías a ella —dijo Étienne en un tono desapasionado.

—¿Ella? —preguntaron los dos al mismo tiempo.

El chico asintió, sentándose en la silla del escritorio, cruzó las piernas, manteniendo un porte indolente, apoyando la mano donde lleva su anillo sobre la rodilla.

—Está detrás de ti —les aseguró señalando algún punto a sus espaldas.

—No sé de quién me hablas. ¿Puedes describirla? —quiso saber Ares.

—Es una mujer de unos treinta años. La piel de su cara está quemada, como si se la hubiera derretido con ácido.

Los dos intercambiaron una mirada desconcertada.

—¿Puedes comunicarte con ella? ¿Preguntarle su nombre? —intentó recordar a alguien con el rostro desfigurado, pero no pudo pensar en nadie.

—No soy un teléfono —dijo Étienne con fastidio—. Ni esto es la hora del té. No se habla con los muertos.

—No se supone que eso es precisamente lo que hace tu don.

Por sus facciones pasó un destello de furia absoluta, antes de volver a su gesto en blanco.

—Tú no sabes nada de mí, así que no pretendas hablar de lo que no entiendes.

Miró a Ares pidiéndole ayuda.

—Tranquilidad. No conocemos a nadie con la cara quemada, o por lo menos en un primer momento. No sabemos de ningún incidente o muerte que justificara esa apariencia.

—Pues ella os conoce a vosotros, se alimenta de vuestra energía.

—¿Cómo? —preguntó girándose por si había alguien más en la habitación—. ¿Por qué piensas que nos conoce? —lo interrogó.

—Con los años te das cuenta de esas cosas. Los que se quedan suelen vagar por ahí, son tenues y sin mucha fuerza. Esta no es así. Yo diría que hace meses que se alimenta de vosotros.

—¿Cómo un vampiro? —preguntó Ares con desconcierto.

—Energético, pero en esencia es lo mismo —les dijo Étienne con aburrimiento.

—¿Y qué quiere? —exigió sin dejar de mirar a su alrededor.

—Lo que la mayoría, existir. Terminar algo que no consiguieron en vida, negarse a avanzar. ¿Quién sabe? —La verdad es que no parecía importarle el motivo, lo que le resultó curioso dada su habilidad. Tampoco tenía mucho donde opinar, ya que nunca había conocido a nadie con el don de Étienne.

—Tú deberías saberlo —respondió enfadado.

—Búscate un oráculo —sugirió Étienne poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué problema tienes? —preguntó indignado.

Étienne lo miró sin responder, como si el hecho de malgastar palabras con él fuera una pérdida

de tiempo y esfuerzo.

—Necesita un ajuste de actitud. Está acostumbrado a hacer lo que quiere —le explicó Ares.

—Ya lo veo —contestó de forma hosca sin dejar de mirar al odioso chico.

—Niño —le dijo Ares a Étienne—. Más te vale que colabores, recuerda lo que me debes.

Él le observó con odio.

—¿A quién queréis que busque? —preguntó.

—Toma —le dijo recuperando de su chaqueta los relicarios con pelo que había conseguido de Drusila y Quione.

—Hazlo a conciencia. Necesitamos saber qué hacían antes de morir.

Esperaba preguntas, pero él no hizo ninguna. Agarró las joyas y cerró los ojos. Un frío cortante inundó la habitación, en forma de oleadas que emanaban directamente de Étienne.

Retrocedió, la magia relacionada con la muerte le puso los pelos de punta.

—Oh... —murmuró el chico con gesto confuso.

—Uno de los relicarios pertenece a la mujer que os sigue. Todo está desordenado y es... caótico.

—¿Drusila nos está acechando? —preguntó Ares.

—Querrá decirnos algo, darnos una explicación —murmuró animado.

—No... no quiere hablar... —dijo Étienne en voz baja mientras el frío se hacía más intenso.

—Eso no tiene sentido. Fuimos amigos... o algo así —dijo mirando a Ares que lo agarró del brazo para acercarle.

—Es incoherente... todo está demasiado enredado. Veo sangre... una mujer embarazada. Un cuerpo sin vida en un ataúd de piedra. Dolor. Horror. Frío. Fuego. Sangre. Duele... duele... duele. ¿Por qué me haces daño?!

Étienne tiró los dos relicarios al suelo y se levantó de un salto, sin una pizca de color en su ya pálido rostro.

—No sé en qué estáis metidos. Esto es... —Ambos contuvieron el aliento esperando—, ... maldad pura. Sean quienes sean esas personas, se alimentaban del dolor que causaban. Mataron mucha gente, niños... bebés —dijo en voz baja.

—No puedes contarle esto a nadie —le ordenó Ares.

—Nunca he estado aquí. Ya no te debo nada —recogió su capa con manos inseguras.

—¿Pero necesitamos saber más? —protestó mirando a Ares.

Étienne lo observó con una expresión de desprecio que lo hizo guardar silencio. Era increíble la facilidad que tenía el chico para hacerle sentir como si fuera una mancha de barro en el suelo.

—Duerme con su relicario al cuello y un cuarzo en la mano izquierda. Da doce vueltas alrededor de ti mismo, en sentido contrario al de las agujas del reloj y tumbate en la cama con un pétalo de dalia bajo la lengua. Vendrá a ti en sueños, está desesperada por hacer contacto.

—Gracias —dijo Ares con rapidez.

Étienne se cubrió la cabeza con la capucha y sujetó el picaporte para salir. Se detuvo aferrado al pomo.

—Cuidado con ella, su energía es... —Miró al suelo tratando de encontrar la palabra adecuada —, ...oscura, nunca había visto nada así. Diga lo que diga, probablemente mienta.

—Tendremos cuidado —le aseguró Ares con seriedad.

—Más os vale. El mundo de los sueños es paralelo al de los muertos, si ha tomado suficiente energía podría haceros daño. Es posible que pueda haber aprendido de vosotros, escuchado vuestras conversaciones, ver lo que hacíais.

Los dos se miraron con preocupación.

—No puede estar aquí todo el tiempo, no tiene un ancla. Pero parece lúcida y centrada. Quizá esté aprovechando sus apariciones para espiar.

—¿Eso es normal? ¿Es lo que hacen los fantasmas?

—No —le respondió Étienne, abriendo la puerta—. Eso es lo que ella hace.

Los dos se quedaron en silencio contemplando la habitación vacía.

—Esto, no pinta bien —opinó, girándose para ver a Ares.

Su hiani daba vueltas moviendo las manos y pasando su elemento de forma minuciosa por la habitación.

—¿Notas algo extraño? —preguntó preocupado.

—Nada de nada. Y me aseguro de ello cada vez que estamos solos.

—¿Crees que Étienne miente?

—Ni por un segundo —murmuró Ares, retirando su elemento—. Yo haré el ritual, tú te quedarás vigilando.

—De eso nada, iremos los dos. Usaremos nuestra unión para mantenernos en el mismo lugar... sea el que sea.

Ares lo miró durante unos segundos, decidiendo si iba a protestar.

—Está bien. Vayamos a la botica a reunir los ingredientes —acabó por aceptar Ares.

Dejó salir el aire con alivio, recogiendo los relicarios y metiéndolos en el bolsillo para marcharse. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando los tocó.

Étienne tenía razón. Nada bueno podía surgir de ahí, pero necesitaba entender cómo acabaron corrompidos así. Ningún brujo se había atrevido a forzar la magia hasta el punto al que ellos llegaron. Puede que no comprendiese sus motivos, pero al menos tendría una explicación.

25. Luces y sombras

—¿Ares? —preguntó mirando alrededor de su habitación.

Confuso contempló lo que le rodeaba. Todo seguía exactamente en su lugar, salvo por Ares, que se había tumbado a su lado en la cama y ahora no estaba por ningún sitio. Tampoco el sabor agrio de la dalia bajo su lengua, ni el cuarzo en forma de pirámide que eligió. Cerró los ojos e invocó su marca. Salió con rapidez de la habitación, notando su llamada.

No había nadie en la casa, ni una sola persona en todo su recorrido por los terrenos hasta el panteón.

Se quedó tras las verjas negras, inseguro. No había vuelto a bajar ahí desde que su padre se sumió en letargo. Se mordió los labios, pero acabó por atravesar la entrada e internarse en el edificio bajando los escalones de mármol blanco. Las antorchas iluminaban las paredes pulidas, alumbrando la bajada. Ignoró los primeros pisos mientras el edificio se adentraba en la tierra.

—¿Ares?!

El grito rebotó en las paredes causándole escalofríos. Invocó su elemento, aunque no sintió nada.

Volvió a intentarlo con el mismo resultado.

—¿Pero qué? —murmuró tratando de hacerlo de nuevo.

Invocó su marca, que le devolvió información de Ares. Estaba cerca. Bajó corriendo hasta el último piso. El féretro de su padre estaba subido a un púlpito de negro alabastro brillante, compitiendo contra el marfil más puro y pulido. Su corazón palpitó con fuerza al volver a ver la majestuosa construcción, los detalles de oro y plata que inundaban las paredes. Su escudo familiar brillaba en la pared, dejando claro a quién pertenecía el lugar.

Tragó saliva por los nervios, mirando alrededor. No había donde esconderse, ninguna puerta ni construcción. ¿Dónde estaba?

—¿Ares?

La marca transmitió terror y urgencia, aunque no escuchó ningún sonido.

—No, no, no —murmuró corriendo al ataúd.

—¿Ares? ¿Puedes oírme? —No hubo respuesta, pero al poner la mano sobre la tapa, supo sin lugar a dudas que su hiani estaba ahí encerrado.

No lo dudó, puso las manos al borde de la piedra y se centró en su unión. Nadie iba a alejarlo de Ares.

Sintió a Ares igual que a un halo, sus corazones resonando como uno solo. Una corriente de magia brotó desde su interior como una explosión sin control, lanzando la tapa a varios metros de distancia.

Ares saltó fuera del féretro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó agarrándolo de los brazos para asegurarse de que no estuviera herido.

—No lo sé. Me dormí y de repente estaba ahí dentro. Mi magia no funciona. ¿Pudiste usar tu elemento?

—Nadie pueden —contestó una voz.

Drusila bajaba la escalera hasta ellos, aunque poco quedaba de la metza que ellos conocían. La

piel de sus brazos, pecho y rostro estaba quemada, tanto que casi no era reconocible. Sus perfectos rizos estaban ahora quemados alrededor de su cabeza, dándole un aspecto pegajoso. Llevaba un largo vestido negro, fiel al estilo barroco que le gustaba usar, con encajes blancos y grises.

—Salvo vosotros. ¿No es esclarecedor?

—Drusila —dijo sorprendido—. Qué demonios...

Ares lo sujetó del brazo, poniéndose delante de él mientras hablaba.

—¿Y qué se supone que acabamos de aclarar?

Ella sonrió en una mueca que hizo que se le revolviera el estómago.

—Qué yo tenía razón —dijo Drusila animada.

—¿Sobre qué? —la presionó Ares.

—Sobre nosotros y nuestro poder ilimitado. ¿No es maravilloso?

—¿De qué hablas?

Los ojos de Drusila estaban inyectados en sangre cuando los miró.

—De la eternidad, claro.

—Creo que no está bien de la cabeza —murmuró en voz muy baja a Ares.

—Nunca he estado más lúcida —le aseguró Drusila—. Tenía tanto miedo a morir... pero ahora lo veo claro —dijo ella subiéndose al púlpito, sentándose al borde del ataúd frente al que había salido Ares.

—¿El qué? —preguntó Ares, moviéndose para seguir delante de él, protegiéndolo.

Drusila les dedicó una amplia sonrisa que le puso los pelos de punta.

—La muerte solo es el principio. Nuestra sangre puede volvernos eternos —respondió contenta.

—Solo los vampiros sobreviven a la muerte y nosotros llevamos una pequeña parte de ellos en nuestra sangre.

Ella se rio, un sonido jovial y tétrico que lo puso aún más nervioso. Se sentía como una marioneta a la que movían los hilos.

Sujetó la camiseta de Ares por detrás, mientras enviaba una orden de precaución a través de su marca.

—Sois como bebés. Tenéis potencial para ser adultos fuertes, pero todavía usáis pañales y obedecéis a vuestra mamá.

—¿De qué habla? —preguntó acercándose al oído de Ares.

—Está loca —respondió Ares en voz alta—. Hablemos de los niños que perdieron la vida en tus manos. ¿Qué tienes que decir a eso?

Ella tuvo la desfachatez de parecer desconcertada.

—¿Niños?

—No trates de mentir, encontramos esa cabaña de los horrores. Había restos de bebés, cometiste el crimen más aberrante que existe. Los niños son sagrados.

De nuevo su risa resonó por todo el edificio.

—Por supuesto que los niños son sagrados, nunca le haría daño a uno.

Notó el enfado de Ares a través de su marca.

—Lo hiciste. Arrasaste a niños y bebés. Incluso a uno que todavía estaba en el vientre de su madre.

—Ah... —dijo ella como si acabara de recordar—. Pero eso no son niños. Son ingredientes.

Un sudor helado bajó por su espalda, humedeciéndole la ropa.

—Son niños, independientemente de su raza y lo sabes. Se les respeta, sin excepciones —le

recordó Ares con dureza.

—No seas tonto. Esos perros rabiosos pueden reproducirse cuando quieran, yo necesitaba mano de obra fuerte y resistente. Los metzas somos poderosos, pero no especialmente robustos. Un lobo, por otra parte...

—¿Para qué los usabas? —exigió saber incapaz de permanecer callado.

—No hables con ella —le ordenó Ares.

—Para hacer más, sabía que los lobos podrían darse cuenta de lo que hacía, así que para protegernos cree un ejército. Mientras fuésemos vulnerables, ellos recibirían los golpes —dijo sonriente—. Era el plan perfecto, lástima que no sirviera de nada.

—¿Por qué? —la presionó Ares—. De verdad creías que podías sobrevivir después de aniquilar a tantos lobos.

Ella sonrió de medio lado, encogiéndose de hombros.

—Sí, lo creía. Ahora sé que estaba equivocada. He aprendido más en mi tiempo con vosotros que en todos esos meses con esas bestias.

Tiró de la camiseta de Ares, alejándose un par de pasos.

—Todavía no lo entendéis, ¿verdad? —le preguntó ella sonriente—. ¿Pensáis que encontrasteis la cripta de Quione por casualidad? No lo fue. Fui yo. ¿El libro de los condenados? También fui yo.

Ares se movió en dirección a las escaleras, pegando su pecho a su espalda para retroceder juntos.

—Si queréis echarle la culpa a alguien de todas esas muertes, sin duda es el libro.

—¿Qué? —preguntaron desconcertados a la vez.

Drusila asintió con gesto de indiferencia.

—Me crucé con el libro hace dos años. Fue casualidad, me gusta coleccionar rarezas. Entré a una antigua casa matriz y sentí su magia. Al principio sus páginas estaban en blanco... pero un día una gota de mi sangre cayó sobre ellas y la magia se desató —empezó emocionada—. La historia más secreta de nuestro mundo en mis manos... fue un honor y un privilegio.

Volvió a tirar de Ares, no le daba buena espina. A través de la marca su hiani le dio la razón, tenían que salir de allí, pero ¿cómo conseguirían despertarse?

—Parejas de hianis que cruzaron el límite que era imposible de traspasar, todos muertos. Empecé a buscarlos, a indagar en sus vidas, sus elementos, sus especialidades, sus familias... y encontré sus restos —dijo metiendo la mano en el ataúd de mármol y sacándola llena de polvo blanco. Sopló enviando las cenizas por toda la habitación.

Sus pies tropezaron con el primer escalón, subió manteniendo a Ares pegado a su pecho.

—No os imagináis el poder que emanaba de ellos. Habían pasado siglos enteros, los habían maldecido, enterrado lejos de sus compañeros de vida... y el vínculo seguía intacto a pesar del tiempo y la distancia.

Eso hizo que los dos se detuvieran.

—No hay vínculo si están muertos —dijo Ares leyendo su pensamiento.

Ella giró la cabeza con gesto astuto.

—Y a pesar de ello, sí lo había. Uní a cada pareja de hianis que pude encontrar y cuando sus huesos o cenizas se tocaban... —Cerró los ojos como si estuviera saboreando el momento—, Magia. Una magia más poderosa que ninguna que yo conociese, más fuerte. Pensé que con el paso de los días pasaría, pero no, eran como faros en la oscuridad esperando que alguien lo usase.

Drusila se rio con deleite y de la nada aparecieron las vasijas a los pies del púlpito.

—Restos de los que nos precedieron y fueron despojados cruelmente de lo que les pertenecía. Su magia nunca se agotaba y me permitía hacer cosas, pero no por mucho tiempo. No estaba a su nivel —dijo frunciendo el ceño—. A pesar de ello, descubrí cómo hacerlo, cómo usar esa magia tantas veces como quisiera, durante el tiempo que deseara.

Agarró a Ares del costado, subiendo un escalón y obligándole a que él se moviese al primero.

Ella sonrió, metiendo la mano en el ataúd como si no fuera sólido. Una mano oscura y quemada cogió la suya para alzarse.

Los dos subieron juntos un par de escaleras mientras Quione emergía de la piedra, sentándose al lado de su hiani.

—Nos convertimos en uno de ellos —dijo él, como si hubiera estado siguiendo cada palabra de Drusila.

—Por toda la magia del mundo —escuchó decir a Ares. Apretó los dedos en su hombro sin dejar de rodearlo, su cuerpo en tensión listo para salir corriendo.

—Para aspirar a una magia tan poderosa teníamos que seguir sus pasos —continuó Drusila sin dejar de mirar a su hiani. Entrelazaron sus dedos maltrechos, estremeciéndose con fuerza al tocarse—. Esperamos a la luna llena para acostarnos, a las tres de la mañana, cuando la magia es más fuerte.

Quione le acarició la frente con un dedo.

—Pero no salió como planeamos. El dolor nos tuvo paralizados durante días —les confesó él.

Ares giró la cabeza para mirarle. Negó a modo de respuesta, sin comprender.

—Volvimos a intentarlo una y otra vez. Con la luna en otras fases, en lugares sagrados... nada funcionaba y el dolor era cada vez peor. Incluso nuestra magia parecía agotarse —les dijo Drusila con voz quejumbrosa y herida.

Quione cubrió su mejilla con la mano, acunándola en un extraño gesto de consuelo.

—La última vez que lo hicimos casi perdemos la vida. ¿Dónde estaba el poder ilimitado? —preguntó Quione furioso. Su mano rodeó el cuello de Drusila con fuerza, zarandeándola—. ¿Por qué nos negaban lo que nos pertenecía?

—Entonces lo entendí —dijo ella con cierta dificultad, agarrándolo a él de la misma forma.

Intercambiaron miradas cargadas de un odio tan profundo que lo sintieron en el aire. Aprovechó la ocasión para aumentar la distancia entre ellos.

—¿Todo esto pasó porque estabais enamorados? —preguntó Ares con horror.

Los dos giraron la cabeza hacia ellos, mirándolos con sus ojos llenos de sangre.

—Eres un estúpido. ¿No estás prestando atención? —le preguntó Drusila, empujando a Quione para alejarlo de ella—. No funcionaba porque no había amor.

—No tiene sentido —contestó cada vez más perdido.

—Queríamos el poder, la magia, la gloria. Solo el sexo nos separaba de ello, no necesitábamos amor —escupió Quione poniéndose de pie.

Subió dos escalones con rapidez, tirando de Ares.

—No lo entiendo —murmuró Ares.

—Nosotros tampoco —le dijo Drusila—. Creíamos que bastaría con profanar el vínculo, pero no es el sexo el que lo hace. Son los sentimientos, el amor —añadió con evidente asco.

—No podíamos fingir, no servía. Así que buscamos otra manera —le aseguró Quione, ofreciéndole la mano.

Ella se levantó con gesto majestuoso, entrelazando su brazo con el suyo, dedicándole una sonrisa.

—Decidimos volver a nuestros orígenes. Los metzas nacemos de una bruja y un vampiro,

mezclando la sangre de un alfa —les recordó Drusila—. Pero no podíamos asumir más riesgos sin apostar nuestra magia, así que fuimos a lo seguro.

Quione sonrió, acariciando su mano.

—Nos fijamos en las manadas más importantes. Aurora, Royal, Salem, Greenville. Las acechamos durante semanas en busca de una debilidad para alcanzar al alfa y un golpe de suerte nos puso en bandeja lo que necesitábamos. Un lobo resentido y un alfa lleno de paranoia, que su mujer estuviera embarazada, me dio una idea. Si la sangre de uno de ellos puede crear a uno de los nuestros... ¿Qué podría hacer la de uno de sus bebés?

Los dos se estremecieron con asco, la mano de Ares se aferró a él con fuerza. Esos dos estaban locos, dementes.

—Fue nuestro primer gran éxito. Preparamos todo con esmero, creamos un veneno que los dormiría durante unas pocas horas. Cogimos a la mujer y encontramos una forma creativa de llegar al bebé sin matarlo.

Escondió la cara en el hombro de Ares para ahogar las arcadas. Nunca imaginó que ellos pudiesen acabar así, tanta maldad era inimaginable.

—Nos bañamos en la sangre de los lobos más antiguos, mientras nos uníamos después de tomar la poción y crear nuestra propia marca —dijo ella de forma soñadora tocando el lugar donde sabían que Quione llevaba tatuado. “Plus ultra”—. Fue perfecto, el dolor mereció la pena porque el poder fue... inimaginable. No había límites, no había fin, estaba conectada al centro de la misma magia.

Se besaron con pasión y Ares aprovechó el momento para subir corriendo hasta el primer descansillo, viéndolos desde arriba a una distancia considerable. Era como ver a dos tiburones chocando, depredadores tratando de saber quién era más letal.

—Lo demás fue fácil —reconoció Quione—. Usamos al niño para someter a los lobos, los matamos y les administramos nuestra poción. Drusila sabía que nacería un bebé especial en Salem, son una manada muy peculiar, con un componente de magia que no tiene ninguna otra. Por eso decidimos ir a hacernos con el bebé antes de ir a Aurora. Queríamos la sangre del alfa, el lobo más fuerte y resistente.

—Eso es una locura, no solo es el alfa. Toda su manada es fuerte —tuvo que recordarle. Era imposible que no hubieran pensando en las consecuencias que tendría.

—Lo sabemos, por eso necesitábamos al bebé de Salem. Las cosas se torcieron después de envenenar a un alfa de una pequeña mañana, intentó transformar a alguien y la magia no funcionó. ¡Nuestro hechizo perfecto tenía un error! —dijo Drusila alterada.

—Debíamos saber qué era antes de ir a por Aurora, si un lobo recién mordido podía sobrevivir, un alfa como Dragos no habría caído. Enviamos a nuestros esclavos a por él, pero fue precisamente Dragos quien lo tomó bajo su protección —dijo con rabia Quione—. Todo se fue al traste, por muchos lobos que enviábamos, ese maldito chico siempre conseguía huir. Fui a capturarlo y encontré la muerte.

Drusila volvió a tocarle el brazo para calmarlo.

—Pude recuperar su cadáver, pero para ello tuve que sacrificar a casi todos los esclavos —continuó ella sin dejar de acariciarlo—. Ya no quedaba sangre fresca de ningún niño. Necesitaba más y supe a dónde tenía que ir. Salem. Estaban preparados, mucho más listos para la magia que cualquier manada. Tuve que ser paciente mientras conservaba el cuerpo de mi hiani usando los restos de los otros. La espera mereció la pena. No eran uno, sino dos. Por eso mi madre puso su atención en Salem.

Ares lo miró con gesto desconcertado.

—Mi madre era vidente. Tuvo una visión sobre esa manada un poco antes de morir y me dijo que ella me veía en Salem. No lo entendí hasta que supe que había un hombre embarazado. Imagina, un lobo embarazado de una sangre ancestral, el poder de ese niño... niños. Tendría el mundo si hubiera conseguido a esos mocosos —se lamentó ella.

—Todavía no está todo perdido —la consoló Quione.

Ella asintió y sonrió.

—Cierto. Todavía no.

—Estáis muertos, yo diría que ese es el final —les dijo Ares.

Los dos lo miraron con idénticas sonrisas.

Drusila bajó del púlpito al suelo, observándolos desde abajo.

—¿No estabas atento? ¿Qué fue lo primero que te dije? —inquirió con suavidad—. La muerte solo es el principio.

26. Tensión

—Vosotros lo cambiasteis todo y fuisteis la llave que necesitábamos para entenderlo por completo —les dijo Quione al lado de ella.

—Me mataron hace unos meses —aclaró Drusila—. Pero no me marché. Sabía que si no conseguía a esos niños, acabarían conmigo, así que tomé precauciones. Vuestros nombres estaban en el libro y la casa matriz original de Reyx tan cerca que parecía cosa del destino. Fue sencillo colarme y conseguir tu relicario de nacimiento. Enlazarme a ti fue un juego de niños, y cuando mi cuerpo falló me quedé contigo. Con vosotros.

Ares lo agarró de la mano con fuerza. Podía sentir su miedo mezclándose con el propio en el fondo de su estómago.

—La muerte no marcó el final, me ofreció un mundo lleno de nuevas posibilidades. En el libro solo había pistas de la forma en que se corrompe el vínculo, pero tú me diste la oportunidad de ver cómo sucede en la vida real —siguió hablando emocionada.

—Tu dolor, tu desesperación... fueron combustibles del que me alimenté durante meses para traer a mi hiani de vuelta conmigo. Nos acostumbramos a nuestro nuevo entorno, a las limitaciones y virtudes que nos daba la muerte, y la primera vez que os besasteis lo vimos claro. La magia que nosotros conseguimos no era ni de lejos parecida a la vuestra.

—Entonces supimos lo que debíamos hacer —les aseguró Quione—. Entendimos que solo había una manera de lograr algo así.

Tiró de Ares al siguiente tramo de escaleras.

—La única forma de corromper con amor un vínculo de hianis, es siendo una pareja enamorada. —Drusila subió el primer escalón en su dirección con una sonrisa tétrica—. Para ello, teníamos que traerlos hasta aquí, donde vuestra magia no significa nada y no podéis protegerlos. Ocuparemos vuestros cuerpos y volveremos a la vida. Tendremos el mundo entero a nuestra disposición, brujos, vampiros y lobos se inclinarán ante nosotros.

—Y una mierda —le espetó Ares subiendo las escaleras de espaldas.

—Es un hecho —le aseguró Quione avanzando despacio detrás de ella—. Va a ocurrir, llevamos meses preparándonos. No entraba en nuestros planes que vinierais por voluntad propia, pero supongo que encontrar un brujo con afinidad a la muerte es otro golpe de suerte para nosotros. Es lo que quiere el destino, no servirá de nada resistiros.

Ares se dio la vuelta, arrastrándolo de la mano mientras emprendían la huida a toda velocidad por las escaleras. Corrieron sin atreverse a mirar atrás, saliendo a trompicones del edificio.

—¿Qué hacemos?! —gritó sin dejar de avanzar campo a través.

—No lo sé. En los sueños puedes despertarte, al morir.

—¿Estás loco? Podríamos ponérselo aún más fácil, no podemos arriesgarnos. Pude usar la magia para liberarte, podríamos luchar.

—No lo creo. Ellos nos llevan ventaja mientras sigamos inconscientes. Necesitamos ganarles en su terreno, tenemos que conseguir...

—¿Qué hacéis? —preguntó una voz.

Había un chico sentado sobre una de las lápidas del cementerio. Su cabello, negro azabache, caía en suaves mechones, ocultando parcialmente sus ojos. Vestía unos vaqueros oscuros y una

camiseta negra de manga corta. Completaba su atuendo con unas botas de piel, mientras sostenía algo en la mano.

—¡Tú! —gritó Ares, cambiando de rumbo para ir hacia el desconocido—. Nathaniel, es el chico que fui a recoger.

—¿Puedes ayudarnos? —pregunto sin aliento—. Nos persiguen, quieren poseer nuestros cuerpos.

—Suele pasar —dijo él con tranquilidad, saltó a la tierra caminando hacia ellos.

—Tenemos que correr —lo apremió tirando de Ares para intentar que siguieran huyendo—. Estaban justo detrás de nosotros.

—Ya —dijo Nathaniel sin expresión, no parecía muy preocupado—. No vendrán aquí. Los muertos no pueden pisar esta tierra.

—¿No se supone que los fantasmas están en los cementerios? —preguntó desconcertado mirando a Ares.

—No —dijo de forma seca Nathaniel.

—¿Puedes ayudarnos? —inquirió Ares de mala manera al chico.

—No necesitáis mi ayuda. Solo tenéis que despertar.

—¿Y cómo hacemos eso? —quiso saber sin dejar de mirar alrededor, temiendo que aparecieran—. Son poderosos.

Nathaniel suspiró con hartazgo.

—Este es su reino, pero siguen estando muertos. La esencia que usan es prestada y limitada. Vosotros seguíis vivos, usad vuestra fuerza.

—No tenemos nuestra magia —dijo agobiado.

—Nadie la tiene aquí. Hay todo un proceso para poder despertarse, pero no será sencillo si alguno de ellos está aferrado a vosotros, no os dejará marchar —contestó Nathaniel.

Étienne apareció de la nada delante de ellos, clavándole un cuchillo en el corazón a Ares.

Ni siquiera tuvo tiempo a gritar, no pudo llegar hasta Ares antes de que su cuerpo tocara el suelo.

—¡Ares! —gritó rompiéndose la garganta mientras despertaba de nuevo en la habitación.

—No era real —le aseguró con rapidez Étienne—. Hice lo más rápido para traeros de vuelta, era lo mejor.

—Estoy bien —le contestó Ares poniéndole la mano sobre la pierna.

Fue consciente entonces de que estaban de nuevo en su cama. Escupió con rabia el pétalo de dalia y se arrancó el relicario del cuello.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Ares levantándose de la cama.

—Nada de lo que sucede en el mundo de los muertos pasa desapercibido para mí. Reconocí la energía de la mujer junto a la vuestra y decidí intervenir.

—Gracias. Nos salvaste la vida. Muchas gracias —le agradeció Ares con rapidez.

Recogió el relicario que Ares acababa de quitarse y lo unió al suyo antes de guardarlo en la caja de madera que había sobre la mesilla.

—¿Podrían volver a llevarnos a su mundo? —preguntó preocupado.

Deseaba abrazarse a Ares para asegurarse de que estaba bien, pero al no poder hacerlo, se resignó a buscar soluciones que garantizaran la protección de su hiani.

—Sí, no es sencillo, pero podría pasar.

—¿Hay alguna forma de pararlo? Tiene que haber una manera.

Étienne suspiró con resignación.

—Necesitáis destruir sus cuerpos y enterrarlos en tierra consagrada. Ya que seguirán aquí si

usaron algún hechizo para continuar atados al mundo de los vivos, podrían haceros daño a vosotros y a otros si siguen acumulando energía.

—Bien, podremos trabajar con eso. Gracias de nuevo —lo despidió Ares.

Étienne miró del uno al otro, no parecía muy convencido.

—No os metáis en líos. Los vivos son como recién nacidos en el mundo de los muertos, no tenéis ninguna oportunidad.

—No volverá a pasar —le aseguró temblando de rabia. Fueron imprudentes al pensar que no habría nada más detrás.

Esperó a que Étienne se fuera antes de atreverse a fijarse en Ares. Él ya lo estaba observando.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Deberíamos hablar con Laurent? Las cosas que ellos hicieron son...

—No podemos —le interrumpió Ares—. Tendríamos que contarle lo que pasó, mostrar pruebas, entregar el libro. Sería nuestro final.

Se dejó caer de nuevo a su lado en la cama.

—No podemos callarnos todo lo que hemos descubierto. ¿Crees que ellos tengan razón? ¿Qué un vínculo de hianis corrompido puede...?

—Ni siquiera lo digas —le ordenó Ares—. Ya los escuchaste, el amor de verdad es el que consigue que el vínculo cambie.

—Pero el nuestro también cambió y no deja de hacerlo cada vez que llegamos más lejos íntimamente. ¿Y si nos estamos volviendo como ellos y no nos damos cuenta?

Ares sujetó su mano con delicadeza.

—Nuestra magia aumenta, pero no cambia. No nos obliga a realizar actos en contra de las leyes de los metzas, no somos más posesivos ni agresivos el uno con el otro. El vínculo no funciona de esa manera.

—Eso no lo sabes —murmuró separándose de él—. No puedes estar seguro.

—Reyx...

—No sé qué pensar —reconoció—. Necesito un poco de espacio.

—Hiani, no nos hagas esto.

Cerró los ojos, porque si veía un segundo más su gesto dolido perdería la resolución.

—Solo unas horas, para reflexionar sobre lo que ha pasado. Por favor, Ares.

Ares no dijo nada más, aunque tardó un buen rato en moverse. Todo lo que quedó de su presencia fue el suave sonido de la puerta al cerrarse y su ausencia resonando en su interior.

Se frotó la cara por el agobio. Saber lo que Drusila y Quione estaban dispuestos a hacer por tener una décima parte de su poder, lo llevaba a replantearse si alguna persona debería tener acceso a esa fuente de magia.

Tal vez por eso no estaba permitido que se unieran de esa manera.

Cada año de sufrimiento, cada momento de dolor, mereció la pena al tener a Ares mirándolo como lo hizo anoche.

En cualquier otra guerra, lucharía, pues estaba dispuesto a todo por él. Sin embargo, podría no haber ninguna batalla y solo les restaría esperar el resultado.

—Haría lo que fuera por ti —murmuró a la nada—. Daría lo que fuera por quedarme contigo —susurró mientras una lágrima bajaba por su mejilla.

Un rayo de luz se filtró entre las cortinas entreabiertas, iluminando el suelo justo delante de él. Las motas de polvo centellearon en medio de la luz, como partículas finas y etéreas. En la vida no existían garantías ni hojas de rutas, pero algo o alguien escribió sus nombres en ese libro. ¿Fue ese gesto tan sencillo el que decidió sus destinos? ¿O el libro obedecía a una magia superior que los marcaba indicando que tenía algún defecto que los hacía peligrosos?

De repente tuvo la certeza de que iba a morir, de que estaba viviendo un tiempo extra, pero no sintió miedo. Siempre supo que lo que sentía por Ares lo llevaría a su final, especialmente después de leer el libro.

Se sintió profundamente agradecido por tener un poco más de tiempo, por ser consciente de saber que aquellos podían ser sus últimos días en la tierra para vivirlos como mejor le pareciera.

Ahora sabía algo que nunca habría imaginado. Sus almas volverían a lo que era, una sola, pero el vínculo que los unía sobreviviría a la muerte.

Su marca ardió en los bordes y el mensaje de Ares le llegó claro como si estuviera a su lado.

“Pase lo que pase, siempre estaremos juntos”.

27. Despedida

Se quedó contemplando el lago, donde las estrellas y la luna se reflejaban en la superficie, creando un precioso lienzo natural.

—Hiani —se estremeció al escuchar la voz de Ares, pero no se dio la vuelta.

Sus brazos lo rodearon, mientras encajaba la barbilla en su cuello.

Suspiró con cansancio, cubriendo sus manos con las suyas. Ambos disfrutaron de las vistas y el aire frío de la noche.

—¿De verdad vamos a fiarnos de esa gente?

—Ya lo hemos hablado. No tenemos otra opción. Ellos la mataron, solo ellos pueden saber su paradero. Si no podemos pedir ayuda de la casa matriz, es la mejor opción que tenemos.

—Podrían mentirnos y no deshacerse de sus cuerpos —insistió Ares.

—Podrían, no tienen motivos para ayudarnos —concedió, dándole la razón.

—Pero crees que lo harán —adivinó su hiani.

—Lo creo porque les dije la verdad, al menos la parte que me fue posible contarles. Tan pronto como supieron que Quione y Drusila aún podían darles alcance, se volvieron locos de rabia. Tyler tomó nota detallada de cada paso, y de las acciones que debían llevar a cabo.

Ares suspiró, todavía no parecía conforme con su decisión.

—Creo que deberíamos tomar más precauciones. Por si ellos no cumplen su parte.

Giró la cabeza para mirarlo.

—¿Qué tipo de precauciones? —quiso saber.

—Hablaré con Étienne, le pediré que vuelva a buscarlos, así podremos asegurarnos de que ya no están. Dijeron que se desharian de ellos esta misma noche, lo sabremos pronto.

—Es buena idea —le concedió apoyándose en él.

—Supongamos que todo va bien, ¿qué pasa luego?

—¿Luego? —le devolvió.

—Reyx, no juegues conmigo. Tenemos que pensar algo a largo plazo para nosotros.

Se deshizo de su agarre, separándose de él.

—Ocupo el puesto de mi padre. No puedo estar mucho tiempo lejos de la casa y acabamos de volver.

—Lo entiendo. Sé que tenemos obligaciones, pero quiero estar contigo sin mirar sobre nuestro hombro cada vez que estamos cerca. ¿No te gustaría sentirte más libre?

Algo se le rompió por dentro al sentir el anhelo en su interior.

—Por supuesto que quiero más libertad —le dijo poniendo la mano sobre su mejilla—. Pero no podemos, nunca lo haremos.

—Hiani, no digas eso. Encontraremos la forma, juntos podemos hacerlo.

Negó con la cabeza, sin dejar de tocar su piel.

—No hay solución mágica, por mucho que queramos. Pertenezco a la casa matriz. Estamos corriendo demasiados riesgos, debemos mantener el perfil bajo. No puedes colarte en mi habitación cada noche, ni dejar de salir con June y con los demás. Pronto empezarán los rumores.

—Hasta que tu padre despierte —le recordó Ares enseguida—. Luego seguirás adelante, podrás hacer tu vida.

—¿Y si tu padre te llama a ti? Hay metzas que nunca son reclamados y otros que llaman hasta en tres ocasiones. Somos parte vampiros, pero no inmortales. Mi padre podría despertar en cien años o más, cuanto tiempo nos quedará después, ¿otros cincuenta o cien? ¿Estás dispuesto a vivir escondido? ¿A tener que disimular todo el tiempo? ¿A conformarte con los minutos robados que podamos conseguir?

—Haré lo que sea necesario para estar a tu lado —dijo Ares sin dudar. Podía sentir su miedo a través de su marca, lo aterrorizado que estaba de perderlo.

Dio un paso atrás, armándose de valor. Sabía que ese momento llegaría, tarde o temprano.

—Sé qué crees eso. Estoy seguro de que darías lo mejor de ti, pero no dejo de preguntarme ¿cuánto tiempo tardarías en sentirte solo? ¿Cuántos días, semanas, meses o años se necesitan para que el rencor destruya lo que tenemos? ¿Cómo sentiremos el odio sobre nuestra marca? ¿Veré las señales? ¿Nuestra unión cambiará de alguna manera?

—Reyx, no nos hagas esto. Eres seguro en todos los aspectos de tu vida, ¿por qué tienes tanto miedo cuando se trata de nosotros?

—Porque no debería haber un nosotros —le dijo en voz baja.

Ares lo miró con los ojos llenos de acero y la rabia chisporroteando a su alrededor.

—Es curioso, no dejo de oírte decir que me aburriré, que me hartaré... Sin embargo, eres tú quien retrocede siempre cuando intento avanzar. Creo que quizás seas tú quien no quiere estar conmigo y, como no tienes el valor de decirlo, me usas como excusa.

Si no fuera por la furia que emanaba de él, creería que le estaba tomando el pelo.

—No digas tonterías. Eres todo lo que siempre he querido —protestó.

—¡Pues demuéstralo, maldita sea! Parece que solo me importa a mí pelear por nosotros, a veces tengo la sensación de que te estoy obligando a estar conmigo. Sé que me amas, pero el amor no vale nada si no va a acompañado de resolución. Si no quieres enfrentarte al mundo por mí, nada de esto tiene sentido —dijo Ares, agarrándolo de los brazos, acercándole a él.

—Yo...

—Te quiero —lo interrumpió Ares—. No necesito ni decirte las palabras, puedes sentirme. Ya deberías saberlo. Me desespero al no conseguir que mis palabras te alcancen, si percibir dentro de ti mis sentimientos no te convence. ¿Qué hace falta?

—Aresis... —murmuró sin fuerza. Puso la mano en su cuello, tirando de él para apoyar su frente sobre la suya.

—No conseguiré que me creas. Llevas años convenciéndote de que era imposible. Nada de lo que diga o haga será suficiente, ¿verdad?

Su tono roto y desgarrado, quebró su interior. Quería decirle que estaba equivocado, que era ridículo..., pero algo dentro de él le obligó a quedarse en silencio.

Los ojos de Ares se apagaron, como si la fuerza incombustible que siempre tenía se hubiera agotado.

Trató de decir algo más, pero Ares cubrió sus labios con los suyos, en lo que parecía un beso con sabor a despedida, a rendición.

Lo sujetó del brazo antes de que pudiera irse. Reteniéndolo a su lado, clavándole los dedos con tanta fuerza que sin duda tendría que dolerle.

—Ares. Aresis... por favor —suplicó roto. No sabía qué decir y al mismo tiempo las palabras parecían amontonarse en su garganta.

Se abrazó a él, en un gesto de desesperación. Se concentró en su marca y envió magia en oleadas para que entendiera el mensaje.

“No te vayas, no me dejes”.

Ares apretó los brazos a su alrededor, aferrándose a él con delicadeza. La sensación de tristeza que lo inundó, le dejó sin respiración.

—El amor tiene que causar felicidad, ¿qué sentido tendría si no fuera así?

Apretó la cara contra su firme pecho, escuchando el latido de su corazón mientras los brazos de Ares caían a ambos lados, abandonándole.

Lo estrechó con más fuerza, lo tenía agarrado de un hilo. Del último, no renunciaría a él.

—Hiani —el tono herido de Ares lo destruyó por completo.

Se rindió, separándose, mirando al suelo para no enfrentarse a él. No podía soportar ser el causante de su dolor.

Ares se fue sin despedirse, sin decir nada más.

Durante varios minutos, se quedó dónde estaba.

«¿Qué va a pasar ahora? ¿Cómo podríamos volver a lo de antes? ¿Podremos fingir que no sucedió nada?»

Se rodeó con los brazos, intentando que todo dejase de temblar a su alrededor.

Sus pies se movieron solos adentrándose en los terrenos. Necesitaba estar lejos de Ares para poder pensar mejor lo que iban a hacer. Quizá cuando todo dejara de moverse a su alrededor podría planificar su siguiente paso.

Vagó sin rumbo, mientras sus pensamientos se convertían en una maraña de recuerdos, y páginas de ese libro maldito.

—¿Tú otra vez? —la altanera voz que atravesó la niebla que cubría su mente era inconfundible.

Étienne le observaba apoyado en la puerta del cementerio.

Miró alrededor sin entender cómo había llegado allí.

—Tres veces —volvió a decir Étienne.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Has pasado por aquí tres veces. La primera vez creía que eras un alma en pena, la segunda que buscabas a alguien, ahora solo pienso que eres estúpido.

Carraspeó, ofendido por su tono hiriente, todavía desconcertado por su aparición.

—No puedes hablarle a nadie de esa manera, además estaba dando un paseo. Solo eso.

Étienne cruzó los brazos con gracia mientras lo miraba de manera arrogante.

—Pues tu paseo ha durado cuatro horas. Estás calado hasta los huesos y todavía no he descartado del todo la opción del alma en pena. Tienes un aspecto horrible.

Comprobó con sorpresa que lo que decía era verdad. Su ropa estaba empapada, le castañeaban los dientes y las piernas le daban calambres.

—¿Dónde está tu mitad? ¿No se supone que tiene que cuidar de ti?

Alzó la vista, lanzándole una fugaz mirada mientras se esforzaba por buscar una mentira en su mente.

—Ya veo —contestó Étienne, con un pequeño asentimiento—. ¿Problemas en el paraíso?

—No sé de qué hablas. —Fue demasiado rápido y sonó a justificación a pesar de que su pregunta no había sido especialmente incisiva.

Étienne sonrió con arrogancia.

—No me interesa.

—¿Qué? —inquirió.

Étienne lo señaló antes de indicar a la casa principal con el dedo.

—Me da igual. No me entrometo en los asuntos de nadie, y no quiero que nadie se meta en los míos.

Se quedó mirándolo, dudando de su palabra. No había un solo brujo que no se escandalizaría con la simple mención de que dos hianis estuviesen involucrados.

—No es lo que piensas —se obligó a decir—. Nosotros no...

Étienne puso los ojos en blanco.

—Que no me interesa —repitió despacio como si pensara que era idiota.

Una parte de él le presionaba para que insistiera en desmentirlo. La otra estaba demasiado sorprendida para pensar nada.

—Me voy. Tengo que... —murmuró señalando su ropa mojada.

Étienne lo miró estrechando sus ojos grises antes de soltar un bufido exasperado.

—¿Por qué todo me toca a mí? —murmuró de mal humor.

Fue hasta él y lo agarró del brazo, arrastrándolo con firmeza a la casa de los aprendices. Lo soltó solo cuando estuvo dentro de su cuarto, en su baño.

—Quítate la ropa. Buscaré algo que puedas ponerte —le indicó de forma brusca.

Su tono firme le hizo ponerse en marcha, cumpliendo sus órdenes.

Se bañó de manera mecánica, esperando a que el calor derritiera parte del frío que llevaba por dentro.

—Esto debería quedarte bien, lo uso para dormir, es ancho —le indicó Étienne desde fuera—. Hay toallas en el armario y te dejo la ropa en la puerta.

—Gracias por tu ayuda —le dijo al salir.

Étienne cruzó las piernas con elegancia, sentado en el sillón bajo la ventana.

En teoría, todas las habitaciones de los aprendices eran iguales, pero los muebles y enseres de esa le resultaron ajenos. La armonía y el buen gusto llenaba cada milímetro del lugar, en el que incluso había un delicado olor inundando la estancia. Todos los estudiantes dormían en habitaciones con tres camas, ignoraba por qué Étienne estaba solo. Quizá fuera por su carácter arisco.

—Volveré a la casa matriz. De nuevo gracias, te lo lavaré y te lo devolveré mañana —le aseguró.

—No gracias, tendría que quemarlo. Ahórrame el olor a humo en el pelo.

Lo miró boquiabierto, no tenía ni idea de cómo abordar a una persona tan desagradable y espinosa.

—Además, no te ayudo a ti. Me ayudo a mí mismo. Los dos estáis en deuda conmigo, no voy a renunciar a eso solo porque estéis en crisis.

—No estamos... —protestó.

Étienne lo miró con hartazgo, mandándolo callar con su mirada de hielo.

—No es asunto tuyo —acabó por decir en voz baja.

—Eso seguro —le contestó él—. No voy a pretender que me importa, no lo hace. Ni que me preocupe lo que os pase, salvo que muráis y se acabe las dos cartas extras que tengo aquí con vosotros. Los dos estáis bien posicionados, nunca se sabe cuándo os necesitaré.

—No te andas por las ramas —murmuró.

—No tiene sentido, es una pérdida de tiempo y el mío es especialmente valioso —le contestó él con desprecio—. ¿Por qué no hablas con otro hiani sobre vuestra situación?

—¿Estás loco? ¿Quieres que nos maten?

Étienne soltó un suspiro exasperado, poniendo la mano en la frente.

—Obviamente no me refiero a hianis vivos. Habla con los condenados.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó alarmado de que supiera algo sobre el libro.

—Yo sé todo lo que pasa en el otro lado. Escuché lo sucedido con Drusila y Quione. Si hay un

libro con las historias de esos hianis, ellos también mantienen una conexión con este mundo. Pregúntales, ¿qué pasó? ¿Cuándo se pusieron las cosas feas? ¿Hay forma de evitarlo?

—Espera, espera, espera. El otro chico, el del cementerio. ¿Él también puede oírlo?

—No lo sé —contestó Étienne cruzando las muñecas con delicadeza sobre su rodilla—. Se supone que cada capacidad es diferente, nunca he conocido a nadie como yo, y no hay muchos registros de otros antes. Es una posibilidad, supongo.

—¿Supones? —preguntó en un hilo de voz.

—Da igual lo que él sepa, es irrelevante.

—¿Estás loco? Podría acusarnos.

Étienne desdeñó la idea con un gesto de su mano.

—Si no lo ha hecho, no lo hará. Aunque podría haceros chantaje en algún momento. No lo descartaría.

Tragó saliva con angustia.

—Dímelo si intenta llevar a cabo alguna amenaza. Lo buscaré cuando estemos del otro lado y encontraré algo con lo que devolverle el chantaje.

—Gracias, yo...

—Protejo mi inversión —le interrumpió de nuevo Étienne.

Asintió todavía inseguro, daría lo que fuera para que Ares estuviese allí y le ayudara a saber si podía fiarse de él.

—¿Es seguro ir al otro lado?

—Si preguntas por los dos psicópatas, no están. No queda rastro de ellos.

—Bien —murmuró aliviado—. Eso es bueno.

—Esta vez iré contigo. Evitaremos sustos innecesarios.

—Gra...

Étienne lo hizo callar con una mirada molesta.

—Eres cargante. No sé por qué le gustas a Ares —dijo exasperado—. Hagámoslo ya.

—Necesitamos alguna posesión de ellos. No imagino dónde podría haber otra.

—Vas conmigo, no necesitas nada. Solo tumbate, no voy a recogerte del suelo —le ordenó—. Piensa bien lo que vas a preguntar, tendremos un tiempo muy limitado.

28. Sacrificio

No podía ver nada. Una oscuridad absoluta lo envolvía, lo asfixiaba. Era un manto opresivo que lo rodeaba de una manera casi física.

—¿Étienne? ¿Étienne? —Sabía que las palabras salían de su boca, pero no emitieron sonido alguno.

—Hola, hermano —escuchó la voz de una mujer.

La calma lo cubrió en medio de oscuridad, incapaz de distinguir nada en absoluto.

—No temas, estás a salvo aquí, con nosotros —lo tranquilizó ella.

—¿Quién eres?

—No pienses. Dímelo tú. ¿Quién soy?

—Lo siento, no lo sé.

—Hermano, te encuentras en una situación complicada y es vital que recobres tu agudeza, o podrías lamentar la pérdida de tu hiani.

Un violento escalofrío le atravesó la espalda.

—Lo perderé de todas formas.

—¿Quién lo dice? —le preguntó ella.

—Las leyes, la magia, el destino —reconoció derrotado.

—Si crees eso, entonces está todo perdido.

Cerró los ojos, más desconcertado que nunca.

—¿Qué otra cosa puedo creer? Leí vuestro manuscrito y no dejaba lugar a dudas. Todos los hianis mueren cuando se enamoran.

—No comprendes nuestras palabras, ¿de qué manera piensas que llegaron a tus manos nuestras historias?

—Por Drusila, ella manipuló la situación para hacémoslo llegar.

—Deja de contemplar lo inmediato y dirige tu atención hacia el horizonte. ¿Cómo crees que ha llegado a ti el libro? —repitió la voz.

—No lo sé —contestó agobiado.

—Sus páginas contienen relatos prohibidos. Su existencia se debe a que hemos invertido parte de nuestra energía en mantener el libro con vida.

—¿Por qué? —preguntó desconcertado.

—Porque las palabras atesoran un poder innegable; son la esencia de la magia, la intención, y cada letra pronunciada, lo engloba todo. Si nuestras historias se desvanecen, la esperanza quedará perdida de forma irremediable.

—¿Esperanza para qué? —inquirió.

—Para que alguno de vosotros pueda aprender y revelar la verdad. Estamos condenados no por nuestras acciones, sino por las de otros.

—Pero todos esos hianis murieron por mancillar su unión. Su vínculo se volvió en su contra y su magia los condujo a la destrucción.

—Lo que nos pasó, no guarda ninguna relación con la magia, no es nuestra enemiga —le explicó ella con paciencia.

—Leí la carta de su puño y letra. Helena y Damien murieron porque ella contrajo matrimonio

con otro y se distanció de él en un intento por frenar sus propios sentimientos.

—Los asesinaron, su marido era consciente de su enamoramiento por Damien. Prefirió mantenerlos distanciados en lugar de reconocer que ella no le pertenecía.

—¿Y James y Aileen? Él la mató por celos, su unión le obligó a matarla —argumentó.

—No fue obra de James. Fueron los hermanos Anstroid. Al no lograr encontrar evidencias para respaldar su causa, urdieron una trampa y los asesinaron. No fue una posesión, cualquier hiani preferiría morir antes que causar daño a su consorte.

El corazón le latía desbocado en la garganta. No era posible, pero en sus palabras solo percibía la claridad absoluta.

—Pero... Gideon se suicidó porque estaba enamorado.

—Es verdad —contestó con pena la voz—. Gideon creía que no tenía otra opción. Murió sin saber que sus sentimientos eran correspondidos.

—Lianna y Matie también se quitaron la vida por estar enamorados.

—No. Optaron por perecer juntos, con la esperanza de reunirse como un solo ser, antes que permitir que los separasen.

—Esto es demencial —murmuró mareado—. Nada tiene sentido —dijo en voz baja.

—Mi fin llegó cuando nos descubrieron compartiendo lecho. Aunque no llegamos a consumir nuestra unión, en un inocente gesto de consuelo, ellos vieron la impureza que llevaban en su interior. Incendiaron la casa para poner fin a nuestras vidas. Estuvimos tan cerca de lograrlo...

—Eres Vanessa —musitó con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo David y Caspian lograron fusionar parte de sus magias. Solo ellos quebrantaron el vínculo, un beso bastó para cambiar la esencia mágica que compartían. Poseían un poder abrumador; David dominaba el don del fuego, aunque, como la mayoría de sus iguales, carecía de control. Caspian manejaba el agua, pero su habilidad resultó ineficaz, ya que sus poderes estaban desequilibrados. No tuvieron oportunidad alguna, siendo los pioneros de los nuestros, enfrentándose a algo sin precedentes y sin saber cómo actuar.

—¿Alguno de los demás hianis llegó a consumir la unión por completo?

—Vosotros sois los que estuvisteis más cercanos. Nosotros, frenados por el temor, nos abstuvinimos. Si en aquel entonces hubiéramos tenido la sabiduría que ahora poseemos, sin duda, también lo habríamos hecho.

Contuvo la respiración, sin saber qué esperar, pero comprendía que ese momento era crucial; podía sentirlo en cada fibra de su ser.

—¿Todavía no lo comprendes, hermano? A todos los hianis se les prohíbe la unión, pero no es la magia la que lo prohíbe. No hay delito en enamorarse de tu mitad. ¿Cómo podrías vivir con alguien destinado para ti y no amar a esa persona?

—¿Entonces porque no podemos unirnos de esa manera?

—Porque somos esclavos. Los metzas, brujos y vampiros han advertido la magnitud de nuestro poder cuando nos unimos. Al enamorarnos, nuestra magia se eleva, fusionándose de manera tan íntima que se convierte en un único ser.

Contuvo el aliento mientras las palabras del libro se deslizaban ante sus ojos, como si fueran parte de una pesadilla.

—Nos temen y, con el objetivo de mantenernos bajo control, nos han criado sobre una cama de mentiras y oscuras falacias. Para darle veracidad a su relato, asesinaron a aquellos que se enamoraron, manipulando la situación para que pareciera una maldición.

Sus músculos se endurecieron, como si fueran de cemento, anclándolo a un suelo que no podía ver ni sentir. Era imposible, no podía ser verdad.

—Confía, hermano. Ni siquiera necesitabas hablar con nosotros; en tu interior, tienes las respuestas. Cada vez que tocas a Ares, cuando lo besas, percibes esa energía. Ese impulso que te incita a ahondar más; tienes que seguirlo. No reflexiones, no titubees, entrégate.

Intentó formular otra pregunta, pero de repente, una luz intensa surgió, obligándolo a cerrar los ojos para resguardarse.

—Necesito volver —pidió desesperado al abrir los ojos y ver a Étienne a su lado.

—No puedes —le negó el chico.

—Tengo más preguntas, necesito sus respuestas, tengo que...

—No —dijo Étienne de forma tajante—. El mundo de los muertos les pertenece. Has pasado demasiado tiempo allí, ahora que sabes lo necesario, es asunto tuyo decidir qué hacer con esa información.

—¿Pueden mentir? ¿Es posible que no estén diciendo la verdad? —preguntó ansioso sentándose en la cama para mirarle.

—Es posible —le concedió Étienne—. Aunque no es tu caso. Ella dijo la verdad.

—¿Estás seguro? ¿Podrías distinguir si trataron de engañarme?

—Reyx —le cortó con dureza Étienne—. Dice la verdad.

—No puedes hablarle de esto a nadie —le ordenó.

—No lo haré, no quiero líos.

—Bien —murmuró intentando que su cuerpo dejara de temblar.

—¿Necesitas que llame a Ares? —le ofreció Étienne al darse cuenta de su estado.

—No, y tampoco puedes hablarle de esto. Se lo contaré todo yo mismo.

Étienne no parecía convencido, pero acabó por darle un asentimiento.

La puerta de la habitación crujió mientras Ares entraba con rapidez.

—Hiani —murmuró alarmado mirándolo. Se arrodilló delante de él, sosteniéndole la cara con la tez pálida del susto—. No podía sentirte, pensé...

—Estoy bien —le aseguró intentando calmarlo.

Ares lo abrazó pegándolo a su cuerpo, estrechándolo con fuerza. Se sintió mejor al instante.

—Estoy bien —dijo mirando a Étienne por encima de su hombro. Él asintió, a pesar de su ceño fruncido.

Cerró los ojos, abrazándolo con fuerza. Aunque tenía la intención de hablar con él, sabía que necesitaba tiempo para procesar lo ocurrido, el mundo que conocía se desmoronaba bajo sus pies.



—Tiene sentido —la respuesta de Ares le hizo alzar la cabeza de la página del libro donde estaban los nombres de todos los hianis.

Ares lo había llevado devuelta a la casa matriz, e insistió en que descansara. No se quedó a dormir con él y le fue imposible conciliar el sueño. Empleó las horas que estuvieron separados para asentar sus ideas antes de compartir su descubrimiento.

—¿Te lo parece?

—Por supuesto. Los dos hemos notado como nuestra magia aumenta. Separados o juntos tenemos una reserva mágica muy superior a la que poseíamos hace solo unos meses, nuestros elementos son más poderosos.

—Eso es lo que me preocupa —le confió—. Tu elemento.

Ares enderezó su postura en el sillón situado al lado de la cama.

—¿Temes que te haga daño? ¿Cómo David con Caspian? Sabes que controlo mi elemento

mucho mejor desde que nos unimos.

—No es eso —le paró—. El fuego suele consumir antes a sus portadores ¿y si acumulas demasiado poder?

—Asumiré el riesgo —contestó Ares sin inmutarse. Como si su muerte no significara nada, como si fuera aceptable que él asumiera algún peligro.

—¿Solo por sexo? De ninguna manera. Yo no estoy dispuesto.

Los ojos de Ares brillaron con enfado.

—¿Cómo es posible que todavía no lo entiendas después de lo que acabas de contarme? No se trata de sexo, es sobre volver a ser lo que fuimos, un solo ser.

Sus palabras se expandieron por la habitación, ocupando cada milímetro del espacio. Eran demasiado importantes y con tanto significado que no debían ni pronunciarse.

Ares lo contempló con intensidad antes de ponerse de pie y dirigirse hacia él, tomando asiento en el borde del colchón. Con ternura, tomó sus manos entre las suyas, ofreciéndole un sutil apretón.

—Acaban de darnos la solución a nuestros problemas. Podemos estar juntos sin peligro, la maldición no es real.

—No resolvimos nada, en todo caso estamos peor que antes. La maldición no nos matará, pero lo harán los metzas, brujos y vampiros. No hay salida.

Ares soltó sus manos de inmediato.

—Primero la maldición, ahora los demás... —murmuró derrotado—. Tenía razón, no quieres luchar por nosotros. ¿Para qué me cuentas esto? Si no cambia nada, si estamos peor, ¿qué sentido tiene hablar de ello?

—Quiero estar contigo —le dijo en voz baja—. Pero no veo un camino que nos permita seguir juntos sin que tú mueras.

Ares cerró los ojos durante unos instantes, su cara se mantenía en calma, pero podía sentir en su marca la guerra interna que estaba luchando.

—Pues ya está todo dicho —murmuró levantándose de la cama sin mirarlo.

—Ares... —susurró con el corazón roto.

—Te quiero Reyx. Haría lo que fuera por ti, pero el amor es una elección y es obvio que yo no soy la tuya.

—No te vayas así, espera —le rogó arrodillándose en la cama—. Por favor, Ares. No te vayas.

Él se quedó parado en el marco de la entrada.

—No me voy... me echas.

El sonido de la puerta al cerrarse le quitó el aire. No estaba seguro si podría volver a respirar sin él.

29. Presentando batalla

Los días transcurrían en una monotonía inevitable. Después de tantos años repitiendo la misma rutina, pensar ya no era necesario. Seguir a June a todas partes, entablar diálogos con brujos y metzas para coordinar la ceremonia de un vampiro que anhelaba sumergirse en la noche perpetua, se volvía algo casi instintivo.

A menudo, otros metzas colaboraban en los preparativos y brindaban apoyo. Este proceso tedioso, se sumaba a la incertidumbre sobre la situación actual con Ares. Al no poder estar separados, Ares encontraba momentos entre la multitud para estar con él, nunca solos, nunca lo suficientemente cerca.

Quería hablar con él, lo necesitaba, pero todavía no sabía qué decirle. A veces, cuando pasaba cerca de él y olía su perfume, el anhelo se volvía tan fuerte que tenía que clavarle las uñas en las palmas para no tocarlo.

Verlo hablando y riendo con June hacía que se le contrajera el estómago de los nervios. Sentir cuánto lo extrañaba Ares, tampoco ayudaba.

Miró alrededor, deseando regresar a su habitación una vez más. Debería haberse negado a participar en la fiesta, pero no podía hacerlo sin ofrecer explicaciones que prefería evitar. Laurent estaba a pocos metros de distancia, entablando una conversación con un vampiro que le provocaba escalofríos.

En general, la presencia de los vampiros no significaba gran cosa para él. No sentía una atracción particular por ellos ni les prestaba mucha atención. De hecho, no era muy propio de Laurent mezclarse con vampiros que no fueran de la casa matriz.

Giró la copa para disimular, sin quitarle la vista de encima. Sus cejas se alzaron con sorpresa al ver cómo el desconocido acariciaba sin disimulo el brazo de Laurent, que aceptó su toque con un gesto condescendiente.

—¿Estás viendo eso? —le preguntó Ares.

Dio un respingo al escuchar su voz tan cerca, no lo había sentido acercarse. Le envió una advertencia sin palabras a través de su marca. Hablar de Laurent en presencia de otros podría meterlos en problemas.

—Es como ser testigo del apareamiento de dos serpientes. No puedes apartar la mirada, esperando que una de ellas libere su veneno primero.

—Gracias por esa imagen mental —se quejó escondiendo su gesto de asco.

—Apuesto por el señor del hielo, no parece muy emocionado a pesar de estar a punto de acostarse con alguien.

Se rio al escuchar el mote, la verdad es que pese a mostrarse abierto, Laurent no parecía muy contento.

—Puede que sea su forma de seducir —dijo aliviado de que estuvieran cerca.

—Podría ser. ¿Quién no se sentiría cautivado por esa actitud?

Los dos dirigieron sus miradas a Laurent, quién le hizo un gesto brusco con la cabeza al vampiro. Los observaron mientras salían del salón y subían las escaleras que daban a las habitaciones.

Ares soltó un largo silbido.

—Creo que voy a tomar el ejemplo del jefe de la casa —le dijo Ares a modo de despedida.

Giró la cabeza con rapidez para mirarlo. ¿Eso significaba que iba a buscar a alguien con quien pasar la noche?

—Solo —lo cortó Ares—. Me voy a mi habitación, solo.

—Podrías hacerlo. No puedo prohibírtelo, estás en tu derecho —le dijo esforzándose en que su voz sonase estable.

—Ya lo sé.

Escuchar esas palabras fue como atravesarle el pecho con una lanza. Luchó por sonreír antes de terminarse de beber la copa.

Aprovechó que un metza lo llamó para distanciarse de Ares. No tenía derecho a lamentarse, acabaría pasando de nuevo. Alizon continuaba acechándolo como un depredador olfateando la presa, y si no era ella, sería otra. Era solo cuestión de tiempo antes de que todo volviera a suceder.

Ares desapareció de la fiesta y él apenas esperó unos minutos para escaparse también.

Subió alicaído, sondeando una y otra vez su marca para saber si Ares seguía solo. Desde luego no le llegaba ninguna sensación intensa.

Se detuvo frente a la puerta cerrada. No tenía derecho, debía regresar a su habitación y descansar. Solo eso, nada más. Retrocedió sin dejar de observar la puerta, empleando toda su fuerza de voluntad para alejarse. Le debía a Ares la paz y la tranquilidad de la distancia.

Fue directo a la ducha y se metió en la cama con la esperanza de que el sueño le otorgara un poco de descanso a su atribulada cabeza.

Lo primero de lo que fue consciente cuando abrió los ojos fue que todavía era noche cerrada, lo segundo que alguien mucho más desnudo que él, estaba pegado a su cuerpo.

—¿Cuándo vas a rendirte, hiani? —le susurró Ares pegándose a él por completo.

Cerró los ojos, gimiendo al notar sus pieles, rozándose, todavía medio dormido.

—Te estoy esperando —le aseguró Ares dejando un camino de besos por su hombro hasta su nuca—. Sé que tú a mí también.

Sus manos calientes recorrieron la piel de sus caderas de forma codiciosa y hambrienta. Su marca enviaba un mensaje contundente.

Un gemido escapó entre sus labios, apoyó la cabeza en su hombro, dejándose hacer.

—Dilo, hiani. Necesito oírlo. Necesito una señal, dame algo a lo que aferrarme.

Lamió su cuello, dejando pequeños mordiscos por cada pedacito de piel que tenía al alcance.

Disfrutó de las manos de Ares acariciando su pecho de arriba abajo, sus dedos pasaron sobre sus pezones, causando delicados estremecimientos que hicieron a su cuerpo despertar del todo.

—Quiero ser tuyo —murmuró aliviado al notar la verdad en sus palabras y la desesperación por aferrarse a él—. Pero...

—Shhh... —susurró Ares detrás de su oído—. No más peros, no más excusas... solo somos tú y yo. Olvida el mundo, las normas, el miedo. Esto es real, este es el ahora y no quiero malgastar ni un segundo más alejado de ti.

Se giró para besarlo, enterrando los dedos entre su pelo, entregándose al beso, la necesidad de Ares se unió a la suya creando un monstruo feroz. Se devoraron a cada beso, sus manos apartando la ropa de cama para poder estar lo más cerca posible. Sus cuerpos desnudos finalmente se encontraron, y sus esencias se entrelazaron sin necesidad de invocarlas.

Tiró de su pelo, sujetándolo en mechones para acercarlo más. La lengua de Ares se fundió en su boca, avasallándolo, presionándolo y acorralándolo con su presencia. Era un castigo, por mantenerse lejos y por tratar de alejarse de él. No consiguió su propósito, era justo lo quería,

meterse en su piel, vivir eternamente aislados del mundo, con sus cuerpos erigiendo una barrera que impediría que alguien pudiera llegar a ellos.

Separó las piernas, permitiendo que él se colara entre ellas. Tiró de su cuerpo sobre el suyo de una forma casi ansiosa, si estaban lo suficiente pegados no habría espacio para nada más. Ares gruñó sin detener el beso, excitado al notar su sumisión. Sus manos le acariciaron las piernas, subiendo por ellas hasta sus caderas. Gimió al sentir sus dedos apretándole la piel, un deseo nuevo desbloqueado. Quería sus marcas, una señal de que aquello era real.

Ares le leyó como un libro abierto, clavó los dedos en su piel, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el suyo. Gimieron juntos, sorprendidos cuando su magia los cubrió, aislándolos de todo.

Su universo entero estaba en esa cama, sobre él... ahora lo comprendía. No había nada más aterrador que la idea de perderlo.

Rodeó sus caderas con las piernas, encerrándolo y meciéndose contra él. Ares respondió a sus movimientos, dejando que la presión acariciara sus miembros anhelantes.

Recorrió su espalda con las manos, saqueando su boca de nuevo, un pozo inagotable de adicción y fuego.

Se sujetó a sus costados. Empujarse contra él, no era suficiente, necesitaba más, lo quería todo.

—Quiero sentirte —reconoció sin vergüenza.

—Estoy aquí, contigo —susurró Ares, agarrando su mano y llevándosela al corazón. Su latido era fuerte bajo su palma, donde su marca parecía arder a fuego vivo.

Lo miró a los ojos, permitiendo que su propio lenguaje hiciera el resto. Si había alguien capaz de comprenderlo sin necesidad de palabras, ese era su hiani.

Ares le dedicó una sonrisa que le robó el aliento, había comprendido su mensaje. Lamió sus labios, colándose entre ellos para besarle despacio, entrelazando su lengua con la suya. Pidiéndole de nuevo que le diera lo que necesitaba.

Sus cuerpos se movieron juntos, sincronizados, como si fueran un solo ser, buscando un placer que sentía todavía lejano.

Las manos de Ares le agarraron de las caderas, manteniéndolo en el sitio buscando aumentar la presión. Capturó sus labios en un beso salvaje, estrelló la lengua contra su boca, colándose entre ellos, exigiendo, conquistando, marcando.

Gimió en medio del beso, acelerando los movimientos de su cadera.

—Ares... Aresis... —llamó su atención solo porque tenía una petición y todavía no le había puesto remedio—. Necesito saber —jadeó acariciando su nuca.

—¿Qué? —le devolvió su hiani agarrándole del muslo para levantar una de sus piernas y poder empujarse con más facilidad—. ¿Quieres saber cómo será cuando estemos juntos de verdad?

No le dejó ni responder, se separó y lo hizo girar, poniéndole a horcajadas sobre sus caderas.

El aliento se le entrecortó al sentir su erección contra su trasero. Los ojos de Ares brillaron de manera invitadora.

—No pidas lo que ya es tuyo hiani —le dijo con voz ronca, acariciando sus costados con tanta suavidad que le erizó la piel—. Solo tienes que tomarlo.

Jadeó ante la inmensidad de sus palabras y la postura expuesta. Se quedó paralizado por un momento, mirándole.

Ares tomó la iniciativa, como siempre. Lo sostuvo con mano firme, obligándolo a moverse.

—Hiani... —se quejó en voz baja.

—Quiero verte, déjame disfrutar de ti —murmuró Ares alzándose para poder llegar a sus

labios.

Apoyó las manos sobre sus caderas y obedeció, como si necesitase el permiso de Ares para soltarse y dejarse llevar.

Los dedos de Ares se clavaron en su piel, ayudándole a aumentar el ritmo. Se inclinó buscando su boca, moviéndose sobre su cuerpo en pequeños círculos, quitándole el control.

Ares gimió y se dejó hacer, acariciando sus muslos con manos ardientes. Su marca le bombardeó con lo que sentía Ares, era como una espiral de deseo, que lo consumía desde el interior.

—No puedo esperar, quiero estar dentro de ti —protestó Ares lleno de necesidad.

—Pronto —gimió—. Encontraremos la manera.

Jadearon juntos, frotándose con más ímpetu en busca del éxtasis, pero sin atreverse a dar el último paso, conscientes de dónde se encontraban.

Cambió el ritmo, meciéndose e inclinándose sobre él, lamiendo sus labios de una manera que le incendió la sangre.

—Hiani...

Ares se sentó en la cama, cerrando los brazos en torno a su cintura para aumentar la presión. Gimió largo y profundo mientras los labios de Ares torturaban su cuello sin dejar de moverse contra él, y su mano se encargaba de su erección.

—Hiani... —jadeó besándolo apasionadamente, haciendo que se corriese al tiempo que él.

Se dejó caer de vuelta sobre el colchón sin fuerzas, tomando consigo a Ares.

—Eres jodidamente bueno —murmuró Ares en su oído, besándole en su cuello.

Sonrió girando la cabeza, dejando un beso sobre sus labios.

—Tú también —contestó sonriendo al sentir cómo le acariciaba la espalda después de cubrirlos con las mantas.

—¿Lo decías en serio? —murmuró Ares sin dejar de tocarle—. ¿Estás dispuesto a luchar por nosotros? —se quiso asegurar.

—Sí, aunque no estoy seguro de que seamos suficientes; somos nosotros contra el mundo. Los metzas querrán matarnos, los brujos y vampiros también... No habrá un lugar donde escondernos. Quizás solo logremos que nuestra historia termine en ese horrible libro.

El silencio se instaló entre ellos como una losa, pero se negaron a separarse el uno del otro.

—¿Tienes miedo? —murmuró Ares besándole la sien.

—Mucho, aunque no por mí. No me importa lo que pase conmigo.

Ares lo abrazó con fuerza.

—Si tú mueres, yo muero. O conseguimos ponernos a salvo o caemos juntos. No hay otra posibilidad para nosotros, hiani.

—Eso es lo que me asusta. Que no hay salida —musitó mientras acariciaba su pecho y apoyaba su mejilla sobre su piel, cerrando los ojos y permitiendo que el latido de su corazón se filtrara hasta el suyo.

La conexión entre ellos había existido desde el mismo momento de su nacimiento. Dos cuerpos separados y un alma compartida. Había un extraño consuelo en saber que, incluso si no se hubieran conocido, habrían encontrado el camino el uno hacia el otro al final.

30. Renuncia

Abrió los ojos y se tapó los oídos tratando de protegerse del horrible sonido. Miró alrededor asustado, cubriéndose el pecho con la mano.

—Reyx. ¿Qué pasa? —preguntó Ares alarmado, sujetándole la cara.

—No lo sé —murmuró, agarrándose mientras sentía cómo todo a su alrededor comenzaba a girar. El suelo parecía moverse bajo sus pies, y la habitación se volvía borrosa.

Ares convocó su elemento, cubriéndolo con él, tratando de aislarlo de cualquier daño.

—¿Es tu magia? —le preguntó preocupado ayudándolo a sentarse en la cama.

—Tengo que salir —murmuró agobiado—. Ayúdame a vestirme.

—¿Salir? —A pesar de la pregunta, Ares vistió rápidamente a ambos y lo sacó tambaleándose de la habitación debido al mareo—. ¿A dónde quieres ir?

—No lo sé. No lo entiendo —musitó desorientado.

—Intenta centrarte en la sensación. ¿Qué notas?

Cerró los ojos dejando que él lo llevara por el pasillo.

No era su magia, era suyo, pero al mismo tiempo no tenía nada que ver con él.

—Reyx, dime algo. ¿Qué pasa? —lo apremió Ares.

—Por allí —dijo señalando las puertas que daban a uno de los patios interiores.

Ares lo sostuvo mientras cerraba las puertas de nuevo, sacándolo al exterior a pesar de la lluvia torrencial que estaba cayendo.

—¿Ese no es el vampiro que estaba con Laurent en la fiesta?

Alzó la cabeza para mirar en la misma dirección que él.

El vampiro solo llevaba pantalones; el resto de su ropa había desaparecido y tenía rastros de sangre en su pecho. Emitió un gruñido antes de correr hacia ellos.

Los dos proyectaron sus poderes listos para el impacto, pero antes de tener la oportunidad de usarlos, alguien se abalanzó sobre él a toda velocidad, provocando que retrocediera varios metros.

—¿Quién es ese? —preguntó Ares vibrando por la magia que lo rodeaba.

El recién llegado, golpeó en el estómago al vampiro, lo agarró del cuello y lo clavó a la tierra, hundiéndole la cabeza en el barro.

—¿Es un vampiro? —interrogó Ares sin dejar de mirar cómo doblegaba al otro con facilidad—. Nunca lo había visto en la casa.

Se apoyó en la barandilla para obtener una mejor vista de lo que sucedía.

La cara del desconocido quedó al descubierto, mostrando unos grandes ojos azules y largo cabello oscuro. Su mandíbula, firme y cuadrada, reflejaba una expresión amenazante, dejando ver sus afilados colmillos. Extraños tatuajes adornaban sus brazos, resaltando sus músculos bien definidos. Vestía únicamente un pantalón y una camisa desabrochada beis de lino.

—¿Padre? —murmuró.

—¿Padre? —repitió Ares en un hilo de voz—. ¿Ese es tu progenitor, Dariuss?

Asintió con la cabeza, centrando su atención en la pelea bajo la lluvia. El desconocido parecía tener escasas posibilidades, ya que su padre llevaba siglos de inmortalidad a sus espaldas, respaldado por una fuerza desmesurada.

—¿No se supone que está sumido en la noche perpetua? —preguntó Ares.

—¿Por qué está despierto? No tiene lógica, nunca duermen menos de cincuenta años y él me aseguró que dormiría durante un tiempo indefinido.

Los dos observaron cómo alzaba al otro vampiro y lo arrojaba por encima de los muros del patio.

Dariuss volvió a girarse en dirección a la casa, dirigiéndose al interior con pasos rápidos.

Reyx se soltó del agarre de Ares y bajó la escalera, dispuesto a seguirlo, necesitaba respuestas.

—Reyx, ¿te encuentras bien? —inquirió Ares con preocupación.

—Sí, estoy casi seguro de que fue su despertar lo que me causó todo esto. —Cuando un metza conocía a su padre vampírico, la conexión de la sangre podía llegar a ser abrumadora, especialmente debido a la edad de su progenitor.

—¿Crees que es algo permanente? —preguntó Ares siguiéndolo escaleras abajo—. Si decide salir de la noche perpetua podríamos irnos lejos, intentar huir antes de que se den cuenta —le susurró.

—No lo sé —murmuró.

—Drusila y Quione consiguieron mantener oculto lo que hacían durante años.

Paró en seco y se volvió hacia él con una mirada penetrante.

—No son un ejemplo que me gustaría seguir. Y aunque consiguieron evadir a la autoridad, al final los mataron de todas formas.

Ares le dedicó un gesto de disculpa.

—Me refería a emular la parte de estar en movimiento, no a la de la magia negra.

Continuaron avanzando, sin necesidad de adivinar a dónde se dirigía su padre, ya que los gritos resonaron tan pronto como llegaron al patio, a pesar del sonido de la lluvia.

—¿Cómo te atreves?! ¡En mi propia casa! ¡Conmigo reposando a pocos metros de aquí!

Intercambió una mirada preocupada con Ares, la voz profunda de Dariuss resonaba, provocándole escalofríos.

—¿Reposando? —inquirió Laurent con sarcasmo—. No estabas descansando, maestro. —La palabra maestro significaba respeto, pero no había una pizca de ello en la forma en que Laurent lo pronunció.

Se asomaron hacia el lugar donde resonaban las voces, encontrándose con la habitación de Laurent hecha añicos. Ambos permanecían de pie, enfrentándose en el centro. El pelo de Laurent estaba desordenado, y llevaba solamente un pantalón.

—Te ocultabas —sentenció Laurent con menosprecio.

Miró a Ares con temor, hacía falta valor para hablar así a alguien con la edad de su padre. No necesitaría más de un segundo para reducir a Laurent a la nada. Ni siquiera era propio de Laurent comportarse de esa manera, su carácter siempre había sido apagado, como si estuviera aburrido de forma permanente.

—Fue vuestra elección, maestro. Solo la tuya, sin consultármelo. —Le sorprendió distinguir la rabia en las palabras de Laurent.

—¿Acaso esperabas que te pidiera permiso? —se mofó Dariuss, mirándolo con desprecio—. ¿A ti? —inquirió en un tono tan despectivo que incluso él se encogió.

Laurent perdió el control e intentó golpearlo. Por supuesto, Dariuss ni siquiera se inmutó. Laurent gruñó, mostrando sus colmillos como un animal salvaje.

Ares lo agarró de la muñeca y la pregunta se formó a través de su unión. “¿Deberían tratar de proteger a Dariuss?” Negó con la cabeza mientras enviaba su respuesta. Un metza ocupa el lugar de su padre y lo defiende, pero Dariuss era demasiado antiguo para que alguien como Laurent

supusiera una amenaza.

—Sí, a mí —rugió Laurent con furia, entrelazando sus dedos entre los cabellos de Dariuss y tirando de su cabeza para acercarlo más—. Me condujiste a esta maldita tumba para mantenerme ocupado, me dejaste con tu vástago como un cruel recordatorio de tu presencia, y me obligaste a quedarme, sintiendo tu sangre cada día mientras tú huías.

Ares lo miró sin entender nada, igual que él. ¿De qué hablaban?

—Desagradecido —siseó Dariuss, deshaciéndose de su agarre y girándolo para apresararlo entre sus brazos—. Te di una posición, te volví poderoso. Los vampiros de tu edad no pueden vivir en una casa matriz, mucho menos dirigirla. Te otorgué un nombre que infunde temor, un estatus que te resguardaría de los ataques. ¿Y esto es lo que recibo por mi generosidad? Eres el mismo estúpido niño malcriado que convertí en París —espetó con desprecio.

Laurent gritó lleno de rabia, tratando de deshacerse de su agarre con fiereza, aunque de forma inútil.

—No te pedí que me transformaras, ni te rogué venir a este lugar. No te necesito, ¿lo comprendes?

Dariuss rio con crueldad, manteniéndolo sin esfuerzo inmovilizado.

—¿No lo haces? ¿Y qué hiciste esta noche al traer a ese despojo a tu habitación? Tuviste una pataleta y atrajiste a ese incauto para llamar mi atención. Me forzaste a abandonar mi letargo por un arrebato infantil.

Laurent se carcajeó de manera altiva.

—Mis disculpas, maestro. Si hubiera sabido que se necesitaba tan poco para importunarte, lo habría hecho antes. Habría follado con uno distinto cada noche, cada hora del puto día en esta maldita casa. ¿Por qué te inmiscuyes en mis acciones? No soy tu posesión. ¿Debía esperar cien años a tu regreso? No seas ridículo, no mereces la pena. No eres tan especial.

Los dos dieron un respingo al ver cómo Dariuss arrojaba a Laurent contra la pared, quedando cara a cara. Sujetó sus brazos y los alzó por encima de la cabeza.

—Soy tu creador —dijo Dariuss con voz amenazante y los colmillos extendidos.

—No eres nada —proclamó Laurent con altivez, alzando la barbilla.

Una oleada de respeto le llegó también de Ares, era sorprendente que lo desafiara de esa manera, sabiendo que no tenía ninguna oportunidad de ganar.

—Perdiste el derecho al abandonarme, me atrajiste hasta esta trampa haciéndome creer que había un futuro para nosotros y luego te largaste. Púdrete, no te debo nada —le contestó furioso.

Dariuss le sujetó la barbilla con la mano que no usaba para inmovilizarlo.

—¿Y por qué sigues aquí? Yo te puse aquí, yo te encerré en este cementerio —le dijo burlón—. ¿Por qué no huiste cuando me dormí?

Laurent intentó golpearlo con rabia, pero solo consiguió hacerlo reír.

—Sabes perfectamente que no podía. Me dejaste con un guardián, tu hijo nunca me habría permitido marcharme.

Ares le preguntó a través del vínculo, pero respondió sin palabras que no sabía a qué se refería.

—Niño tonto —murmuró Dariuss casi con cariño—. No le hablé a Reyx de ti, él ignora que eres una parte de lo que estaba destinado a resguardar.

La cara de Laurent se quebró.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Durante todos estos años, tuviste la oportunidad de escapar. Reyx no habría puesto obstáculos a tu libertad.

Los ojos rojizos de Laurent se llenaron de lágrimas, viendo el rostro de Dariuss.

—Jugaste conmigo todo este tiempo —dijo con tono abatido—. No le hablaste de nosotros.

—¿Qué nosotros? No había nada que decir —dijo Dariuss con dureza.

Las lágrimas se derramaron por las suaves y redondeadas mejillas de Laurent, dándole un aspecto tan humano que no pudo dejar de mirarlo. Era precioso, todos los vampiros lo eran, pero a menudo exudaban ese aire a peligro que no les permitía ver más allá. En ese momento, viéndolo tan real no pudo más que apreciar los rastros de humanidad y la infinita belleza que poseía.

—Te odio —declaró con desprecio Laurent en un tono apagado y roto.

Dariuss lo contempló con una expresión que solo podía definirse como pura confusión, como si no supiera qué hacer con ese Laurent que lloraba y sufría.

—Lau... —musitó Dariuss apoyando la frente en él. Le alzó la barbilla, dejando sus bocas a pocos centímetros.

Incluso desde la distancia, vio el segundo en que Laurent iba a permitirse caer en la trampa, el instante en que Dariuss impuso su deseo.

—¡No! —exclamó Laurent, empujándolo con ímpetu. Fue una sorpresa, lo suficiente para moverlo y liberarse, escapando con su velocidad sobrenatural.

—¡Laurent! ¡Vuelve aquí! ¡Laurent! —bramó Dariuss acercándose a las puertas. Se quedó paralizado al verle en la pared con Ares.

—Padre —murmuró dejándose caer de rodillas. Ares lo imitó, quedándose un paso detrás de él. Los sonidos frenéticos dentro de la casa le advirtieron de que todos estaban al tanto del despertar de su padre.

Los pies desnudos de Dariuss entraron en su campo de visión mientras miraba al suelo empapado.

Los largos y fuertes dedos de su padre lo sujetaron del mentón, alzándolo para que pudieran verse a los ojos.

No le dijo nada, solo lo miró como si lo atravesara por dentro. El fuego de Ares estalló a su alrededor, haciendo que Dariuss tuviera que soltarlo. El pánico cubrió su unión, no podía impedirle a su padre acercarse a él.

—Ya veo —murmuró mirando entre los dos. Una extraña mueca ocupó sus finos labios y Reyx estuvo seguro de que él conocía su secreto.

Dariuss asintió y desapareció sin decir ni una sola palabra.

—Reyx, lo siento —dijo Ares angustiado, alcanzando su mano—. No quería hacerlo.

—Calla, calla —musitó tirando de él para levantarse—. Tenemos que huir.

—¿Qué? —preguntó Ares.

—Lo sabe.

Los ojos de Ares se iluminaron por la comprensión.

—Reyx...

—O nos quedamos y esperamos a que nos maten... o tratamos de escapar todo el tiempo que podamos.

Ares clavó sus ojos dorados en él, dedicándole una mirada firme. La lluvia caía sobre su pelo y su rostro, era tan hermoso que ni siquiera parecía real, lo amaba tanto que por él haría cualquier cosa. Incluso tratar de lograr algo que sabía era imposible.

—Escapamos —aceptó Ares sin dudar.

Se movió sin darse cuenta, recorriendo la distancia que los separaba en un instante, aferrándose a él como si fuera lo único que lo mantenía a flote, y el mundo se desvaneciera en el

instante en que dejara de tocarle. Buscó sus labios a ciegas, bebiendo de su aliento, reviviendo en un beso, renaciendo bajo el contacto de sus temblorosas manos.

—Me odiarás —musitó contra su cuello mojado—. Me odiarás por obligarte a renunciar a tu vida. Es demasiado sacrífico.

—No lo haré —le prometió Ares abrazándolo con fuerza—. Confía en mí, confía en nosotros. Te quiero, Reyx. Mi reino, mi amor —susurró sobre su piel—. Confía en mí, en lo que siento por ti... siénteme... te amo. Por favor, confía en nosotros.

—Lo perderemos todo. Nos perseguirán de todas partes del mundo, no habrá ningún lugar seguro —murmuró derrotado.

—Seremos libres... —susurró Ares besándole en la sien—. Libres para amarnos... libres para morir, si ese es el precio de nuestra libertad. Mi alma es tuya... —le recordó su unión, mirándole a los ojos, dejando que viese sus lágrimas—. Ahora y siempre —selló sus palabras con un beso en los labios, uniendo sus manos.

Observó sus dedos entrelazados y el amor de Ares lo cubrió por completo, calentando su cuerpo entumecido.

—Ahora y siempre.

31. Plan de emergencia

Ares no desperdició ni un segundo, tiró de él obligándolo a levantarse y corrieron juntos bajo la lluvia. Recorrieron los terrenos a toda velocidad, hasta el garaje donde había cientos de coches. Cogieron el de Ares, un deportivo negro y salieron de la casa sin mirar atrás.

—Tenemos que conseguir dinero —dijo tratando de pensar a pesar del miedo.

—Ya tenemos todo lo que necesitamos —le aseguró Ares sin dejar de mirar a la carretera.

Observó su perfil mientras sondeaba su unión; había un pequeño resquicio al fondo de miedo, pero sobre todo determinación. Ares no estaba asustado, se había decidido a sacarlos de allí.

—¿Lo tenías planeado? —preguntó sin dejar de mirarlo, porque era lo más seguro.

—Te lo dije, hiani. Estoy dispuesto a hacer lo que sea por ti. Pensé en todo lo que podía pasar y elaboré varios planes. Esperaba no tener que usarlos tan pronto. Documentación nueva, dinero, todo está preparado desde hace semanas.

—Te quiero —lo dijo porque era imposible no decirle lo mucho que significaba que pese a sus dudas y miedo, él hubiera seguido pensando en los dos.

La sonrisa de Ares iluminó la noche.

Abandonaron el coche en el centro de la ciudad y siguieron corriendo bajo el aguacero de lluvia.

Ares se deslizó entre callejones, evitando la calle principal, lo hizo correr por caminos secundarios hasta llegar a un aparcamiento. Entraron sin detenerse a tomar aire, dirigiéndose a las escaleras de incendios para descender cuatro pisos.

Atravesaron la puerta del sótano y se encaminaron directamente hasta la oficina del vigilante.

—Espérame aquí. No te muevas —le advirtió Ares muy serio, como si temiese que fuese a desaparecer si dejaba de mirarlo.

Buscó sus ojos para tranquilizarlo, pero lo que vio le quitó el aliento. Su pelo rubio relucía porque estaba mojado, sus ojos dorados brillaban con fuerza, resplandeciendo con determinación.

Lo había perdido todo, ambos, acababan de sacrificar su vida entera.

Asintió con la cabeza, aún aturdido, sintiendo un nudo de angustia apretándole la garganta. Se preguntó si los otros hianis también experimentaron eso, si esa mezcla de terror y emoción en el fondo del estómago era el presagio del fin.

Recorrió los pocos centímetros que los separaban para abrazarlo, dejando un beso sobre sus labios.

—Todo irá bien —le aseguró Ares asintiendo con la cabeza antes de darle un último apretón en el brazo. Lo vio entrar al cubículo con los dos guardias y apenas un minuto después salió con unas llaves.

Volvió a agarrarle de la mano y juntos atravesaron el aparcamiento antes de pasar a un anexo.

Ares se detuvo delante de un coche también negro, le abrió la puerta del copiloto y lo hizo entrar antes de subirse al asiento del conductor.

El motor del coche arrancó con un potente ruido, sobresaltándolo. Ares se puso en marcha a toda velocidad, saliendo del recinto en pocos segundos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó preocupado.

—Hay que llegar a un pequeño aeropuerto comercial antes de que se den cuenta de que no estamos, saldremos del país. Tenemos dinero en efectivo para una buena temporada y he estado enviando pequeñas cantidades a través de distintas cuentas por el mundo. Estaremos bien —le aseguró adelantando a tres coches.

Quiso gritarle que condujera con cuidado cuando se abrió paso entre el tráfico a una velocidad vertiginosa y se saltó los semáforos en un intento por llegar a la autopista, pero no le salió la voz.

—Descansa, hiani —le pidió Ares percibiendo su estado con claridad.

—Yo... —murmuró cerrando los ojos intentando contener la bomba de emociones que llevaba dentro.

La mano de Ares se aferró a la suya, actuando como un bálsamo.

—Descansa... te tengo. Deja que cuide de ti.

El primer trayecto fue en una avioneta, el segundo en un avión medio vacío fuera de Europa, y el tercero lo realizaron en una aeronave de dos plantas, donde pasaron inadvertidos entre tanta gente.

Cambiaron de documentación en cada vuelo, usando las tiendas y los hoteles del aeropuerto para comer y conseguir ropa nueva.

El aeropuerto de Narita estaba repleto de gente, y nadie les prestó atención mientras se desplazaban entre la multitud para colarse en el metro. Recorrieron las calles siguiendo las indicaciones de Ares, hasta llegar a los suburbios, donde compraron un coche a un hombre que se las arregló para evitar mirarlos a la cara.

Conforme los grandes edificios fueron desapareciendo y las construcciones dieron paso a la naturaleza se fue relajando. Nunca dejaron de moverse, cuando uno dormía, el otro conducía, deteniéndose solo a lo indispensable.

—Podríamos parar a dormir esta noche —sugirió mientras contemplaba el paisaje verde que los rodeaba, había pasado más de una semana desde que iniciaron su huida.

—No te preocupes, hiani. Puedes dormir tranquilo.

Se volvió hacia él con una sonrisa en los labios. Ares había tomado las riendas cuando la presión pudo con él. Además de sorprenderse por la minuciosidad de su plan, que no solo los salvó a ambos al huir con tanta rapidez, sino que también le demostró su firme compromiso con la relación.

Paso la mano por su brazo hasta su cuello, notando como Ares se relajaba bajo su toque.

—Creo que nos vendría bien descansar en condiciones —lo tranquilizó.

—No me importa seguir conduciendo. Quiero que te sientas a salvo.

Volvió a sonreír, bajó por su antebrazo tirando de su mano, besándole la palma.

—Ya lo haces. Podemos parar —le aseguró.

Ares asintió con una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Hay un lugar en el que podemos quedarnos a unas horas de aquí, no nos harán preguntas —le aseguró.

Sonrió satisfecho jugando con los dedos de Ares en su regazo. Ares fue muy inteligente al elegir Japón; en aquel lugar no había aquelarres ni casas matrices, ya que las criaturas sobrenaturales solían evitar el país si tenían la opción. Su cultura era profundamente supersticiosa y poseían conocimientos que les permitían detectar fácilmente la presencia de magia.

Sin embargo, ellos eran humanos en esencia, podían andar bajo el sol, no necesitaban sangre para vivir y no tenían que ocultarse en luna llena.

—¿Cuál es el plan? ¿Vamos a mantenernos en movimiento de forma indefinida? —le

preguntó a Ares.

—Podríamos si fuese necesario, aunque creo que estamos a salvo aquí. Hay zonas despobladas donde no hay gente en kilómetros, ciudades enormes en las que podríamos pasar desapercibidos y la India está lo suficientemente cerca como para vivir entre los dos países. No hay casa matriz en ninguno de ellos, ni aquellarres —le explicó Ares.

—Lo sé, creo que sería mejor estar en lugares apartados, si nos atacan podremos defendernos sin herir a humanos —contestó.

—Es buena idea. Lo pensaremos cuando estemos un poco más lejos.

—¿Una cabaña en la montaña? —preguntó esperanzado.

Ares giró la cabeza un segundo en su dirección.

—Si sigues sonriéndome así, te daré esa cabaña y el perro más bonito que podamos conseguir.

Dejó salir una carcajada, volviendo su atención al precioso paisaje. Se sentía libre y feliz, por primera vez en su vida no tenía obligaciones, ni nadie que lo juzgara o esperara nada de él, era dueño de su propio destino.

—¿Hiani? —Lo devolvió a la realidad Ares—. ¿Me estás escuchando? —preguntó con diversión.

—No, lo siento —se disculpó dándole un apretón.

Ares le sonrió, dejándole claro que no era nada importante antes de sumirse en un cómodo silencio.

Condujeron un par de horas más, antes de detenerse en un hostel de aspecto tradicional cuando ya estaba ocultándose el sol.

Ares salió del coche para encargarse de conseguirles habitación, asegurándole que en ese lugar no necesitarían dejar ninguna identificación.

Recogieron sus mochilas con las escasas pertenencias que habían acumulado durante esas semanas y fueron directos a su habitación. Miró con curiosidad alrededor, observando los futones gruesos esparcidos por el suelo del cuarto. Las puertas estaban decoradas con intrincados motivos japoneses y fragantes ramos de flores blancas que cubrían la superficie de algunos de los muebles.

Ares lo rodeó de la cintura por la espalda, apoyando la cabeza sobre su hombro.

—¿Te gusta?

Sonrió inclinándose para pedir un beso, su magia burbujeaba por todo su cuerpo enviando pequeños estremecimientos por su piel.

Ares lo besó en la mejilla, apretándolo con fuerza. El fuego lo rodeó como una segunda piel, buscando su elemento. Cerró los ojos mientras sus magias se unían, relajándose por completo al sentirlo de una manera tan profunda.

—Es precioso. Aunque no importa el lugar en el que estemos mientras sigamos juntos.

Ares lo besó en el cuello.

—Te quiero, haría lo que fuera para mantenerte a salvo.

Se estremeció, ahogando un gemido contra su mejilla. Había estado tan asustado y temeroso de lo que sentía, así como de las consecuencias que aún no lograba asimilar que todo ese amor que Ares irradiaba era para él.

—¿Cómo puede ser que aún te sorprenda lo que siento por ti? ¿Sigues dudando después de todo lo que hemos pasado? —le susurró sobre su piel.

Se sujetó con fuerza a sus brazos para evitar terminar en el suelo. La risa de Ares, baja y ronca resonó dentro y fuera de su cuerpo, llenándolo de un anhelo que ya había aprendido a asociar con él.

—Mírame, hiani.

Ares le hizo darse la vuelta para quedar de frente.

—Aunque nunca más pronunciara esas palabras, no dudes de que te quiero. Mis ojos te lo dicen cada vez que encuentran los tuyos —pronunció bajando la voz, acercando su rostro al suyo —. Mis labios lo juran cuando digo tu nombre y lo hago un poco más mío.

Clavó los dedos en sus hombros, aferrándose a él mientras el mundo que los rodeaba desaparecía.

—Mi piel te lo susurra cada vez que te roza. —Los dedos Ares se colaron bajo el jersey para acariciar su cadera, acercándole a él—. Mi cuerpo lo grita cada vez que te reclama —declaró dejando que su aliento le rozara los labios.

Separó los labios, ansioso, pero Ares no le concedió lo que deseaba. En cambio, lo torturó con un beso prolongado y superficial que lo dejó anhelando mucho más.

—Mi alma te juró amor eterno incluso antes de nacer —musitó, arrasando su boca con su deseo.

Se rindió al beso con facilidad, estremeciéndose contra él, ahogándose en su sabor. La lengua se entrelazó con la suya haciéndole promesas que se moría por cumplir. El calor fue ocupando su cuerpo mientras respondía a sus besos.

Perdió la noción del tiempo, incluso del lugar en el que se encontraba... era una de las cosas que más le hechizaban de Ares, la manera en que se apoderaba de su mente y de su cuerpo con un beso.

Los brazos de Ares la rodearon con fuerza, sus manos recorriendo su cuerpo, dejando salir un apasionado gemido al notar su erección.

—Hiani... —suspiró Ares bajando por su cuello, dejando pequeños mordiscos por su sensible piel.

Inclinó la cabeza hacia atrás, cediendo espacio antes de comenzar a tirar de su camiseta. Necesitaba tocarlo, anhelaba hacerlo y tenía que ser ahora. Había pasado tanto tiempo desde que estuvieron así.

La lengua de Ares continuó bajando mientras sus manos tiraban lejos su jersey, dejándole el pecho al descubierto. Con impaciencia acabó de quitarle la suya a tirones, haciéndole reír.

—Veo que no soy el único ansioso —murmuró Ares mordiendo con avidez la base de su cuello. Sus manos recorrieron la cálida piel de su torso, bajando a sus pantalones, desabrochando su cinturón.

Gimió incapaz de contestar mientras Ares acariciaba su erección sobre la ropa.

Metió la mano entre su pelo, atrayéndole a un beso hambriento, lamiendo sus labios, colando la lengua en su boca y encontrando la suya con ansia.

—Quiero que seas mío por completo —murmuró Ares mirándole a los ojos sin parar de tocarlo—. ¿Me dejarás tenerte?

Un estremecimiento de placer recorrió toda su columna vertebral al escucharle.

—Solo si tú eres mío también. —Acarició su pelo, besando su boca porque era imposible estar así de cerca y no caer en la tentación. Se quitó la ropa que le quedaba, tumbándose sobre uno de los futones sin dejar de mirarle.

—Siempre fui tuyo, hiani. Nadie puede quitarnos eso —le aseguró siguiéndolo como si un hilo invisible tirase de él.

Sonrió mirando su pecho desnudo y toda la ropa que aún llevaba.

—Desnúdate para mí —pidió sin romper la conexión.

Una lenta y sensual sonrisa se extendió por la cara de Ares.

—Por supuesto, hiani. Pídeme lo que quieras y será tuyo —accedió bajando la cabeza, en un elegante y sensual movimiento que disparó su pulso.

Contempló maravillado cómo se deshacía de sus zapatos y calcetines, sin apartar la mirada, continuando con el cinturón como si nada. Apretó los puños con fuerza, sintiendo dificultad al tragar cuando vio cómo bajaba la cremallera lentamente y enganchaba los dedos en la cinturilla de la ropa, quedando magníficamente desnudo frente a él.

Se esforzó por respirar con normalidad, contemplándole detenidamente. Sus abdominales marcados, sus muslos duros, sus pectorales definidos, su erección erguida y dispuesta.

Le deseaba con tanta intensidad que dolía estar lejos de su piel. Sus miradas se encontraron como dos estrellas en colisión.

Ares no se hizo esperar, enseguida estuvo a su lado, acariciando sus rodillas, sus muslos, sus caderas, su abdomen. Se dejó hacer, memorizando a fuego cada sensación, cada toque, cada suspiro.

Su boca fue hasta su ombligo, jugando con su lengua alrededor de él antes de subir a su pezón, lamiéndolo sin prisa. Dejó salir el aire de forma entrecortada, esforzándose por controlar su cuerpo ávido de contacto. Ares lo agarró de las rodillas, colocándose en medio mientras se dejaba caer sobre él.

Se quedaron inmóviles, mirándose a los ojos. Se preguntaban mutuamente si querían seguir adelante. Su conexión los envolvió a ambos con la necesidad y la certeza de que habían llegado al final de la espera.

Sonrió con timidez, acariciándole los brazos.

Ares le devolvió la sonrisa, frotando su nariz contra la suya en un gesto cariñoso que lo derritió por completo.

—Quiero unirme a ti de todas las formas posibles —declaró dejándolo paralizado—. Quiero tenerte y que seas mío con la misma intensidad con la que quiero pertenecerte. —Tuvo que obligarse a respirar de nuevo, una vez más, la capacidad de Ares para dejarle sin palabras era desconcertante.

Detectó su nerviosismo a través de su conexión, y su corazón se colmó de amor por ese hombre seguro y fuerte que temía causarle daño en su propio lecho.

—Te quiero —murmuró echando la cabeza un poco hacia atrás, ofreciéndole su boca con delicadeza—. Hazme el amor, hiani. Seamos uno de nuevo.

Ares tomó su oferta con ganas, besándolo de forma salvaje y apasionada.

Acarició su nuca, hombros y espalda hasta deslizarse a su trasero presionándose contra él. Asegurándose de que supiera lo que necesitaba.

Ares recuperó el lubricante de su mochila, abriéndolo con facilidad.

—¿Estabas preparado?

Su sonrisa desvergonzada lo avivó como ninguna otra cosa lo hacía.

—Te siento, hiani. Sé cuánto has deseado este momento, igual que yo.

La risa se le congeló cuando sus dedos húmedos alcanzaron su entrada.

—Tendré cuidado —le prometió Ares acariciando su erección para distraerlo.

En vez de responder separó más las piernas dejándole espacio, no tenía ni la mínima duda de que sería cuidadoso. Lo besó, permitiéndole mantener el control, confiándole su cuerpo por completo. Perdiéndose en la nube de placer que Ares creó para él.

—¿Ahí? —le preguntó cuando un largo gemido escapó entre sus labios. Ares repitió el movimiento observando su reacción.

Gimió clavándole los dedos en los costados, incapaz de contestar, avanzó las caderas

siguiendo su movimiento.

Enfebrecido, Ares retiró la mano y se movió entre sus piernas.

Capturó sus labios con los suyos, devorándolos con ferocidad mientras de forma suave deslizaba su férrea erección dentro de su cálido interior.

Se agarró a sus antebrazos mientras tomaba aire, acostumbrándose a la intromisión, jadeando con dificultad. Su magia combinada estalló a su alrededor, sus pieles tintineando en respuesta de su elemento natural.

Ares entró hasta el fondo muy despacio. Sus corazones latían con tanta fuerza que amenazaban con estallar. Las marcas ardían de manera salvaje contra su piel.

—Joder... —jadeó Ares excitado. Vio como apretó los dientes mientras se tensaba haciendo un gran esfuerzo por no terminar.

Le acarició la nuca, transmitiéndole calma a través de su marca rebasada. Su otra mano bajó hasta sus caderas, sosteniéndole con firmeza para mover las caderas contra él, haciéndole sisear.

—Tranquilo —susurró dejando besos en su cuello y hombros.

—¿Puedes sentirnos? —murmuró Ares con voz tomada—. No puedo distinguir tus sentimientos de los míos.

Asintió apoyando a frente en su mejilla.

Ares empujó con suavidad, asegurándose de que no sintiera dolor. No empezó a moverse verdaderamente hasta que acarició sus hombros y su espalda. Embestidas largas y suaves los llevaron a la locura y los dejaron temblando de deseo.

Su magia no dejaba de crecer a su alrededor, podía sentir la fuerza de la tierra bajo su espalda, la llamada del agua en el río que había a pocos kilómetros, el fuego de Ares tratando de quemarlo, su aire rodeándolo y alcanzando cada parte de él.

Podía percibir con claridad lo que Ares sentía al estar en su interior y dejar que su hiani notara la sensación de ser poseído.

Fijó su mirada en la suya, queriendo memorizar aquel instante, aquella primera vez en que fueran uno.

Jadeó superado por la intensidad del momento, marcando sus dedos en su piel para acompañar sus embestidas respondiendo con su cuerpo.

Empujó a Ares sobre su espalda sin romper su unión, moviéndose con él y marcando el ritmo.

Ares enloqueció bajo su cuerpo, clavó los dedos en sus muslos, retorciéndose de placer.

Aceleró los movimientos disfrutando de la vista, era hipnótico verle con los ojos entrecerrados cubiertos de un velo de deseo, las mejillas congestionadas por el placer y la boca entreabierta por los gemidos.

Lo montó sin restricciones, apoyándose en sus abdominales. No existía nada, era la dicha absoluta, la necesidad más animal, el hambre más voraz.

Sintió una ola de calor estallar sobre su marca, devorando la suya al mismo tiempo que ambos alcanzaban el orgasmo. Su magia implosionó en millones de destellos luminosos, danzando en el cielo como fuegos artificiales. Se dejó caer sobre Ares, apenas consciente de que le estaba acariciando.

—¿Hiani? —murmuró Ares con preocupación, su voz sonó destrozada y gastada.

No tenía fuerza para responder, su mente era incapaz de centrarse en nada, demasiado abrumado por la magia. Ahora entendía a la perfección el motivo por el que los metzas los consideraban peligrosos, podrían hacer cualquier cosa con esa cantidad de magia. Matar miles de personas, hacerse con gobiernos, cambiar las normas de la vida, no habría ninguna barrera que no pudieran derrumbar con toda esa magia.

Alzó la cabeza, encontrando la mirada llena de amor de Ares.

Lo que los demás nunca comprenderían es que ese poder no significaba nada para ellos. Lo único que anhelaban era estar juntos, amarse en libertad y ser dueños de su propia vida.

Sonrió y extendió la mano para acariciar su mejilla.

—Te amo —murmuró agotado.

Porque, en última instancia, los dos se reducían a eso: a un amor puro, natural, profundo e innato. Y para preservarlo, harían lo que fuera necesario.

32. Luz en la oscuridad

Ares

Abrió los ojos lentamente, con una sonrisa satisfecha apareciendo en su rostro. Extendió las manos buscando el cuerpo de Reyx, pero solo percibió las sábanas frías. Extrañado, miró alrededor, no quedaba rastro de su hiani. Sondeó su marca, que todavía parecía sensible a lo que había sucedido. Su magia le dijo que estaba a pocos metros de él.

Salió al pasillo vacío del hostel, recorriéndolo hasta una puerta que daba al exterior.

—¿Qué haces ahí tirado? —preguntó con una sonrisa al verlo tumbado sobre la hierba, extendido en total relajación.

—Disfrutar —contestó Reyx sin mirarlo.

—¿De qué?

—De la libertad —respondió abriendo sus preciosos ojos para lanzarle una sonrisa que detuvo su corazón por unos segundos.

—Ya pasó la hora del desayuno, pero la dueña del hostel te empaquetó algo de comida.

—¿Y tú has desayunado? —interrogó, Reyx llevaba sin comer demasiado desde que toda aquella locura había empezado.

—Sí, tenía apetito —reconoció con un poco de vergüenza.

—¿Quieres decir que te despertaste con hambre? ¿Saliste a correr mientras yo dormía? ¿O tal vez practicaste algún deporte anoche? —preguntó solo por verle poner los ojos en blanco.

—Cállate —le ordenó Reyx—. Ve a desayunar.

Sonrió antes de entrar en la casa y regresar unos minutos después con un pequeño paquete que colocó en el suelo antes de recostarse junto a él.

Los dos se quedaron en silencio disfrutando del sonido de la naturaleza, la suave brisa rozando sus rostros y el cálido sol que les acariciaba la piel.

Reyx giró la cabeza para mirarle, sonrió sin decir nada, sintiendo el amor emanar de su marca de una manera serena y apacible.

—Gracias —le dijo su hiani.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Por todo. Por luchar por mí, por encargarte de todo, por estar dispuesto a dejarlo todo, por no rendirte —musitó, clavando sus ojos en los suyos.

—Nunca dejaré de hacerlo.

Reyx le sonrió con dulzura.

—Lo sé. Yo tampoco voy a rendirme.

La felicidad lo tomó por sorpresa. Tras lo ocurrido anoche, no tenía dudas sobre lo fuertes que eran los sentimientos de ambos, pero necesitaba escucharle decir eso en voz alta.

—Creo que podemos quedarnos otro día más aquí. ¿Te gustaría?

Reyx sonrió dedicándole un pequeño asentimiento.

—Podríamos pasar el día descansando, paseando y haciendo actividades normales —le ofreció agarrando uno de los pequeños panecillos dulces que tenía su desayuno.

Reyx se giró, apoyando la cabeza en su mano para poder mirarlo.

—Podríamos hacer eso... o perdernos todo el día en nuestro cuarto... solos.

Se carcajeó incapaz de contenerse.

—Siempre he dicho que tienes una mente brillante, hiani.

Acabaron por quedarse tres días en los que no salieron más que a comer. Su magia se había vuelto más estable cuantas más veces estaban juntos, pero todavía les sorprendía la intensidad que generaba su unión.



—A unos dos días de conducción tenemos el primer lugar de mi lista. Podríamos asegurarnos un refugio seguro y estable durante unas cuantas semanas —dijo entusiasmado mientras conducían por la carretera desierta.

—No me importa a donde vayamos —le aseguró Reyx apoyando la cabeza en su hombro.

Ares dejó un breve beso en la frente de Reyx antes de dirigir de nuevo su atención al camino.

—¡Mierda! —gritó dando un volantazo.

Extendió el brazo para proteger a Reyx mientras con la otra mano intentaba controlar el coche, que dio un giro completo antes de detenerse.

Sin que dijera nada, su fuego los rodeó listo para atacar.

—¿Padre?

Dariuss y Laurent estaban parados en mitad de la carretera como dos estatuas, mirando al coche con desinterés.

—Los distraeré, huye al oeste.

—No voy a irme sin ti —murmuró Reyx asustado, conjurando a su elemento para defenderlos.

—¿Sois conscientes de que podemos oíros? —preguntó Laurent, apareciendo a su lado en un parpadeo, abriendo la puerta de Reyx.

—¡No lo toques! —Una súbita llamarada de fuego surgió, forzando a Laurent a retroceder.

—Niño estúpido —dijo Dariuss colocándose al lado de Laurent y sosteniéndolo del brazo mientras evaluaba posibles daños.

Reyx salió del coche, rodeándolo para ponerse a su lado. Si había llegado la hora de luchar, estaba listo.

Dariuss puso los ojos en blanco, de la misma forma en que Reyx lo hacía, lo que fue desconcertante para él.

—¿Podemos todos conservar la calma? No he venido a atacarlos ni a llevaros de regreso —dijo Dariuss imperturbable.

La sorpresa hizo que Reyx soltase su elemento.

—¿No?

—No —le contestó su padre hastiado.

—Ares, cálmate —le ordenó Laurent con el ceño fruncido.

Reyx apoyó la mano sobre su brazo, pidiéndole tranquilidad a través de su marca.

Dejó ir parte de su elemento, pero lo mantuvo en la superficie por si era una artimaña.

Dariuss entrecerró los ojos, observando con atención. Ares le sostuvo la mirada sin pestañear. Por más antiguo que fuera Dariuss, su dominio sobre el fuego podía ser mortal incluso para un vampiro y con la magia que poseía ahora, podría destruirlo en cuestión de segundos.

La conciencia del poder que ambos tenían hizo que se sintiera un poco más tranquilo.

—¿Con cuántos metzas y brujos habéis venido? ¿Hay más hianis aquí? —los interrogó Reyx.

—Estamos solos —le aseguró Laurent.

—¿Por qué? ¿Dónde están los refuerzos?

Laurent dejó salir un resoplido, fijando su atención en Dariuss para que se hiciera cargo.

—No hay. Vengo a comunicarte que eres libre —dijo Dariuss mirando a su hijo.

—¿Cómo? Pero yo... nosotros —murmuró Reyx de forma atropellada.

Dariuss asintió.

—Lo sé todo. Los progenitores en la noche perpetua recibimos destellos de nuestros hijos cuando están cerca; lleváis nuestra sangre de vampiro en las venas, esa conexión no puede ser sellada.

Reyx lo miró asustado, preguntándose si Dariuss sabría todo de verdad.

—Sé lo que pasó hace tres noches.

Laurent hizo un sonido burlón.

—No fuisteis precisamente discretos; vuestra magia resonaba a kilómetros de distancia. Sostuvisteis un comportamiento vulgar, si me preguntas. Pasasteis tres días enlazados en la cama como criaturas en celo.

Dariuss miró a Laurent con una ceja alzada que hizo apartar la vista al vampiro más joven.

—Los metzas ignoran la verdad, así como los brujos. Y permanecerán en la ignorancia, a menos que se acerquen a vosotros —prosiguió Dariuss.

—¿Nos estás protegiendo? ¿Por qué? —preguntó sin fiarse de él.

—Porque Reyx es mi linaje —proclamó Dariuss, clavando en él sus ojos sobrenaturales.

—¿Desde cuándo le importa a un vampiro su hijo?

Dariuss se encogió de hombros, apartando la mirada como si le incomodara dar una respuesta.

—Lo desconozco. Antes no me importaba, eso es seguro. Pero desde su llegada a la casa... esos sentimientos, la incertidumbre, el miedo, la tristeza, han logrado alcanzarme incluso durante mi descanso.

Reyx se removió a su lado.

—¿No te da miedo nuestra magia? —lo interrogó examinando su reacción.

—Niño, he vivido lo suficiente para comprender el mundo de una forma que tú nunca entenderías —contestó Dariuss riendo—. Vuestro poder es impresionante, eso seguro, pero ya lo he visto antes y siempre sostuve que era un desperdicio sacrificaros. Aquellos hianis que se enamoran, lo hacen con una profundidad que eclipsa todo lo demás; no anhelan conflictos ni batallas, solo desean estar enlazados por la eternidad.

Reyx lo miró, su sorpresa era evidente a través del vínculo que compartían, ya que ambos experimentaban la misma emoción.

—Este por supuesto es mi pensamiento, que dista mucho del que brujos y metzas tienen. Si queréis pasar desapercibidos debéis buscar el lugar más remoto del mundo, uno donde no haya mucha gente y nadie pueda sentir vuestra magia. Si os cruzáis con un ser sobrenatural, sabrá que sois distintos y la noticia acabará llegando a algún aquelarre o casa matriz.

—Pensábamos quedarnos un tiempo en Japón —dijo Reyx en voz baja.

Dariuss asintió e hizo un gesto a Laurent que apareció y desapareció en poco más de unos segundos dejando caer dos mochilas llenas a sus pies.

—Poseo una isla en este país, tiene las comodidades básicas, viviréis ahí a partir de ahora. La casa ha sido protegida a conciencia para cuando quiero desaparecer, estoy convencido de que con toda esa magia podréis hacerla aún más segura. No os pongáis en contacto con nadie de vuestra antigua vida, si oímos algún rumor os lo haremos saber. En las mochilas encontraréis dinero y las indicaciones para llegar a mi isla.

—No lo entiendo —murmuró Reyx mirando del suelo a su padre—. ¿Por qué nos ayudas?

Dariuss se acercó despacio a Reyx, dándole la posibilidad de apartarse.

—Eres mi hijo, aunque nunca tuve la oportunidad de ser tu padre. Nos parecemos más de lo que nunca habría imaginado, tu forma de ver el mundo me recuerda a mí yo humano. Fuerte, delicado y frágil. Tu tiempo en esta tierra es efímero, tu vida demasiado breve. Mereces vivirla conforme a tu propio designio. —Dariuss apoyó la mano sobre el hombro de su hijo.

Ares se quedó impresionado al verlos uno al lado del otro, donde las similitudes y diferencias se destacaban como la luz de la luna que brillaba detrás de ellos.

—Y porque el amor, mi estimado hijo, merece su oportunidad, aunque ningún ser lo acepte, incluso cuando el mundo entero se oponga. Todos deberíamos poseer la opción de luchar por él —proclamó Dariuss con solemnidad, mientras su mirada se entrelazaba con la de Laurent, quien le dedicó una pequeña sonrisa.

Reyx agarró la mano de su padre, dándole un apretón.

—Gracias.

Padre e hijo se miraron, teniendo una conversación sin palabras.

—A los dos —añadió Reyx dirigiéndose a Laurent. Él asintió con la cabeza, extendiendo la mano hacia Dariuss, quien volvió con él enseguida.

—Volveremos a veros cuando sea seguro, manteneos a salvo —les instruyó Dariuss.

Se fueron tan precipitadamente como llegaron.

Reyx tomó una trémula bocanada de aire, agachándose para abrir una de las grandes mochilas, que contenían una considerable cantidad de dinero en efectivo.

—¿Esto es real? ¿Acaba de pasar? —preguntó en voz baja al incorporarse.

Recorrió los pocos centímetros que los separaban, abrazándolo con fuerza, notando su miedo y lo abrumado que estaba.

—Es real, vamos a conseguirlo. —No había seguridad en sus palabras, quizá la intención de calmarse mutuamente, pero desde luego sus probabilidades habían aumentado de forma considerable.

—Lo haremos —le aseguró Reyx apretándose con fuerza contra él, escondiendo la cara en su cuello—. Sé que sí.

Epílogo

Entrelazó sus dedos con los de Ares, gimiendo mientras su espalda chocaba contra la columna de madera bajo el embarcadero.

Apretó las piernas en torno a sus caderas, respondiendo a la intensidad de sus embestidas. Su boca atrapó la suya robándole el aliento y la poca cordura que le quedaba.

Gimió con fuerza, subiendo las manos por sus brazos hasta sus costados, aferrándose a él para acompañarse a sus movimientos, entrelazando sus dedos en su nuca.

—Aresis... —gimió con todo el cuerpo temblando de necesidad.

—Esposo —lo corrigió Ares contra sus labios, arrastrándolo al borde del orgasmo. La boda, oficiada por Dariuss hacía ocho años, continuaba siendo un auténtico obsequio para ambos. Una manera adicional de entrelazar sus almas.

—Esposo —susurró acariciando su pecho con deseo—. Hiani. —Ares le separó las piernas, para moverse mejor, clavándolo a la madera con su cuerpo.

Gritó sin contenerse, acostumbrados a la soledad de su hogar. Le tiró del pelo, mordiendo su labio inferior para meterle prisa. Ares rio contra su boca, empujando con todas sus fuerzas, sin dejar de embestir en su cálido interior.

Gimieron el uno en la boca del otro al alcanzar el orgasmo, Ares lo besó mientras su magia retornaba a sus cuerpos, permitiendo que el agua los envolviera nuevamente por completo sin separarse de él.

Confió en Ares para mantenerlo a salvo, concentrándose en el beso a pesar de estar bajo el océano.

—Te quiero —murmuró en cuanto salieron a la superficie.

Ares hizo un ruido de gusto, besando su cuello al llevarlos a la orilla.

—Étienne va a matarnos —se quejó mientras se envolvía en una toalla y le pasaba otra a Ares, que no parecía nada preocupado—. Le dijimos que daríamos un paseo.

—Llevan una semana de visita. Si es perspicaz, comprenderá que cuando tu anfitrión dice eso, no es literal; simplemente trata de indicarte, de manera educada, que necesita tiempo a solas con su marido.

Se carcajeó, permitiendo que lo abrazara mientras caminaban de vuelta a la casa. La isla que Dariuss les regaló era su refugio en el mundo, y a pesar de las precauciones de su padre, Étienne encontró el camino hacia ellos utilizando el otro lado.

Étienne y Nathaniel lograron localizarlos, pero afortunadamente ninguno de los dos los decepcionó. Sorprendentemente, en la isla no se había registrado ninguna muerte, lo que permitía que ambos visitantes descansaran verdaderamente durante sus frecuentes estancias. Dado que mantuvieron su relación con ellos en secreto, nadie se tomó la molestia de vigilarlos.

Aunque no dejaron rastro a seguir, ya que habían sido dados por muertos hacía dos años al emplear diversos hechizos localizadores sin resultados. A pesar de dejar atrás a June y Adson, sabían que sus vidas continuaron bien después de su desaparición. El dolor de su partida los impulsó a refugiarse el uno en el otro, y ahora dirigían juntos la casa matriz de Washington.

Alizon se había casado, un año después de desaparición, con un brujo de buena familia que vivía en Londres.

—Ve a ducharte mientras le digo a los chicos que ya estamos de vuelta —le dijo a Ares.

—O podemos esperar e ir a ducharnos juntos —le sugirió apretando su cadera.

—Eres un animal —escucharon la voz de Étienne a pocos metros, ya estaban tan familiarizados con él que ni se sobresaltaron—. ¿No puedes contenerte?

Ares entrecerró los ojos, mirándolo mientras pensaba qué responder.

—No.

La carcajada escapó de sus labios, pero a pesar de ello le dio un golpe en el brazo para castigarlo.

Étienne lo miró sin inmutarse por su falta de pudor.

—En fin... Nathaniel está preparando la cena, asegura que le faltan veinte minutos. Y Laurent llamó para informar que llegarán en cuanto caiga la noche.

—Genial, nos reuniremos con vosotros enseguida —le prometió, evitando que Ares dijera algo más, arrastrándolo dentro de su habitación.

—Mocoso engreído —refunfuñó Ares.

—Han pasado diez años, hace mucho que dejó de ser un mocoso —le corrigió tumbándose en la cama.

Ares lo miró sin entender qué hacía.

—¿No vamos a ducharnos?

Asintió con seriedad sin dejar mirarlo.

—Después.

—¿Después de qué? —preguntó Ares desconcertado, acercándose a la cama.

Sonrió tirando de su toalla, dejándolo desnudo.

—Veinte minutos hiani —repitió despacio—. Eso es mucho tiempo.

Ares rio encantado, tumbándose sobre él enseguida.

—Todo un mundo —concedió Ares antes de besarle.

Diez años juntos y seguía tan enamorado de él como el primer día en que lo conoció.

¿Y pensar que alguna vez pensó en ese amor como una condena?

Que trajeran más cadenas, porque mientras estuviera a su lado, viviría condenado para toda la eternidad.

AGRADECIMIENTOS

A mis betas, que me ayudaron a ampliar el mundo de Wolf World para crear el de los
Condenados.

A mi consorte, que vive y sufre cada libro como si fuera suyo. Gracias mi vida, sin ti estaría
perdida.

A mis lectores, que disfrutan con intensidad cada uno de mis libros. Gracias, sin vosotros nada
de esto sería posible.

SOBRE LA AUTORA

Aislin Leinfill ha cautivado a miles de lectores a lo largo de sus 10 años publicando en plataformas de lectura, recopilando más de 5 millones de visitas en Wattpad, la plataforma narrativa más famosa en el mundo.

Lectora ávida de casi todos los géneros, tiene debilidad por las historias de romance clásico y los mundos fantásticos.

Apasionada por todo tipo de arte, mitología y música. Sus estaciones favoritas son el otoño y el invierno. No hay nada mejor que el sonido de la lluvia y la brisa fresca en la cara mientras escribes una buena historia.

Puedes seguirla en sus Redes Sociales y estar al día de las novedades y próximos lanzamientos en su web:

<https://aislinleinfill.com>

Twiter: [@aislinleinfill](#)

Instagram: [@asilinleinfill](#)

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

[Adagio. Canción de medianoche](#)

Vivían a medias, con los pies en la cima y la mente en el suelo. Sobrevivían a base de parches, tan gastados que ya no quedaba nada que unir.
Era cuestión de tiempo que todo se derrumbara, lo sabía y, aun así, no supo escuchar el principio de su cuenta atrás.
Trabajaron juntos durante años para salir del garaje en el que ensayaban. Lucharon sin descanso por ganar cada milímetro de esas escaleras hasta alcanzar la cima. Estaban tan centrados en subir al pódium que nunca se pararon a pensar en las partes de ellos a los que renunciaban.

Saga Crónicas de Khineia

[Nimerik](#)

Las leyes son claras, sencillas, los niños crecen repitiéndolas para grabarlas en lo más profundo de su mente. Obedece, cumple las normas y nunca discutas la autoridad, mientras sigas sus reglas, puedes ser uno más. Vivirás bajo el amparo de las murallas, contarás con la protección del ejército más poderoso del mundo y nunca tendrás que preocuparte de lo que se esconde bajo el agua. Hasta que llegó él y lo obligó a sumergirse en un mundo complejo y desconocido.
Khirstan. Solo con pronunciarlo, cada defensa que lo rodeaba caía como si nunca hubiera existido, tan peligroso y misterioso como el océano e igual de intimidante que él.

Serie Escala de Grises

[Gris Ceniza](#)

La vida de Jackson Cadwell cambió en un solo segundo el día que conoció a Dominic Hellbort. Tardó años en encontrar la forma de lidiar con él y tratarle como uno más. Renunció a él porque no tenía esperanza, porque era algo imposible.
Quizá lo hizo demasiado pronto...

[Gris Titanio](#)

Matt Anderson tiene una vida tranquila, medida, ordenada. Le gusta vivir sin sobresaltos, hasta que conoce al piloto de NASCAR Kane De Luca. Kane vive la vida igual que conduce, quemando kilómetros y devorando las curvas. Ahora está dispuesto a ganarle a él también.

Gris Humo

La gente cree que la vida son los grandes momentos, él también lo creía, pero ahora sabe la verdad. Un instante puede cambiarlo todo, una mirada basta para destrozar tu mundo entero y hacer que te replantees cada pequeña parte de tu vida y de ti mismo. Solo hay dos cosas que se pueden hacer en esa situación, ignorarlo y tratar de seguir adelante o luchar arriesgándote a perderlo todo.

Gris Plata

En una agencia de publicidad, Adrien, un secretario talentoso pero reservado, quería una vida sin sobresaltos para sentirse seguro. Su tranquilidad se ve perturbada cuando se encuentra involucrado en un proyecto con el CEO de la empresa, Alexander, un exitoso empresario que hace de su trabajo su estilo de vida. El día que se conocieron se odiaron, pero a medida que la colaboración avanza, las líneas entre lo profesional y lo personal se difuminan, desencadenando un torbellino de revelaciones y desafíos inesperados para ambos. ¿Lucharán por dejar el pasado atrás y formar un futuro juntos?

Serie Wolf World

Imposible de olvidar

Fue a primera vista, como una enfermedad extraña, como el más peligroso de los venenos, fue adueñándose poco a poco de él, milímetro a milímetro, pedazo a pedazo. Tendría que haberse dado cuenta antes pero no supo ver los síntomas. Hasta aquel fatídico día en que su mundo fue sacudido y por fin los engranajes giraron de repente y todo encajó.

Por siempre jamás

La vida de Wess cambiará por completo cuando se descubra un terrible secreto del pasado, su vida no podrá ser la misma, por suerte tiene a su manada y a dos nuevos amigos para ayudarlo a crear una nueva. Incluso Knox que nunca ha reconocido su existencia parece dispuesto a estar a su lado, lamentablemente su corazón ya parece ocupado.

Un destino perdido

Las primeras impresiones pueden ser engañosas, las apariencias en ocasiones no son más que sombras llenas de mentiras y medias verdades. Por suerte, Deklan tiene un buen instinto y no se deja engañar con facilidad. Por desgracia, Rhys está decidido a ponérselo difícil. Hay almas que nacen para estar juntas. Da igual el tiempo que transcurra, no importa quién se interponga. Su destino está escrito en las estrellas y pase lo que pase... encontrarán el camino.

Perdido en la niebla

Desde que era niño se sentía incómodo en su propia piel, irrelevante en el mejor de los casos, raro como norma. Su vida era una repetición calcada del día anterior. Y cuando por fin le pasó algo que prometía un gran cambio, todo se volvió mucho peor de lo que había sido hasta el momento.

No estaba preparado para las repercusiones que tuvo aceptar esa invitación, tampoco lo que supondría entrar a una realidad muy distinta a la que conocía.

Sangreal. Las obligaciones del rey

El momento más poderoso del año es la noche de Litha. Las barreras entre el mundo de los vivos y los muertos cae para dejar que la energía de ambos se una. Solo durante esa noche, los límites se desdibujan y lo imposible podría volverse posible bajo las condiciones adecuadas.

Julian eligió a Atik como el rey de su tablero sin saber, que esa decisión lo cambiaría todo. Manadas desaparecidas por completo sin dejar rastro, brujos sin escrúpulos y la unión de los alfas frente a un enemigo en común.